

Revolución en punto cero

Trabajo doméstico, reproducción y luchas feministas

Silvia Federici

traficantes de sueños
mapas



Desde sus inicios **Traficantes de Sueños** ha apostado por licencias de publicación que permiten compartir, como las Creative Commons, por eso sus libros se pueden copiar, distribuir, comunicar públicamente y descargar desde su web. Entendemos que el conocimiento y las expresiones artísticas se producen a partir de elementos previos y contemporáneos, gracias a las redes difusas en las que participamos. Están hechas de retazos, de mezclas, de experiencias colectivas; cada persona las recompone de una forma original, pero no se puede atribuir su propiedad total y excluir a otros de su uso o replicación.

Sin embargo, «cultura libre» no es sinónimo de «cultura gratis». Producir un libro conlleva costes de derechos de autor, traducción, edición, corrección, maquetación, diseño e impresión. Tú puedes colaborar haciendo una donación al proyecto editorial; con ello estarás contribuyendo a la liberación de contenidos.

Puedes hacer una donación
(si estás fuera de España a través de PayPal),
suscribirte a la editorial
o escribirnos un mail

Revolución en punto cero

Trabajo doméstico, reproducción y luchas feministas

Silvia Federici

traficantes de sueños

Traficantes de Sueños no es una casa editorial, ni siquiera una editorial independiente que contempla la publicación de una colección variable de textos críticos. Es, por el contrario, un proyecto, en el sentido estricto de «apuesta», que se dirige a cartografiar las líneas constituyentes de otras formas de vida. La construcción teórica y práctica de la caja de herramientas que, con palabras propias, puede componer el ciclo de luchas de las próximas décadas.

Sin complacencias con la arcaica sacralidad del libro, sin concesiones con el narcisismo literario, sin lealtad alguna a los usurpadores del saber, TdS adopta sin ambages la libertad de acceso al conocimiento. Queda, por tanto, permitida y abierta la reproducción total o parcial de los textos publicados, en cualquier formato imaginable, salvo por explícita voluntad del autor o de la autora y sólo en el caso de las ediciones con ánimo de lucro.

Omnia sunt communia!

mapas 36

Mapas. Cartas para orientarse en la geografía variable de la nueva composición del trabajo, de la movilidad entre fronteras, de las transformaciones urbanas. Mutaciones veloces que exigen la introducción de líneas de fuerza a través de las discusiones de mayor potencia en el horizonte global.

Mapas recoge y traduce algunos ensayos, que con lucidez y una gran fuerza expresiva han sabido reconocer las posibilidades políticas contenidas en el relieve sinuoso y controvertido de los nuevos planos de la existencia.

Primera edición en inglés:
Revolution at Point Zero. Housework, Reproduction and Feminist Struggle,
Nueva York, PM Press – Common Notions, 2012.

Primera edición: 1500 ejemplares, mayo de 2013
Título:
Revolución en punto cero. Trabajo doméstico, reproducción y luchas feministas
Autora:
Silvia Federici
Traducción:
Scriptorium (Carlos Fernández Guervós y Paula Martín Ponz)
Maquetación y diseño de cubierta:
Traficantes de Sueños [taller@traficantes.net]
Edición:
Traficantes de Sueños
C/ Embajadores 35, local 6. C.P. 28012 Madrid.
Tlf: 915320928. [editorial@traficantes.net]
Impresión:
Gráficas Lizarra
Carretera Tafalla, Km. 1
31292 Villatuerta
Tlf: 9480556410
ISBN 13: 978-84-96453-78-4
Depósito legal: M-15537-2013

Revolución en punto cero

Trabajo doméstico, reproducción y luchas feministas

Silvia Federici

Traducción:
Scriptorium
(Carlos Fernández Guervós
y Paula Martín Ponz)

traficantes de sueños
mapas

Índice

Segunda Parte.
Globalización y reproducción social

Agradecimientos

Las ideas políticas surgen de los movimientos sociales pero la travesía hasta su transformación en libro requiere del trabajo de muchos individuos. Entre las personas que han hecho posible este, me gustaría dar las gracias, por su contribución y por la creatividad y la generosidad de su activismo político, a dos personas en particular: Malav Kanuga, editor de la serie Common Notions, quien me animó a publicar el presente trabajo y me acompañó a través de todo el proceso con entusiasmo y excelentes consejos; y a Josh Mcphee cuyo diseño para la portada [original] del libro es un ejemplo más de la fuerza de su arte y de su concepción de las imágenes como semilla del cambio.

También quiero dar las gracias a Nawal El Saadawi, feminista, escritora y revolucionaria, cuyo trabajo *Mujer en punto cero* ha inspirado el título de este libro y muchas más cosas.

Revolución en punto cero trata de la transformación de nuestra vida cotidiana y de la creación de nuevas formas de solidaridad. Con el mismo espíritu le dedico el libro a Dara Greenwals, quien mediante su arte, su activismo político y su lucha contra el cáncer dio vida a una comunidad de cuidados, personificada más concretamente en esa «isla curativa» que Dara construyó durante su enfermedad.

«Salarios contra el trabajo doméstico» fue publicado por primera vez en *Wages against Housework,* Bristol, Falling Wall Press, 1975. También se publicó en Ellen Malos (ed.), *The Politics of Housework* [Políticas del trabajo doméstico], Cheltenham, New Clarion Press, 1980; y en Rosalyn Baxendall y Linda Gordon (eds.), *Dear Sisters: Dispatches from the Women's Liberation Movement* [Queridas hermanas: Un mensaje desde el Movimiento de Liberación de las Mujeres], Nueva York, Basic Books, 2000.

«Por qué la sexualidad es trabajo» (1975) fue escrito originalmente como parte de la presentación de la segunda conferencia internacional de Wages for Housework que tuvo lugar en Toronto en enero de 1975.

«Contraatacando desde la cocina» se publicó primeramente como *Counter-planning from the Kitchen,* Bristol, Falling Wall Press, 1975. También fue publicado en Edith Hoshino Altbach (ed.), *From Feminism to Liberation* [Del feminismo a la liberación], Cambridge (MA), Schenkman Publishing Company, 2007.

«La reestructuración del trabajo doméstico y reproductivo en EEUU durante los años setenta» fue un panfleto distribuido en la conferencia «The Economic Policies of Female Labor in Italy and the United States», que se llevó a cabo en el Centro Studi Americani de Roma del 9 al 11 de diciembre de 1980; fue promovido por la German Marshall Fund of the United States. También se publicó en *The Commoner,* núm. 11, primavera-verano de 2006.

«Devolvamos el feminismo al lugar que le corresponde» apareció por primera vez en Sohnya Sayres *et al.* (eds.), *The Sixties Without Apologies* [Los años sesenta sin disculpas], Minneapolis (MN), University Press, 1984.

«Reproducción y lucha feminista en la nueva división internacional del trabajo» vio la luz en Mariarosa Dalla Costa y Giovanna Franca Dalla Costa (eds.), *Women, Development and Labor Reproduction: Struggles and Movements* [Mujeres, desarrollo y trabajo reproductivo: Luchas y movimientos], Trenton (NJ), Africa World Press, 1999.

«Guerra, globalización y reproducción» fue publicado por vez primera en *Peace and Change*, vol. 25, núm. 2, abril de 2000. También en Veronika Bennholdt-Thomsen, Nicholas Faraclas y Claudia von Werlhof (eds.), *There Is an Alternative: Subsistence and Worldwide Resistance to Corporate Globalization* [Hay alternativa: Subsistencia y resistencias en todo el mundo a la globalización

empresarial], Londres, Zed Books, 2001; y de nuevo en Matt Meyer y Elavie Ndura-Ouedraogo (eds.), *Seeds of Hope* [Semillas de esperanza], Pan-African Peace Studies for the Twenty-First Century.

«Mujeres, globalización y movimiento internacional de mujeres» se publicó en un número especial de *Canadian Journal of Development Studies*, núm. 22, 2001.

«La reproducción de la fuerza de trabajo en la economía global y la inacabada revolución feminista» fue un documento presentado en el seminario de la UC Santa Cruz «The Crisis of Social Reproduction and Feminist Struggle» el 27 de enero de 2009.

«Sobre el trabajo afectivo» fue publicado en Michael Peters y Ergin Bulut (eds.), *Cognitive Capitalism, Education and Digital Labor* [Capitalismo cognitivo, educación y trabajo digital], Nueva York, Berna, Berlín, Bruselas, Frankfurt am Main, Oxford, Viena, Peter Lang Verlagsgruppe, 2011.

«Sobre el cuidado de los mayores y los límites del marxismo» se publicó primeramente en alemán bajo el título «Anmerkungen über Altenpflegearbeit und die Grenzen des Marxismus» en Marcel van der Linden y Karl Heinz Roth (eds.), *Uber Marx Hinaus*, Hamburgo, Assoziation A, 2009.

«Mujeres, luchas por la tierra y globalización: una perspectiva internacional» apareció por primera vez en el *Journal of Asian and African Studies. Africa and Globalization: Critical Perspectives*, vol. 39, núm. 1-2, enero-marzo de 2004.

«Feminismo y las políticas de lo común en la era de la acumulación primitiva» fue publicado en Team Colors (ed.), *Uses of a Whirlwind. Movement, Movements, and Contemporary Radical Currents in the United States* [Prácticas del torbellino. Movimiento, movimientos y corrientes radicales contemporáneas en EEUU], Baltimore, AK Press, 2010; y en *The Commoner,* núm. 14, 2011.

Prefacio

> El factor decisivo en la historia es, a fin de cuentas, la producción y la reproducción de la vida inmediata.
>
> Frederick Engels

> Esta tarea […] la de transformar los hogares en comunidades de resistencia ha sido globalmente compartida por las mujeres negras, especialmente las mujeres negras que vivían en comunidades supremacistas blancas.
>
> bell hooks

Este libro recoge más de treinta años de reflexiones e investigaciones sobre la naturaleza del trabajo doméstico, la reproducción social y las luchas de las mujeres en este terreno —para escapar de él, mejorar sus condiciones o reconstruirlo de manera que suponga una alternativa a las relaciones capitalistas. Se trata de un libro que entremezcla política, historia y teoría feminista. Pero también es un reflejo de la trayectoria de mi activismo

político dentro del movimiento feminista y del movimiento antiglobalización, y del cambio gradual que he vivido respecto al trabajo doméstico, pasando del «rechazo» a la «valorización» del mismo, y que hoy en día reconozco como parte de la experiencia colectiva.

No hay duda alguna de que entre las mujeres de mi generación, el rechazo al trabajo doméstico como destino natural de las mujeres fue un fenómeno ampliamente extendido durante el periodo que siguió a la Segunda Guerra Mundial. Esto era especialmente significativo en Italia, país en el que nací y me crié y que en los años cincuenta todavía estaba empapado por una cultura patriarcal, consolidada durante el fascismo pero que ya estaba experimentando una «crisis de género», causada parcialmente por la guerra y también por los requerimientos de los procesos de reindustrialización que siguieron a la guerra.

La lección de independencia que nuestras madres recibieron durante la guerra y que nos trasmitieron hacía inviable para muchas mujeres, e intolerable para muchas otras, la perspectiva de una vida dedicada al trabajo doméstico, la familia y la reproducción. Cuando escribí en mi artículo «Salarios contra el trabajo doméstico» (1974) que convertirse en ama de casa suponía «un destino peor que la muerte», reflejaba mi actitud y punto de vista hacia este trabajo. Y, de hecho, hice todo lo que pude para escapar de él.

Bajo una mirada retrospectiva, es irónico que me pasara los siguientes cuarenta años de mi vida lidiando con el problema del trabajo reproductivo, al menos teórica y políticamente, si no en la práctica. En el proceso de demostrar por qué como mujeres debíamos rebelarnos contra este trabajo, por lo menos tal y como se ha visto configurado bajo el capitalismo, he llegado a comprender su importancia, no solo para la clase capitalista, sino para el desarrollo de nuestra lucha y nuestra reproducción.

Fue gracias a mi implicación en el movimiento de las mujeres como fui consciente de la importancia que la reproducción del ser humano supone como cimiento de todo sistema político y económico y de que lo que mantiene el mundo en movimiento es la inmensa cantidad de trabajo no remunerado que las mujeres realizan en los hogares. Esta certeza teórica se desarrolló sobre el sustrato práctico y emocional provisto por mi propia experiencia familiar, que me expuso a un mundo de actividades que durante largo tiempo di por sentadas y que, tanto de niña como de adolescente, observé a menudo con gran fascinación. Incluso hoy en día, algunos de mis más preciados recuerdos de la infancia me trasladan hasta la imagen de mi madre haciendo pan, pasta,

salsa de tomate, pasteles, licores… y después tejiendo, cosiendo, remendando, bordando y cuidando de sus plantas. Algunas veces la ayudaba en tareas puntuales, casi siempre de forma reacia. De niña, tan solo veía su trabajo; más tarde, como feminista, aprendí a ver la lucha que llevaba a cabo, y me di cuenta de todo el amor que iba incluido en ese trabajo y de lo duro que había resultado para mi madre el hecho de que se diera por supuesto, sin poder nunca disponer de algo de dinero para ella y tener que depender de mi padre por cada céntimo que gastaba.

A partir de mi experiencia en casa —y a través de la relación con mis padres— también descubrí lo que hoy en día denomino «doble carácter» del trabajo reproductivo, como trabajo que nos reproduce y nos «valoriza» no solo de cara a integrarnos en el mercado laboral sino también contra él. Ciertamente no puedo comparar mis experiencias y recuerdos infantiles con los que relata bell hooks, que describe su «hogar» como un «lugar de resistencia».[1] Pero, sin embargo, siempre estuvo presente la necesidad, y algunas veces fue ratificada abiertamente, de no medir nuestras vidas mediante las demandas y valores del sistema capitalista como principio que debía guiar la reproducción de nuestras vidas. Incluso hoy en día, los esfuerzos que mi madre hizo para desarrollar en nosotras cierto sentimiento de autoestima me proporcionan la fuerza para encarar situaciones difíciles. Lo que muchas veces me ha salvado cuando no he sido capaz de protegerme a mí misma ha sido mi compromiso de proteger su trabajo y a mí como la niña receptora del mismo. El trabajo reproductivo no es, sin duda alguna, el único trabajo por el que se pone en cuestión lo que le otorgamos al capital y «lo que nos damos a nosotras mismas».[2] Pero desde luego es el trabajo en el que las contradicciones inherentes al «trabajo alienado» se manifiestan de manera más explosiva, razón por la que es el *punto cero* para la práctica revolucionaria, incluso aunque no sea *el único* punto cero.[3] Puesto que no hay nada tan asfixiante para la vida como ver transformadas en trabajo las actividades y las relaciones

1 bell hooks, «Homeplace: A Site of Resistance», *Yearning: Race, Gender and Cultural Politics*, Boston, South End Press, 1990.

2 *Ibidem*.

3 Donna Haraway, *Simians, Cyborgs and Women: The Reinvention of Nature*, Londres, Routledge, 1990, pp. 181-182 [ed. cast.: *Ciencia, cyborgs y mujeres: la reinvención de la naturaleza,* Madrid, Cátedra, 1995]. En la página 310 escribe: «Las feministas han proclamado recientemente que las mujeres viven el día a día, que sustentan la vida cotidiana más que los hombres y que, por lo tanto y potencialmente, están en una posición epistemológica privilegiada. Existe un aspecto convincente en esta posición que hace visible la actividad no valorada en las mujeres y que se caracteriza por ser la base de la vida. Pero, ¿*la* base de la vida?».

que satisfacen nuestros deseos. De igual modo, es a través de las actividades cotidianas por las que producimos nuestra existencia que podemos desarrollar nuestra capacidad de cooperar, y no solo resistir a la deshumanización sino aprender a reconstruir el mundo como un espacio de crianza, creatividad y cuidado.

Silvia Federici

Brooklyn, Nueva York, junio de 2011

Introducción

En otras épocas he dudado de la idoneidad de publicar un libro de ensayos que girase exclusivamente sobre el tema de la «reproducción», ya que me parecía una abstracción artificial de los múltiples temas y luchas a las que me he dedicado durante años. En cualquier caso, existe una lógica en la selección de los artículos de esta recopilación: la cuestión de la reproducción, entendida como el complejo de actividades y relaciones gracias a las cuales nuestra vida y nuestra capacidad laboral se reconstruyen a diario, y que ha sido el hilo conductor que entrelaza todos mis escritos y mi activismo político.

La confrontación con el «trabajo reproductivo» —reducido, en un principio, al trabajo doméstico— fue el factor definitorio para muchas mujeres de mi generación, nacidas en el periodo posterior a la Segunda Guerra Mundial. Después de dos guerras, que en el espacio de tres décadas habían eliminado a setenta millones de personas, los atractivos de la domesticidad y la promesa de sacrificar nuestras vidas para producir más trabajadores y soldados para el Estado no tenían lugar en nuestro imaginario. De hecho, más que la confianza en una misma que la guerra otorgó a muchas mujeres —y que en EEUU simbolizó la imagen de Rosie la remachadora—, fue la memoria de la carnicería en la que habíamos nacido, especialmente en Europa, lo que dio forma a nuestra relación con la reproducción durante el periodo de postguerra. Este es un capítulo que todavía falta por escribir en la historia del movimiento feminista

internacional.[1] Aun así, cuando recuerdo las visitas que, en Italia, siendo escolares, hacíamos a las exposiciones en los campos de concentración, y las historias que se contaban en las sobremesas acerca de la cantidad de veces que, a duras penas, nos habíamos salvado de ser asesinados por los bombardeos, escapando en mitad de la noche en busca de refugio bajo un cielo que refulgía con las estelas de las bombas, no puedo dejar de preguntarme cuánto peso habrán tenido estas experiencias en mi decisión, y en la de muchas otras mujeres, de no tener hijos ni convertirnos en amas de casa.

Esta perspectiva antibelicista puede que sea la razón por la que nuestra actitud, al contrario que otras críticas feministas previas al hogar, la familia y el trabajo doméstico, no podía buscar reformas. Echando un vistazo retrospectivo a la literatura feminista de principios de los años setenta, me sorprende la ausencia de las problemáticas que preocupaban a las feministas de los años veinte, cuando la reordenación del hogar en términos domésticos, la tecnología aplicada al hogar y la reorganización de los espacios eran temas centrales en la teoría y las prácticas feministas.[2] Por primera vez, el feminismo mostraba una ausencia de identificación con el trabajo reproductivo, no solo cuando se producía para otros sino incluso en relación a nuestras familias y parientes; posiblemente, esto pueda ser atribuido al desgaste que la guerra supuso para las mujeres como tales, especialmente porque esta amenaza nunca desapareció sino que aumentó con el desarrollo de las armas nucleares.

Aunque el trabajo doméstico siempre ha sido un tema crucial en las políticas feministas, este poseía un significado especial para la organización a la que me uní en 1972: la campaña internacional Salario para el Trabajo Doméstico (WfH en sus siglas en inglés), con la que colaboré activamente durante los siguientes cinco años. La campaña que llevó a cabo el movimiento Salario

---

1 Un primer paso supone el texto de Leopoldina Fortunati, «La famiglia: verso la ricostruzione», que analiza las principales transformaciones que la guerra provocó en la organización de las familias europeas e italianas, empezando por el desarrollo de una mayor autonomía de las mujeres y del rechazo de la disciplina familiar y de la dependencia de los hombres. En su descripción de la Segunda Guerra Mundial, mostrada como un ataque masivo contra la clase trabajadora además de como una inmensa destrucción de la mano de obra, Fortunati escribe «que desgarró la estructura reproductiva de la clase trabajadora socavando de un modo irreparable cualquier beneficio que las mujeres pudiesen encontrar en seguir sacrificándose en interés de sus familias. De esta manera, el modelo de familia previo a la guerra quedó enterrado bajo los escombros». Leopoldina Fortunati y Mariarosa Dalla Costa, *Brutto Ciao*, Roma, Edizioni delle Done, 1976, p. 82.

2 Para más información sobre este tema véase Dolores Hayden, *The Great Domestic Revolution*, Cambridge (MA), MIT Press, 1985.

para el Trabajo Doméstico fue bastante diferente y peculiar, ya que aglutinó corrientes políticas de diferentes partes del planeta y de diversos sectores del mundo proletario, cada uno de ellos enraizado en su particular historia de luchas y en busca de un terreno común proporcionado y transformado desde nuestro feminismo. Mientras que para la mayor parte de las feministas sus puntos de referencia eran las políticas liberales, anarquistas o socialistas, las mujeres que impulsaron la WfH venían de una historia de militancia en organizaciones que se identificaban como marxistas, marcadas por su participación en los movimientos anticolonialistas, el Movimiento por los Derechos Civiles, el movimiento estudiantil y el movimiento *operaista*. Este último se había desarrollado en Italia a principios de la década de los sesenta como resultado del resurgimiento de las luchas obreras en las fábricas, y condujo a una crítica radical del «comunismo» y a una relectura de la obra de Marx que ha influido en una generación entera de activistas y que todavía no ha agotado su capacidad de análisis como demuestra el interés internacional que suscita el movimiento autónomo italiano.[3]

Fue *a través* pero también *en contra* de las categorías articuladas por esos movimientos que nuestro análisis de la «cuestión de las mujeres» se convirtió en un análisis del trabajo reproductivo como factor crucial en la definición de la explotación de las mujeres en el capitalismo, el tema común de la mayor parte de los artículos recogidos en este volumen. Como expresan perfectamente los trabajos de Samir Amin, Andre Gunder Frank y de Frantz Fanon, el movimiento anticolonialista nos enseñó a ampliar el análisis marxista sobre el trabajo no asalariado más allá de los confines de las fábricas y, así, contemplar el hogar y el trabajo doméstico como los cimientos del sistema fabril más que como su «otro». Partiendo de este análisis también aprendimos a buscar a los protagonistas de la lucha de clases no solo entre los trabajadores masculinos de la clase proletaria industrializada sino, en mayor medida, entre los colonizados, los esclavizados, en el mundo de los trabajadores no asalariados marginados en los anales de la tradición comunista a quienes entonces podíamos añadir la figura del ama de casa proletaria, reconceptualizada como el sujeto de la (re)producción de la fuerza de trabajo.

El contexto social y político en el que se ha desarrollado el movimiento feminista ha facilitado esta identificación. Desde al menos el siglo XIX, cuando el auge del movimiento feminista siguió los pasos del desarrollo del Movimiento

3 Para más información sobre el *operaismo* y su relación con el movimiento autónomo italiano, véase la introducción de Harry Cleaver a la obra *Reading Capital Politically,* Edimburgo, AK Press, 2000.

de Liberación Negra, esto ha supuesto una constante en la historia norteamericana. El movimiento feminista de la segunda mitad del siglo XX no fue una excepción; desde hace mucho tiempo considero que el primer ejemplo de feminismo en los años sesenta en EEUU lo dieron las *welfare mothers*[4] quienes, lideradas por mujeres afroamericanas inspiradas a su vez en el Movimiento por los Derechos civiles, se movilizaron para exigir un sueldo al Estado por el trabajo que suponía criar a sus hijos, creando el sustrato del que brotarían organizaciones como el movimiento Salario para el Trabajo Doméstico.

Del movimiento *operaista* que enfatizaba la centralidad de las luchas por la autonomía de los trabajadores dentro de la relación capital-trabajo, aprehendimos la importancia política del salario como instrumento organizativo de la sociedad y, a la vez, de su utilidad como palanca para minar las jerarquías dentro de la sociedad de clases. En Italia, esta lección política cristalizó en las luchas obreras del «Otoño Caliente» (1969), cuando los trabajadores exigieron aumentos salariales inversamente proporcionales a la productividad e igualdad salarial para todos. Esto mostraba una gran determinación en la búsqueda no de ganancias sectoriales sino del fin de las divisiones basadas en salarios diferenciales.[5] Desde mi punto de vista, esta concepción del salario —que rechazaba la separación económica y política leninista de las luchas— se convirtió en una herramienta extraordinariamente útil para sacar a la luz las raíces materiales de la división laboral sexual e internacional y desenterrar, en mis posteriores trabajos, «el secreto de la acumulación primitiva».

Igual de importante en el desarrollo de nuestra perspectiva fue el concepto *operaista* de «fábrica social». Dicho concepto traducía la teoría de Mario Tronti, expresada en su obra *Operai e Capitale* (1966),[6] según la cual llegados a cierto punto del desarrollo capitalista las relaciones capitalistas pasan a ser tan hegemónicas que todas y cada una de las relaciones sociales están supeditadas al capital y, así, la distinción entre sociedad y fábrica colapsa, por lo que la sociedad se convierte en fábrica y *las relaciones sociales pasan directamente a ser relaciones de producción*. Tronti señalaba así el incremento de la reorganización

4 *Welfare mothers* es el nombre con el que se identificaba a aquellas mujeres que recibían ayudas sociales. [N. de la T.]

5 Véase Karl Marx, «Wages of labour» en *Economic and Philosophic Manuscripts of 1844*, Moscú, Progress Publishers, 1974 [ed. cast.: «Salario» en *Manuscritos económicos y filosóficos de 1844*, Buenos Aires, Ediciones Colihue, 2004].

6 Mario Tronti, *Operai e Capitale*, Torino, G. Einaudi, 1966 [ed. cast.: *Obreros y capital*, Madrid, Akal. Cuestiones de Antagonismo, 2001].

del «territorio» como espacio social estructurado en función de las necesidades fabriles de producción y de la acumulación capitalista. Pero desde nuestra perspectiva, a primera vista resultó obvio que el circuito de la producción capitalista, y de la «fábrica social» que esta producía, empezaba y se asentaba primordialmente en la cocina, el dormitorio, el hogar —en tanto que estos son los centros de producción de la fuerza de trabajo— y que a partir de allí se trasladaba a la fábrica pasando antes por la escuela, la oficina o el laboratorio. En resumen, no acogimos pasivamente las lecciones de los movimientos que he señalado anteriormente sino que los pusimos patas arriba, exponiendo sus límites, utilizando sus piedras angulares teóricas para construir un nuevo tipo de subjetividad política y de estrategia.

La definición de esta perspectiva política y su defensa contra las acusaciones lanzadas tanto por izquierdistas como por feministas es el hilo conductor de los ensayos recogidos en la Primera Parte, escritos todos ellos entre 1974 y 1980, periodo en el que me encontraba implicada en la organización de la campaña Salario para el Trabajo Doméstico. Su objetivo principal era demostrar las diferencias fundamentales entre el trabajo reproductivo y otras clases de trabajo; desenmascarar el proceso de naturalización al que, debido a su condición de no remunerado, se le había sometido; mostrar la específica función y naturaleza capitalista del salario; y demostrar que históricamente la cuestión de la «productividad» siempre ha estado relacionada con las luchas por el poder social. Más importante aún, estos ensayos intentaban establecer que los atributos de la feminidad son de hecho *funciones laborales* así como rechazar el concepto economicista que muchos de sus críticos otorgaban a las demandas salariales para el trabajo doméstico, debido a su incapacidad para comprender la función del dinero más allá de su carácter inmediato de instrumento remunerativo.

La campaña para reclamar un salario para el trabajo doméstico se lanzó en el verano de 1972 en Padua con la formación del International Feminist Colective [Colectivo Feminista Internacional] por un grupo de mujeres de Italia, Inglaterra, Francia y Estados Unidos. Su objetivo era la apertura de un proceso de movilización feminista internacional que llevase al Estado a reconocer el trabajo doméstico como trabajo —esto quiere decir, como una actividad que debería ser remunerada— ya que contribuye a la producción de mano de obra y produce capital, posibilitando así que se dé cualquier otra forma de producción. El movimiento WfH supuso una perspectiva revolucionaria no solo porque exponía la raíz de la «opresión de las mujeres» en la sociedad capitalista sino también porque desenmascaraba los principales mecanismos

con los que el capitalismo ha sustentado su poder y mantenido dividida a la clase obrera, a saber, la devaluación de esferas enteras de actividad humana, comenzando por aquellas actividades que abastecen la reproducción de la vida humana, y la capacidad de utilizar el salario por una parte de la sociedad para extraer trabajo de esas otras grandes partes de la población que parecen estar fuera de las relaciones salariales: esclavos, sujetos colonizados, presos, amas de casa y estudiantes. Dicho de otra manera, para nosotras la campaña de WfH era revolucionaria puesto que reconocía que el capitalismo depende del trabajo reproductivo no asalariado para contener el coste de la mano de obra, y creíamos que una campaña que fuese exitosa drenaría las fuentes de este trabajo no remunerado y rompería el proceso de acumulación capitalista, permitiendo a las mujeres enfrentarse al Estado y al capital en un terreno común a la mayor parte de las mujeres. Por último, también veíamos la WfH como una herramienta revolucionaria puesto que ponía fin a la naturalización del trabajo doméstico, disipando así el mito de que es un «trabajo de mujeres», y que, además, en vez de reclamar más trabajo, lo que exigía era que se nos pagase por el trabajo que ya hacíamos. En esta cuestión, debo puntualizar que luchábamos por un salario *para el trabajo doméstico* no para las amas de casa, convencidas de que de este modo la demanda recorrería el camino hacia la «degenerización» de este trabajo. También exigíamos que estos salarios no proviniesen de los maridos sino del Estado como representante del capital colectivo —el auténtico «Hombre» beneficiario de este trabajo.

Actualmente, y especialmente entre las mujeres jóvenes, esta problemática puede sonar desfasada, ya que es posible escapar de gran parte de este trabajo cuando eres joven. De hecho, comparado con mi generación, las mujeres jóvenes de hoy en día son económicamente más independientes y autónomas de los hombres. Pero el trabajo doméstico no ha desaparecido, y su devaluación, tanto económica como en cualquiera de sus otros aspectos, continúa siendo un problema para la mayor parte de nosotras, independientemente de que se reciba o no un salario por otro empleo. Además, después de cuatro décadas de trabajo a jornada completa fuera del hogar, es imposible seguir manteniendo la extendida asunción existente entre las feministas durante los años setenta de que el trabajo remunerado es el camino hacia la «liberación». Esta es la razón por la que gran parte del marco de trabajo de la campaña WfH es fácilmente aceptado hoy en día, al menos mientras se mantenga en un estrato teórico. Un factor decisivo en esta aceptación ha sido el trabajo de activistas/investigadoras feministas como Ariel Salleh en Australia y Maria Mies en Alemania, que han llevado el análisis reproductivo a un nuevo nivel desde una perspectiva ecofeminista y desde el punto de vista de las mujeres de las

«colonias».[7] Como resultado de esto, incluso hemos podido ver argumentos clásicos de la WfH discutidos de tal manera entre las feministas académicas que parece que los acabasen de inventar ellas mismas. Y sin embargo, en la década de los setenta, pocos posicionamientos políticos levantaban oposiciones tan vehementes.

A finales de los años setenta tocaban a su fin, puestas contra las cuerdas por la maquinaria de una crisis económica aún en curso, dos décadas de luchas internacionales que habían sacudido los cimientos del proceso de acumulación capitalista. Empezando con el embargo petrolero de 1974, comenzaba un largo periodo de experimentación capitalista en la «descomposición» de clases bajo el pretexto del «Consenso de Washington», el neoliberalismo y la «globalización». Del «crecimiento cero» a la crisis de la deuda y de ahí a la deslocalización industrial y a la imposición de ajustes estructurales en las regiones del antiguo mundo colonial, se forzaba la existencia de un nuevo mundo, alterando radicalmente el balance de poder entre trabajadores y capital mundial.

He desarrollado los efectos de algunos de estos cambios en la reproducción de la fuerza de trabajo en los artículos recogidos en la Segunda Parte de este volumen y en los ensayos con los que contribuí en *Midnigth Notes*, específicamente en el titulado «The New Enclosures» [Los nuevos cercamientos].[8] Me gustaría añadir, llegados a este punto, que gracias al análisis que llevamos a cabo primeramente en WfH y después en *Midnigth Notes*, pude darme cuenta de que lo que estaba en marcha no era una reconversión industrial sino una reestructuración de las relaciones de clase comenzando por el proceso de reproducción social.[9] Mi comprensión del nuevo orden mundial se vio facilitada por dos hechos que afectaron profundamente mi teoría y mi práctica política. Primero, la decisión, tomada a finales de los años setenta, de comenzar a estudiar la historia de las mujeres durante la transición al capitalismo, que culminó con la publicación de *Il Grande Calibano* (1984), escrito junto a Leopoldina Fortunati, y más tarde de *Caliban and the Witch: Women, the Body and Primitive Accumulation* (2004).[10]

7 Véase Ariel Salleh, *Ecofeminism as Politics: Nature, Marx and the Postmodern*, Londres, Zed Books, 1997; Maria Mies, *Patriarchy and Accumulation on a World Scale*, Londres, Zed Books, 1986.

8 *Midnigth Notes*, núm. 10, otoño de 1990.

9 Véase «The New Enclosures», *Midnigth Notes*, otoño de 1990; George Caffentzis, «The Work Energy Crisis» recogido en *Midnigth Notes*, núm. 3, 1981; Midnigth Notes Collective (ed.), *Midnigth Oil: Work, Energy, War (1973-1992)*, Nueva York, Autonomedia, 1992.

10 *Calibán y la bruja: mujeres, cuerpo y acumulación originaria*, Madrid, Traficantes de Sueños, 2010.

Segundo, mi empleo como profesora interina en la Universidad de Port Harcourt (Nigeria), a mediados de los años ochenta, que me proporcionó la oportunidad de observar las devastadoras consecuencias sociales provocadas por los programas de austeridad impuestos por el Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional a las «naciones deudoras» como requisitos para nuevos préstamos.

El trabajo histórico profundizó mi comprensión no solo del papel de las «mujeres en el capitalismo» sino del capitalismo en sí mismo. Esto me permitió trazar una conexión entre los procesos activados por los «ajustes estructurales» (como pieza clave para el surgimiento de la nueva economía global) y aquellos que defino en *Calibán y la bruja* como el «verdadero secreto» de la «acumulación primitiva» que comenzó con la guerra que el capitalismo lanzó contra las mujeres a través de tres siglos de caza de brujas. Repasar los inicios del capitalismo también amplió mi concepto de reproducción del trabajo doméstico a la agricultura de subsistencia, «abriendo la puerta» (tal y como Mariarosa Dalla Costa ha descrito en su reciente trabajo) de la cocina al jardín y a la tierra.[11] La situación en Nigeria provocó un replanteamiento del concepto de trabajo reproductivo. En un contexto en el cual, pese al impacto destructivo de la producción petrolera, el acceso a la tierra suponía todavía una condición básica para la reproducción de la vida cotidiana y en el que la mayor parte de los alimentos consumidos provenían de la agricultura de subsistencia que principalmente cultivaban las mujeres, el concepto de «trabajo doméstico» debía adquirir un significado más amplio.

Los artículos recogidos en la Segunda Parte reflejan este entendimiento y el mayor alcance de mi análisis, que pronto se tradujo en nuevas prácticas políticas. Fue a partir de mi estancia en Nigeria que fecho el comienzo de mi militancia en el movimiento antiglobalización, que en África ya estaba empezando a tomar forma a mediados de los años ochenta gracias al auge de movimientos feministas como Women in Nigeria y de los diferentes movimientos de protesta contra los ajustes estructurales. En conjunto, estos ensayos son un intento de comprender la arquitectura del nuevo orden económico y contrarrestar los impulsos reformistas dentro del mismo movimiento, que se hicieron especialmente intensos cuando alcanzó al mundo «desarrollado». Al contrario de aquellas personas que consideraban que la tarea del movimiento debía encaminarse a reformar, humanizar y «generizar» el Banco Mundial y

[11] Mariarosa Dalla Costa, en Guido Borio, Francesca Pozzi, Gigi Roggero (eds.), *Gli Operaisti*, Roma, Derive/Approdi, 2005, pp. 121-122.

el FMI, estos ensayos contemplan dichas instituciones como los instrumentos del nuevo proceso de recolonización y del ataque lanzado por el capitalismo a nivel mundial contra los trabajadores. Los artículos examinan particularmente los grandes movimientos migratorios provocados por los Programas de Ajuste Estructural a comienzos de la década de los noventa y que Archie Hochschild ha calificado como «globalización de los cuidados». También investigan la conexión entre los conflictos bélicos y la destrucción de la agricultura de subsistencia y, más importante aún, las motivaciones que la economía global esconde en su nueva guerra contra las mujeres.

Otro tema recurrente en los ensayos recogidos en la Segunda Parte es la crítica a la institucionalización del feminismo y a la reducción de las políticas feministas a meros instrumentos de la agenda neoliberal de las Naciones Unidas. Para aquellas de nosotras que testarudamente a lo largo de los años hemos insistido en definir la autonomía feminista no solo como autonomía respecto de los hombre sino también respecto del capital y del Estado, supuso una derrota la gradual incapacidad del movimiento para propulsar iniciativas propias y su subsunción bajo las alas de las Naciones Unidas, especialmente en un momento en el que dicha institución se estaba preparando para legitimar nuevas guerras por motivos económicos y militares. Retrospectivamente, esta crítica era correcta. Cuatro conferencias globales sobre mujeres y una década dedicada a los derechos de las mujeres no han producido ninguna mejora en la vida de la mayor parte de estas, ni tampoco una crítica feminista seria o movilización alguna contra la apropiación de la riqueza mundial por parte de las corporaciones y de las mismas Naciones Unidas. Al contrario, las celebraciones del «empoderamiento de las mujeres» han ido de la mano de la aprobación de políticas sangrientas que han acabado con la vida de millones de personas, expropiado tierras y aguas costeras, arrojado a las mismas residuos tóxicos y convertido en refugiados a poblaciones enteras.

Inevitablemente, un ataque histórico como este a la vida humana, eternizado por las políticas de «crisis permanente», ha conducido a muchas de nosotras a repensar nuestras estrategias y perspectivas políticas. En mi caso, me ha impulsado a reconsiderar la cuestión del salario para el trabajo doméstico y a investigar el significado del creciente llamamiento que dentro de los círculos políticos radicales a nivel internacional se hace al desarrollo y producción de «lo común».

El movimiento WfH había identificado a la «trabajadora doméstica» como el sujeto social crucial en la premisa de que la explotación de su trabajo no asalariado y de las relaciones desiguales de poder construidas sobre su situación de no remunerada eran los pilares de la organización de la producción capitalista. De todas maneras, el retorno de la «acumulación primitiva» a escala mundial, comenzando por la inmensa expansión del mercado laboral, fruto de las múltiples formas de expropiación, ha provocado que me sea imposible seguir afirmando (como hice durante los setenta) que la campaña de WfH es la estrategia a seguir no solo para el movimiento feminista sino «para toda la clase obrera». La realidad de poblaciones enteras desmonetizadas por drásticas devaluaciones junto con la proliferación de planes de privatización de tierras y la mercantilización de todos los recursos naturales sitúa en primera línea y con carácter de urgencia la cuestión de la recuperación de los medios de producción y la creación de nuevas maneras de cooperación social. En cualquier caso, estos objetivos no deberían ser concebidos como excluyentes a las luchas por y sobre el «salario». Por ejemplo, la lucha de las trabajadoras domésticas inmigrantes para que se reconozca institucionalmente el «trabajo de cuidados» es muy importante estratégicamente, ya que la devaluación del trabajo reproductivo ha sido uno de los pilares de la acumulación capitalista y de la explotación capitalista del trabajo de las mujeres. Forzar a que el Estado pague un «salario social» o un «sueldo fijo» garantizando nuestra reproducción también continúa siendo un objetivo clave, puesto que el Estado mantiene como rehén gran parte de la riqueza que producimos.

La creación de común(es), entonces, debe ser vista como un complemento y una presuposición intrínseca a las luchas por el salario en un contexto en el que el empleo es más precario que nunca, en el que los ingresos económicos están sujetos a constantes manipulaciones, y la flexibilización, la gentrificación y la migración han destruido las formas de socialización que una vez caracterizaron la vida proletaria. Claramente, y tal y como argumento en la Tercera Parte, la reapropiación de tierras, la defensa de los bosques de la tala intensiva y la creación de huertos urbanos es solo el comienzo. Lo realmente importante, como han señalado repetidas veces Massimo De Angelis y Peter Linebaugh, tanto en sus trabajos como con su actividad política, es la producción de prácticas que generen «lo común» [*commoning practices*], comenzando por crear nuevas formas de reproducción social colectivas y por enfrentarnos a las divisiones que han sido sembradas entre nosotros sobre la base de la raza, el género, la edad y el origen geográfico. Este es uno de los temas que más me ha interesado durante los últimos años y al cual tengo la intención de dedicar gran parte de mi futuro trabajo, debido tanto a la actual crisis reproductiva —incluyendo

la destrucción de toda una generación de gente joven, en su mayor parte gente de color, que ahora mismo se pudre en nuestras cárceles— como a la creciente aceptación entre activistas de EEUU de que un movimiento que no es capaz de reproducirse a sí mismo, no es sostenible.[12] En Nueva York, esta certeza ha inspirado durante unos años el debate acerca de los «movimientos auto-reproductivos» y de las «comunidades de cuidados» en paralelo al desarrollo de varias estructuras de base comunitaria. Expandir la noción de lo común y darle un significado político más amplio también es algo que conforma el horizonte del Occupy Movement, la Primavera Árabe así como de muchas de las luchas que permanentemente tienen lugar contra los planes de austeridad en todo el planeta, ya que su capacidad de transformación emerge de su habilidad para reapropiarse de aquellos espacios controlados por el Estado y monetizados por el mercado convirtiéndolos de nuevo en lugares comunes.

Brooklyn, Nueva York, marzo de 2011

12 Sobre este tema, véase Team Colors, «The Importance of Supporting Building Foundations: Creating Community Sustaining Movements», *Rolling Thunder*, otoño de 2008, pp. 29-30.

Primera Parte.
Teorizar y politizar el trabajo doméstico

1. Salarios contra el trabajo doméstico (1975)

Ellos dicen que se trata de amor.
Nosotras que es trabajo no remunerado.
Ellos lo llaman frigidez. Nosotras absentismo.
Cada aborto es un accidente laboral.
La homosexualidad y la heterosexualidad son ambas condiciones laborales... pero la homosexualidad es el control de la producción por las trabajadoras, no el final del trabajo.
¿Más sonrisas? Más dinero. Nada será tan poderoso como esto para destruir las virtudes sanadoras de la sonrisa.
Neurosis, suicidio, desexualización: enfermedades laborales del ama de casa.

Muchas veces las dificultades y las ambigüedades que expresan las mujeres cuando se discute sobre el salario para el trabajo doméstico emergen del hecho de que reducen la idea de un salario para el trabajo doméstico a una cosa, un poco de dinero, en vez de enfocarlo como una perspectiva política. La diferencia entre estos dos puntos de partida es inmensa. Enfocar el salario doméstico como una cosa en lugar de hacerlo como una perspectiva supone desligar el resultado final de las luchas de la lucha misma, y perder lo que de significativo tiene en la desmistificación y la subversión del rol al cual han sido confinadas las mujeres en la sociedad capitalista.

Cuando observamos el salario doméstico desde este punto de vista reduccionista empezamos a preguntarnos a nosotras mismas: ¿qué diferencia supondría más dinero en nuestras vidas? Incluso podemos estar de acuerdo en que para muchas mujeres que no tienen ninguna otra alternativa más que el trabajo doméstico y el matrimonio, supondría de hecho una gran diferencia. Pero parece que para aquellas de nosotras que sí tenemos otras alternativas —un trabajo profesional, un marido ilustrado, un modelo de vida comunal, relaciones *gays*[1] o una combinación de estas— no supondría una gran diferencia. Se supone que para nosotras existen otras maneras de lograr la independencia económica, y que del último modo en que querríamos lograrla es identificándonos nosotras mismas como amas de casa, un destino, y en esto coincidimos todas, peor que la muerte. El problema de este posicionamiento es que en nuestra imaginación añadimos un poquito más de dinero a las desdichadas vidas que tenemos hoy en día y entonces nos preguntamos: «Bien, ¿y ahora qué?», bajo la falsa premisa de que podríamos conseguir ese dinero sin revolucionar al mismo tiempo —durante el proceso de lucha para su consecución— todas nuestras relaciones sociales y familiares.

Pero si enfocamos el salario doméstico desde una perspectiva política, podremos ver que la misma lucha produciría una revolución en nuestras vidas y en nuestro poder social como mujeres. También queda claro que si pensamos que no necesitamos dinero es porque hemos asumido las formas particulares de prostitución físicas y mentales que esconden esta necesidad. Como intentaré demostrar, el salario doméstico no es tan solo una perspectiva revolucionaria sino que es la única perspectiva revolucionaria desde un punto de vista feminista.

«Un trabajo por amor»

Es importante reconocer que cuando hablamos de trabajo doméstico no estamos hablando de un empleo como cualquier otro, sino que nos ocupa la manipulación más perversa y la violencia más sutil que el capitalismo ha perpetrado nunca contra cualquier segmento de la clase obrera. Cierto es que bajo el capitalismo todo trabajador es explotado y su relación con el capital se

[1] Mantenemos la palabra *gay*, siendo fieles al texto original, aunque el término lesbiana está aceptado desde la década de los setenta por influencia de la Segunda Ola del feminismo. [N. de la T.]

encuentra totalmente mistificada. El salario da la impresión de un trato justo: tú trabajas y te pagan, así tanto tu patrón como tú obtenéis lo que se le adeuda a cada uno; mientras que en realidad el salario, más que pagarte por el trabajo que llevas a cabo, esconde todo el trabajo no remunerado que conlleva su beneficio. No obstante, el salario por lo menos te reconoce como trabajador, por lo que puedes negociar y pelear sobre y contra los términos y la cantidad de ese trabajo. Tener un salario significa ser parte de un contrato social, y no hay duda alguna acerca de su sentido: no trabajas porque te guste, o porque te venga dado de un modo natural, sino porque es la única condición bajo la que se te permite vivir. Explotado de la manera que sea, no eres ese trabajo. Hoy eres cartero, mañana conductor de taxis. Todo lo que importa es cuánto de ese trabajo tienes que hacer y cuánto de ese dinero puedes obtener.

La diferencia con el trabajo doméstico reside en el hecho de que este no solo se le ha impuesto a las mujeres, sino que ha sido transformado en un atributo natural de nuestra psique y personalidad femenina, una necesidad interna, una aspiración, proveniente supuestamente de las profundidades de nuestro carácter de mujeres. El trabajo doméstico fue transformado en un atributo natural en vez de ser reconocido como trabajo ya que estaba destinado a no ser remunerado. El capital tenía que convencernos de que es natural, inevitable e incluso una actividad que te hace sentir plena, para así hacernos aceptar el trabajar sin obtener un salario. A su vez, la condición no remunerada del trabajo doméstico ha sido el arma más poderosa en el fortalecimiento de la extendida asunción de que el trabajo doméstico no es un trabajo, anticipándose al negarle este carácter a que las mujeres se rebelen contra él, excepto en el ámbito privado del dormitorio-cocina que toda la sociedad acuerda ridiculizar, minimizando de esta manera aún más a las protagonistas de la lucha. Se nos ve como brujas gruñonas, no como trabajadoras en lucha.

Aun así, lo poco natural que es ser ama de casa se demuestra mediante el hecho de que requiere al menos veinte años de socialización y entrenamiento día a día, dirigido por una madre no remunerada, preparar a una mujer para este rol y convencerla de que tener hijos y marido es lo mejor que puede esperar de la vida. Incluso eso, raramente sucede. No importa lo bien que se nos entrene, pocas mujeres no se sienten traicionadas cuando tras la luna de miel se encuentran a sí mismas frente a un fregadero sucio. Muchas de nosotras aún mantenemos la ilusión de que nos casamos por amor. Muchas otras reconocemos que nos casamos en aras de conseguir dinero y seguridad; pero es momento de reconocer que aunque el dinero que aporta es bastante poco, el trabajo que conlleva es enorme. Es por ello que las mujeres mayores siempre

nos dicen: «Disfruta de tu libertad mientras puedas, cómprate lo que quieras ahora». Pero desafortunadamente es casi imposible disfrutar de ninguna libertad si, desde los primeros días de tu vida, se te entrena para ser dócil, servil, dependiente y, lo más importante, para sacrificarte tú misma e incluso obtener placer de ello. Si no te gusta es tu problema, tu error, tu culpa y tu tara.

Debemos admitir que el capital ha tenido mucho éxito escondiendo nuestro trabajo. Ha creado una obra maestra a expensas de las mujeres. Mediante la denegación del salario para el trabajo doméstico y su transformación en un acto de amor, el capital ha matado dos pájaros de un tiro. Primero, ha obtenido una cantidad increíble de trabajo casi gratuito, y se ha asegurado de que las mujeres, lejos de rebelarse contra ello, busquen obtener ese trabajo como si fuese lo mejor de la vida (y las palabras mágicas: «Sí, cariño, eres una mujer de verdad»). Al mismo tiempo, también ha disciplinado al trabajador masculino, al hacer que «su» mujer dependa de su trabajo y de su salario, y le ha atrapado en la disciplina laboral proporcionándole una sirvienta por la cual él mismo se esfuerza trabajando en la fábrica o en la oficina. De hecho nuestro papel como mujeres es no tener salario pero ser felices y, sobre todo, amorosas sirvientas de la «clase obrera», es decir, esos estratos del proletariado a los cuales el capital se ha visto obligado a garantizar más poder social. De la misma manera que Dios creó a Eva para dar placer a Adán, el capital creó al ama de casa para servir al trabajador masculino, física, emocional y sexualmente; para criar a sus hijos, coser sus calcetines y remendar su ego cuando esté destruido a causa del trabajo y de las (solitarias) relaciones sociales que el capital le ha reservado. Es precisamente esta peculiar combinación de servicios físicos, emocionales y sexuales que conforman el rol de sirvienta que las amas de casa deben desempeñar para el capital lo que hace su trabajo tan pesado y al mismo tiempo tan invisible. No es casual que la mayor parte de los hombres comiencen a pensar en el matrimonio tan pronto como encuentran su primer trabajo. Esto no sucede solo porque económicamente se lo puedan permitir sino porque el que haya alguien en casa que te cuide es la única posibilidad para no volverse loco después de pasar el día en una línea de montaje o en una oficina. Toda mujer sabe que debe cumplir con esos servicios para ser una mujer de verdad y lograr un matrimonio «exitoso». También en este caso, cuanto mayor es la pobreza familiar, mayor es la esclavitud a la que se ve sometida la mujer y no tan solo debido a la situación económica. De hecho el capital mantiene una política dual, una para la clase media y otra para las familias de clase trabajadora. No es accidental que sea en esta última donde encontramos el machismo menos sofisticado: cuantos más golpes se lleva un hombre en el trabajo más y mejor entrenada tiene que estar la mujer para absorber los mismos, y más permitido le estará el recuperar su ego

a su costa. Le pegas a tu mujer y viertes tu rabia en ella cuando te sientes frustrado o demasiado cansado a causa del trabajo, o cuando te han vencido en una lucha (aunque trabajar en una fábrica ya es una derrota). Cuanto más obedece un hombre y más ninguneado se siente, más manda alrededor suyo. La casa de un hombre es su castillo y su mujer debe aprender a esperar en silencio cuando él está de mal humor, a recomponer sus pedazos cuando está hecho trizas y odia el mundo, a darse la vuelta en el lecho cuando él dice «estoy demasiado cansado esta noche» o cuando lo hace tan rápido que, tal y como lo describió cierta vez una mujer, lo mismo podría estar haciéndolo con un bote de mayonesa. Las mujeres siempre han encontrado maneras de rebelarse, o de responder, pero siempre de manera aislada y en el ámbito privado. El problema es entonces cómo se lleva esta lucha fuera de la cocina y del dormitorio, a las calles.

Este fraude que se esconde bajo el nombre de amor y matrimonio nos afecta a todas, incluso si no estamos casadas, porque una vez que el trabajo doméstico está totalmente naturalizado y sexualizado, una vez que ha pasado a ser un atributo femenino, todas nosotras como mujeres estamos caracterizadas por ello. Si hacer determinadas tareas es natural, entonces se espera que todas las mujeres las lleven a cabo e incluso que les guste hacerlas, también aquellas mujeres que, debido a su posición social, pueden escaparse de parte de este trabajo y hasta de la mayor parte de él, ya que sus maridos pueden pagar criadas y psiquiatras y pueden disfrutar de diferentes tipos de relax y entretenimiento. Puede que no sirvamos a un hombre, pero todas nosotras nos encontramos en una situación de servilismo respecto a todo el mundo masculino. Esta es la razón por la que ser denominada mujer es tan degradante, un desprecio. «Sonríe, cariño, ¿qué te pasa, qué problema tienes?» es algo que cualquier hombre se siente legitimado a decirte, ya sea tu marido, el revisor del tren o tu jefe en el trabajo.

La perspectiva revolucionaria

Si partimos de este análisis podemos observar las implicaciones revolucionarias de la demanda del salario doméstico. *Es la demanda por la que termina nuestra naturaleza y comienza nuestra lucha porque el simple hecho de reclamar un salario para el trabajo doméstico significa rechazar este trabajo como expresión de nuestra naturaleza* y, a partir de ahí, rechazar precisamente el rol que el capital ha diseñado para nosotras.

Reclamar el salario para el trabajo doméstico socavará por sí mismo las expectativas que la sociedad tiene acerca de nosotras ya que estas expectativas —la esencia de nuestra socialización— son todas ellas funcionales a nuestra condición de no asalariadas en el hogar. En este sentido, es absurdo comparar la lucha de las mujeres por un salario para el trabajo doméstico con las luchas por un aumento salarial de los trabajadores masculinos en las fábricas. Cuando se lucha por incrementos salariales, el trabajador asalariado desafía su rol social pero permanece en él. Cuando reclamamos un salario para el trabajo doméstico luchamos sin ambigüedades y de manera directa contra nuestro rol social. Del mismo modo, existe una diferencia cualitativa entre las luchas de los trabajadores asalariados y las luchas de los esclavos por un salario y contra esa esclavitud. Tiene que quedar completamente claro que cuando luchamos por la consecución de un salario no luchamos para así poder entrar dentro del entramado de relaciones capitalistas, ya que nunca hemos estado fuera de ellas. Nos rebelamos para destruir el rol que el capitalismo ha otorgado a las mujeres, papel crucial dentro del momento esencial que supone para el capitalismo la división del trabajo y del poder social de la clase trabajadora, y gracias al cual el capital ha sido capaz de mantener su hegemonía. Es por todo esto que la exigencia de un salario para el trabajo doméstico es una demanda revolucionaria no porque por sí misma pueda destruir el capitalismo sino porque fuerza al capital a reestructurar las relaciones sociales en términos más favorables para nosotras y consecuentemente más favorables a la unidad de clase. De hecho reclamar el salario para el trabajo doméstico no significa que si nos pagasen seguiríamos llevando a cabo este trabajo. Significa precisamente lo contrario. Reivindicar el carácter asalariado de este trabajo es el primer paso para rechazar tener que hacerlo, puesto que la demanda de salario lo hace visible, y esta visibilidad es la condición más indispensable para empezar a rebelarse contra esta situación tanto en su aspecto de trabajo doméstico como en su insidioso carácter propio de la feminidad.

Contra cualquier acusación de «economicismo» deberíamos recordar que dinero es capital, esto es, el dinero otorga el poder de exigir trabajo. Así, reapropiarnos de ese dinero fruto de nuestro trabajo —y del trabajo de nuestras madres y abuelas— significa socavar al mismo tiempo el poder del capital de extraer más trabajo de nosotras. Y no deberíamos desestimar la capacidad del salario para desmistificar nuestra feminidad y hacer visible nuestro trabajo —nuestra feminidad como trabajo— en cuanto que ha sido su mismo carácter de no asalariado lo que ha sido tan útil y poderoso en la construcción de nuestro rol y en su encubrimiento. Reclamar el salario para el trabajo doméstico significa hacer visible que nuestras mentes, nuestros cuerpos y nuestras

emociones han sido, todos ellos, distorsionados en beneficio de una función específica y que, después, nos los han devuelto de nuevo, esta vez bajo un modelo con el cual todas debemos estar de acuerdo si queremos ser aceptadas como mujeres en esta sociedad.

Decir que queremos un salario por el trabajo doméstico que llevamos a cabo es exponer el hecho de que en sí mismo el trabajo doméstico es dinero para el capital, que el capital ha obtenido y obtiene dinero de lo que cocinamos, sonreímos y follamos. Al mismo tiempo demuestra que todo lo que hemos cocinado, sonreído y follado a lo largo de todos estos años no es algo que hiciéramos porque fuese más fácil para nosotras que para cualquier otra persona sino porque no teníamos ninguna otra opción. Nuestros rostros se han distorsionado de tanto sonreír, se nos atrofiaron los sentimientos de tanto amar y nuestra sobresexualización nos ha dejado completamente desexualizadas.

La demanda de salario para el trabajo doméstico es tan solo el comienzo, pero el mensaje es claro: a partir de ahora tendrán que pagarnos porque, como mujeres, ya no garantizamos nada. Queremos llamar trabajo al trabajo para que así eventualmente podamos redescubrir lo que es amar y crear nuestra propia sexualidad, aquella que nunca hemos conocido. Y, desde el punto de vista laboral, podemos reclamar no solo un salario sino muchos salarios, puesto que se nos ha forzado a trabajar de muchas maneras. Somos amas de casa, prostitutas, enfermeras, psicoanalistas; esta es la esencia de la esposa «heroica», la esposa homenajeada en el «Día de la Madre». Decimos: dejad de celebrar nuestra explotación, nuestro supuesto heroísmo. A partir de ahora queremos dinero por cada uno de estos momentos, y poder así negarnos a llevar a cabo parte de él y eventualmente todo ello. Respecto a esto nada puede ser más efectivo que demostrar que nuestras virtudes femeninas ya poseen un valor económico calculable: hasta ahora solo lo tenían para el capital, incrementado en la medida en que éramos derrotadas; a partir de ahora, contra el capital, y para nosotras, incrementaremos su valor en la medida en que organicemos nuestro poder.

La lucha por los servicios sociales

Esta es la perspectiva más radical que podemos adoptar porque podemos pedir guarderías, salario equitativo, lavanderías gratuitas… pero no lograremos nunca un cambio real a menos que ataquemos directamente la raíz de nuestro

rol femenino. Nuestra lucha por los servicios sociales, es decir, por mejores condiciones laborales, siempre se verá frustrada hasta que no se establezca en primer lugar que nuestro trabajo es trabajo. Hasta que no luchemos contra todo ello, nunca lograremos victoria alguna en ningún momento. Fracasaremos en la demanda de lavanderías gratuitas a no ser que antes nos alcemos contra el hecho de que no podemos amar si no es al precio de trabajo infinito, trabajo que día a día encoge y daña nuestros cuerpos, nuestra sexualidad, nuestras relaciones sociales, y a no ser que escapemos primero del chantaje por el cual nuestra necesidad de recibir afecto se nos devuelve como una obligación laboral, por la que nos sentimos constantemente resentidas contra nuestros maridos, hijos y amigos y después culpables por este resentimiento. Adquirir un segundo trabajo no cambia ese rol como han demostrado años y años de trabajo femenino fuera de casa. Un segundo trabajo no solo incrementa nuestra explotación sino que únicamente reproduce nuestro rol de diferentes maneras. Donde sea que miremos podemos observar que los trabajos llevados a cabo por mujeres son meras extensiones de la labor de amas de casa. No solo nos convertimos en enfermeras, criadas, profesoras, secretarias para todo, labores en las cuales se nos adoctrina en casa, sino que estamos en el mismo aprieto que entorpece nuestras luchas en el hogar: el aislamiento, el hecho de que dependan de nosotras las vidas de otras personas y la imposibilidad de ver dónde comienza y termina nuestro trabajo, dónde comienzan y acaban nuestros deseos. ¿Llevarle un café al jefe y charlar con él acerca de sus problemas maritales es trabajo de secretaria o un favor personal? El que tengamos que preocuparnos acerca de nuestra imagen en el trabajo, ¿es una condición laboral o resultado de la vanidad femenina? De hecho, hasta hace poco en Estados Unidos, las azafatas eran pesadas periódicamente y tenían que estar constantemente a dieta —una tortura que conocen todas las mujeres— por miedo a ser despedidas. Como se dice a menudo cuando las necesidades del mercado de trabajo asalariado requieren su presencia: «Una mujer puede llevar a cabo cualquier trabajo sin perder su feminidad», lo cual simplemente significa que no importa lo que hagas ya que tan solo eres un «coño».

De cara a las propuestas de socialización y colectivización del trabajo doméstico, un par de ejemplos serán suficientes para trazar una línea divisoria entre estas alternativas y nuestra perspectiva. Una cosa es construir guarderías tal y como nosotras las queremos y luego reclamar al Estado que las pague. Otra muy distinta es llevar al Estado a nuestros hijos y después pedirle que les cuide no por cinco horas sino quince horas diarias. Una cosa es organizar comunalmente la manera en la que queremos alimentarlos (nosotras mismas, en grupos) y exigirle al Estado que asuma este gasto y lo diametralmente

opuesto es demandarle al Estado que organice nuestros menús. En uno de los casos adquirimos determinado control sobre nuestras vidas, de la otra manera le otorgamos más control sobre nosotras.

La lucha contra el trabajo doméstico

Algunas mujeres preguntan: ¿De qué manera cambiará el salario doméstico la actitud de nuestros maridos respecto a nosotras? ¿No esperarán de nosotras exactamente las mismas labores e incluso más que antes, una vez que se empiece a pagarnos? Este punto de vista no tiene en cuenta que se espera tanto de nosotras precisamente porque no se nos paga por nuestro trabajo, porque se asume que es una «cosa de mujeres» que no nos requiere mucho esfuerzo. Los hombres son capaces de aceptar nuestros servicios y adquirir placer de ellos precisamente porque presumen que el trabajo doméstico es una tarea sencilla para nosotras y que la disfrutamos porque lo hacemos por su amor. De hecho esperan que estemos agradecidas porque cuando se casan con nosotras o viven con nosotras consideran que nos han otorgado la oportunidad de realizarnos y expresarnos como mujeres (esto es, servirles). «Eres afortunada por haber encontrado un hombre como yo», dicen ellos. Solo cuando los hombres vean nuestro trabajo como trabajo —nuestro amor como trabajo— y, más importante todavía, nuestra determinación a rechazar ambos, cambiarán su actitud hacia nosotras. No tendrán miedo ni se sentirán socavados como hombres hasta que miles de mujeres salgan a la calle para gritar que las tareas inacabables de limpieza, que la total disponibilidad emocional, que follar cuando se nos exige por miedo a perder nuestros trabajos es un trabajo duro, odiado, que desgasta nuestras vidas. Y sin embargo esto es lo mejor que les puede suceder desde su punto de vista, ya que mostrando la manera en la que el capital nos ha mantenido divididos (el capital les ha disciplinado a través de nosotras y a nosotras a través de ellos, cada una contra el otro), nosotras —sus muletas, sus esclavas, sus cadenas— abrimos el proceso de su liberación. Es desde esta perspectiva que el salario para el trabajo doméstico será mucho más educativo que intentar demostrarles que podemos trabajar tan bien como ellos, que podemos llevar a cabo los mismos trabajos. Dejemos este valioso esfuerzo a las «mujeres profesionales», las mujeres que escapan a su opresión no mediante la fuerza de la unidad y de la lucha sino a través del poder de mando, el poder de oprimir —habitualmente a otras mujeres. Y no tenemos que probar que podemos «romper la barrera del trabajo fabril». Muchas de

nosotras hemos derribado esa barrera hace mucho tiempo y hemos descubierto que los monos de trabajo no nos proporcionan más poder que el delantal —y muchas veces todavía menos puesto que tenemos que realizar ambas tareas por lo que nos queda menos tiempo incluso para luchar. Lo que tenemos que demostrar es nuestra capacidad de mostrar el trabajo que ya realizamos, lo que el capital nos está haciendo y nuestra fuerza para oponernos a ello.

Desafortunadamente, muchas mujeres —especialmente solteras— se asustan con la perspectiva de un salario para el trabajo doméstico porque tienen miedo de que se las identifique siquiera por un segundo con amas de casa. Saben que esa es la posición más impotente en la sociedad y no quieren asumir que ellas también son amas de casa. Esta es precisamente nuestra debilidad, ya que nuestra esclavitud se perpetúa mediante esta falta de autoidentificación. Debemos y queremos reconocer que todas somos amas de casa, todas somos prostitutas y todas somos *gays*, porque mientras aceptemos todas estas divisiones y pensemos que somos algo mejor, algo distinto a un ama de casa, estaremos aceptando la lógica del amo. Todas somos amas de casa puesto que, sin importar donde estemos, ellos siempre pueden contar con más trabajo de nuestra parte, más miedo al que subordinar nuestras demandas y menos insistencia de la que deberían encontrar, ya que se supone que nuestras mentes están puestas en algún otro lugar, en ese hombre que en nuestro presente o nuestro futuro «nos cuidará».

También nos hacemos ilusiones de poder escapar del trabajo doméstico. Pero, ¿cuántas de nosotras hemos escapado aun trabajando fuera del hogar? ¿Podemos desechar tan fácilmente la idea de vivir con un hombre? ¿Qué pasa si perdemos nuestros empleos? ¿Qué decir de envejecer perdiendo incluso esa pequeña cantidad de poder que proporciona la juventud (productividad) y el atractivo (productividad femenina)? ¿Qué hacemos respecto a tener hijos? ¿Nos arrepentiremos algún día de no haberlos tenido, de no habernos planteado realmente esta pregunta? ¿Podemos asumir las relaciones *gays*? ¿Estamos dispuestas a pagar el posible precio del aislamiento y la exclusión? Sin embargo, ¿realmente podemos permitirnos las relaciones con los hombres?

La pregunta es: ¿por qué son estas nuestras únicas alternativas y qué tipo de luchas nos llevan más allá de ellas?

2. Por qué la sexualidad es un trabajo (1975)

La sexualidad es el descanso que se nos otorga dentro de la disciplina del proceso laboral. Es el complemento necesario para la rutina y la reglamentación de la semana laboral. Es una licencia para «ser natural», para «dejarse llevar», para que así podamos regresar más frescos a nuestro lugar de trabajo el lunes siguiente. El «sábado noche» es la irrupción de lo «espontáneo», lo irracional dentro de la racionalidad de la disciplina capitalista en nuestra vida. Se supone que es la compensación por nuestro trabajo y se nos vende ideológicamente como «lo distinto» al trabajo: un espacio de libertad en el cual presumiblemente podemos ser nosotros mismos —una posibilidad para conectar íntimamente, de «manera genuina», en un universo de relaciones sociales en las cuales nos vemos constantemente forzados a reprimir, aplazar, posponer y esconder, incluso de nosotros mismos, lo que deseamos.

Siendo esta la promesa, lo que de hecho recibimos está bastante lejos de nuestras expectativas. Igual que no podemos regresar a la naturaleza con solo despojarnos de la ropa, tampoco podemos ser «nosotros mismos» simplemente porque sea la hora de hacer el amor. Poca espontaneidad es posible cuando los tiempos, las condiciones y la cantidad de energía disponible para el amor están fuera de nuestro control. Tras una semana de trabajo, nuestros cuerpos y sentimientos están entumecidos y no podemos ponerlos en marcha como si fuésemos máquinas. Porque lo que surge cuando nos «dejamos llevar» es más a menudo nuestra violencia y nuestra frustración reprimidas que nuestro propio yo oculto y listo para renacer en la cama.

Ya que, entre otras cosas, siempre somos conscientes de la falsedad de esta espontaneidad. No importa cuántos grititos, suspiros y ejercicios eróticos hagamos en la cama, nosotras sabemos que es un paréntesis y que mañana ambos estaremos de nuevo dentro de nuestros civilizados trajes (nos tomaremos juntos un café mientras nos preparamos para ir a trabajar). Cuanto más nos damos cuenta de que esto es un paréntesis que se nos negará el resto del día o de la semana, más difícil se nos hace volvernos «salvajes» y «olvidarlo todo». Y no podemos evitar sentirnos enfermas fácilmente. Es la misma vergüenza que experimentamos cuando nos desnudamos sabiendo que haremos el amor; la vergüenza del día después, cuando ya estamos ocupadas restableciendo las distancias; la misma vergüenza (finalmente) que sentimos al pretender ser alguien totalmente distinta de quien somos durante el resto del día. Esta transición es especialmente dolorosa para las mujeres; los hombres parecen ser expertos, posiblemente debido a que han estado sujetos a una reglamentación más estricta en su trabajo. Las mujeres siempre nos hemos preguntado cómo es posible que tras una nocturna muestra de pasión, «él» pueda levantarse ya en un mundo diferente, tan distante algunas veces que es difícil restablecer incluso una conexión física. De todas maneras, siempre son las mujeres las que más sufrimos el carácter esquizofrénico de las relaciones sexuales, no solo porque llegamos al final del día con más trabajo y más preocupaciones sobre nuestras espaldas sino porque además tenemos la responsabilidad adicional de hacer placentera la relación sexual para el hombre. Esta es la razón por la que habitualmente las mujeres somos menos receptivas. Para nosotras el sexo es un trabajo, es un deber. El deber de complacer está tan imbuido en nuestra sexualidad que hemos aprendido a obtener placer del dar placer, del enardecer y excitar a los hombres.

Ya que se espera que proporcionemos descanso, inevitablemente nos convertimos en el objeto sobre el cual los hombres descargan su violencia reprimida. Somos violadas tanto en nuestros lechos como en las calles, precisamente porque hemos sido situadas para proveer satisfacción sexual, para actuar como válvulas de escape para todo lo que va mal en la vida de un hombre, y a los hombres siempre se les ha permitido volcar su rabia contra nosotras si no nos adaptamos al rol asignado, especialmente cuando nos negamos a actuar.

La compartimentación es solo uno de los aspectos de la mutilación de nuestra sexualidad. La subordinación de nuestra sexualidad a la reproducción de la fuerza de trabajo ha supuesto la imposición de la heterosexualidad como único comportamiento sexual aceptable. En realidad toda comunicación genuina tiene un componente sexual puesto que no hay división posible entre nuestros

cuerpos y nuestras emociones y nos comunicamos utilizando continuamente todos estos aspectos. Sin embargo, el contacto sexual con otras mujeres está prohibido puesto que, según la moral burguesa, todo lo que es improductivo es obsceno, antinatural y pervertido. Esto ha implicado la imposición sobre nosotras de una verdadera condición esquizofrénica, ya que desde muy pronto en nuestras vidas debemos aprender a trazar una línea entre las personas a las que podemos amar y las personas con las que tan solo podemos hablar, entre aquellas a las que podemos abrir nuestros cuerpos y aquellas a las que tan solo podemos mostrar nuestras «almas», nuestros amantes y nuestras amigas. El resultado es que somos almas incorpóreas para nuestras amigas mujeres y cuerpos sin alma para nuestros amantes masculinos. Esta división no solo nos aleja de las otras mujeres sino que nos separa de nosotras mismas en relación con lo que aceptamos o no de nuestros cuerpos y sentimientos, de esas partes «puras» que están ahí para su exhibición, y aquellas «sucias», las partes «secretas» que solo pueden ver la luz (y así transformarse en partes puras) en el lecho conyugal, punto de partida de la producción.

Es esta misma preocupación por la producción la que ha forzado que la sexualidad, especialmente en las mujeres, se confine a determinados momentos de nuestras vidas. La sexualidad se reprime en los niños y en los adolescentes así como en las mujeres mayores. Por ello los años en los que se nos permite ser sexualmente activas son los mismos en los que nos encontramos más cargadas de trabajo, cuando disfrutar de nuestra sexualidad supone una hazaña.

Pero la principal razón por la que no podemos disfrutar del placer que nuestra sexualidad puede proporcionarnos es porque para las mujeres el *sexo es un trabajo.* Proporcionar placer al hombre es lo que se espera de toda mujer.

La libertad sexual no nos ayuda en esto. Ciertamente es importante el que no se nos lapide si somos «infieles», o si se dan cuenta de que no somos «vírgenes», pero la «liberación sexual» ha incrementado nuestra tarea. En el pasado solo se esperaba de nosotras que criáramos a nuestros hijos. Ahora se exige que encontremos un trabajo asalariado, también que limpiemos la casa y tengamos niños y, además, que, al final de una doble jornada laboral, estemos listas para saltar a la cama y seamos sexualmente tentadoras. Para las mujeres el derecho a la sexualidad es la obligación de tener sexo y de disfrutarlo (y esto no es algo que se espere de muchos trabajos, es decir, que además resulten placenteros), razón que emana como origen de tantas investigaciones habidas durante los últimos años en torno a qué partes de nuestro cuerpo —ya sea la vagina o el clítoris— son sexualmente más productivas.

Independientemente de si se observa desde su vertiente más liberal o desde su forma más represiva, nuestra sexualidad sigue estando bajo control. Las leyes, la medicina y nuestra dependencia económica de los hombres, todo ello garantiza que, aunque se relajen las reglas, la espontaneidad quede descartada de nuestras vidas. La represión sexual dentro de la familia es una función de este control. A este respecto, padres, hermanos, maridos, chulos, todos ellos han actuado como agentes del Estado, para supervisar nuestro trabajo sexual, para asegurarse de que proveeríamos los servicios sexuales de acuerdo a lo establecido, a las normas sancionadas de la productividad.

La dependencia económica es la forma final de control sobre nuestra sexualidad. Es la razón por la que el trabajo sexual es todavía hoy una de las principales ocupaciones laborales de las mujeres y la razón de que la prostitución subyazca en cada encuentro sexual. Bajo estas condiciones no puede haber ninguna espontaneidad sexual para nosotras, y eso explica también por qué el placer es tan efímero dentro de nuestra vida sexual.

Precisamente debido a la compraventa que se da en estas relaciones, la sexualidad siempre va acompañada para nosotras de ansiedad, y es la parte del trabajo doméstico que genera más odio hacia nosotras mismas. Además, la comercialización del cuerpo femenino vuelve imposible que nos sintamos a gusto con él, independientemente de su tamaño y forma. Ninguna mujer puede desnudarse felizmente frente a un hombre sabiendo no solo que está siendo evaluada sino que existen estándares de actuación para los cuerpos femeninos con los que hay que identificarse y de los que, cualquier persona, hombre o mujer, está al tanto, ya que están esparcidos por todas partes alrededor nuestro, en cada muro de nuestras ciudades y en la pantalla de la televisión. Saber que, de alguna manera, nos estamos vendiendo, ha destruido nuestra autoconfianza y el placer para con nuestros cuerpos.

Esta es la razón que nos lleva a que, seamos flacas o gordas, tengamos la nariz pequeña o grande, seamos bajitas o altas, todas odiemos nuestro cuerpo. Lo odiamos porque estamos habituadas a observarlo desde fuera, con los ojos de los hombres que conocemos, y con la mente puesta en el cuerpo como mercancía. Lo odiamos porque estamos acostumbradas a verlo como algo que hay que vender, algo que está alienado de nosotras y que está siempre en el mostrador. Lo odiamos porque somos conscientes de todo lo que depende de él. De nuestra apariencia corporal depende que podamos encontrar un trabajo mejor o peor (ya sea en casa o fuera de ella), que podamos adquirir cierto poder social, algo de compañía para así vencer la soledad que

nos espera cuando envejezcamos y, a menudo, también durante la juventud. Y estamos siempre temerosas de que nuestro cuerpo pueda volverse contra nosotras, que tal vez engordemos, nos salgan arrugas, nos hagamos viejas rápidamente y esto provoque la indiferencia de la gente, de que perdamos nuestro derecho a la intimidad con alguien, que malogremos la oportunidad de que nos toquen o abracen.

En resumen, estamos demasiado ocupadas representando un papel, demasiado atareadas complaciendo, demasiado temerosas de fallar, para disfrutar haciendo el amor. Es nuestra sensación de valía la que está en juego en cada relación sexual. Si un hombre nos dice que hacemos bien el amor, que le excitamos, independientemente de que nos guste o no tener relaciones sexuales con él, nos sentimos bien, sus palabras impulsan nuestra sensación de confianza, incluso aunque tengamos claro que después tendremos que fregar los platos. Pero nunca se nos permite olvidar el intercambio producido, porque nunca trascendemos la situación de relación-valoración en nuestras relaciones amorosas con los hombres. «¿Cuánto?» es la pregunta que siempre domina nuestra experiencia con la sexualidad. Muchos de nuestros encuentros sexuales se van entre especulaciones y cálculos. Suspiramos, sollozamos, jadeamos, resoplamos, saltamos arriba y abajo en la cama, pero mientras tanto nuestro cerebro sigue calculando «cuánto»: ¿cuánto de nosotras podemos dar antes de perder o de malvendernos? ¿Cuánto lograremos que nos devuelvan? Si es nuestra primera cita, ¿cómo de lejos le podemos dejar que llegue? ¿Puede levantarnos la falda, le dejamos abrirnos la blusa, meter los dedos bajo el sujetador? ¿En qué momento deberíamos decirle «hasta aquí»? ¿Cómo de duramente debemos rechazarle? ¿Cuándo podemos decirle que nos gusta antes de que empiece a pensar que somos «baratas»?

Hay que mantener altos los precios —esta es la norma, al menos la que se nos enseña. Si ya estamos en la cama los cálculos se vuelven más complicados, porque también tenemos que contar con las posibilidades de quedarnos embarazadas, lo que significa que entre jadeos y suspiros tenemos que calcular nuestro calendario menstrual. Fingir excitación durante el acto sexual, en ausencia del orgasmo, también es un trabajo, y uno duro, porque cuando finges nunca sabes hasta dónde deberías llegar y siempre acabas haciendo más de lo que deberías.

De hecho, nos ha llevado un montón de combates y ha sido necesario empoderarnos para empezar a admitir que *nada estaba sucediendo*.

3. Contraatacando desde la cocina (1975)

*Escrito con Nicole Cox**

Desde los tiempos de Marx, ha quedado claro que el salario es la herramienta mediante la que gobierna y se desarrolla el capital, es decir, que el cimiento de la sociedad capitalista ha sido la implementación del salario obrero y la explotación directa de las y los obreros. Lo que no ha quedado nunca claro y no ha sido asumido por las organizaciones del movimiento obrero es que ha sido precisamente a través del salario como se ha orquestado la organización de la explotación de los trabajadores no asalariados. Esta explotación ha resultado ser todavía más efectiva puesto que la falta de remuneración la oculta: *en lo que a las mujeres se refiere, su trabajo aparece como un servicio personal externo al capital.*[1]

* Este texto se escribió originalmente como respuesta a un artículo que apareció en la revista *Liberation* bajo el título «Women and Pay for Housework» [«Mujeres y paga para el trabajo doméstico»], firmado por Carol Lopate (*Liberation,* vol. 18, núm. 8, mayo-junio de 1974, pp. 8-11). Nuestra réplica al artículo fue rechazada por los editores de la revista. Si lo publicamos ahora es porque, en ese momento, Lopate mostraba mayor apertura que la mayoría de la izquierda tanto respecto a sus hipótesis fundamentales como en relación con el movimiento internacional de mujeres. Con la publicación de este artículo no queremos dar pie a un debate estéril con la izquierda sino cerrarlo.

1 Mariarosa Dalla Costa, «Women and the Subversion of the Community», en Dalla Costa y Selma James (eds.), *The Power of Women and the Subversion of the Community*, Bristol, Falling Wall Press, 1973, pp. 25-26 [ed. cast.: «Las mujeres y la subversión de la comunidad» en *El poder de las mujeres y la subversión de la comunidad*, México, Siglo XXI Editores, 1975].

No es casual que durante los últimos meses diversas publicaciones de izquierdas hayan propagado ataques contra la campaña Salario para el Trabajo Doméstico (WfH por sus siglas en inglés). Siempre que el movimiento feminista ha tomado una posición autónoma, la izquierda se ha sentido traicionada. La izquierda se da cuenta de que esta perspectiva conlleva implicaciones que van más allá de la «cuestión de la mujer» y que representa una ruptura con su política pasada y presente, tanto respecto a las mujeres como al resto de la clase obrera. De hecho, el sectarismo que la izquierda ha demostrado tradicionalmente en relación con las luchas feministas es una consecuencia de su interpretación reduccionista del alcance y de los mecanismos necesarios para el funcionamiento del capitalismo así como de la dirección que la lucha de clases debe tomar para romper este dominio.

En el nombre de la «lucha de clases» y del «interés unitario de la clase trabajadora», la izquierda siempre ha seleccionado a determinados sectores de la clase obrera como sujetos revolucionarios y ha condenado a otros a un rol meramente solidario en las luchas que estos sectores llevaban a cabo. Así la izquierda ha reproducido dentro de sus objetivos organizativos y estratégicos las mismas divisiones de clase que caracterizan la división capitalista del trabajo. A este respecto, y pese a la variedad de posicionamientos tácticos, la izquierda se ha mantenido estratégicamente unida. Cuando llega el momento de decidir qué sujetos son revolucionarios, estalinistas, trotskistas, anarcolibertarios, vieja y nueva izquierda, todos se unen bajo las mismas afirmaciones y argumentos en pro de la causa común.

Nos ofrecen «desarrollo»

Desde el mismo momento en el que la izquierda aceptó el salario como línea divisoria entre trabajo y no trabajo, producción y parasitismo, poder potencial e impotencia, la inmensa cantidad de trabajo que las mujeres llevan a cabo en el hogar para el capital escapó a su análisis y estrategias. Desde Lenin hasta Juliet Mitchell pasando por Gramsci, toda la tradición de izquierdas ha estado de acuerdo en la marginalidad del trabajo doméstico en la reproducción del capital y la marginalidad del ama de casa en la lucha revolucionaria. Según la izquierda, como amas de casa, las mujeres no sufren el capital sino que sufren por la ausencia del mismo. Parece que nuestro problema es que el capital ha fallado en su intento de llegar a nuestras cocinas y dormitorios, con

la doble consecuencia de que nosotras presumiblemente nos mantenemos en un estado feudal, precapitalista, y que nada de lo que hagamos en los dormitorios o en las cocinas puede ser relevante para el cambio social. Obviamente si nuestras cocinas están fuera de la estructura capitalista nuestra lucha para destruirlas nunca triunfará, provocando así la caída del capital.

Pero por qué el capital permite que sobreviva tanto trabajo no rentable, tanto tiempo de trabajo improductivo, es una pregunta que la izquierda nunca encara, siempre segura de la irracionalidad e incapacidad del capital para planificar. Irónicamente ha trasladado su ignorancia respecto a la relación específica de las mujeres con el capital a una teoría por la cual el subdesarrollo político de las mujeres solo se superará mediante nuestra entrada en la fábrica. Así, la lógica de un análisis que focaliza la opresión de la mujer como resultado de su exclusión de las relaciones capitalistas resulta inevitablemente en una estrategia diseñada para que formemos parte de esas relaciones en lugar de destruirlas.

En este sentido, hay una conexión directa entre la estrategia diseñada por la izquierda para las mujeres y la diseñada para el «Tercer Mundo». De la misma manera que desean introducir a las mujeres en las fábricas, quieren llevar las fábricas al «Tercer Mundo». En ambos casos la izquierda presupone que los «subdesarrollados» —aquellos de nosotros que no recibimos salarios y que trabajamos con un menor nivel tecnológico— estamos retrasados respecto a la «verdadera clase trabajadora» y que tan solo podremos alcanzarla a través de la obtención de un tipo de explotación capitalista más avanzada, un mayor trozo del pastel del trabajo en las fábricas. En ambas situaciones, la lucha que ofrece la izquierda a los no asalariados, a los «subdesarrollados», no es la rebelión contra el capital sino la pelea por él, por un tipo de capitalismo más racionalizado, desarrollado y productivo. En lo tocante a nosotras, no nos ofrecen solo el «derecho a trabajar» (esto se lo ofrecen a todos los trabajadores) sino que nos ofrecen el derecho a trabajar más, el derecho a estar más explotadas.

Un nuevo campo de batalla

El cimiento político del movimiento por un salario para el trabajo doméstico lo constituye el rechazo a esta ideología capitalista que equipara la falta de salario y un bajo desarrollo tecnológico con un retraso político y con falta de capacidad y, finalmente, proclama la necesidad de capital como condición previa

para que podamos organizarnos. Es una negativa a aceptar el supuesto de que como somos trabajadoras no asalariadas o que trabajamos con un menor desarrollo tecnológico (y ambas condiciones van íntimamente ligadas) nuestras necesidades deben ser diferentes a las del resto de la clase trabajadora. Nos negamos a aceptar que mientras los trabajadores masculinos de la automoción en Detroit pueden rebelarse contra el trabajo en la cadena de montaje, nosotras, desde las cocinas en las metrópolis o desde las cocinas y los campos del «Tercer Mundo», debamos tener como objetivo trabajar en una fábrica, cuando entre los obreros de todo el mundo aumenta cada vez más el rechazo a este tipo de trabajo. Nuestra animadversión a la ideología izquierdista es la misma que mostramos frente a la asunción de que el desarrollo capitalista sea un camino hacia la liberación o, más específicamente, supone nuestro rechazo al capitalismo en cualquiera de las formas que adopte. De forma inherente a este rechazo, surge una redefinición de qué es el capitalismo y quién forma la clase obrera —es decir, una revaluación de las fuerzas y las necesidades de clase.

Por esto, la campaña Salario para el Trabajo Doméstico no es una demanda más entre tantas otras sino una perspectiva política que abre un nuevo campo de batalla, que comienza con las mujeres pero que es válida para toda la clase obrera.[2] Debemos enfatizar esto ya que el reduccionismo que se hace de la campaña Salario para el Trabajo Doméstico a una mera demanda es un elemento común en los ataques que la izquierda lanza sobre la campaña como modo de desacreditarla y que permite a sus críticos evitar la confrontación con los diferentes conflictos políticos que desvela.

El artículo de Lopate, «Women and a Pay for Housework», es un claro ejemplo de esta tendencia. Ya en el mismo título «Pay for Housework» se falsea el problema, reclamar un salario [*wage*] no es lo mismo que recibir una paga [*pay*], el salario es la expresión de la relación de poder entre el capital y la clase trabajadora. Un modo más sutil de desacreditar la campaña es el argumento de que esta perspectiva se ha importado desde Italia y que tiene poca relevancia respecto a la situación en EEUU donde las mujeres «sí trabajan».[3] Este es otro claro ejemplo de desinformación. *El poder de las*

2 Silvia Federici, «Wages against Housework», 1975 [recogido en el presente volumen como «Salarios contra el trabajo doméstico»].

3 «La demanda de una paga para el trabajo doméstico llega de Italia, donde la inmensa mayoría de las mujeres de todas las clases todavía permanecen en los hogares. En EEUU más de la mitad de las mujeres trabajan». Lopate, «Women and Pay for Housework», *op. cit.*, p. 9.

mujeres y la subversión de la comunidad —la única fuente que Lopate nombra— reconoce la dimensión internacional del contexto en el cual se origina la campaña Salario para el Trabajo Doméstico. En cualquier caso, trazar el origen geográfico de WfH está fuera de lugar en este estadio de la integración internacional del capital. Lo que importa es la génesis *política*, y esta es el rechazo a asumir como trabajo la explotación, y el rechazo a que solo sea posible rebelarse contra aquello que conlleve un salario. En nuestro caso, supone el fin de la división entre las «mujeres que trabajan» y las «que no trabajan» (puesto que «tan solo son amas de casa»), división que implica que el trabajo no asalariado no se asuma como trabajo, que el trabajo doméstico no sea trabajo y, paradójicamente, que la causa de que en EEUU la mayoría de las mujeres *de facto* trabajen y luchen sea que muchas tienen un segundo empleo. No reconocer el trabajo que las mujeres llevan a cabo en casa es estar ciego ante el trabajo y las luchas de una abrumadora mayoría de la población mundial que no está asalariada. Es ignorar que el capital estadounidense se construyó sobre el trabajo de los esclavos tanto como sobre el trabajo asalariado y que, hasta el día de hoy, crece gracias al trabajo en negro de millones de mujeres y hombres en los campos, cocinas y prisiones de EEUU y de todo el mundo.

El trabajo invisibilizado

Partiendo de nuestra situación como mujeres, sabemos que la jornada laboral que efectuamos para el capital no se traduce necesariamente en un cheque, que no empieza y termina en las puertas de la fábrica, y así redescubrimos la naturaleza y la extensión del trabajo doméstico en sí mismo. Porque tan pronto como levantamos la mirada de los calcetines que remendamos y de las comidas que preparamos, observamos que, aunque no se traduce en un salario para nosotras, producimos ni más ni menos que el producto más precioso que puede aparecer en el mercado capitalista: la fuerza de trabajo. El trabajo doméstico es mucho más que la limpieza de la casa. Es servir a los que ganan el salario, física, emocional y sexualmente, tenerlos listos para el trabajo día tras día. Es la crianza y cuidado de nuestros hijos —los futuros trabajadores— cuidándoles desde el día de su nacimiento y durante sus años escolares, asegurándonos de que ellos también actúen de la manera que se espera bajo el capitalismo. Esto significa que tras cada fábrica, tras cada escuela, oficina o mina se encuentra oculto

el trabajo de millones de mujeres que han consumido su vida, su trabajo, produciendo la fuerza de trabajo que se emplea en esas fábricas, escuelas, oficinas o minas.[4]

Esta es la razón por la que, tanto en los países «desarrollados» como en los «subdesarrollados», el trabajo doméstico y la familia son los pilares de la producción capitalista. La disponibilidad de una fuerza de trabajo estable, bien disciplinada, es una condición esencial para la producción en cualquiera de los estadios del desarrollo capitalista. Las condiciones en las que se lleva a cabo nuestro trabajo varían de un país a otro. En algunos países se nos fuerza a la producción intensiva de hijos, en otros se nos conmina a no reproducirnos, especialmente si somos negras o si vivimos de subsidios sociales o si tendemos a reproducir «alborotadores». En algunos países producimos mano de obra no cualificada para los campos, en otros trabajadores cualificados y técnicos. Pero en todas partes nuestro trabajo no remunerado y la función que llevamos a cabo para el capital es la misma.

Lograr un segundo empleo nunca nos ha liberado del primero. El doble empleo tan solo ha supuesto para las mujeres tener incluso menos tiempo y energía para luchar contra ambos. Además, una mujer que trabaje a tiempo completo en casa o fuera de ella, tanto si está casada como si está soltera, tiene que dedicar horas de trabajo para reproducir su propia fuerza de trabajo, y las mujeres conocen de sobra la tiranía de esta tarea, ya que un vestido bonito o un buen corte de pelo son condiciones indispensables, ya sea en el mercado matrimonial o en el mercado del trabajo asalariado, para obtener ese empleo.

Por todo esto dudamos de que en EEUU «las escuelas, jardines de infancia, guarderías y la televisión hayan asumido gran parte de la responsabilidad de las madres en la sociabilidad de sus hijos» y que «la disminución del tamaño de los hogares y la mecanización del trabajo doméstico ha[ya]

4 Mariarosa Dalla Costa, «Community, Factory and School from the Woman's Viewpoint», *L'Offensiva*, 1972: «La comunidad es esencialmente el lugar de la mujer en el sentido de que es allí donde directamente efectúa su trabajo. Pero de la misma manera la fábrica es también el lugar que personifica el trabajo de las mujeres a las que no se verá allí y que han traspasado su trabajo a los hombres que son los únicos que aparecen. De la misma manera, la escuela representa el trabajo de las mujeres a las que tampoco se verá pero que han trasladado su trabajo a los estudiantes que regresan cada mañana alimentados, cuidados y planchados por sus madres».

significado un aumento potencial del tiempo libre para el ama de casa» y que ella solo «se mantiene ocupada, usando y reparando los aparatos... que teóricamente se han diseñado con la idea de ahorrarle tiempo».[5]

Las guarderías y los jardines de infancia nunca nos han proporcionado tiempo libre, sino que han liberado parte de nuestro tiempo para dedicarlo a más trabajo adicional. En lo que respecta a la tecnología, es en EEUU donde podemos medir el abismo entre la tecnología socialmente disponible y la tecnología que se cuela en nuestras cocinas. Y en este caso también, es nuestra condición de no asalariadas la que determina la cantidad y calidad de la tecnología que obtenemos. Ya que «si no te pagan por horas, dentro de ciertos límites, a nadie le importa cuánto tardes en hacer tu trabajo».[6] En todo caso, la situación en EEUU demuestra que ni la tecnología ni un segundo empleo liberan a la mujer del trabajo doméstico, y que «producir un trabajador especializado no es una carga menos pesada que producir un trabajador no cualificado, ya que no es entre estos dos destinos donde reside el rechazo de las mujeres a trabajar de manera gratuita, sea cual sea el nivel tecnológico en el que se lleve a cabo este trabajo, sino en el vivir para producir, independientemente del tipo particular de hijos que deban ser producidos».[7]

Queda por puntualizar que al afirmar que el trabajo que llevamos a cabo en casa es producción capitalista no estamos expresando un deseo de ser legitimadas como parte de las «fuerzas productivas»; en otras palabras, no es un recurso al moralismo. Solo desde un punto de vista capitalista ser productivo es una virtud moral, incluso un imperativo moral. Desde el punto de vista de la clase obrera, ser productivo significa simplemente ser explotado. Como Marx reconocía «ser un obrero productivo no es precisamente una dicha, sino una desgracia».[8] Por ello obtenemos poca «autoestima» de esto.[9] Pero cuando afirmamos que el trabajo reproductivo es un momento

5 Lopate, «Women and Pay for Housework», *op. cit*., p. 9.

6 Dalla Costa, «Women and the Subversion of the Community», *op. cit*., pp. 28-29.

7 Dalla Costa, «Community, Factory and School», *op. cit*.

8 Karl Marx, *Capital,* vol. 1, Londres, Penguin Books, 1990, p. 644 [ed. cast.: *El capital,* vol. 1, México, Fondo de Cultura Económica, 2006, p. 426].

9 Lopate, «Women and Pay for Housework», *op. cit*., p. 9: «Pudiese ser también que las mujeres necesiten ganar un salario en aras de conseguir la autoestima y confianza necesarias para dar los primeros pasos hacia la igualdad».

de la producción capitalista, estamos clarificando nuestra función específica en la división capitalista del trabajo y las formas específicas que nuestra revuelta debe tomar. Finalmente, cuando afirmamos que producimos capital, lo que afirmamos es que podemos y queremos destruirlo y no enzarzarnos en una batalla perdida de antemano consistente en cambiar de un modo y grado de explotación a otro.

También debemos dejar claro que no estamos «tomando prestadas categorías del mundo marxista».[10] Admitimos que estamos menos ansiosas que Lopate por desechar el trabajo de Marx, ya que nos ha proporcionado un análisis que a día de hoy sigue siendo indispensable para entender cómo funcionamos en la sociedad capitalista. También sospechamos que la aparente indiferencia de Marx hacia el trabajo reproductivo puede estar basada en factores históricos. No nos referimos únicamente a esa dosis de chovinismo masculino que ciertamente Marx compartía con sus contemporáneos (y no solo con ellos). En el momento histórico en el que Marx escribió su obra, la familia nuclear y el trabajo doméstico no estaban desarrollados todavía.[11] Lo que Marx tenía frente a sus ojos era el proletariado femenino, que era empleado junto a sus maridos e hijos en la fábrica, y a la mujer burguesa que tenía una criada y, trabajase o no ella misma, no producía la mercancía fuerza de trabajo. La ausencia de lo que hoy llamamos familia nuclear no significa que los trabajadores no intimasen y copularan. Significa, sin embargo, que era imposible sacar adelante relaciones familiares y trabajo doméstico cuando cada miembro de la familia pasaba quince horas diarias en la fábrica, y no había ni tiempo ni espacio físico para la vida familiar.

Solo después de que las epidemias y el trabajo excesivo diezmasen la mano de obra disponible y, aún más importante, después de que diferentes oleadas de luchas obreras entre 1830 y 1840 estuviesen a punto de llevar a Inglaterra a una revolución, la necesidad de tener una mano de obra más estable y disciplinada forzó al capital a organizar la familia nuclear como base para la reproducción de la fuerza de trabajo. Lejos de ser una estructura precapitalista, la familia, tal y como la conocemos en «Occidente», es una creación del capital para el capital, una institución organizada para garantizar la cantidad y calidad de la fuerza de trabajo y el control de la misma. Es por esto que «como el sindicato, la familia protege al trabajador pero también

10 Lopate, «Women and Pay for Housework», *op. cit.*, p. 11.

11 Aquí hablamos del nacimiento de la familia nuclear como un estadio de las relaciones capitalistas.

se asegura de que él o ella nunca serán otra cosa que trabajadores. Esta es la razón por la que es crucial la lucha de las mujeres de la clase obrera contra la institución familiar».[12]

Nuestra falta de salario como disciplina

La familia es esencialmente la institucionalización de nuestro trabajo no remunerado, de nuestra dependencia salarial de los hombres y, consecuentemente, la institucionalización de la desigual división de poder que ha disciplinado tanto nuestras vidas como las de los hombres. Nuestra falta de salario y dependencia del ingreso económico de los hombres les ha mantenido a ellos atados a sus trabajos, ya que si en algún momento querían dejar el trabajo tenían que enfrentarse al hecho de que su mujer e hijos dependían de sus ingresos. Esta es la base de esos «viejos hábitos —nuestros y de los hombres» que Lopate encuentra tan difíciles de romper. No es casual que sea difícil para un hombre «demandar horarios de trabajo especiales para poder implicarse de una manera equitativa en el cuidado de los hijos».[13] La razón por la cual los hombres no pueden solicitar jornadas a tiempo parcial es que el salario masculino es indispensable para la supervivencia de la familia, incluso cuando la mujer provee un segundo sueldo. Y si «nos encontramos que nosotras mismas preferimos o buscamos trabajos menos absorbentes, que nos dejan más tiempo para las tareas del hogar»[14] es porque nos resistimos a una explotación intensiva, a consumirnos en la fábrica y a después consumirnos todavía más rápido en casa.

El que carezcamos de salario por el trabajo que llevamos a cabo en los hogares ha sido también la causa principal de nuestra debilidad en el mercado laboral. Los empresarios saben que estamos acostumbradas a trabajar

12 Dalla Costa, «Women and the Subversion of the Community», *op. cit.*, p. 41.

13 Lopate, «Women and Pay for Housework», *op. cit.*, p. 11: «Muchas de las mujeres que a lo largo de nuestra vida hemos luchado por esta reestructuración hemos caído en periódicas desesperaciones. Primero, había viejos hábitos —nuestros y de los hombres— que romper. Segundo, había problemas reales de tiempo... ¡Pregúntale a cualquier hombre! Es muy difícil para ellos acordar horarios a tiempo parcial y resulta complicado demandar horarios de trabajo especiales para poder implicarse de una manera equitativa en el cuidado de los hijos».

14 *Ibidem*.

por nada y que estamos tan desesperadas por lograr un poco de dinero para nosotras mismas que pueden obtener nuestro trabajo a bajo precio. Desde que el término mujer se ha convertido en sinónimo de ama de casa, cargamos, vayamos donde vayamos, con esta identidad y con las «habilidades domésticas» que se nos otorgan al nacer mujer. Esta es la razón por la que el tipo de empleo femenino es habitualmente una extensión del trabajo reproductivo y que el camino hacia el trabajo asalariado a menudo nos lleve a desempeñar más trabajo doméstico. El hecho de que el trabajo reproductivo no esté asalariado le ha otorgado a esta condición socialmente impuesta una apariencia de naturalidad («feminidad») que influye en cualquier cosa que hacemos. Por ello no necesitamos que Lopate nos diga que «lo esencial que no podemos olvidar es que somos un "sexo"».[15] Durante años el capital nos ha remarcado que solo servíamos para el sexo y para fabricar hijos. Esta es la división sexual del trabajo y nos negamos a eternizarla como inevitablemente sucede si lanzamos preguntas como estas: «¿Qué significa hoy día ser mujer? ¿Qué cualidades específicas, inherentes y atemporales, si las hay, se asocian a "ser mujer"?».[16] Preguntar esto es suplicar que te den una respuesta sexista. ¿Quién puede decir quiénes somos? De lo que podemos estar seguras que sí sabemos hasta ahora es qué no somos, hasta el punto de que es a través de nuestra lucha que obtendremos la fuerza para romper con la identidad que se nos ha impuesto socialmente. Es la clase dirigente, o aquellos que aspiran a gobernar, quien presupone que existe una personalidad humana eterna y natural, precisamente para perpetuar su poder sobre nosotras.

La glorificación de la familia

No es sorprendente que la cruzada de Lopate en busca de la esencia de la feminidad la conduzca a una llamativa glorificación del trabajo reproductivo no remunerado y del trabajo no asalariado en general:

---

15 Lopate, «Women and Pay for Housework», *op. cit.*, p. 11: «Lo que esencialmente no debemos olvidar es que somos un SEXO. Es la única palabra desarrollada hasta ahora para describir nuestros puntos en común».

16 *Ibidem*.

> El hogar y la familia han proporcionado tradicionalmente el único intersticio dentro del mundo capitalista en el que la gente puede ocuparse de las necesidades de los otros desde el cuidado y el amor, si bien estas necesidades a menudo emergen del miedo y la dominación. Los padres cuidan a sus hijos desde el amor, al menos en parte... E incluso creo que este recuerdo persiste en nosotros mientras crecemos de manera que retenemos, casi como si fuera una utopía, la memoria de un trabajo y un cuidado que provienen del amor, más que de una recompensa económica.[17]

La literatura producida por el movimiento de las mujeres ha mostrado los devastadores efectos que este tipo de amor, cuidado y servilismo ha tenido en las mujeres. Estas son las cadenas que nos han aprisionado en una situación cercana a la esclavitud. ¡Nosotras nos negamos a perpetuarla en nosotras mismas y a elevar al nivel de utopía la miseria de nuestras madres y abuelas y la nuestra propia como niñas! Cuando el Estado o el capital no pagan el salario debido, son aquellos que reciben el amor, el cuidado —igualmente no remunerados e impotentes— los que pagan con sus vidas.

De la misma manera rechazamos la sugerencia de Lopate de que la demanda de un salario para el trabajo doméstico «tan solo serviría para ocultar aún más las posibilidades de un trabajo libre y no alienado»,[18] lo que viene a decir que la única manera de «desalienar» el trabajo consiste en hacerlo de manera gratuita. Sin duda el presidente Ford apreciaría esta sugerencia. El trabajo voluntario sobre el cual descansa cada vez más el Estado moderno se basa precisamente en esta dispensación caritativa de nuestro tiempo. A nosotras nos parece, sin embargo, que si este trabajo, en vez de basarse en el amor y el cuidado, hubiera proporcionado una remuneración económica a nuestras madres, probablemente estas habrían estado menos amargadas y habrían sido menos dependientes, se las hubiese chantajeado menos y a su vez ellas hubieran chantajeado menos a sus hijos, a los que se les recriminaba constantemente el sacrificio que ellas debían llevar a cabo. Nuestras madres habrían tenido más tiempo y energías para rebelarse contra ese trabajo y nosotras estaríamos en un estadio más avanzado de esta lucha.

17 Lopate, «Women and Pay for Housework», *op. cit.*, p. 10.

18 *Ibidem*: «La eliminación de esa amplia área del mundo capitalista donde ninguna transacción tiene un valor de cambio solo serviría para ocultar aún más las posibilidades de un trabajo libre y no alienado».

Glorificar la familia como «ámbito privado» es la esencia de la ideología capitalista, la última frontera en la que «hombres y mujeres mantienen sus almas con vida» y no es sorprendente que en estos tiempos de «crisis», «austeridad» y «privaciones»[19] esta ideología esté disfrutando de una popularidad renovada en la agenda capitalista. Tal y como Russell Baker expresó recientemente en *The New York Times* el amor nos mantuvo calientes durante los años de la Gran Depresión y haríamos bien en llevarlo con nosotros durante esta excursión a tiempos duros.[20] Esta ideología que contrapone la familia (o la comunidad) a la fábrica, lo personal a lo social, lo privado a lo público, el trabajo productivo al improductivo, es útil de cara a nuestra esclavitud en el hogar que, en ausencia de salario, siempre ha aparecido como si se tratase de un acto de amor. Esta ideología está profundamente enraizada en la división capitalista del trabajo que encuentra una de sus expresiones más claras en la organización de la familia nuclear.

El modo en el que las relaciones salariales han mistificado la función social de la familia es una extensión de la manera en la que el capital ha mistificado el trabajo asalariado y la subordinación de nuestras relaciones sociales al «nexo del dinero». Hemos aprendido de Marx que el salario también esconde el trabajo no remunerado incluido en el beneficio. Pero medir el trabajo mediante el salario también esconde el alto grado en el que nuestras familias y relaciones sociales han sido subordinadas a las relaciones de producción —*han pasado a ser relaciones de producción*: cada momento de nuestras vidas tiene una utilidad para la acumulación de capital. Tanto el salario como la falta del mismo han permitido al capital ocultar la duración real de nuestra jornada laboral. El trabajo aparece simplemente como un compartimento de nuestras vidas, que tiene lugar solo en determinados momentos y espacios. El tiempo que consumimos en la «fábrica social», preparándonos para el trabajo o yendo a trabajar, restaurando nuestros «músculos, nervios, hueso y cerebros»[21] mediante cortos almuerzos, sexo rápido, películas… todo esto es disfrazado de placer, de tiempo libre, aparece como una elección individual.

19 *Ibidem*: «Creo que es en el ámbito privado donde mantenemos con vida nuestras almas».

20 Russel Baker, «Love and Potatoes», *The New York Times*, 25 de noviembre de 1974.

21 Marx, *Capital, op. cit.*, 1990 [ed. cast.: *Marx, El Capital, op. cit.*, vol. 1, p. 481].

Diferentes mercados laborales

El uso que el capital hace de los salarios también oculta quién forma la clase obrera y mantiene divididos a los trabajadores. Mediante las relaciones salariales, el capital organiza diferentes mercados laborales (un mercado laboral para los negros, para los jóvenes, para las mujeres jóvenes y para los hombres blancos) y opone la «clase trabajadora» al proletariado «no trabajador», supuestamente parasitario del trabajo de los primeros. Así, a los que recibimos ayudas sociales se nos dice que vivimos de los impuestos de la «clase trabajadora», las amas de casa somos retratadas como sacos rotos en los que desaparecen los sueldos de nuestros maridos.

Sin embargo es la debilidad social de los no asalariados lo que finalmente ha sido y es la debilidad de toda la clase obrera respecto al capital. Como demuestran los procesos de «deslocalización de empresas», la disponibilidad de trabajo no remunerado, tanto en los países «no desarrollados» como en las metrópolis, le ha permitido al capital abandonar aquellas áreas de producción donde la fuerza de trabajo se había convertido en demasiado cara y así socavar el poder que habían conquistado los trabajadores. Cuando el capital no ha podido huir al «Tercer Mundo» ha abierto entonces sus puertas a las mujeres, los negros y la juventud de las metrópolis o a los migrantes del «Tercer Mundo». Por lo que no es casual que aunque el capitalismo se base presuntamente en el trabajo asalariado, más de la mitad de la población mundial no esté remunerada. La falta de salarios y el subdesarrollo son factores esenciales en la planificación capitalista, nacional e internacional. Estos son medios poderosos con los que provocar la competencia de los trabajadores en el mercado nacional e internacional y hacernos creer que nuestros intereses son diferentes y contradictorios.[22]

Estas son las raíces del sexismo, del racismo y del «bienestarismo»[23] (el desdén por los trabajadores que han logrado obtener ayudas sociales por parte del Estado) que suponen un reflejo de los diferentes tipos de mercados

22 Selma James, *Sex, Race and Class*, Bristol, Falling Wall Press and Race Today Publications, 1975.

23 Véase, por ejemplo, M. de Aranzadi, «Bienestarismo. La ideología de fin de siglo», *Ekintza Zutzena*, núm. 24, 1998: «Los pobres son considerados un lastre para el desarrollo económico, que es condición indispensable para que el bienestarismo, concepción radicalmente materialista, pueda desarrollarse. En lógica consecuencia, los pobres deben ser abandonados a su suerte ya que, después de todo, en este mundo de oportunidades, los únicos culpables de su situación son ellos mismos». [N. de la T.]

laborales y en consecuencia los diferentes modos de regular y dividir a la clase trabajadora. Si hacemos caso omiso de este uso de la ideología capitalista y de su enraizamiento en la relación salarial, no solo acabaremos considerando que el racismo, el sexismo y el «bienestarismo» son enfermedades morales, productos de la «falsa conciencia», sino que nos confinaremos a una estrategia «educativa» que nos deja nada más que «imperativos morales con los que reforzar nuestra posición».[24]

Finalmente encontramos un punto en común con Lopate cuando afirma que nuestra estrategia nos libera de tener que depender de que «los hombres se porten como "buenas personas"» para lograr la liberación. Tal y como demostraron las luchas de las personas negras durante los años sesenta, no fue mediante buenas palabras sino mediante su organización que consiguieron que sus necesidades se «entendieran». En el caso de las mujeres, intentar educar a los hombres ha provocado que nuestra revuelta se haya privatizado y se luche en la soledad de nuestras cocinas y habitaciones. El poder educa. Primero los hombres tendrán miedo, luego aprenderán, porque será el capital el que tenga miedo. Porque no estamos peleando por una redistribución más equitativa del mismo trabajo. Estamos en lucha para ponerle fin a este trabajo y el primer paso es ponerle precio.

Demandas salariales

Nuestra fuerza como mujeres empieza con la lucha social por el salario, no para ser incluidas dentro de las relaciones salariales (puesto que nunca estuvimos fuera de ellas) sino para ser liberadas de ellas, para que todos los sectores de la clase obrera sean liberados de ellas. Aquí debemos clarificar cuál es la esencia de la lucha por el salario. Cuando la izquierda sostiene que las demandas por un sueldo son «economicistas», «demandas parciales», obvian que tanto el salario como su ausencia son la expresión directa de la relación de poder entre el capital y la clase trabajadora, así como dentro de la clase trabajadora. También ignoran que la lucha salarial toma muchas formas y que no se limita a aumentos salariales. La reducción de los horarios de trabajo, lograr mejores servicios sociales así como obtener más dinero —todas estas son victorias salariales que determinan cuánto trabajo se nos arrebata y cuánto poder

24 Lopate, «Women and Pay for Housework», *op. cit.*, p. 11.

tenemos sobre nuestras vidas. Por esto los salarios han sido históricamente el principal campo de batalla entre trabajadores y capital. Y como expresión de la relación de clases, el salario siempre ha tenido dos caras: la cara del capital, que lo usa para controlar a los trabajadores, asegurándose de que tras cada aumento salarial se produzca un aumento de la productividad; y la cara de los trabajadores, que luchan por más dinero, más poder y menos trabajo.

Tal y como demuestra la actual crisis capitalista, cada vez menos y menos trabajadores están dispuestos a sacrificar sus vidas al servicio de la producción capitalista y hacer caso a los llamamientos a incrementar la productividad.[25] Pero cuando el «justo intercambio» entre salario y productividad se tambalea, la lucha por el salario se convierte en un ataque directo a los beneficios del capital y a su capacidad de extraer plustrabajo de nuestra labor. Por esto la lucha por el salario es simultáneamente una lucha contra el salario, contra los medios que utiliza y contra la relación capitalista que encarna. En el caso de los no asalariados, en nuestro caso, la lucha por el salario supone aún más claramente un ataque contra el capital. El salario para el trabajo doméstico significa que el capital tendría que remunerar la ingente cantidad de trabajadores de los servicios sociales que a día de hoy se ahorra cargando sobre nosotras esas tareas. Más importante todavía, la demanda del salario doméstico es un claro rechazo a aceptar nuestro trabajo como un destino biológico, condición necesaria —este rechazo— para empezar a rebelarnos contra él. Nada ha sido, de hecho, tan poderoso en la institucionalización de nuestro trabajo, de la familia, de nuestra dependencia de los hombres, como el hecho de que nunca fue un salario sino el «amor» lo que se obtenía por este trabajo. Pero para nosotras, como para los trabajadores asalariados, el salario no es el precio de un acuerdo de productividad. A cambio de un salario no trabajaremos más sino menos. Queremos un salario para poder disfrutar de nuestro tiempo y energías, para llevar a cabo una huelga, y no estar confinadas en un segundo empleo por la necesidad de cierta independencia económica.

Nuestra lucha por el salario abre, tanto para los asalariados como para los no remunerados, el debate acerca de la duración real de la jornada laboral. Hasta ahora la clase trabajadora, masculina y femenina, veía determinada por el capital la duración de su jornada laboral —en qué momento se fichaba al entrar y se fichaba a la salida. Esto definía el tiempo que pertenecíamos al capital y el tiempo que nos pertenecíamos a nosotros mismos. Pero este tiempo nunca nos ha pertenecido, siempre, en cada momento de nuestras vidas,

---

25 *Fortune*, diciembre de 1974.

hemos pertenecido al capital. Y es hora de que le hagamos pagar por cada uno de esos momentos. En términos de clase esto supone la exigencia de un salario por cada momento de nuestra vida al servicio del capital.

Que pague el capital

Esta ha sido la perspectiva de clase que le ha dado forma a las luchas, tanto en EEUU como a escala internacional, durante los años sesenta. En EEUU las luchas de los negros y de las madres dependientes de los servicios sociales —el Tercer Mundo de las metrópolis— expresaban la revuelta de los no asalariados y el rechazo a la única alternativa propuesta por el capital: más trabajo. Estas luchas, cuyo núcleo de poder residía en la comunidad, no tuvieron lugar porque se buscase un mayor desarrollo sino por la reapropiación de la riqueza social que el capital ha acumulado gracias tanto a los no asalariados como a los asalariados. Cuestionaron la organización social capitalista que impone el trabajo como condición básica para nuestra existencia. También desafiaron el dogma de la izquierda que proclama que solo en las fábricas la clase obrera puede organizar su poder.

Pero no es necesario entrar en una fábrica para ser parte de la organización de la clase obrera. Cuando Lopate argumenta que «las condiciones previas ideológicas para la solidaridad de clase son las redes y relaciones que surgen del trabajo conjunto» y que «estas condiciones no pueden emerger del trabajo aislado de las mujeres trabajando en casas separadas» olvida y desecha las luchas que estas mujeres «aisladas» llevaron a cabo en los años sesenta (huelgas de alquileres, luchas sociales, etc.).[26] Asume que no podemos organizarnos nosotras mismas si primeramente no estamos organizadas por el capital; y puesto que niega que el capital ya nos haya organizado, niega la existencia de nuestra lucha. Confundir la estructuración que el capital hace de nuestro trabajo, ya sea en las cocinas o en las fábricas, con la organización de nuestras luchas es un claro camino hacia la derrota. Podemos estar seguras de que cada nueva forma de reestructuración laboral intentará aislarnos cada vez más. Es una ilusión pensar que el capital no nos divide cuando no trabajamos aislados unos de otros.

[26] Lopate, «Women and Pay for Housework», *op. cit.*, p. 9.

Frente a las divisiones típicas de la organización capitalista del trabajo, debemos organizarnos de acuerdo a nuestras necesidades. En este sentido la campaña Salario para el Trabajo Doméstico supone un rechazo, tanto a la socialización de las fábricas, como a la posible «racionalización» del hogar propuesta por Lopate: «Debemos echar un serio vistazo a las tareas "necesarias" para el correcto funcionamiento de la casa... Necesitamos investigar los utensilios diseñados para ahorrarnos trabajo y tiempo en casa y decidir cuáles son útiles y cuáles simplemente causan una mayor degradación del trabajo doméstico».[27]

No es la tecnología *per se* la que nos degrada sino el uso que el capital hace de ella. Además, la «autogestión» y la «gestión de los trabajadores» siempre han existido en el hogar. Siempre tuvimos la opción de decidir si hacíamos la colada el lunes o el sábado, o la capacidad de elegir entre comprar un lavaplatos o una aspiradora, siempre y cuando puedas pagar alguna de esas cosas. Así que no debemos pedirle al capital que cambie la naturaleza de nuestro trabajo, sino luchar para rechazar reproducirnos y reproducir a otros como trabajadores, como fuerza de trabajo, como mercancías. Y para lograr este objetivo es necesario que el trabajo se reconozca como tal mediante el salario. Obviamente mientras siga existiendo la relación salarial capitalista, también lo hará el capitalismo. Por eso no consideramos que conseguir un salario suponga la revolución. Afirmamos que es una estrategia revolucionaria porque socava el rol que se nos ha asignado en la división capitalista del trabajo y en consecuencia altera las relaciones de poder dentro de la clase trabajadora en términos más favorables para nosotras y para la unidad de la clase.

En lo tocante a los aspectos económicos de la campaña Salario para el Trabajo Doméstico, estas facetas son «altamente problemáticas» solo si las planteamos desde el punto de vista del capital, desde la perspectiva del Departamento de Hacienda que siempre proclama su falta de recursos cuando se dirige a los trabajadores.[28] Como no somos el Departamento de Hacienda y no tenemos intención alguna de serlo, no podemos imaginarnos diseñando para ellos sistemas de pago, diferenciales salariales y acuerdos sobre productividad. Nosotras no vamos a ponerle límites a nuestras capacidades, no vamos a cuantificar nuestro valor. Para nosotras queda organizar la lucha para obtener lo que queremos, para todas nosotras, en nuestros términos. Nuestro objetivo

27 *Ibidem*.

28 *Ibidem*.

es no tener precio, valorarnos fuera del mercado, que el precio sea inasumible, para que el trabajo reproductivo, el trabajo en la fábrica y el trabajo en la oficina sean «antieconómicos».

De manera similar, rechazamos el argumento que sugiere que entonces será algún otro sector de la clase obrera el que pagará por nuestras eventuales ganancias. Según esta misma lógica habría que decir que a los trabajadores asalariados se les paga con el dinero que el capital no nos da a nosotras. Pero esa es la manera de hablar del Estado. De hecho afirmar que las demandas de programas de asistencia social llevadas a cabo por los negros durante los años sesenta tuvieron un «efecto devastador en cualquier estrategia a largo plazo... en las relaciones entre blancos y negros», ya que «los trabajadores sabían que serían ellos, y no las corporaciones, los que acabarían pagando esos programas», es puro racismo.[29] Si asumimos que cada lucha que llevamos a cabo debe acabar en una redistribución de la pobreza, estamos asumiendo la inevitabilidad de nuestra derrota. De hecho, el artículo de Lopate está escrito bajo el signo del derrotismo, lo que supone aceptar las instituciones capitalistas como inevitables. Lopate no puede imaginar que si el capital le rebajase a otros trabajadores su salario para dárnoslo a nosotras esos trabajadores serían capaces de defender sus intereses y los nuestros también. También asume que «obviamente los hombres recibirían los salarios más altos por su trabajo en la casa» —en resumen, asume que nunca podremos ganar.[30]

Por último, Lopate nos previene de que en caso de que obtuviésemos un salario para el trabajo doméstico, el capital enviaría supervisores para controlar nuestras tareas. Puesto que solo contempla a las amas de casa como víctimas, incapaces de rebelarse, no puede plantearse siquiera que pudiésemos organizarnos colectivamente para darles con la puerta en las narices a los supervisores si estos intentasen imponer su control. Además, presupone que como no tenemos supervisores oficiales nuestro trabajo no está controlado. De todas maneras, incluso si tener un salario significase que el Estado fuera a intentar controlar de una manera más directa nuestro trabajo, esto sería preferible a nuestra situación actual; ya que este intento sacaría a la luz quién

29 *Ibidem*, p. 10.

30 *Ibidem*.

decide y manda sobre nuestro trabajo, y es mejor saber quién es nuestro enemigo que culparnos y seguir odiándonos a nosotras mismas porque estamos obligadas a «amar o cuidar» «sobre la base del miedo y la dominación».[31]

31 *Ibidem*.

4. La reestructuración del trabajo doméstico y reproductivo en EEUU durante los años setenta (1980)*

Si las mujeres desean que la posición de esposa mantenga el honor con el que se asocia, no pondrán en tela de juicio el valor de sus servicios ni hablarán de ayudas estatales sino que vivirán con sus maridos conforme al espíritu de los votos nupciales de la ceremonia británica de casamiento, tomándoles «en lo bueno y en lo malo, en la riqueza y en la pobreza, en la salud y en la enfermedad, para amar, respetar y obedecer». Esto es lo que significa ser esposa.

«Wive's wages», *The New York Times*, 10 de agosto de 1876.

El capital más valioso de todos es el invertido en los seres humanos y de ese capital la parte más preciosa es resultado del cuidado e influencia de la madre, siempre que esta mantenga su sensibilidad e instintos desinteresados.

Alfred Marshall, *Principios de economía*, 1890.

Aunque se haya reconocido de manera generalizada que la enorme expansión de la fuerza de trabajo femenina sea posiblemente el fenómeno social más importante de la década de 1970, se mantiene la incertidumbre sobre sus

* Este texto fue el documento de presentación de la conferencia «The Economic Policies of Female Labor in Italy and the United States» [Políticas económicas sobre el trabajo femenino en Italia y EEUU], coauspiciada por el Centro Studi Americani y la German Marshall Fund of the United States, que tuvo lugar en Roma del 9 al 11 de septiembre de 1980.

causas entre los economistas. Los avances tecnológicos en el hogar, la reducción del tamaño de la familia y el crecimiento del sector servicios se aducen como las causas más probables de esta tendencia. Pero también se afirma que estos mismos factores pueden ser consecuencia de la incorporación de la mujer a la mano de obra asalariada; por ello, el intento de determinar una única causa nos conduciría a un círculo vicioso de razonamientos, al paradigma de «qué fue primero, el huevo o la gallina». Esta incertidumbre entre los economistas emerge de su incapacidad para reconocer que el gran incremento de la mano de obra femenina durante los años setenta refleja el rechazo de las mujeres a seguir funcionando como trabajadoras no asalariadas dentro del hogar, abasteciendo la reproducción de la fuerza de trabajo nacional. De hecho lo que subyace bajo la palabra *homemaking*[1] (por usar la expresión de Gary Becker) es un proceso de «consumo productivo»,[2] de producción y reproducción del «capital humano» o, en palabras de Alfred Marshall,[3] de la «capacidad necesaria» del obrero para trabajar. Los planificadores sociales a menudo han reconocido la importancia de este trabajo para la economía. Aun así, tal y como apunta Becker, el consumo productivo que se da en los hogares ha sufrido una «vida clandestina dentro del pensamiento económico».[4] El hecho de que este no sea asalariado, en una sociedad en la que trabajo y salario son sinónimos, lo hace invisible hasta tal punto que los servicios que proporciona no se ven reflejados en el Producto Nacional Bruto (PNB), y sus proveedoras se encuentran excluidas de los cálculos sobre la mano de obra nacional.

Dada la invisibilidad social del trabajo reproductivo, no supone una sorpresa que los economistas hayan sido incapaces de ver que, durante los años sesenta y setenta, este trabajo ha supuesto el principal campo de batalla para las mujeres, en tal medida que su apuesta por el mercado de trabajo debe ser visto como una estrategia que las mujeres han usado para liberarse ellas mismas de estas tareas. En este proceso, las mujeres han apostado por una reorganización general de la reproducción social que ha puesto en cuestión la

1 Término usado habitualmente en EEUU como una alternativa políticamente correcta —puesto que no indica género— a *housewife*, que literalmente significa «ama de casa» y que en sus orígenes se refería a las mujeres casadas que se encargaban de las tareas domésticas. [N. de la T.]

2 Gary Becker, «A theory of the Allocation of Time», *Economic Journal*, vol. 75, núm. 299, 1965, pp. 493-517.

3 Alfred Marshall, *Principles of Economics*, Londres, Macmillan and Co., 1938, p. 207 [ed. cast.: *Principios de economía*, Madrid, Síntesis, 2006].

4 Gary Becker, *The Economic Approach to Human Behaviour*, Chicago, University of Chicago Press, 1976, p. 89.

imperante división sexual del trabajo y las políticas sociales que han conformado la reorganización de la reproducción social durante el periodo de postguerra. De todas maneras, pese a las múltiples evidencias de que las mujeres están huyendo del trabajo reproductivo no remunerado, más del 30 % aún trabajan básicamente como amas de casa, e incluso aquellas que tienen un empleo en el mercado laboral dedican una cantidad considerable de su tiempo a un trabajo que no les da derecho a sueldo, ni a seguridad social ni a pensión. Esto significa que el trabajo doméstico todavía es la mayor fuente de empleo para la mujer estadounidense y que la mayoría de las mujeres estadounidenses pasan la mayor parte de su tiempo llevando a cabo un trabajo que no les proporciona ninguno de los beneficios que implica un salario.

También empieza a verse claramente que, en ausencia de remuneración monetaria, las mujeres se topan con serios problemas en sus intentos de obtener «independencia económica», sin mencionar el alto precio que a menudo tienen que pagar por ella: la imposibilidad de elegir si quieren tener hijos, o los bajos salarios y la pesada carga de una doble jornada de trabajo cuando se incorporan al mercado laboral. Los problemas a los que se enfrentan las mujeres se tornan particularmente serios dadas las perspectivas económicas que se nos ofrecen, y que emergen del actual debate sobre la «crisis energética» y la viabilidad de la economía de crecimiento frente a una de no crecimiento. Parece que no importa cuál de los dos caminos se escoja, las mujeres serán las grandes perdedoras en la batalla por «controlar la inflación» y el consumo energético. La experiencia de la Isla de las Tres Millas[5] ha mostrado cuáles son los efectos que probablemente provocarán

5 «La Unidad 2 de la central nuclear de la Isla de las Tres Millas, situada a 16 km de la ciudad de Harrisburg (Pennsylvania), con una población de unos 70.000 habitantes sufrió un severo accidente el 28 de marzo de 1979. Una pequeña fuga en el generador de vapor desencadenó el accidente más grave de la historia nuclear de EEUU, y el segundo más grave de la historia de la energía nuclear. La pérdida de refrigerante ocasionó un aumento de la temperatura del núcleo que finalmente acabó por fundirse, dando lugar al esparcimiento de material radiactivo en la contención y a la formación de una peligrosa burbuja de hidrógeno que amenazó con provocar una explosión que hubiera lanzado al medio ambiente toneladas de material radiactivo. Para evitar esta explosión se optó por liberar una cantidad indeterminada de gas radiactivo, que afectó a la población de las ciudades circundantes. Las consecuencias del accidente sobre la salud de la población están todavía sometidas a controversia, puesto que resulta muy difícil evaluar las dosis radiactivas a las que fueron expuestos los afectados. Las acciones de emergencia que se pusieron en práctica fueron claramente insuficientes y consistieron en la evacuación de las mujeres embarazadas y de los niños en un radio de 8 millas en torno a la central dos días después del accidente. Se detectaron aumentos de malformaciones congénitas, de cánceres y de enfermedades psicológicas debidas al estrés sufrido por la población». Ecologistas en Acción, «Accidente de Three Mile Island (Harrisburg 1979)», disponible en http://www.ecologistasenaccion.org. [N. de la T.]

en las mujeres el tipo de crecimiento económico actualmente promovido por la «comunidad empresarial» y el gobierno, basado en la expansión de la energía nuclear, la liberalización de diferentes actividades económicas y el aumento del gasto militar. Igual de poco atractiva es la alternativa de crecimiento cero, que tal y como se articula en la actualidad, promete a las mujeres una intensificación ilimitada del trabajo doméstico para compensar la reducción de servicios y el aumento de los costes de los mismos.

La revuelta contra el trabajo doméstico

Aunque raramente se reconoce su papel, las primeras señales del rechazo de las mujeres a continuar actuando como trabajadoras no asalariadas no surgió del superventas de Betty Friedan *The Feminine Mystique* (1963) [*La mística de la feminidad*], sino de las luchas de las *welfare mothers*, es decir, de aquellas mujeres que recibían ayudas durante los años sesenta del programa AID For Dependant Children [Ayuda para niños dependientes].[6] A pesar de desarrollarse en la estela del Movimiento por los Derechos Civiles y de haber sido percibido, en general, como un movimiento minoritario, la lucha de las mujeres que recibían ayudas sociales dio voz, de forma clara, a la animadversión que muchas estadounidenses sentían respecto a las políticas sociales que ignoraban el trabajo que ellas llevaban a cabo en los hogares, y que las estigmatizaba como parásitos cuando demandaban ayuda pública, obviando los enormes beneficios que el Estado cosecha gracias a los múltiples servicios que estas proporcionan para el mantenimiento de la fuerza de trabajo nacional. Las *welfare mothers* denunciaban, por ejemplo, lo absurdo de reconocer el cuidado infantil como trabajo solo cuando tiene que ver con el cuidado de los hijos de otras y pagar más a las familias de acogida que a las madres que reciben subsidios para criar a sus hijos, mientras se concebían programas para «poner a trabajar a las madres que reciben ayudas sociales». El espíritu de estas luchas se refleja perfectamente en las palabras de una de sus organizadoras: «Si el gobierno

6 La Ayuda para Niños Dependientes (ADC) renombrada después como Aid to Families with Dependence Children (AFDC) [Ayuda para las familias con hijos a su cargo] era un programa federal de asistencia social que funcionó entre 1935 y 1996 y que proporcionaba asistencia económica a los hijos de familias monoparentales o cuyas familias no disponían de ingresos o estos eran muy bajos. [N. de la T.]

fuese inteligente empezaría por renombrar el AFDC como "Cuidados diurnos y nocturnos", crearía una nueva agencia, nos pagaría un sueldo decente por el trabajo que ya estamos llevando a cabo y diría que la crisis de los servicios sociales se ha resuelto porque las mujeres ya han sido puestas a trabajar».[7]

Años después, mientras se debatía la proposición del Family Assistance Plan (FAP) [Plan de asistencia familiar] de la Administración Nixon, el senador Patrick Moynihan reconocía que la demanda de las mujeres estaba lejos de ser extravagante:

> Si la sociedad norteamericana reconociese el trabajo doméstico y la crianza de los hijos como trabajo productivo cuantificable en los presupuestos económicos nacionales [...] la recepción de ayudas sociales no implicaría dependencia. Pero no lo hacemos. Puede esperarse que el actual Movimiento de Mujeres consiga cambiar esto. Pero en el momento de escribir estas líneas aún no se ha logrado.[8]

Moynihan pudo pronto comprobar lo errado de su afirmación. Al mismo tiempo que el senador evocaba las aventuras legislativas de la FAP, el movimiento por un Salario para el Trabajo Doméstico surgía en EEUU con fuerza suficiente como para provocar que, durante la National Women's Conference [Conferencia Nacional de Mujeres] que tuvo lugar en Houston, se recomendara en su Plan de Acción que el subsidio social se denominase salario.[9] La lucha de las *welfare mothers* no solo situó la cuestión del trabajo reproductivo en la agenda política nacional, aunque disimulado como un «asunto de pobreza», sino que también dejó claro que el gobierno ya no podía esperar seguir regulando el trabajo de las mujeres mediante la organización del salario masculino durante mucho más tiempo. Comenzaba una era en la que el gobierno iba a tener que lidiar con las mujeres directamente sin la mediación de los hombres.

7 Milwaukee County Welfare Rights Organization, *Welfare Mothers Speak Out*, Nueva York, W.W. Norton Co., 1972, p. 79.

8 Daniel P. Moynihan, *The Politics of a Guaranteed Income*, Nueva York, Random House, 1973, p. 17.

9 En el texto de la propuesta se lee: «El Congreso debería aprobar una serie de pagos federales para proveer un adecuado estándar de vida en función del coste de la vida de cada Estado. Y, al igual que el resto de los trabajadores, las trabajadoras domésticas que reciben ayudas estatales deberían contar con la dignidad de que ese pago se llamase salario y no subsidio». Plan Nacional de Acción adoptado durante la Conferencia Nacional de Mujeres en Houston, noviembre de 1977.

La extensión del fenómeno social del rechazo al trabajo reproductivo fue escenificada en mayor medida por el desarrollo del movimiento feminista. Los grupos de mujeres que protestaban contra las Ferias para Novias y los concursos de *Miss America* fueron un indicador más de que cada vez menos y menos mujeres aceptaban la «feminidad», el matrimonio y el hogar como un destino natural. Fuera como fuera, a principios de los años setenta el rechazo de las mujeres al trabajo doméstico había tomado la forma de una migración hacia la mano de obra asalariada. Los economistas explican esta tendencia como resultado de los avances tecnológicos incorporados a los hogares y la divulgación y extensión de los métodos de control de natalidad, que supuestamente «liberaban tiempo a las mujeres para trabajar» fuera del hogar. Pero a excepción del microondas y del robot de cocina, poca tecnología penetró en las cocinas durante los años setenta y, desde luego, no la suficiente como para justificar el crecimiento récord de la fuerza de trabajo femenina.[10] En relación al descenso de la tasa de fertilidad, las series históricas nos indican que el tamaño de la familia no supone *per se* un factor determinante en la decisión de las mujeres de buscar un empleo en el mercado laboral, como prueba el ejemplo de los años cincuenta cuando, durante el *baby boom*, las mujeres, particularmente las casadas y con hijos pequeños, comenzaron a regresar en un número récord a las filas de la mano de obra asalariada.[11] La poca cantidad de tiempo que las mujeres vieron liberado del trabajo doméstico también se reflejaba en los resultados de diferentes estudios, como el conducido por el Chase Manhattan Bank en 1971, que mostró que, a finales de los años sesenta, las mujeres estadounidenses todavía dedicaban una media de 45 horas semanales a las tareas reproductivas, un número de horas que aumentaba fácilmente con la presencia de niños pequeños. Si tenemos también en cuenta que fueron las mujeres con niños en edades preescolares las que en mayor número se incorporaron como mano de obra asalariada, difícilmente podemos concluir que era el trabajo *per se* lo que les faltaba, y menos todavía al constatar que la mayor parte de los trabajos desempeñados por mujeres eran meras extensiones del trabajo

10 Desde el punto de vista del gasto de los consumidores en aparatos eléctricos, los años setenta no experimentaron un gran crecimiento (comparado con los años sesenta) y sí una reducción respecto al gasto de los años cincuenta. También es cuestionable la afirmación de que el incremento de la tecnología libere a las mujeres del trabajo doméstico. A menudo podemos observar el caso de aparatos que, diseñados para ahorrarles tiempo a las amas de casa, no han hecho sino aumentar su trabajo. Véase Ruth Cowan, *More Work For Mother: The Ironies of Household Technology from the Open Hearth to the Microwave,* Nueva York, Basic Books, 1983.

11 Esta afirmación se argumenta en Valerie Kinkaid Oppenheimer, *The Female Labor Force in the United States: Demographic and Economic Factors Governing Its Growth and Changing Composition*, Westport (CT), Praeger, 1976.

doméstico. La verdad, tal y como señala Juanita Kreps, es que las mujeres estaban «deseosas de cambiarlo [el trabajo doméstico] por un trabajo en el mercado laboral que, siendo igualmente rutinario y repetitivo, se diferencia en que por el segundo te pagan un salario».[12] Otra razón igual de crucial para la expansión récord de la mano de obra femenina, particularmente tras 1973, fueron los extensos recortes aplicados a los subsidios sociales durante los años setenta. Desde comienzos de la Administración Nixon hasta nuestros días, se ha llevado a cabo una campaña cotidiana en los medios de comunicación de masas en la que se culpabiliza de todos los problemas sociales a «la masa subsidiada». A la vez, a lo largo y ancho de la nación, los requisitos para optar a las ayudas sociales se han endurecido, han recortado el número de mujeres que pueden solicitarlos y, pese al aumento sostenido del coste de la vida, los presupuestos dedicados a ayudas sociales se han reducido.[13]

Como resultado de todo esto, si en 1969 los subsidios concedidos por el programa AFDC eran superiores al salario femenino medio, a mediados de los años setenta las tornas habían cambiado totalmente, incluso teniendo en cuenta que el salario medio real había descendido comparado con los años sesenta. Confrontadas con el asalto al sistema de ayudas sociales, parece que las mujeres siguieron el consejo de una *welfare mother* que sugirió que si el gobierno solo estaba dispuesto a remunerar a las mujeres cuando estas cuidaban a los hijos de otras entonces tal vez «deberían intercambiar sus hijos». Dado que en el mercado laboral las mujeres se concentran en los empleos pertenecientes al sector servicios relacionados directamente con las tareas reproductivas, se podría argumentar que las mujeres han intercambiado el trabajo doméstico no remunerado por trabajo doméstico asalariado dentro del mercado laboral.

El crecimiento de la mano de obra femenina refleja el rechazo de las mujeres al trabajo doméstico y ambos procesos explican la aparente paradoja de que, en el mismo momento en el que las mujeres empezaban a introducirse vertiginosamente en el mercado laboral, el trabajo doméstico empezase a aflorar como un ámbito valioso para la investigación económica. Los años setenta presenciaron un *boom* de los estudios sobre el trabajo reproductivo. Incluso, en 1975, el gobierno decidió empezar a cuantificar la contribución de

12 Juanita Morris Kreps, *Sex in the Marketplace*, Baltimore (MD), Johns Hopkins University Press, Policy Studies in Employment & Welfare, 1971, p. 68.

13 En Nueva York los subsidios sociales llevan congelados a los niveles de 1972 (ajustados en 1974) pese a que el coste de la vida se ha duplicado en los últimos ocho años.

las tareas de las amas de casa en el PIB. Y de nuevo, en 1976, investigadores de la Seguridad Social, al estudiar el impacto de las enfermedades en la productividad nacional, incluyeron en sus cifras el valor económico del trabajo reproductivo.[14] Basándose en enfoques mercantiles, las estimaciones alcanzadas fueron bastante conservadoras. De todos modos, el hecho en sí de intentar realizar estos cálculos demuestra el aumento de la preocupación del gobierno acerca de la «crisis de la familia y del trabajo doméstico». De hecho, tras el repentino interés por el trabajo reproductivo subyace la vieja realidad de que este trabajo solo permanece invisible mientras es llevado a cabo. También hubo otras razones que provocaron la preocupación de los legisladores por la «crisis familiar». Primero y más importante, se había producido una amenaza a la «estabilidad familiar» debida a la correlación dada entre el incremento de la capacidad salarial de las mujeres estadounidenses, la escalada en la tasa de divorcios y el simultáneo aumento en el número de mujeres cabeza de familia. Para mediados de los años setenta, el gobierno también empezaba a mostrar preocupación por la expansión de la mano de obra femenina que estaba rebasando las cifras proyectadas,[15] revelando un carácter autónomo que frustraba los planes que se habían desarrollado para ellas. Por ejemplo, lejos de suponer una «solución» a la «excesiva» demanda de subsidios sociales, el enorme número de mujeres que buscaban empleo asalariado provocó que aumentara la demanda de ayudas sociales debido a la disparidad entre el número de mujeres que buscaban un empleo y la cantidad de empleos disponibles, lo que bloqueaba continuamente los intentos del gobierno de «poner a trabajar a las mujeres receptoras de subsidios». Igual de preocupante para el gobierno y los empresarios, en el contexto de la recesión más severa que se había experimentado desde la Gran Depresión, y encarando el desempleo prolongado, era la «rigidez» de la participación femenina en el mercado laboral.

¿Aceptarían las mujeres regresar con las manos vacías a casa como habían hecho durante el periodo de postguerra tras haber experimentado los beneficios económicos de recibir un salario?[16] Es en este clima donde la revalorización

---

14 Se calculó que la jornada completa de un ama de casa suponía unos 6.000 $ anuales, cifra bastante menor a la estimada por el Chase Manhattan Bank, que la cifraba en 13.000 $ anuales, y los 20.000 $ que calculaba un estudio contemporáneo del economista Peter Snell.

15 Para 1976, la entrada de las mujeres en el mundo laboral había alcanzado la cifra que el Ministerio de Trabajo había calculado para 1985.

16 Es importante mencionar aquí la propuesta de revisar el seguro de desempleo, debatida durante la Administración Ford. Aunque no se admitía abiertamente, el recorte de las prestaciones de desempleo se centraba en aquellas personas —léase amas de casa— que acababan de «dejar la

del trabajo doméstico ha tenido lugar. Aun así, y pese a toda la palabrería, poco se ha logrado. El valor económico del trabajo doméstico se ha visto reconocido solo en propuestas legislativas menores. Por ejemplo, el gobierno autorizó a los maridos, dentro del plan de jubilación adoptado en 1976 (y recogido en el Tax Reform Act [Acta de Reforma Fiscal]), a aportar contribuciones para los Individual Retirement Plan [Planes Individuales de Jubilación] (IRA) en beneficio de sus esposas no asalariadas. La contribución de las esposas a la economía familiar también se veía reconocida, al menos formalmente, con la aprobación en varios Estados de EEUU de diversas leyes que sancionan el divorcio de mutuo acuerdo y permiten la división de las propiedades familiares en relación con los servicios que la esposa haya llevado a cabo (aunque en casos judiciales recientes se han rechazado las demandas de algunas mujeres de compartir el salario del hombre). Por último, el Acta de Reforma Fiscal de 1976 permite a los progenitores deducir hasta 400 $ por cada hijo a cargo (aunque los padres deben justificar un gasto de al menos 2.000 $ en ellos para poder optar a este dinero). En lo tocante a la posibilidad de aprobar una remuneración para el trabajo doméstico, el único avance propuesto en esta revisión de la ley ha sido el precio simbólico con el que se ha etiquetado el trabajo reproductivo, funcional tan solo para su cálculo dentro del PIB. Se supone que esto hará que las mujeres se sientan más valoradas e incrementará su satisfacción respecto a su trabajo. Típico de este punto de vista es la recomendación hecha por un grupo de trabajo que llevó a cabo un estudio sobre el empleo en EEUU:

> El hecho obvio es que mantener una casa y criar a los niños es un trabajo, un trabajo que, de media, es tan difícil de hacer bien y tan útil a la sociedad en general como casi cualquier otro trabajo remunerado que tenga que ver con la producción de bienes y servicios. La dificultad consiste en [...] que no hemos, como sociedad, reconocido este hecho dentro de nuestro sistema público de valores y recompensas. Este reconocimiento debe empezar primera y simplemente con la cuantificación formal de las amas de casa dentro de la mano obra, asignándole a su trabajo una valoración económica.[17]

casa». También proponía que las personas desempleadas cuyos cónyuges estuviesen trabajando no fueran contabilizadas como receptoras de prestaciones por desempleo. Asimismo, aquellas personas cuya «falta de educación o de experiencia laboral previa les sitúa como no cualificadas» también estarían excluidas de la prestación de desempleo. Eileen Shanahan, «Study on Definitions of Jobless Urged», *The New York Times*, 11 de enero de 1976.

17 Department of Health, Education and Welfare [Departamento de Salud, Educación y Bienestar Social], *Work in America,* Cambridge (MA), MIT, 1975.

En realidad la única respuesta a la revuelta de las mujeres contra el trabajo reproductivo ha sido el continuo crecimiento de la inflación, que ha incrementado el trabajo de las mujeres en casa y su dependencia del salario masculino. De todas maneras, y pese a la ausencia de una legislación que lo apoye y al crecimiento de la inflación, el rechazo de las mujeres al trabajo no remunerado en el hogar se ha mantenido a lo largo de los años setenta, provocando cambios significativos dentro de la organización del trabajo doméstico y del proceso general de reproducción social.

La reorganización de la reproducción social

La relación de las mujeres con el trabajo doméstico durante los años setenta es un buen ejemplo de lo que la economía llama «efecto renta o efecto ingreso», la tendencia de los trabajadores a reducir la cantidad de trabajo que llevan a cabo cuando ven aumentar sus ingresos, aunque en el caso de las mujeres lo que se ha reducido ha sido únicamente el trabajo no remunerado en casa. Respecto a esto han surgido tres corrientes: reducción, redistribución (conocida también como reparto) y socialización del trabajo doméstico.

La disminución del trabajo reproductivo se ha producido básicamente a través de la reorganización de muchos de los servicios domésticos bajo un esquema mercantil y de la reducción del tamaño de la familia. En contraste, los aparatos tecnológicos diseñados para ahorrar tiempo en las tareas domésticas han jugado un papel muy pequeño en este proceso. Pocas innovaciones tecnológicas han penetrado en los hogares durante los años setenta. Por otra parte, el persistente estancamiento de las ventas de aparatos domésticos muestra una tendencia hacia la externalización de los servicios producidos en el hogar.[18] Incluso los diseños de los apartamentos y los muebles —cocina virtualmente inexistente, tendencia a utilizar módulos y muebles desmontables— son indicativos de la tendencia a expulsar de los hogares grandes parcelas de sus anteriores funciones reproductivas. De hecho, los únicos instrumentos para ahorrar tiempo real que las mujeres han utilizado durante los años setenta han sido los anticonceptivos, como demuestra el hundimiento

18 En una comparación de las ventas de los servicios industriales con las ventas de los aparatos domésticos, el incremento en las ventas de los servicios (comparado con la venta de electrodomésticos) se duplicó en menos de diez años: 1965, 6,3 %; 1970, 8,7 %; 1975, 11,8 %; 1976, 11 %.

del índice de natalidad, que en 1979 se desplomó hasta 1,75 niños por cada mil mujeres entre 15 y 44 años. Tal y como se nos dice a menudo, el *boom* de la natalidad de los cincuenta se ha convertido en un desplome de los nacimientos que está afectando profundamente a todas y cada una de las áreas de la vida social: el sistema escolar, la fuerza de trabajo —que verá un progresivo envejecimiento de la población si continúa la tendencia actual— y la producción industrial —que está reajustando sus prioridades a las necesidades de una población más adulta.[19] Pese a las predicciones de que estamos a las puertas de un nuevo *baby boom*, es bastante probable que continúe esta tendencia. Frente al tradicionalismo de los años cincuenta, hoy en día las mujeres estadounidenses están dispuestas a renunciar a la maternidad, hasta el punto incluso de aceptar esterilizarse y así mantener el empleo, más que someterse al trabajo y a los sacrificios que supone tener niños.[20] La reducción de las tareas llevadas a cabo en casa también se debe al creciente número de mujeres que retrasan la edad de matrimonio o que no se casan (viven solas o con parejas del mismo sexo, o en asentamientos comunales) así como al aumento de la tasa de divorcios (todavía solicitados primordialmente por mujeres) que cada año alcanza un nuevo récord. Parece ser que el matrimonio ya no supone «un buen negocio» para las mujeres, o siquiera un negocio, y aunque el rechazo al matrimonio aún no esté a la orden del día, las mujeres han adquirido claramente una nueva movilidad respecto a los hombres y actualmente pueden establecer relaciones a tiempo parcial con ellos, en las cuales el elemento del trabajo a realizar es claramente menor. Hasta qué punto están dispuestas a llegar las mujeres para dejar de servir gratis a los hombres se refleja en el continuo crecimiento del número de familias cuya cabeza es una mujer.

19 Este colapso de la tasa de natalidad juega un papel importante en las actuales discusiones sobre las políticas migratorias. Véase Michael L. Walter, «The labor market and illegal inmigration: The outlook for the 1980s», *Industrial and Labor Relations Review*, vol. 33, núm. 3, abril de 1980, pp. 342-354.

20 Este fue el caso de cinco trabajadoras de la American Cyanamid Company, empleadas en la planta de la Isla Wilson (condado de Pleasents) en Virginia Occidental, que se sometieron voluntariamente a una esterilización por miedo a perder sus trabajos cuando la empresa redujo el número de químicos a los cuales las mujeres podían ser expuestas de manera segura (Timeline of West Virginia Women's History, recopilado por el West Virginia State Archives [Archivo Estatal de Virginia Occidental]). Tal y como saldría más tarde a la luz, a la estela del pleito presentado por el sindicato UAW (United Auto Workers) contra la empresa General Motors (contra las restricciones de la compañía a las mujeres en edad fértil), este no fue un caso aislado.

De todas maneras, y llegados a este punto, es necesario hacer algunas aclaraciones ya que esta tendencia ha sido interpretada muy a menudo como un «síndrome del hogar roto» provocado por las políticas sociales que impiden cobrar las ayudas del AFDC en los casos en los que el marido vive en la casa. Dicho de otra manera, demasiado a menudo las familias monoparentales encabezadas por una mujer son vistas desde una perspectiva de victimización que ignora el intento que ellas llevan a cabo de reducir el trabajo y la disciplina que implica tener un hombre en casa. Que el impacto de los subsidios sociales se ha sobrerrepresentado fue demostrado por un reciente estudio realizado en Seattle, donde las ayudas sociales se concedieron también a parejas que permanecían juntas. Tras un año esas parejas presentaban los mismos índices de separación que el resto de las familias que recibían subsidios. Esto demuestra que las parejas no rompen la unidad familiar para así poder optar a las ayudas sociales sino que los subsidios proporcionan a las mujeres mayor autonomía de los hombres y la posibilidad de poner fin a relaciones basadas en necesidades económicas.[21]

Las mujeres no solo han reducido la carga de trabajo que hasta ahora portaban sino que también han cambiado las condiciones de su trabajo. Por ejemplo, las mujeres han desafiado el derecho del marido de exigir servicios sexuales de su mujer independientemente de su aceptación o no. El juicio durante 1979 a un hombre acusado de violar a su esposa ha supuesto un antes y un después respecto a esto, ya que hasta entonces nunca antes forzar a una esposa a mantener relaciones sexuales había sido considerado un delito. Igualmente significativo ha sido la revuelta de las mujeres contra las palizas y los abusos físicos, es decir, el castigo corporal dentro del hogar, que tradicionalmente había sido tolerado por los juzgados y la policía, lo que legitimaba implícitamente estas actitudes como parte de la condición de esposa. Basándose en el poder que las mujeres han ganado y su determinación a rechazar las tradicionales «durezas» del trabajo doméstico, los juzgados han reconocido cada vez más el derecho de la mujer maltratada a la «autodefensa».

21 El mayor incremento de familias cuya cabeza es una mujer se ha dado entre mujeres divorciadas. La situación de las familias encabezadas por mujeres muestra las dificultades a las que se tienen que enfrentar estas cuando «tratan de hacerlo por sí mismas» ya que lideran el *ranking* de menor renta de todos los grupos de población. Esto se debe tanto a los pobres subsidios concedidos por el AFDC como a los bajos salarios que las «amas de casa desplazadas» reciben cuando obtienen un empleo en el mercado laboral. Mientras que el trabajo doméstico no se reconozca como trabajo, el ama de casa seguirá siendo considerada como alguien sin formación, forzada a aceptar los trabajos peor pagados.

Otra tendencia en auge durante los años setenta ha sido el «reparto de la tareas domésticas» que durante mucho tiempo había sido considerado por las feministas como la solución ideal al problema del trabajo doméstico. Aun así, precisamente cuando tomamos en cuenta los logros conseguidos en este campo, nos damos cuenta de los obstáculos a los que se enfrentan las mujeres cuando tratan de hacer cumplir un reparto más igualitario de las tareas del hogar.

Sin duda alguna, los hombres están más predispuestos hoy en día a encargarse de algo del trabajo doméstico, particularmente dentro de las parejas en las que ambos tienen un empleo asalariado. Muchas parejas estipulan incluso un contrato matrimonial en el que se establece la división de las tareas dentro de la familia. También ha comenzado a surgir un nuevo fenómeno durante los años setenta: el amo de casa, probablemente más extendido de lo que se reconoce, ya que muchos hombres se muestran muy reacios a admitir que sus mujeres les mantienen. Pero pese a la tendencia a la «desexualización» de las tareas domésticas, tal y como indica un reciente estudio, la mayor parte de los trabajos domésticos todavía los realizan mujeres, incluso si tienen un segundo empleo. De hecho hasta las parejas que establecen relaciones más igualitarias se enfrentan a un auténtico cambio de tornas cuando nace un niño. La causa de esto es la cantidad del salario deducido al hombre cuando este prescinde de parte de la jornada laboral para cuidar a los hijos. Esto sugiere que incluso innovaciones tales como la jornada flexible no son garantía suficiente de que el trabajo doméstico se repartirá de manera igualitaria, dado el descenso en la calidad de vida que se produce como consecuencia de la reducción de los ingresos por la ausencia del salario masculino. También indicaría que probablemente los intentos de las mujeres de redistribuir las tareas domesticas se verán frustrados dados los bajos salarios que reciben en el mercado laboral por los arraigados prejuicios masculinos acerca de su trabajo.

De todas maneras la evidencia más clara de que las mujeres han utilizado las ventajas que les reporta el salario para reducir la cantidad de trabajo no remunerado que llevaban a cabo ha sido la explosión del sector servicios a lo largo de la década de los años setenta.[22] Cocinar, limpiar, cuidar a los niños e incluso su papel en la resolución de conflictos y como acompañante han sido «extraídos de los hogares» de un modo creciente, y organizados a escala comercial. Se calcula que, a día de hoy, los estadounidenses consumen la

22 U. S. Department of Commerce [Departamento de Comercio de EEUU], *Services Industries: Trends and Prospects,* Washington DC, Government Printing Office, 1975, pp. 3-13.

mitad de sus menús fuera de casa y que la industria de la comida rápida ha crecido durante los años setenta en un porcentaje del 15 % anual, pese a que la inflación ha reavivado el espíritu y hábitos del «hazlo tú mismo». Igual de significativa ha sido la explosión de la industria del ocio y el entretenimiento que está adoptando el papel tradicional de las mujeres de mantener y crear una familia feliz y relajada. De hecho, como las madres y esposas «están en huelga», muchas de las labores que previamente eran invisibles han sido transformadas en mercancías en venta alrededor de las cuales se han levantado industrias completas. Un ejemplo típico es el recién desarrollo de la industria del bienestar y los cuidados físicos desde los clubes de salud a los salones de masajes, con sus múltiples servicios —sexuales, terapéuticos, emocionales—, y la industria que se ha creado alrededor del *footing* (la popularidad misma del *footing* es un indicador de la nueva conciencia generalizada del «tienes que cuidarte porque puede que nadie más lo vaya a hacer por ti»). Otra evidencia más, y aún más clara, sobre la tendencia a la externalización de los servicios domésticos ha sido el aumento de la cantidad de guarderías y el enorme incremento en el número de niños inscritos en los jardines de infancia (de un 194 % en el segmento de niños de tres años entre 1966 y 1976).[23]

Tomadas como un todo, estas tendencias indican una transformación generalizada en la organización social de la reproducción social, en el sentido de que el trabajo doméstico está cada vez más «desexualizado», desterrado del ámbito privado, y lo que es más importante, remunerado. Por esto, aunque la casa se mantenga como el centro reproductivo de la fuerza de trabajo (o del «capital humano» desde un punto de vista empresarial), su importancia como eje central de los servicios reproductivos sociales está menguando.

23 Aun así en 1977, se calculaba que solo el 3 % de las criaturas hasta 2 años y el 5 % de los niños entre 3 y 5 años acudían al jardín de infancia. En 1975, en un estudio realizado por el Departamento de Censo para la asistencia infantil, la mayor parte de los padres entrevistados se señalaban a sí mismos o en todo caso a los servicios públicos como principales cuidadores de sus hijos. La responsabilidad por el vacío existente entre el número de guarderías y las necesidades de las mujeres trabajadoras —incluyendo aquellas que trabajan en casa— está relacionada con la política del gobierno federal de considerar legítimos los servicios de guarderías solo para aquellas familias «en dificultades», restringiendo así la posibilidad de recibir este tipo de apoyo a los receptores de las ayudas del AFDC. Con excepción de la exención fiscal, el apoyo del gobierno federal a los servicios de cuidados diarios ha decrecido desde 1970, especialmente a partir de 1975. Bajo estas circunstancias, las madres no tienen otra alternativa que buscar acuerdos personales o asumir ellas mismas los altos costes de un guardería privada, cuyo precio medio es de 50 $ a la semana, una suma que recorta sustancialmente sus ganancias sin proporcionar tampoco todos los servicios necesarios.

La organización de la reproducción que prevalecía en el modelo keynesiano del periodo de postguerra ha entrado en crisis. En este modelo, el trabajo doméstico se dirigía y regulaba a través de la organización del salario masculino, que funcionaba como inversión directa en capital humano así como estímulo de la producción a través de su rol de demanda-consumo. Dentro de este modelo, no solo se ocultaba el trabajo femenino tras el salario masculino, reconociendo únicamente como trabajo las actividades (asalariadas) que tenían que ver con la producción de mercancías, sino que las mujeres pasaban a ser meros apéndices, variables dependientes de los cambios y transformaciones en los lugares de trabajo. Dónde vivía tu marido, qué trabajo tenía y qué salario recibía dictaban directamente la intensidad del trabajo que debía realizar la mujer y los niveles de productividad que se le requerían. Pero, al rechazar trabajar de manera gratuita, las mujeres han roto con esta situación. Han roto con el ciclo casa/fábrica, salario masculino/trabajo doméstico, situándose ellas mismas como «variables independientes» con las que el gobierno y los empresarios deben tratar de manera directa, incluso en el estadio de la reproducción. *Con este desarrollo vemos que la reproducción de la fuerza de trabajo asume un estatus autónomo en la economía respecto a la producción de mercancías*, tanto que la productividad del trabajo reproductivo ya no se mide (como solía hacerse) según la productividad del empleado masculino en su puesto de trabajo, sino directamente desde el lugar donde se desarrollan los servicios.

Sin duda alguna, durante los años setenta, el gobierno y los empresarios han utilizado esta reorganización de la reproducción para desmantelar los programas de ayudas sociales que sostenían la política del «desarrollo del capital humano» que caracterizó el periodo de postguerra hasta la Gran Sociedad,[24] así como para contener el crecimiento de los salarios masculinos que habían experimentado un aumento durante los años sesenta. Aduciendo que el sistema de previsión social no ha producido los resultados esperados, el gobierno ha incentivado la reorganización del trabajo reproductivo basándose en el modelo mercantil, lo que parece garantizar (pese a su baja productividad, al menos medida en términos convencionales) beneficios inmediatos independientes de la productividad de la mano de obra futura. Aunque el gobierno haya logrado reducir el gasto en asuntos sociales y conseguido crear

24 Por «Gran Sociedad» se entiende el conjunto de programas sociales de ámbito nacional impulsados por el presidente Lyndon B. Jonhson durante los años sesenta, cuyos objetivos principales eran la erradicación de la pobreza y de la discriminación racial. Se diseñaron diferentes programas de inversión en ámbitos como el transporte, la sanidad, la educación, la Seguridad Social, etc. [N. de la T.]

un clima por el que se culpabiliza a las ayudas sociales de ser uno de los principales problemas de la sociedad estadounidense, el gobierno ha fracasado en su intento de eliminar lo que puede considerarse como el primer «salario para el trabajo doméstico». Más importante todavía, mientras que el «salario social femenino» ha decrecido y mujer y pobreza son todavía sinónimos, el salario total en manos de las mujeres ha aumentado decisivamente. El intento de instrumentalizar la demanda de las mujeres de acceso a trabajos asalariados para contener el crecimiento de los salarios masculinos (mediante la reorganización de la producción que desmantela los sectores manufactureros mientras incrementa el desarrollo del sector servicios) tampoco ha logrado los resultados esperados.

Se puede destacar también que, pese a las altas tasas de desempleo, durante los años setenta no hemos presenciado el rechazo hacia el trabajo de las mujeres (particularmente de las mujeres casadas) que tan significativo fue durante los años treinta y cuarenta.[25] Parece ser que los hombres han reconocido los beneficios del doble salario, como indica la continua reducción de la participación de los hombres en la mano de obra. De hecho, incluso se afirma que los hombres actúan cada vez más como mujeres en lo relativo a sus patrones de trabajo. No solo se está desplomando el modelo de marido-proveedor de salarios / esposa-ama de casa (según las estadísticas del Ministerio de Trabajo esto correspondería solo al 34 % de los hombres en edad laboral) sino que maridos cuyas esposas tienen un trabajo asalariado se muestran cada vez más reticentes a aceptar cambios laborales (muchas veces desestimando promociones antes que tener que encarar una movilidad que afectaría al empleo de las esposas), cambian de trabajo de manera más frecuente, prefieren empleos que conlleven horarios laborales más cortos en lugar de salarios más altos y se jubilan antes que en el pasado. Se podría añadir que para muchas familias el doble salario ha supuesto un colchón crucial contra el desempleo y la inflación, como demuestra la experiencia de los últimos años en los que la anunciada recesión no se ha precipitado al seguir aumentando la demanda basada en el consumo (y en la deuda de las

25 Tal y como señala Oppenheimer, durante los años treinta y cuarenta prevalecieron las actitudes negativas hacia las mujeres casadas que trabajaban ya que se temía que arrebatasen los puestos de trabajo a los hombres. Propuestas legislativas contra el empleo de mujeres casadas se aprobaron en treinta y seis Estados. Oppenheimer también señala que incluso antes de la quiebra bursátil de 1929 «la mayoría del sistema escolar no contrataba mujeres casadas como profesoras y cerca de la mitad de las profesoras solteras se retiraban al contraer matrimonio». Valerie Oppenheimer, *Female Labor Force in the United States: Demographic and Economic Factors Governing Its Growth and Changing Composition*, Berkeley, University of California Press, 1970, pp. 127-128, 130.

familias). Protegidas por las expectativas del doble ingreso, las familias han perdido parte del miedo a pedir préstamos y a gastar, hasta el punto de que la inflación ha provocado el efecto opuesto al que ha tenido tradicionalmente: ha incrementado el gasto en vez de disminuirlo.

Conclusiones

Está claro que el rechazo de las mujeres a continuar como trabajadoras no asalariadas dentro del hogar ha provocado grandes cambios en la organización de la reproducción social y en las condiciones laborales de las mujeres. Lo que estamos presenciando es la crisis de la división tradicional del trabajo que confinaba a las mujeres a las labores reproductivas (no asalariadas) y a los hombres a la producción de mercancías (asalariadas). Todas las relaciones de poder entre hombres y mujeres han sido construidas alrededor de esta «diferencia» ya que la mayor parte de las mujeres no tenían otra alternativa que depender de los hombres para su supervivencia económica y someterse a la disciplina que conlleva esta dependencia. Tal y como se ha señalado anteriormente, el cambio principal a este respecto se ha producido mediante el aumento de la migración de las mujeres al sector de la mano de obra asalariada que durante los años setenta ha supuesto la principal contribución al crecimiento socioeconómico de las mujeres. De todas maneras esta estrategia tiene muchos límites. Mientras que el trabajo masculino ha disminuido durante la última década, las mujeres hoy en día trabajan más duramente que en el pasado. Esto es especialmente cierto en el caso de la mujeres cabeza de familia y de las mujeres con bajos salarios que a menudo se ven forzadas a pluriemplearse para poder llegar a final de mes.[26] El peso con el que aún cargan las mujeres se refleja claramente en sus historias clínicas. Se habla mucho acerca de que las mujeres viven más tiempo que los hombres pero sus dosieres médicos cuentan una historia diferente. Las mujeres, especialmente las que están en la treintena, lideran las tasas de suicidio en la población joven, lo que también se puede decir de los índices de consumo

26 El volumen de mujeres pluriempleadas casi se duplicó durante los años 1969-1979, aunque puede que las cifras sean en realidad incluso mayores si incluimos los empleos de la economía sumergida. Para 1969, las mujeres suponían el 19 % de las personas pluriempleadas, mientras que para 1979 alcanzaban el 30 %. Se calcula que las mujeres pluriempleadas trabajaban una media de cincuenta y dos horas a la semana. *Monthly Labor Report*, vol. 103, núm. 5, mayo de 1980.

de drogas, crisis emocionales y tratamientos mentales (ya sea con ingreso o ambulatorios) y presentan muchas más posibilidades de sufrir estrés y malestar que los hombres.[27] Estas estadísticas son síntomas del precio que las mujeres están pagando, ya sea por dedicar su vida a tiempo completo a ser amas de casa, ya sea por la pesada carga de la doble jornada laboral, es decir, en cualquier caso, por el peso de una vida dedicada exclusivamente al trabajo. Claramente, no se puede producir cambio positivo alguno en las vidas de las mujeres a no ser que se dé una profunda transformación en las políticas económicas y en las prioridades sociales.

De todas maneras, si se hacen realidad las promesas del recién elegido presidente Reagan las mujeres tendrán que pelear en una dura batalla si quieren conservar los logros obtenidos durante los años sesenta y setenta. Se nos dice que las ayudas sociales se recortarán mientras se incrementan los gastos militares, que los nuevos recortes en los impuestos estarán diseñados para beneficiar realmente a las empresas mientras que proporcionarán poca ayuda a la población con bajos ingresos y ninguna a los que no reciban ingreso alguno. Es más, el tipo de crecimiento económico que los «economistas de la oferta»[28] del entorno de Reagan están promocionando amenaza seriamente a las mujeres con una contaminación en aumento, debido a la acumulación de residuos nucleares y a la desregulación industrial. Esto quiere decir que se repetirán accidentes como el de la Isla de las Tres Millas o de Canal Love,[29] más enfermedades en las familias, más preocupaciones cotidianas sobre la salud de los hijos y de los familiares así como sobre la nuestra propia, más trabajo que abarcar.

27 *Women and Health, United States*, Public Health Reports, Washington DC, U. S. Government Prianting Office, 1980, pp. 9-11, 36-37.

28 En contraposición a las políticas keynesianas que se basan en una incentivación de la demanda a partir de un aumento del gasto público, los economistas de la oferta defienden que el crecimiento económico se produce a partir del desarrollo de la oferta. Por ello apuestan por la reducción de impuestos, la inversión productiva, las privatizaciones y las restricciones a la influencia de los sindicatos, entre otras medidas. Tuvieron especial influencia en las políticas llevadas a cabo por Reagan y Thatcher. [N. de la T.]

29 El caso del Canal Love, situado en el Estado de Nueva York (EEUU), junto a las cataratas del Niágara, fue uno de los primeros que captó la atención pública sobre el tema de los residuos. Lo que había sido diseñado como una comunidad idílica se transformó en una tragedia. La zona recibió el nombre del diseñador de la urbanización William T. Love, quien consideró que la excavación de un pequeño canal comunicante entre el bajo y alto Niágara, proporcionaría energía barata y suficiente para alimentar su ciudad modélica; sin embargo finalmente el proyecto de producción energética tuvo que suspenderse debido a su escasa rentabilidad y viabilidad. El canal quedó sin uso y pasó a manos del Ayuntamiento que lo reconvirtió en

Al mismo tiempo, es dudoso que una disminución del crecimiento económico basado en la reducción del consumo energético «pueda tener un efecto beneficioso para el papel de las mujeres en la sociedad».[30] El modelo de crecimiento económico lento, propuesto habitualmente, es el modelo de una sociedad basada en el trabajo intensivo, promocionando particularmente el componente de lo no asalariado: el trabajo reproductivo. Las «actividades creativas personales» cuyos caminos abre a las mujeres la tecnología energética blanda se definen muy bien en las palabras de uno de sus defensores, el economista inglés Amory Lovins: cuidar el huerto, enlatar, tejer, hacer bricolaje, preparar conservas con tus propias verduras y frutas, coser, aislar las ventanas y áticos, reciclar materiales...[31] En una exaltación del regreso al «hábito del hacerlo una misma» como si fuese una victoria de la calidad sobre la mediocridad, del individualismo sobre el sistema (las emociones que —se nos dice— este tipo de actividades liberan son «poderosas, duraderas y contagiosas»); Lovins se queja de que: «Hemos sustituido la vieja ética del cuidado y el cariño por las ganancias económicas como única legitimización para el trabajo. Así obtenemos alienación en lugar de realización interna, pobreza interior».[32]

En la misma línea de pensamiento, Nancy Barrett pronostica que en una economía de crecimiento lento:

un vertedero. Entre 1947 y 1952 la compañía química Hooker lo usó para depositar 20.000 toneladas de productos químicos muy tóxicos. En 1952 la ciudad de Niagara Falls expropió esos terrenos para construir una urbanización y una escuela. Aunque la compañía química advirtió de los peligros, se pensó que recubriendo, como hicieron, todo el vertedero con capas de arcilla y tierra quedaría suficientemente sellado. A finales de los años cincuenta se comprobó lo errado de esta suposición. Niños que jugaban en el patio de la escuela sufrieron quemaduras, algunos enfermaron y murieron. De vez en cuando emanaban vapores tóxicos que dañaban la vegetación y al llover salía barro cargado de una mezcla oscura y tóxica. Los problemas continuaron durante años. En 1978 se hicieron análisis de las aguas de la zona que mostraron la presencia de 82 productos químicos contaminantes. El Departamento de Sanidad comprobó que una de cada tres mujeres de la comunidad había sufrido abortos espontáneos, un porcentaje muy superior al normal, y que de 24 niños, cinco tenían malformaciones. Se estudiaron otras enfermedades en niños y se vio que su incidencia era claramente más alta que en la población general. Eckardt C. Beck, «The Love Canal Tragedy», *EPA Journal*, enero de 1979; disponible en http://www.epa.gov. [N. de la T.]

30 Nancy Smith Barret, «The Economy Ahead of Us» en Juanita Morris Kreps (ed.), *Women and the American Economy: A look to the 1980s*, Edgewood Cliffs (NJ), Prentice Hall, 1976, p. 165.

31 Amory Lovins, *Soft Energy Paths: Towards a Durable Peace,* Nueva York, Harper Collins, 1979, p. 151.

32 *Ibidem*, p. 169.

> La línea entre trabajo y placer puede difuminarse [...] la persona que se queda en casa no se sentirá inútil, él o ella estarán contribuyendo al ahorro de combustible y aumentando la producción de alimentos. Ya que se considerará socialmente útil la actividad no mercantil, es mucho más probable que las personas desempleadas (predominantemente mujeres, dados los actuales patrones de comportamiento) se sentirán mucho más contentas por permanecer fuera del mercado de trabajo de lo que se sentían en el pasado.[33]

Pero —es legítimo preguntarlo— esta idílica representación de una vida construida enteramente alrededor de la reproducción de uno mismo y de los otros, ¿no es la vida que siempre han llevado las mujeres? ¿No estamos escuchando de nuevo la misma glorificación del trabajo doméstico, que ha servido tradicionalmente para justificar el estatus no remunerado del mismo mediante la contraposición de esta «actividad valiosa, útil, y aún más importante, altruista» frente a las presumiblemente egoístas aspiraciones de aquellas que demandan que se les pague por su trabajo? Por último, ¿no nos estamos enfrentando de nuevo con una variante del viejo racionalismo utilizado tradicionalmente para enviar a las mujeres de vuelta a casa?

Sea como sea, si los cambios que las luchas de las mujeres han producido durante la última década son un indicativo de la dirección hacia la cual se están dirigiendo las mujeres estadounidenses es poco probable que estas se vean satisfechas con un incremento en la carga de trabajo doméstico, aunque vaya acompañado de un reconocimiento universal, si bien meramente moral, del valor del trabajo reproductivo. En este contexto estamos de acuerdo con Nancy Barrett en que las mujeres:

> Puede que encuentren necesario centrar sus intereses en buscar apoyo financiero para actividades fuera del mercado (y) en demandar un Salario para el Trabajo Doméstico, Seguridad Social, etc., y que otras ayudas alternativas para el trabajo doméstico sean, cada vez más, asuntos de creciente interés.[34]

33 Nancy Smith Barrett, «The Ecomony Ahead Us», *op. cit.*, p. 166.

34 *Ibidem*.

5. Devolvamos el feminismo al lugar que le corresponde (1984)

Han pasado casi catorce años desde la primera vez que me involucré en el movimiento de mujeres. Al principio lo hice con cierta distancia. Acudía a algunos encuentros pero con reservas ya que, a partir de la política en la que me había formado, me parecía difícil reconciliar el feminismo con una «perspectiva de clase». O al menos esto era lo que dictaba la lógica. Pero, seguramente, lo que pasaba era que estaba poco dispuesta a aceptar mi identidad como mujer después de haber puesto durante años todas mis esperanzas en mi capacidad de demostrar que era igual que los hombres. Dos experiencias fueron cruciales en mi conversión a feminista convencida. Primero, mi convivencia con Ruth Geller, que desde entonces se ha convertido en escritora, recogiendo los comienzos del movimiento en su obra *Seed of a Woman* (1979), y quien con las típicas formas feministas del momento continuamente hacía mofa de mi esclavitud para con los hombres. Y después, la lectura que hice de la obra de Mariarosa Dalla Costa *Las mujeres y la subversión de la comunidad* (1970), un panfleto que ha llegado a ser uno de los documentos feministas más debatidos de la época. En el mismo momento en el que leía la última página de dicho trabajo, supe que había encontrado mi hogar, mi tribu y mi propio yo, como mujer y como feminista. También de ahí surge mi colaboración con la campaña de Salario para el Trabajo Doméstico que mujeres como Mariarosa Dalla Costa y Selma James estaban organizando en Italia e Inglaterra, así como la decisión de comenzar a organizar grupos similares en Estados Unidos.

De todos los posicionamientos que desarrolló el movimiento de las mujeres, el movimiento de Salario para el Trabajo Doméstico fue probablemente el más controvertido y el que suscitó más antagonismos. Creo que la marginalización de las luchas por el salario doméstico fue un gran error que debilitó seriamente al movimiento. Hoy en día, y más que nunca, creo que si el movimiento de mujeres quiere recuperar su impulso y no verse reducido a ser otro pilar más del sistema patriarcal, debe confrontar las condiciones materiales de la vida de las mujeres.

Hoy por hoy nuestras elecciones están más definidas porque podemos determinar qué es lo que hemos logrado y contemplar más nítidamente los límites y posibilidades de las estrategias adoptadas en el pasado. Por poner un ejemplo, ¿tiene sentido seguir reclamando «mismo salario por el mismo trabajo» cuando los salarios diferenciales han sido introducidos hasta en los bastiones tradicionales de la mano de obra masculina? O, ¿podemos permitirnos el equivocarnos acerca de «quién es el enemigo», cuando el ataque llevado a cabo, mediante el desempleo tecnológico y los recortes, contra los trabajadores masculinos, se utiliza para atajar también nuestras demandas? Además, ¿nos permitiremos creer que la liberación empieza con «lograr un empleo y afiliarnos al sindicato» cuando los trabajos que podemos conseguir reciben el salario mínimo y los sindicatos tan solo parecen capaces de negociar los términos de nuestra derrota?

A finales de los años sesenta, cuando comenzaba el movimiento de mujeres, creíamos que estaba en nuestras manos, las de las mujeres, darle la vuelta al mundo. La sororidad[1] fue un llamamiento a construir una sociedad libre de las relaciones de poder existentes, en la que aprenderíamos a compartir en igualdad de condiciones la riqueza generada por nuestro trabajo y la producida por las generaciones anteriores a nosotros. La sororidad también expresaba un rechazo masivo al destino de ama de casa, una posición que todas sabíamos que suponía la primera causa de discriminación contra las mujeres. Descubrimos, como ya habían hecho otras feministas antes que nosotras, que

1 «Sororidad del latín *soror*, *sororis*, hermana, *e-idad*, relativo a. La sororidad es una dimensión ética, política y práctica del feminismo contemporáneo. Este término enuncia los principios ético-políticos de equivalencia y relación paritaria entre mujeres. Se trata de una alianza entre mujeres […] que conduce a la búsqueda de relaciones positivas […] cuerpo a cuerpo, subjetividad a subjetividad […] para contribuir con acciones específicas a la eliminación social de todas las formas de opresión y al apoyo mutuo para lograr el poderío genérico de todas y al empoderamiento vital de cada mujer». Ponencia de Marcela Lagarde, «Pacto entre mujeres sororidad», Madrid, 10 de octubre de 2006. [N. de la T.]

la cocina es nuestro barco negrero, nuestra plantación, y que si queríamos liberarnos primeramente debíamos romper con nuestra identificación con el trabajo doméstico y, en palabras de Marge Piercy, rechazar ser la *grand coolie dam*.[2] Queríamos recuperar control sobre nuestros cuerpos y nuestra sexualidad, ponerle fin a la esclavitud que supone la familia nuclear y la dependencia de los hombres, y explorar qué tipo de ser humano queríamos llegar a ser una vez que hubiésemos comenzado a liberarnos de las cicatrices que siglos de explotación habían dejado en nosotras. Pese a las diferencias políticas que surgían, estos eran los objetivos del movimiento de mujeres, y para lograrlos luchamos por ellos en todos los frentes. Sin embargo, ningún movimiento puede mantenerse y crecer a no ser que desarrolle una perspectiva estratégica que unifique sus luchas y que medie entre sus objetivos a largo plazo y las posibilidades existentes en su presente. Este sentido estratégico es lo que ha faltado dentro del movimiento de mujeres, que continuamente ha pivotado entre una dimensión utópica que plantea la necesidad de un cambio total y la práctica cotidiana que ha asumido la inmutabilidad del sistema institucional.

Una de las deficiencias del movimiento ha sido su tendencia a priorizar el papel de la conciencia en el contexto del cambio social, como si la esclavitud fuese una condición mental y la liberación pudiese lograrse mediante un acto de voluntad. Presuntamente según esta idea, si lo deseásemos, podríamos dejar de estar explotadas por los hombres y los empresarios, criar a nuestros hijos según nuestros parámetros, salir del armario y, empezando por nuestro presente, revolucionar nuestra vida cotidiana. No hay duda alguna de que algunas mujeres han logrado la fuerza para dar estos pasos, por lo que el cambio deseado en nuestras vidas podría aparecer como un acto de voluntad. Pero para millones de nosotras estas propuestas tan solo se transforman en imputaciones de culpabilidad, muy lejos de construir las condiciones materiales que podrían hacerlo posible. Cuando se planteó la cuestión de las condiciones materiales, la elección que tomó el movimiento fue la de luchar por aquellas que parecían compatibles con la estructura del sistema económico, en lugar de por las que podrían ayudarnos a expandir el apoyo social y proporcionar una novedosa situación de fuerza para todas las mujeres.

2 Marge Piercy es una novelista y poetisa norteamericana, pionera del movimiento de liberación de la mujer. En 1969 y tras el «verano del amor» publicó un artículo llamado «The Grand Coolie Damn» (haciendo un juego de palabras con la mayor presa de Estados Unidos, en aquel momento la construcción artificial más grande del mundo) que revolucionó y conmocionó a la izquierda estadounidense mediante la exposición del sexismo endémico e invisibilizado en el movimiento. [N. de la T.]

Aunque nunca se dejó del todo de lado el momento «utópico», el feminismo ha trabajado, cada vez más, dentro de un marco de trabajo en el que el sistema —y sus objetivos, sus prioridades, sus acuerdos de productividad— no son cuestionados y en el que la discriminación sexual puede aparecer como un mal funcionamiento de unas instituciones que de otra manera serían perfectas. El feminismo se ha identificado con la adquisición de igualdad de oportunidades en el mercado laboral, de la fábrica al despacho empresarial, con la obtención de un estatus igual al de los hombres, transformando nuestras vidas y personalidades para ajustarlas a nuestras nuevas tareas productivas. Que «dejar la casa» e «ir a trabajar» fuera una condición previa para nuestra liberación es algo que, ya en los años setenta, algunas feministas se habían cuestionado. Para las liberales el trabajo estaba revestido del *glamour* de la carrera profesional, para las socialistas significaba que las mujeres se «unirían a la lucha de clases» y se beneficiarían de la experiencia de llevar a cabo «una tarea socialmente útil, un trabajo productivo». En ambos casos, lo que para las mujeres era una necesidad económica se vio elevado a la posición de estrategia y así el trabajo en sí mismo se transformó en un camino liberador. La importancia estratégica atribuida a «la entrada de las mujeres en el lugar de trabajo» puede medirse por la extendida oposición a nuestra campaña que reclamaba salario para el trabajo doméstico, y que fue acusada de economicismo y de querer institucionalizar a las mujeres en los hogares. Sin embargo, la demanda de salario para el trabajo doméstico fue crucial desde muchos puntos de vista. Primero porque reconocía que el trabajo doméstico es trabajo —el trabajo de producir y reproducir la fuerza de trabajo— exponiendo de esta manera la enorme cantidad de trabajo no remunerado que es invisibilizado sin que nadie se cuestione cómo se hace y quién lo hace. También demostraba que el trabajo reproductivo es el problema común a todas nosotras, proporcionando así la posibilidad de unir a las mujeres alrededor de un mismo objetivo combatiéndolo en el terreno en el que nuestra fuerza es más poderosa. Por último, suponíamos que posicionar el «adquirir un trabajo» como condición primordial para lograr la autonomía de los hombres alienaría a aquellas mujeres que no desean trabajar fuera de su casa, puesto que ya trabajan duramente cuidando de sus familias y que si «salen a trabajar» lo hacen porque necesitan dinero y no porque lo consideren una experiencia liberadora, especialmente si tenemos en cuenta que un empleo nunca te libera del trabajo doméstico.

Creíamos que el movimiento de las mujeres no debía establecer modelos estáticos con los que tuviesen que conformarse las mujeres, sino que más bien debía concebir estrategias que expandiesen nuestras posibilidades. Una vez que la adquisición de un empleo se considera necesario para nuestra

liberación, la mujer que rechaza intercambiar su trabajo en la cocina por un empleo en la fábrica es inevitablemente tachada de retrógrada y, además de ser ignorada, sus problemas pasan a ser culpa suya. Es bastante probable que a muchas de las mujeres que más tarde fueron movilizadas por la *New Moral Majority* [Nueva Mayoría Moral][3] hubiesen podido participar en el movimiento si se hubieran tenido en cuenta sus necesidades. Cuando aparecía un artículo sobre nuestra campaña o se nos invitaba a intervenir en un programa de radio, a menudo recibíamos docenas de cartas de mujeres que nos hablaban sobre sus vidas o que a veces, simplemente, escribían: «Estimado Sr., indíqueme qué tengo que hacer para recibir un salario por el trabajo doméstico». Sus historias eran siempre las mismas. Trabajaban muchas horas, sin tiempo ni dinero para ellas mismas. Mujeres ancianas, que malvivían con el SSI (*Suplementary Security Income*) [Seguro Social Suplementario],[4] nos llegaron a preguntar si podían mantener un gato, puesto que temían que si el trabajador social se enteraba de que tenían un animal doméstico les cortarían el subsidio. ¿Qué podía ofrecer el movimiento a estas mujeres? ¿Sal y consíguete un empleo y así podrás unirte a las luchas de la clase obrera? Su problema era que ya habían trabajado demasiado, que ocho horas en la línea de montaje o en una caja registradora no son propuestas demasiado atrayentes cuando tienes que vértelas con un marido y niños en casa. Como repetíamos una y otra vez, lo que necesitamos es más tiempo y más dinero, no más trabajo. Necesitamos guarderías, no para liberar parte de nuestro tiempo y así poder trabajar en otro sitio, sino para poder ir a dar un paseo, para charlar con nuestras amigas o para poder acudir a una reunión de mujeres.

La propuesta de salario para el trabajo doméstico significó la apertura de un conflicto directo sobre la cuestión de la reproducción y la constatación de que la crianza de los hijos y el cuidado de la población es una responsabilidad social. En una sociedad futura en la que nos hayamos liberado de toda explotación nos plantearemos y decidiremos cómo se resuelve y comparte entre todos esta responsabilidad. Pero en esta sociedad en la que el dinero gobierna todas nuestras relaciones, reclamar responsabilidad social es exigirle a todos aquellos que se

3 Moral Majority [Mayoría Moral] es una asociación política estadounidense, compuesta por fundamentalistas cristianos, que se fundó en 1979. La asociación jugó un papel importante en las elecciones de 1980 por su fuerte apoyo a los candidatos conservadores. Presionaba por la enseñanza del creacionismo y la obligación de rezo en las escuelas oponiéndose a los derechos de los homosexuales, el aborto, etc. [N. de la T.]

4 El SSI es un subsidio federal dirigido a las personas mayores con discapacidades que no tienen ningún tipo de ingresos o estos son muy bajos. Proporciona dinero únicamente para cubrir los alimentos básicos, ropa y alojamiento. Todos estos gastos tienen que ser demostrables. [N. de la T.]

benefician del trabajo doméstico (los empresarios y el Estado como «capitalista colectivo») que paguen por él. No hacerlo es reafirmar el mito —tan costoso para nosotras— de que criar a los hijos y servir a aquellos que tienen un empleo es un asunto privado e individual y que tan solo se puede culpar a la «cultura masculina» de las sofocantes maneras de vivir, amar y socializarnos que tenemos. Desafortunadamente el movimiento de mujeres ha obviado durante mucho tiempo la cuestión de la reproducción o ha ofrecido soluciones individuales, como el reparto del trabajo doméstico, que no procura alternativas a las aisladas batallas que muchas de nosotras ya hemos mantenido. Incluso durante las luchas por el derecho al aborto, la mayor parte de las feministas tan solo luchaban por el derecho a no tener hijos, aunque este no sea más que uno de los aspectos del control sobre nuestros cuerpos y nuestras elecciones reproductivas. ¿Qué pasa si deseamos tener hijos pero no podemos permitirnos el criarlos, si no es al precio de no tener tiempo alguno para nosotras mismas y de vivir agobiadas por las preocupaciones económicas? Mientras el trabajo doméstico continúe sin estar remunerado no habrá los incentivos indispensables para la creación de los servicios sociales necesarios para reducir nuestra carga de trabajo, tal y como muestra el que, pese a existir un movimiento fuerte de mujeres, las subvenciones para guarderías y centros de día han ido disminuyendo paulatinamente durante los años setenta. Debo añadir que la campaña por el Salario para el Trabajo doméstico nunca se redujo a la obtención de un simple cheque, era también la demanda de más servicios sociales y de asistencia social gratuita.

¿Se trataba de un sueño utópico? Parece que muchas mujeres opinaban que sí. Sé, sin embargo, que en algunas ciudades de Italia, y como resultado de las demandas del movimiento estudiantil, los autobuses son gratuitos durante las horas que los alumnos van a la escuela. En Grecia, hasta las nueve de la mañana, la hora a la que mucha gente entra a trabajar, no se paga el metro. Y no se trata de países ricos. Entonces, ¿por qué en Estados Unidos, donde se acumula más riqueza que en el resto del mundo en conjunto, debería considerarse ingenua la demanda de que las mujeres con hijos tengan derecho a transporte gratuito cuando todo el mundo es consciente de que a tres dólares el viaje, no importa lo mucho que se haya despertado tu conciencia, te ves inevitablemente confinada en casa? La campaña suponía una estrategia de reapropiación, una ampliación del famoso «pastel» al que los trabajadores de este país se supone que tienen derecho. Habría constituido una mejor redistribución de la riqueza en beneficio tanto de las mujeres como de los trabajadores masculinos ya que no hay nada tan útil como un cheque a la hora de desexualizar el trabajo doméstico. Pero en aquella época, la palabra dinero era una palabra ofensiva para muchas feministas.

Una de las consecuencias del rechazo hacia el salario para el trabajo doméstico fue el poco esfuerzo invertido a la hora de movilizarse contra el desmantelamiento de los servicios sociales desde comienzos de los años setenta, lo que socavó las luchas por las prestaciones sociales. Si es verdad que el trabajo doméstico no debería estar remunerado, las mujeres que reciben el ADC no tienen derecho al dinero que reciben y el Estado hace bien en tratar de «hacer que trabajen» en contraprestación por los cheques que reciben. Muchas feministas presentaban la misma actitud hacia las mujeres que recibían asistencia social que mucha otra gente tiene hacia «los pobres»: compasión sin identificación, aunque en general se estuviese de acuerdo en que «todas estábamos a un marido de distancia de la cadena de montaje».

Un ejemplo de las divisiones políticas características del movimiento lo representa la historia de la Coalition of Labor Union Women (CLUW) [Coalición de Sindicatos de Mujeres Trabajadoras]. Las feministas se habían movilizado ya en 1974 cuando se creó la CLUW, y cientos de ellas participaron en la conferencia de fundación de la coalición que tuvo lugar en Chicago el mismo año. Pero cuando un grupo de *welfare mothers*, encabezadas por Beulah Sanders, y las mujeres de los mineros en huelga del condado de Haunty solicitaron participar en el mismo, fueron rechazadas (con la promesa de hacer ese sábado una «comida solidaria») porque, según se les argumentó, la conferencia estaba reservada a las que disponían de afiliación sindical.

La historia de los últimos cinco años ha mostrado los límites de dichas políticas. Tal y como admite todo el mundo, el término «mujer» se ha convertido en sinónimo de pobreza ya que los salarios femeninos han seguido disminuyendo tanto en términos absolutos como en relación a los salarios masculinos (durante 1984, el 72 % de las mujeres trabajadoras ganaban menos de 14.000 $ anuales, los ingresos de la mayoría de ellas rondaban los 9.000 $ - 10.000 $, mientras que las mujeres que con dos hijos dependían de las ayudas sociales recibían como mucho 5.000 $ anuales). Peor aún, hemos perdido casi todos los subsidios para el cuidado infantil, y muchas mujeres que hoy en día trabajan en casa,[5] pagadas a destajo a menudo por debajo del salario mínimo, lo aceptan porque es la única manera que disponen de ganar algo de dinero y de cuidar de sus hijos al mismo tiempo.

5 *Cottage industry*, en el original, hace referencia al *putting-out system*, en el que los trabajadores reciben materiales para trabajar en casa (cosiendo, montando piezas…) a cambio de una pequeña retribución y a menudo sin derechos laborales. [N. de E.]

Las feministas aducían que recibir un salario por el trabajo doméstico realizado aislaría a las mujeres dentro de los hogares. Pero, ¿te encuentras menos aislada cuando te ves obligada a pluriemplearte y a no disponer de dinero alguno para ir a ningún sitio, por no hablar de tener algo de tiempo para poder implicarte políticamente en algo? El aislamiento también significa verte forzada a competir con otras mujeres por los mismos empleos, o con un hombre ya sea blanco o negro acerca de a quién se debería despedir primero. Esto no quiere decir que no debamos pelear por mantener nuestros empleos, pero un movimiento que pretende luchar por la liberación debe tener una perspectiva más amplia, especialmente en un país como Estados Unidos, en el que la cantidad de riqueza acumulada y el desarrollo tecnológico hacen de la utopía una posibilidad concreta.

El movimiento de mujeres debe darse cuenta de que el trabajo no supone una liberación. El trabajo dentro de un sistema capitalista es explotación y no hay placer, orgullo o creatividad alguna en ser explotada. Incluso el concepto de «carrera profesional» es una ilusión en lo que respecta a la realización personal. Lo que pocas veces se reconoce es que la mayor parte de los empleos que se desarrollan mediante una carrera profesional requieren que se ejerza poder sobre otras personas, a menudo sobre otras mujeres y que esto depende de las divisiones entre nosotras. Intentamos escapar del encasillamiento en los guetos obreros y oficinistas para poder disponer de más tiempo para nosotras y estar más satisfechas, solo para descubrir que el precio que pagamos por progresar es la distancia que se interpone entre nosotras y otras mujeres. Con todo, no hay disciplina que impuesta a otros no nos impongamos a nosotras mismas, lo que significa que el mismo hecho de llevar a cabo estos trabajos mina nuestras propias luchas.

Ni siquiera poseer un estatus determinado dentro del mundo académico es una apuesta segura para sentirte más realizada o ser más creativa. La ausencia de un movimiento de mujeres fuerte dentro de las academias puede ser bastante sofocante, puesto que tienes que alcanzar estándares que no está en tus manos determinar y rápidamente empiezas a utilizar un lenguaje que no es el tuyo. Desde este punto de vista, no importa si tu campo es la geometría euclidiana, o si enseñas historia de las mujeres, incluso teniendo en cuenta que pese a todo los estudios sobre las mujeres nos proporcionan un enclave que, hablando en términos relativos, nos permiten ser «más libres» a la hora de dedicarnos a estas tareas. Pero los reductos no son suficientes. Es nuestra relación con el trabajo intelectual y el mundo académico lo que debe cambiar. Los Women' Studies [Estudios sobre las Mujeres] están reservados a quienes

pueden pagarlos, a aquellas que están dispuestas a sacrificarse, añadiendo una jornada de estudio a la laboral con continuos cursos educativos. Pero todas las mujeres deberían tener la posibilidad de acceder a estudiar; mientras la educación sea una mercancía por la que tengamos que pagar, o un paso en la «caza de empleo», nuestra relación con el trabajo intelectual no podrá ser una experiencia liberadora.

En Italia, en 1973, las trabajadoras de la metalurgia lograron 150 horas de formación pagadas, recogidas en sus contratos, y poco después muchos otros trabajadores empezaron a apropiarse de esta posibilidad, incluso si no aparecía en sus contratos. Más recientemente, en Francia, una propuesta de reforma universitaria del gobierno de Mitterrand abría el acceso a la universidad a las mujeres sin necesidad de cualificación alguna. Pero, ¿por qué el movimiento de mujeres no ha hecho hincapié en liberar la universidad, no solo en lo tocante a los sujetos objeto de estudio sino en términos de eliminar los costes económicos de los estudios?

Estoy interesada en construir una sociedad en la que la creatividad sea una condición de las masas y no un regalo reservado a unos pocos afortunados, incluso aunque la mitad sean mujeres. Nuestra historia actual es la de miles de mujeres que agonizan sobre los libros, el cuadro o la canción que nunca podrán acabar o que ni siquiera pueden comenzar, porque no disponen de tiempo o dinero. También debemos ampliar nuestra idea de lo que significa ser creativa. Porque en sus mejores momentos, una de las actividades más creativas se da cuando te encuentras envuelta en una lucha junto con otras personas, rompiendo los muros de nuestro aislamiento, comprobando cómo cambian nuestras relaciones con las otras, descubriendo nuevas dimensiones en nuestras vidas. Jamás olvidaré el día de Año Nuevo de 1970, cuando me encontré junto con otras 500 mujeres viendo una obra de teatro de un grupo feminista: hizo que mi conciencia diera un salto de gigante que pocos libros habían impulsado. Dentro del movimiento de mujeres esta fue una experiencia multitudinaria. Mujeres que nunca antes habían sido capaces de hablar en público aprendieron a dar discursos, otras que estaban convencidas de su falta de talento artístico escribían canciones, diseñaban pancartas y carteles. Supuso una poderosa experiencia colectiva. Superar tu propia sensación de impotencia es un requisito indispensable para llevar a cabo una acción creativa. Es una obviedad que no se puede producir nada valioso a no ser que te dirijas a lo que es importante en tu vida. Bertolt Bretch decía que lo que el aburrimiento produce solo puede generar aburrimiento y estaba en lo cierto. Pero para poder trasladar nuestros placeres y dolores a un papel o

a una canción o a un dibujo, tenemos que tener la sensación de que somos capaces, lo suficiente para creer que nuestras palabras serán escuchadas. Esta es la razón por la que el movimiento de mujeres vivió una explosión de creatividad. Pienso en publicaciones de principios de los años setenta como *Notes from the first years* (1970) o *No More Fun and Games* (1970) con un lenguaje tan poderoso, que surgía casi de la nada, tras haber permanecido mudas durante tanto tiempo.

Esto es el poder —pero no poder sobre otras personas sino contra quienes nos oprimen— que expande nuestra conciencia. A menudo he comentado que nuestra conciencia es muy diferente dependiendo de si somos 10.000 mujeres en las calles, o si estamos en pequeños grupos, o solas en nuestra habitación. Mujeres que diez años antes habían sido sumisas amas de casa ahora se denominaban *Witches*[6] y saboteaban ferias de novias, se atrevían a ser consideradas blasfemas, proponiendo —como hacía el *Manifiesto SCUM* (1970)— centros de suicidio para los hombres, y afirmaban que desde la posición de ventaja y privilegio que nos proporciona estar en la base del sistema debíamos destruir todo el sistema social empezando por sus cimientos. Pero fue la corriente moderada la que prevaleció. Actualmente el movimiento de mujeres está luchando por la aprobación de la Equal Rigths Amendment [Enmienda por la Igualdad de Derechos],[7] como si el objetivo de las luchas de las mujeres fuese la universalización de la condición masculina. Quiero clarificar, ya que cualquier crítica a la ERA se toma como una traición al movimiento feminista, que no estoy en contra de una ley que diga que somos iguales a los hombres. Pero estoy totalmente en contra de dedicar todas nuestras energías a luchar por

6 La Women's International Terrorist Conspiracy from Hell [Conspiración Terrorista Internacional de las Mujeres del Infierno], abreviadamente WITCH (bruja), fue el nombre adquirido colectivamente por diferentes grupos feministas radicados en Estados Unidos durante 1968 y 1969. Estos resultaron decisivos para el desarrollo del feminismo socialista. Sin organización centralizada, cada grupo WITCH se formó de manera independiente por mujeres inspiradas en las ideas y el ejemplo de las acciones anteriores. Su activismo se realizó principalmente en forma de *zapping*, un tipo de teatro de guerrilla que mezcla el teatro de calle y de protesta, con la finalidad de denunciar las actividades de empresas y agencias gubernamentales, el proceso a los Ocho de Chicago o contra la especulación financiera. [N. de la T.]

7 La Enmienda de Igualdad de Derechos, conocida por su acrónimo en inglés ERA, fue una enmienda legislativa a la Constitución norteamericana que no llegó a ser ratificada. La ERA fue originalmente escrita por Alice Paul en 1923. En 1972 se presentó de nuevo siendo sancionada por la Cámara de Representantes y el Senado, tras lo que se envió a las cámaras legislativas de los Estados para su ratificación. Tras una campaña de diez años que polarizó el debate público en muchos Estados, el 30 de junio de 1982 expiró el plazo para su ratificación, por lo que no fue adoptada y no forma parte de la Constitución estadounidense. [N. de la T.]

una ley que como mucho puede tener un efecto limitado en nuestras vidas. También deberíamos poder decidir *respecto a qué queremos ser iguales que los hombres*, a no ser que asumamos que los hombres ya se han liberado. Debemos negarnos a adquirir igualdad en el terreno militar, por ejemplo, rechazar el derecho a que las mujeres desempeñen un rol de combate. Este es un objetivo por el que organizaciones como NOW[8] han luchado durante los años setenta, tanto incluso que la derrota de la propuesta del presidente Carter de llamar a filas a las mujeres podría ser tomada paradójicamente como una derrota del feminismo. Si esto es el feminismo, entonces yo no soy feminista, porque no quiero formar parte de las políticas imperialistas de Estados Unidos y puede que, tal vez, morir en el proceso. En este caso luchar por la igualdad de derechos debilita la lucha que los hombres están llevando a cabo para rechazar la llamada a filas. ¿Cómo puedes legitimar tu lucha cuando lo que tú rechazas probablemente es considerado un privilegio por la otra mitad de la población? Otro ejemplo es la legislación proteccionista. No hay duda alguna de que las leyes proteccionistas siempre han sido aprobadas con el único propósito de excluir a las mujeres de determinados trabajos y de determinadas asociaciones y no por interés acerca de nuestro bienestar. Pero no podemos exigir simplemente que se aprueben leyes proteccionistas de las mujeres en un país en el que cada año mueren una media de 14.000 personas en accidentes laborales, sin mencionar las que resultan mutiladas o que mueren lentamente por cánceres o intoxicaciones químicas. *De lo contrario, la igualdad que estamos consiguiendo es la igualdad de carbonizarnos los pulmones, de morir en la mina, como ya hacían las mujeres mineras. Tenemos que cambiar la legislación laboral tanto para las mujeres como para los hombres y que todo el mundo esté protegido.* La ERA, además, ni siquiera esboza la cuestión del trabajo doméstico y la crianza de los hijos, aunque mientras los hijos sigan siendo nuestra responsabilidad cualquier noción de igualdad está condenada a seguir siendo una ilusión.

Estoy convencida de que estos son temas que el movimiento de mujeres debe confrontar si quiere constituirse como fuerza política autónoma. Cierto es que hoy en día existe una extendida conciencia de las problemáticas feministas. Pero el feminismo se arriesga a convertirse en una institución. Difícilmente se encuentra un político que se atreva a no profesar devoción eterna por los derechos de las mujeres, y muy inteligentemente de hecho, puesto que lo que tienen en mente es nuestro «derecho a trabajar» y la auténtica cornucopia que nuestra

8 La National Organization for Women (NOW) [Organización Nacional para las Mujeres] es la mayor organización feminista estadounidense. Fue fundada en 1966 y actualmente cuenta con más de 500.000 afiliadas. [N. de la T.]

mano de obra barata supone para el sistema. Mientras tanto, nuestras heroínas han dejado de ser Emma Goldman o la Madre Jones, para pasar a ser Sally Ride, la primera mujer en viajar al espacio, el símbolo perfecto de confianza en una misma, una mujer altamente cualificada capaz de conquistar los más lejanos territorios masculinos, y la Sra. Wilson, dirigente de la National Caucus quien, pese a su embarazo, decidió optar a un segundo mandato.

De todas maneras hoy en día hay señales de que la parálisis del movimiento tal vez esté llegando a su fin. Un punto de inflexión ha sido la organización del Seneca Women's Encampment,[9] que ha marcado el comienzo de un *movimiento feminista y lesbiano contra la guerra*. Con este paso nuestras experiencias están cerrando un círculo. Los primeros grupos feministas los formaron mujeres que habían participado de las organizaciones contra la guerra pero que habían descubierto que sus «hermanos revolucionarios», tan sensibles a las necesidades de los explotados del mundo, ignorarían descaradamente sus problemas a no ser que cogiesen ellas mismas las riendas de sus luchas. Hoy, catorce años después, las mujeres están construyendo el movimiento contra la guerra cimentándolo directamente en sus necesidades.

Actualmente la revuelta de las mujeres contra cualquier tipo de guerra es visible a lo largo del planeta, de Greenham Common[10] a Seneca Falls, de Argentina, donde las madres de los *desaparecidos*[11] han estado a la cabeza

---

9 La Seneca Women's Encampment for a Future of Peace and Justice [Acampada en Seneca de Mujeres por un Futuro de Paz y Justicia] tuvo lugar durante el verano de 1983, en el condado de Seneca, Nueva York, en las inmediaciones de un cuartel militar. El objetivo de la acampada era la paralización del transporte de una carga de misiles crucero con destino a Europa. Miles de mujeres se unieron a la iniciativa y acudieron a la acampada para protestar tanto contra ese transporte militar en particular como contra las armas nucleares y la sociedad patriarcal que creaba y utilizaba estas armas. La acampada mantuvo presencia política en el área de Finger Lakes durante cinco años más, promoviendo además la educación antinuclear y las conexiones entre el ecofeminismo, la no violencia, la sostenibilidad, etc. [N. de la T.].

10 La Greenham Common Women's Peace Camp [Acampada de Mujeres por la Paz de Greenham Common] fue un campamento de paz establecido en Berkshire (Inglaterra) para protestar contra las armas nucleares situadas en el depósito militar de RAF Greenham Common. La acampada comenzó en septiembre de 1981 después de que un grupo de galesas pertenecientes al grupo Women for Life on Earth llegara a Greenham para protestar contra la decisión del gobierno británico de permitir que se almacenasen misiles de crucero allí. El primer bloqueo de la base comenzó en mayo de 1982 con 250 mujeres; en diciembre de 1982, 30.000 mujeres se unieron alrededor de la base en el evento Embrace the Base. El campamento se hizo famoso cuando el 1 de abril de 1983, cerca de 70.000 manifestantes formaron una cadena de 23 kilómetros desde Greenham hasta Aldermaston donde se encuentra una fábrica de municiones. [N. de la T.]

11 En castellano en el original. [N. de la T.]

de la resistencia contra la represión militar, a Etiopía, donde este verano las mujeres han tomado las calles para exigirle al gobierno que les devuelva los hijos que este ha obligado a alistarse. Un movimiento de mujeres contra la guerra es especialmente crucial en un país como Estados Unidos que parece empeñado en reafirmar, mediante la potencia de sus bombarderos, su dominación del planeta.

Durante los años sesenta, nos inspirábamos en las luchas de las mujeres vietnamitas, quienes nos mostraron que también nosotras podíamos luchar y cambiar el curso del planeta. Hoy en día debería servirnos de aviso la desesperación que observamos en los rostros de las mujeres que vemos proyectados cada noche en las pantallas de nuestras televisiones mientras se agolpan en los campos de refugiados o mientras deambulan entre las ruinas de sus casas destruidas por las bombas que nuestros recortes salariales han pagado. A no ser que mantengamos nuestro impulso de cambiar esta sociedad de abajo a arriba, la agonía que ahora mismo sufren ellas puede ser, en breve, la nuestra.

Segunda Parte. Globalización y reprodución social

6. Reproducción y lucha feminista en la nueva división internacional del trabajo (1999)

Introducción

Comenzando por el reconocimiento de que el patriarcado y la acumulación a escala mundial constituyen el marco estructural e ideológico en el cual la realidad cotidiana de las mujeres tiene que ser entendida, el movimiento feminista internacional no puede hacer otra cosa sino desafiar este marco, junto con la división sexual e internacional del trabajo, a los cuales está íntimamente ligado.

Maria Mies, *Patriarchy and Accumulation On A World Scale*, 1986.

Todas las consideraciones desarrolladas hasta aquí pretenden conducir fundamentalmente a una tesis que queremos sostener, a saber, que el desarrollo capitalista siempre ha sido *insostenible*, sobre todo por su *impacto humano*; para entender esto, basta con planteárselo desde el punto de vista de quienes han muerto y siguen muriendo por su causa. En efecto, este, para nacer, supuso el sacrificio de segmentos ingentes de la humanidad, supuso exterminios en masa, producción de hambre y miseria, esclavitud, violencia y terror y, en su avance, sigue presuponiendo todo esto.

Mariarosa Dalla Costa, «Capitalismo y reproducción», 1995.[1]

[1] Mariarosa Dalla Costa, «Capitalismo y reproducción» en *Dinero, perlas y flores en la reproducción feminista*, Madrid, Akal, 2009, p. 303. [N. de la T.]

Es un hecho ampliamente reconocido que el movimiento de liberación de las mujeres ha adquirido durante las dos últimas décadas una dimensión internacional, ya que se han formado redes en todo el mundo, especialmente al abrigo de las conferencias internacionales promovidas por las Naciones Unidas. Así, hoy en día, parece que comprendemos los problemas a los que se enfrentan las mujeres mejor que en cualquier otro momento del pasado. Sin embargo, si examinamos las perspectivas que conforman las políticas feministas en Estados Unidos y en Europa, debemos concluir que la mayor parte de las feministas no se han reconocido ni han confrontado los cambios que la economía mundial ha provocado en las condiciones materiales de las mujeres y sus implicaciones para con la lucha feminista. A día de hoy, tenemos casos de investigación que muestran que la situación de las mujeres se ha empobrecido en todo el planeta. Pero pocas feministas reconocen que la globalización no solo ha causado una «feminización de la pobreza» sino que ha dado paso al surgimiento de un nuevo orden colonial y ha provocado nuevas divisiones entre las mujeres que las feministas deben afrontar. Incluso aquellas que se muestran críticas con las políticas promovidas por el Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional (FMI) a menudo se decantan por posiciones reformistas que condenan la discriminación por motivos de género pero que dejan intacta la hegemonía global de las relaciones capitalistas. Por ejemplo muchas feministas deploran la «carga desproporcionada» que supone para las mujeres los planes de ajuste estructural y otros programas de austeridad, y recomiendan que las agencias de desarrollo presten más atención a las necesidades de las mujeres, o que promuevan que las mujeres «participen de los planes de desarrollo».[2] Pero rara vez se posicionan contra los mismos programas o contra las agencias que los imponen, o reconocen que la pobreza y la explotación económica es un destino compartido con los hombres.[3] También existe una clara tendencia a considerar

---

2 Véase Lourdes Beneria y Shelly Feldman (eds.), *Unequal Burden, Economic Crisis, Persistent Poverty, and Women's Work,* Boulder (CO), Westview Press, 1992; Diane Elson, «From Survival Strategies to Transformation Estrategies: Women's Needs and Structural Adjustment», en Lourdes Beneria y Shelly Feldman (eds.), *Unequal Burden, Economic Crisis…, op. cit.*, 1992, pp. 26-49; Isabella Bakker, «Engendering Macro-Economic Policy Reform in the Era of Global Reestructuring and Adjustment», en Isabella Bakker (ed.), *The Strategic Silence: Gender and Economic Policy*, Londres, Zed Books, 1994, pp. 1-29.

3 Las recomendaciones del libro editado por Pam Sparr, *Mortgaging Women's Lives: Feminist Critiques of Structural Adjustment*, Londres, Zed Books, 1994, son un buen ejemplo de esto; se trata de uno de los primeros libros en analizar el impacto que los ajustes estructurales tienen sobre las mujeres. Propone que el Banco Mundial y el FMI incluyan el género como uno de los criterios a la hora de asesorar el impacto social en las políticas de préstamos y la monitorización del impacto de los préstamos en las mujeres y en el hogar; «convertir la sensibilización de género y la estimulación de la participación local en los procesos de préstamo como una de las tareas características del personal empleado y uno de los criterios principales para la mejora laboral y la ascensión social»; «que se asegure que al menos

los problemas a los que se enfrentan las mujeres como un asunto de «derechos humanos» y a intentar priorizar las reformas legales como las herramientas básicas de la intervención gubernamental.[4] Esta perspectiva no consigue desafiar el orden económico mundial que es la raíz de las nuevas formas de explotación que sufren las mujeres. También la campaña de denuncia de la violencia contra las mujeres, que ha despegado en los últimos años, se ha centrado en la violencia física y la violación en el entorno doméstico en línea con las directrices de la ONU.[5] Pero ha ignorado la violencia inherente al proceso de acumulación capitalista, la violencia de las hambrunas, las guerras y los programas de contrainsurgencia, que han allanado a lo largo de los años ochenta y noventa el camino para la globalización económica.

En este contexto, mi primer objetivo es mostrar que la globalización del mundo económico ha causado una enorme crisis dentro de la reproducción social de las poblaciones de África, Asia y Latinoamérica, y que sobre estas bases se ha asentado una nueva división internacional del trabajo que se aprovecha del trabajo de las mujeres de estas regiones en beneficio de la reproducción de la mano de obra «metropolitana». Esto significa que las mujeres

---

uno de los tres miembros del panel independiente de inspección del Banco Mundial sea una mujer»; «comprometerse a informar a los grupos de mujeres de que tienen derecho a presentar quejas frente al panel de inspectores»; «instruir a los miembros del panel y a los de las ONG sobre cómo los cambios en los modos de vida de las mujeres son causa suficiente para presentar una queja»; «proveer de formación en la educación de género a todo el personal, incluyendo los miembros del FMI y del Banco Mundial». El texto continúa con recomendaciones similares. Para poder reformar el ajuste estructural Sparr propone que se adopte una solución «más creativa» (no especifica nada más) en lo relativo al trabajo no remunerado de las mujeres en los hogares, en las comunidades y en los cultivos; que el gasto público se oriente hacia la eliminación de las diferencias de género y que los impuestos se usen para crear guarderías y así poder aliviar la doble carga de trabajo de las mujeres, medidas todas ellas, según Sparr, compatibles con el modelo económico neoclásico.

4 Un documento significativo al respecto de esta estrategia es la colección de ensayos recogidos en Joana Kerr (ed.), *Ours by Rigth: Women's Rigths as Human Rigths*, Londres, Zed Books, 1993, en los que todos los problemas que sufren las mujeres —incluyendo la pobreza y la explotación económica— se tratan como violaciones de los derechos humanos y se atribuyen al trato desigual al que estas están sujetas (pp. 4-5). El remedio propuesto es una mejor implementación de la Declaración Universal de los Derechos Humanos que las Naciones Unidas adoptaron en 1948, y la ratificación por todos los miembros de la ONU de la U.N. Convention on the Elimination of all Forms of Discrimination against Women (CEDAW) [Convención para la eliminación de toda forma de discriminación contra la mujer]. Pero tal y como demuestran los ensayos recogidos en este volumen, en la práctica, la metodología sobre los Derechos Humanos consiste en la documentación y la publicación de los abusos contra las mujeres, y en la monitorización de las actividades de la ONU y de las agencias que gestionan la «ayuda» y la cooperación con el «Tercer Mundo».

5 Véase Dorothy Q. Thomas, «Holding Governments Accountable by Public Pressure», en *Ours by Rigth…*, *op. cit.*, 1993, pp. 82-88.

de todo el mundo están siendo «integradas» en la economía mundial como productoras de mano de obra no solo a nivel local sino también para los países industrializados, además de producir mercancías baratas para la exportación global. Defiendo que esta reestructuración global del trabajo reproductivo abre una crisis dentro de las políticas feministas, ya que introduce una nueva división entre las mujeres que debilita la posibilidad de una solidaridad feminista global y amenaza con reducir el feminismo a un mero vehículo para la racionalización del orden económico mundial.

La Nueva División Internacional del Trabajo (NDIT)

Para poder evaluar las consecuencias de la NDIT sobre las mujeres, es necesario tener en cuenta qué queremos decir con este concepto, ya que la teoría convencional nos da una visión parcial de los cambios que han sucedido. La NDIT se identifica comúnmente con la reestructuración internacional de la producción de bienes de consumo que ha tenido lugar desde mediados de la década de los setenta cuando, en respuesta a la intensificación de los conflictos laborales, las corporaciones multinacionales empezaron a reubicar sus plantas industriales, especialmente aquellas que pertenecían al campo del trabajo intensivo como son el sector textil y electrónico, en los «países en vías de desarrollo». Es por esto que se identifica la NDIT con la formación de zonas de libre comercio —asentamientos industriales exentos de cualquier regulación laboral y que producen para la exportación— y de «líneas de montaje globales»[6] por parte de las corporaciones transnacionales.

6 Charles Albert Michalet, *The Multinational Companies and the New International Division of Labour*, Génova, ILO, Word Employmente Reseach Working Papers, 1976; June Nash y María P. Fernández-Kelly, *Women, Men and the International Division of Labor*, Albany (Nueva York), SUNY University Press, 1983; Joseph Grunwald y Kenneth Flamm, *The Global Factory: Foreign Assembly in International Trade*, Washington DC, The Brookings Institution, 1985; Chadwick F. Alger, «Perceiving, Analyzing and Coping with the Local-Global Nexus», *International Social Sciences Journal*, núm. 117, 1988; Katryn Ward, *Women, Workers and Global Restructuring*, Ithaca (Nueva York), Cornell University, Industrial Labor Press, 1990; Martin Carnoy *et al.*, *The New Global Economy in the Information Age*, University Park (PA), Pennsylvania University Press, 1993. Véase también *The Global Assembly Line* (1986), un documental que analiza la internacionalización de la producción de mercancías y las condiciones laborales en las zonas de libre comercio, en referencia a México y Filipinas.

Basándose en esta teoría, tanto los *mass media* como los planificadores económicos han relanzado el mito del capitalismo como el gran promotor de la «interconectividad» y la equidad, logrando, esta vez, sus objetivos a escala planetaria. Según este argumento, estaríamos presenciando la industrialización del «Tercer Mundo». Afirman que este proceso eliminará las jerarquías que han caracterizado históricamente la división internacional del trabajo y que tendrá un impacto positivo en la división sexual del trabajo. Las mujeres que trabajan en las zonas de libre comercio se beneficiarían supuestamente de su incorporación al mundo laboral, ganando así una nueva independencia y la formación necesaria para competir en el mercado laboral internacional.[7] Aunque aceptada por los economistas neoliberales,[8] esta teoría no ha estado exenta de críticas.[9] Robin Cohen observó que los movimientos de capital del «Norte» al «Sur» no son cuantitativamente suficientes para justificar la hipótesis de una «nueva» división internacional del trabajo. A finales de la década de los ochenta, solo el 14 % de las actividades manufactureras se llevaban a cabo en los «países en desarrollo», y el *boom* industrial se había concentrado

---

7 Linda Lim, «Capitalism, Imperialism and Patriarchy», recogido en June Nash y Maria P. Fernández-Kelly (eds.), *Women, Men and the International Division of Labor*, *op. cit*., 1983, p. 81.

8 Véase el informe preparado por asistentes al Foro Económico Mundial en ocasión de su encuentro anual en Davos (Suiza) durante el verano de 1994. Pese a todo, en este informe la actitud dominante es la del miedo a que la esperada industrialización del Tercer Mundo pueda causar un declive económico en los países industrializados. Como crítica a estas tesis, que considera peligrosas para la expansión del «libre mercado», el economista Paul Krugman señala que las exportaciones del «Tercer Mundo» tan solo absorben el 1 % de los ingresos del «Primer Mundo» y que durante el año 1993 el capital total transferido del «Primer» al «Tercer Mundo» tan solo ascendió a 60.000 millones de dólares, «calderilla» según su punto de vista, «en un mundo que invierte más de 4 billones de dólares al año»; Paul Krugman, «Fantasy Economics», *The New York Times*, 26 de septiembre de 1994.

9 Manuel Castells presenta una crítica totalmente diferente, este aduce que lo que hace diferente a la nueva división internacional del trabajo no es solo su reestructuración de la economía mundial sino su dependencia del conocimiento y la información como elementos claves de la producción. Castells rehace la teoría por la cual el desarrollo industrial no depende de la mano de obra barata sino del acceso a la tecnología y la información. Desde este punto de vista, el «Tercer Mundo» ya no existe, puesto que ha sido reemplazado por los países del este de Asia, que se han desarrollado tecnológicamente, y por el emergente «Cuarto Mundo» caracterizado por su falta de capacidad para acceder a la «información económica» y su subsecuente marginalización económica. Véase «The Informational Economy and the New International Division of Labor», en M. Carnoy, M. Castells, S. S. Cohen y F. H. Cardoso, *The New Global Economy in the Information Age*, University Park (Penn.), Pennsylvania State University, 1993, pp. 22-23. Según el análisis de Castells, casi toda África y Sudamérica y una buena parte de Asia caerían en el saco del «Cuarto Mundo» (pp. 35-39). Pero la magnitud de las poblaciones de estas zonas no le amedrenta a la hora de afirmar que el trabajo que hacen es irrelevante para los objetivos de la economía mundial y la acumulación capitalista.

en unas pocas áreas: Corea del Sur, Hong Kong, Taiwán y México.[10] También se ha hecho evidente que la introducción de las zonas de libre comercio ni desarrolla el tejido industrial de los países que las alojan, ni tiene un efecto positivo en sus niveles de empleo, mientras que sí supone un expolio de sus recursos.[11] En lo tocante a las mujeres que trabajan en esas zonas sus organizaciones han denunciado que esta modalidad de trabajo genera un tipo adicional de «subdesarrollo» y supone incluso una forma oculta de esclavitud.[12] Los salarios dentro de las zonas de libre comercio se mantienen por debajo de los niveles de subsistencia, muchas veces inferiores a los salarios mínimos de los países industrializados y mediante todo tipo de maneras de intimidación. En Indonesia los salarios recibidos en las zonas de libre comercio son tan bajos que las familias de los trabajadores deben completar los ingresos necesarios para la supervivencia.[13]

Junto a ello, las mujeres se ven forzadas a trabajar largas horas en condiciones poco seguras, están sujetas a cacheos diarios para asegurarse de que no se llevan nada de las plantas; a menudo se ven forzadas a usar la píldora de control de natalidad para no quedarse embarazadas y trastocar la producción;[14] y se restringe su capacidad de movimiento. En muchos casos se las encierra dentro de las fábricas sin permiso para salir hasta que hayan alcanzado la cuota de producción establecida; debido a esto han muerto cientos de mujeres en México y en China al no poder huir de los edificios mientras se producía un terremoto o el edificio estaba en llamas.[15] Y en todos los países se las

10 Robin Cohen, *The New Helots: Migrants in the International Division of Labor,* Aldershot (Reino Unido), Gower Publishing Co., 1987, pp. 24-243; Carlo Guelfi, «Il dialogo Nord-Sud e i Soui Problemi» en Roman H. Rainiero (ed.), *Nuove Questioni di Storia Contemporanea,* vol. III, Milán, Marzorati, 1985, p. 142.

11 Nash y Fernández-Kelly, *Women, Men and the International Division of Labor, op. cit.*

12 Kathy McAfee, *Storm Signals: Estructural Adjustment and Developments alternatives in the Caribbean,* Boston, South End Press con Oxfam America, 1991, pp. 87-89. Publicado por Sistren Theatre Collective, Kingston (Jamaica), agosto-septiembre de 1986.

13 Diana L. Wolf, «Linking Women's Labor with the Global Economy: Factory Workers and their Families in Rural Java» en Kathryn Ward (ed.), *Women Workers and Global Restructuring*, Ithaca (Nueva York), Cornell University, Industrial Labor Relations Press, 1990, p. 26.

14 National Labor Committee, *Zoned For Slavery: The Child Behind the Label,* Nueva York, Crowing Rooster Arts, 1995.

15 Esta fue la causa de muerte de muchas trabajadoras durante el terremoto de Ciudad de México de septiembre de 1985, que destruyó cerca de 800 plantas industriales en las que sus empleadas se encontraban encerradas. Cynthia Enloe, *Bananas, Beaches and Bases*, Berkeley, California University Press, 1990, p. 169. Los empresarios se apresuraron a rescatar la maquinaria de entre

persigue cuando intentan organizarse laboralmente.[16] Pese a las duras condiciones, las trabajadoras de las zonas de libre comercio no se han quedado de brazos cruzados frente a la penetración de las relaciones capitalistas en sus comunidades. Desde México a Filipinas pasando por las islas del Caribe, las trabajadoras de las zonas de libre comercio han construido redes de apoyo y organizado huelgas y movilizaciones que han puesto a la defensiva a los dirigentes empresariales y a los gobiernos que habían dado luz verde a la implantación de las zonas de libre comercio. No obstante, yerra cualquier esperanza que se haya puesto en que el impacto económico de estas zonas de libre comercio pudiese ser beneficioso para las trabajadoras, en la medida en que la razón de ser de este tipo de zonas es la creación de entornos laborales en los que los trabajadores no tengan derecho alguno.

No es esta la única razón por la que debería revisarse la teoría convencional sobre la nueva división internacional del trabajo. Igual de importante es el hecho de que la teoría convencional siga reconociendo solo como trabajo y actividad económica la producción de mercancías mientras que no le presta atención alguna al trabajo reproductivo pese a décadas de ensayos feministas sobre la contribución de esta actividad a la acumulación de capital. Así, parece que la teoría convencional no tiene nada que decir sobre los cambios macroscópicos que la expansión de las relaciones capitalistas ha producido en las condiciones de la reproducción social en el «Sur Global». El único aspecto de la reproducción que habitualmente mencionan los teóricos de la NDIT es el impacto que el trabajo en las zonas de libre comercio tiene en la vida familiar y en la gestión del trabajo doméstico.[17] De todas maneras esto es solo una pequeña parte de un proceso mucho más amplio que destruye las vidas de la gente sin la cual no serían posibles ni la nueva división internacional del trabajo ni las zonas de libre comercio.

---

los escombros (*ibidem*, p. 170), y solo después ayudaron a las heridas, gracias a las protestas de las trabajadoras que en el momento del terremoto se encontraban fuera de las fábricas esperando a entrar con el siguiente turno.

16 Wolf, «Linking Women's Labor», *op. cit.*, p. 27; Enloe, *Bananas...*, *op. cit.*, pp. 168-174; John Walton y David Seddon, *Free Market and Food Riots: The Politics of New Global Adjustment*, Oxford, Basil Blackwell, 1994, pp. 75-80; Lorraine Gray, *Global Assembly Line*, New Day Films, 1986.

17 El trabajo más importante entre los producidos sobre esta temática es el volumen editado por Kathryn Ward, *Women Workers and Global Restructuring*, Ithaca (Nueva York), ILR Press, 1990, que incluye el ensayo de D. L. Wolf sobre las familias de las trabajadoras de las fábricas de las zonas rurales de Java, y el de Susan Tiano sobre las mujeres empleadas en las *maquilas* en la frontera entre México y Estados Unidos.

Si se observa la NDIT desde el punto de vista de la producción y la reproducción, se puede trazar una radiografía muy distinta a la mostrada por los defensores del Nuevo Orden Mundial.[18] Antes de nada, porque se puede ver que la expansión de las relaciones capitalistas está firmemente sujeta (como ya lo estaba en tiempos de los cercamientos ingleses y de la conquista de América) a la premisa de la separación de los productores de los medios de (re)producción y de la destrucción de cualquier actividad económica que no esté orientada al mercado, comenzando por la agricultura de subsistencia. También podemos ver cómo la globalización económica ha conducido a la formación de un mundo proletario que no es propietario de ninguno de los medios de producción, forzado a depender de las relaciones económicas para su supervivencia pero sin acceso a ingresos económicos. Esta es la situación que el Banco Mundial y el FMI han creado en África, Asia y Sudamérica gracias a las políticas de liberalización. Estas políticas han minado tanto la reproducción social de las poblaciones del «Tercer Mundo» que incluso el Banco Mundial ha tenido que reconocer que ha cometido fallos.[19] Nos han conducido a un nivel de pobreza sin precedentes en el periodo postcolonial, y han borrado los logros más importantes conseguidos por las luchas anticoloniales: el compromiso de los Estados de las naciones recién independizadas a invertir en la reproducción del proletariado nacional.

Los recortes masivos en el gasto gubernamental para servicios sociales, las repetidas devaluaciones de la moneda y las congelaciones salariales están en el centro de los «programas de ajuste estructural» y en la agenda neoliberal. También hay que mencionar las actuales expropiaciones de tierras llevadas a cabo por la agricultura comercial y la institución de un constante estado de guerra.[20] Interminables guerras, masacres, poblaciones enteras obligadas a

18 El concepto de «Nuevo Orden Mundial» es utilizado aquí con un significado diferente al que recibió dicho término cuando fue acuñado a mediados de los años setenta por las elites del «Tercer Mundo». Entonces el término expresaba las demandas de la burguesía del «Tercer Mundo», que reclamaba una distribución internacional diferente de la riqueza mundial y un impulso al desarrollo nacional; hacían así un llamamiento al fin de las desigualdades entre el «Primer» y el «Tercer Mundo» (Guelfi, «Il dialogo…», *op. cit*.). Sin embargo en este texto, el término se refiere al montaje político y económico surgido tras la imposición, a nivel mundial, del neoliberalismo económico; con este último significado es con el que hoy en día se utiliza de forma generalizada.

19 Elmar Altvater *et al.*, *The Poverty of Nations: A Guide to the Debt Crisis from Argentina to Zaire*, Londres, Zed Books, 1987; Dharam Gai (ed.), *The IMF and the South: The Social Impact of Crisis and Adjustment*, Londres, Zed Books, 1991; McAfee, *Storm Signals, op. cit.;* Bill Rau, *From Feast to Famine: Official Cures and Grassroots Remedies in Africa's Food Crisis*, Londres, Zed Books, 1991.

20 Para un análisis de la responsabilidad del Banco Mundial en estos procesos, véase la obra de Bruce Rich, *Mortgaging the Earth*, Boston, Beacon Press, que documenta las catástrofes sociales y ecológicas que han causado los proyectos que financia esta institución.

huir de sus tierras convirtiéndose en refugiados… no son solo las consecuencias de un empobrecimiento dramático que intensifica, como los medios de masas quieren hacernos creer, los conflictos étnicos, políticos y religiosos. Son complementos imprescindibles para la privatización de las relaciones territoriales y el intento de crear un mundo en el que nada escape a la lógica del beneficio.[21] Estos son los últimos medios utilizados para expropiar a poblaciones que, hasta hace poco, tenían acceso a tierras y a los recursos naturales, de los que ahora se han apoderado las corporaciones multinacionales.

El ajuste estructural y la liberalización económica también han acabado con las políticas de «sustitución de importaciones» que habían adoptado los ex países coloniales durante la década de 1960 para lograr cierto grado de autonomía. Este paso ha provocado el desmantelamiento de la industria local, ya que al abrir el mercado doméstico a las importaciones extranjeras se ha permitido a las transnacionales inundar los mercados con productos importados con los que no puede competir la industria local.[22] La construcción de las zonas de libre comercio no ha remediado esta situación sino que la ha explotado beneficiándose de ella, permitiendo que las empresas extranjeras mantengan salarios inferiores a los niveles de subsistencia, razón por la cual, tal y como argumenta Saskia Sassen, las zonas de libre comercio se han convertido en trampolines para la migración.[23]

La industrialización del «Tercer Mundo» es un mito, como lo ratifica el hecho de que, durante las décadas de 1980 y 1990, la transferencia de capitales del «Primer» al «Tercer Mundo» ha sido reemplazada por el traspaso de capital y trabajo del «Tercer» al «Primer Mundo». La escala a la que se desarrolla este fenómeno es inmensa.

---

21 Joseph Hanlon, *Mozambique: Who Calls the Shots?*, Londres, James Currey, 1991; Joana Macrae y Anthony Zwi (eds.), *War and Hunger: Rethinking International Responses to Complex Emergencies*, Londres, Zed Books, 1994; Alex de Waal, *Famine Crimes: Politics and the Disaster Relief Industry in Africa*, Londres, Zed Books, 1997.

22 Al igual que en los antiguos países socialistas, los programas del Banco Mundial y del FMI han llevado al desmantelamiento de las industrias nacionales: las minas de estaño en Bolivia, las minas de cobre en Zambia, la industria del yute en Bangladesh, la industria textil en Tanzania y las industrias subvencionadas por el gobierno en México.

23 Como señala Saskia Sassen los países receptores de las mayores cantidades de inversión extranjera destinadas a la producción para la exportación son los mismos que poseen las cifras más altas de población emigrante fuera de sus fronteras y los mismos en los que la emigración sigue en aumento; *The Mobility of Labor and Capital: A Study In International Investment and Labor Flow*, Cambridge (Reino Unido), Cambridge University Press, 1990, pp. 99-114.

Las remesas suponen en importancia y tamaño el segundo mayor flujo de dinero tras los ingresos derivados del petróleo. En algunas partes del mundo (por ejemplo en México), hay poblaciones enteras que dependen de ellas. Según el Banco Mundial, el volumen de las remesas ha pasado de los 24.000 millones de dólares, durante la década de 1970, hasta los 65.000 millones en los años ochenta, y estas cantidades solo se refieren a las remesas que pasan a través del sistema bancario; no incluyen aquellas en especie, como por ejemplo muebles, aparatos de televisión y otros bienes que los inmigrantes transportan en los viajes a sus países.[24]

La primera consecuencia del empobrecimiento al que la liberalización económica ha condenado al mundo proletario ha sido el despegue de un vasto movimiento migratorio del «Sur» al «Norte», subsiguiente a las transferencias de capital que el pago de la deuda externa ha causado.

Este movimiento migratorio de proporciones bíblicas,[25] que supone un aspecto estructural del nuevo orden económico y que es inherente a la globalización del mercado de trabajo, evidencia la manera en la que se ha reestructurado la división internacional del trabajo.[26] Y demuestra que la crisis de la deuda y el «ajuste estructural» han creado un sistema de *apartheid* global. Es por ello que el «Tercer Mundo» se ha visto transformado en una inmensa empresa de mano de obra barata, que funciona respecto a las economías

24 Peter Stalker, *The Work of Strangers: A Survey of International Labor Migration,* Génova, International Labor Office, 1994, pp. 122-123.

25 Según estimaciones de la OIT (ILO en sus siglas en inglés), a mediados de los años ochenta, aproximadamente 30 millones de personas habían abandonado sus países en busca de trabajo. Si, tal y como sugiere Lydia Posts, a esas cifras les añadimos las relativas a los familiares de los inmigrantes, las concernientes a los inmigrantes sin papeles y a los refugiados, se alcanza una cifra de casi sesenta millones de personas; véase *The World Market: A History of Migration,* Londres, Zed Books, 1990, p. 159. De ellos, en Estados Unidos, más de las dos terceras partes pertenecen a países del llamado «Tercer Mundo»; en los países productores de petróleo de Oriente Medio, los inmigrantes procedentes de estos países suponen las nueve décimas partes del total. En la Comunidad Económica Europea hay unos quince millones de inmigrantes documentados, incluyendo refugiados políticos y, aproximadamente, unos ocho millones de inmigrantes indocumentados (*World of Work,* núm. 3, abril de 1993). De todas maneras, estas cifras están destinadas a incrementarse ya que las políticas de ajuste estructural y de liberalización económica continúan creando pobreza, y tanto el Banco Mundial como otras agencias internacionales continúan animándolas. De esta manera, todo indica que la diáspora del «Tercer Mundo» continuará el próximo siglo; no nos enfrentamos a una situación de contingencia sino que se trata de una reestructuración mundial de las relaciones laborales.

26 Steven Colatrella, *Workers of the World: African and Asian Migrants in Italy in the 1990s,* Trenton (Nueva Jersey), Africa World Press, 2001.

metropolitanas de la misma manera que lo hacían los bantustanes[27] respecto a las áreas blancas en Sudáfrica. No es casual que la salida de los mismos se vea regulada por un sistema similar de pases y restricciones, lo que garantiza que los inmigrantes se ven doblemente devaluados en los países de llegada, como inmigrantes y como trabajadores no documentados. Al introducir las restricciones que hacen que los trabajadores inmigrantes estén indocumentados, la inmigración se usa como método para reducir el coste de la mano de obra.[28] Porque solo si los inmigrantes están social y políticamente devaluados pueden ser utilizados para contener las exigencias de la clase obrera local.[29]

Para aquellos que no pueden emigrar o que no tienen acceso a las remesas que envían los emigrantes, la alternativa es una vida de penurias. Falta de alimentos, medicinas, agua potable, electricidad, escuelas, carreteras en buen estado, desempleo masivo… son para la mayoría su realidad cotidiana, reflejada en un constante estallido de epidemias, disgregaciones de la vida familiar[30]

27 Los defensores del apartheid argumentaban que la discriminación racial contra los negros estaba basada legalmente en que estos no eran ciudadanos de Sudáfrica, sino ciudadanos de otros estados independientes (llamados bantustanes), por lo que carecían de ciudadanía sudafricana y no tenían derechos que reclamar al gobierno de Pretoria. En efecto, el gobierno de Sudáfrica procedió a crear diez estados autónomos, se le retiró la ciudadanía sudafricana a la mayoría de los negros, que constituían el 80 % de la población sudafricana, y se les otorgó la nacionalidad de algún bantustán. Gracias a este argumento, a dicha población negra se le consideraba como «transeúntes» o «población temporal» que debía circular por el territorio de Sudáfrica solamente si estaba provista de pasaportes en lugar de pases. De 1960 hasta 1980, el gobierno forzó a un total de tres millones y medio de individuos a desplazarse hacia estas zonas para vivir allí, o en caso de que ello no fuera posible se les otorgó la nacionalidad de un «Estado» donde jamás habían vivido. [N. de la T.]

28 Como escribe Arjun Makhijani: «La realidad global del capitalismo en oposición a su mitología es que, como sistema económico, resulta igual a Sudáfrica en su dinámica y divisiones, y en su violencia y desigualdades», «Economic Apartheid in the New World Order» en Phyllis Bennis y Michael Mushabeck (eds.), *Altered States: A Reader in the New World Order*, Brooklyn (Nueva York), Olive Branch Press, 1993, p. 108. «El sistema sudafricano de aprobación de leyes se ha visto reproducido a escala internacional mediante un sistema de pasaportes y visas por las que la movilidad es fácil para una minoría y una ardua tarea para la mayoría» (*ibidem*); «Incluso las estadísticas hacen las mismas divisiones de blancos y no blancos; diferencias similares de ingresos; diferencias similares en mortalidad infantil, similares expropiaciones de tierras y recursos naturales; similares reglas que otorgan movilidad a la minoría y se la niegan a la mayoría» (p. 109).

29 Saskia Sassen, «Labor Migrations and the New Industrial Division of Labor» en June Nash y Maria P. Fernandez-Kelly (eds.), *Women, Men and the International Division of Labor, op. cit.*, 1983, p. 184.

30 Incluso aunque no emigren los dos progenitores, rara vez las familias se mantienen unidas frente al desempleo masculino y la necesidad de encontrar sustento. Las políticas de ajuste estructural, ponen entonces, también en riesgo los intentos de extender el modelo de familia nuclear a todo el mundo.

y el fenómeno de niños viviendo en las calles o trabajando en condiciones de esclavitud.[31] También se refleja la realidad en las intensas luchas, que a veces toman la forma de revueltas urbanas, mediante las cuales las poblaciones de los países «ajustados» intentan resistir al cierre de las industrias locales, al aumento de los precios de los productos básicos y de los transportes, y a la extorsión económica a la que están sujetos en nombre del pago de la deuda.[32]

A partir de esta descripción, podemos ver que cualquier proyecto feminista que únicamente se preocupe de la discriminación sexual y que no acierte a situar la «feminización de la pobreza» en el contexto del avance de las relaciones capitalistas está condenado a ser irrelevante además de acabar por ser finalmente cooptado. La NDIT introduce una redistribución internacional del trabajo reproductivo que refuerza las jerarquías inherentes a la división sexual del trabajo y crea nuevas divisiones entre las mujeres.

Emigración, reproducción y feminismo internacional

Si es verdad que las remesas enviadas por los inmigrantes constituyen el mayor flujo de dinero mundial, tras los ingresos derivados del petróleo, entonces la principal mercancía que el «Tercer Mundo» exporta al «Primero» es la fuerza de trabajo. Dicho de otra manera, igual que en el pasado, también hoy, la acumulación capitalista es sobre todo una acumulación de trabajadores, un proceso que se da principalmente mediante la inmigración.[33] Esto significa que una parte significativa del trabajo necesario para reproducir la mano de obra metropolitana lo llevan a cabo mujeres en África, Asia, Latinoamérica o en los antiguos países socialistas, principales puntos de origen de los movimientos migratorios contemporáneos. Este trabajo nunca computa en la deuda del «Tercer Mundo» pero sí que contribuye directamente a la acumulación de riqueza en los «avanzados» países capitalistas, ya que la inmigración se

31 Roger Sawer, *Children Enslaved*, Londres / Nueva York, Routledge, 1988.

32 J. Walton y D. Seddon, *Free Markets and Food Riots*, *op. cit.*

33 Dos ensayos pioneros de Mariarosa Dalla Costa han analizado la relación entre emigración y reproducción. El primero (1974) estudia las dinámicas de la emigración en relación con los países de salida y de llegada, y su papel en la formación en Europa de la clase obrera multinacional, el segundo (1981), analiza el papel de la emigración del Tercer Mundo en la estratificación del trabajo en Italia, especialmente el trabajo reproductivo.

utiliza para contrarrestar el declive demográfico, mantener los salarios a la baja y transferir el plustrabajo de las colonias a las «metrópolis».[34] Esta es una realidad que las feministas deben reconocer, tanto para desenmascarar lo que supone la «integración en la economía global» como para desmistificar la ideología de la «ayuda al Tercer Mundo» que esconde una inmensa apropiación del trabajo no remunerado de las mujeres.

Las mujeres de todo el mundo no solo producen los trabajadores que mantienen en funcionamiento la economía global. Desde comienzos de la década de los noventa se ha producido un salto en la emigración femenina del «Sur Global» al Norte, en el que proveen un porcentaje en continuo incremento de la mano de obra empleada en el sector servicios y el trabajo doméstico.[35] Tal y como ha observado Cynthia Enloe, con la imposición de políticas económicas que incentivan la inmigración, el Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial han permitido a los gobiernos de Europa, Estados Unidos y Canadá resolver la crisis del trabajo doméstico que se encuentra en los orígenes del movimiento feminista, y ha «liberado» a miles de mujeres solo para que produzcan más trabajo exo-doméstico. El empleo de mujeres filipinas o mexicanas que, por una modesta suma, limpian las casas, crían a los niños, cocinan y cuidan a los mayores, permiten que las mujeres de clase media escapen de un trabajo que ya no quieren o no pueden hacer durante más tiempo, sin reducir simultáneamente su nivel de vida.[36] Es evidente que esta es una «solución» problemática ya que crea relaciones entre las mujeres de «criadas-señoras» complicándolas aún más si cabe por los prejuicios que rodean el trabajo doméstico: la asunción de que no se trata de un trabajo real y que debería ser pagado lo menos posible, cuyos límites no están definidos, etc.[37] El empleo de trabajadoras domésticas hace, además, a las mujeres (más que al Estado) responsables del trabajo reproductivo y debilita la lucha contra la división del trabajo en el interior de las familias, ya que libra a las mujeres de la tarea de

34 Nash y Fernandez-Kelly, *Women, Men...*, *op. cit.*, pp. 178-179.

35 Según las estadísticas proporcionadas por la OIT, más del 50 % de los inmigrantes del «Tercer Mundo» son mujeres. Véanse Noleen Heyzer *et al.*, *The Trade in Domestic Workers: Causes, Mechanisms and Consequences of International Migration,* London & Kuala Lumpur, Asian and Pacific Development Centre, junto con Zed Books, 1994; Stalker, *The Work of Strangers, op. cit*. La mayor parte de ellas encuentran trabajo como empleadas domésticas (sirvientas, niñeras, cuidadoras de ancianos) o en los sectores de servicios especializados en labores reproductivas: turismo, sanidad, entretenimiento, prostitución, etc.

36 Enloe, *Bananas..., op. cit.*, pp. 178-179.

37 Mary Romero, *Maid in the USA,* Nueva York y Londres, Routledge, 1992, pp. 97-112.

obligar a los hombres a compartir las tareas domésticas.[38] Para las mujeres inmigrantes, asumir un trabajo doméstico supone una elección dolorosa, ya que es un trabajo pagado pobremente y que requiere que cuiden de las familias de otros mientras que ellas tienen que dejar de lado a las suyas propias.

Durante las décadas de 1980 y 1990, se ha desarrollado otro fenómeno que demuestra el intento de volcar las tareas de reproducción de la mano de obra sobre las espaldas de las mujeres del «Tercer Mundo». Entre los hechos más significantes se encuentra el desarrollo de un vasto mercado infantil de alcance internacional, organizado mediante sistemas de adopción, y que ha evolucionado en un negocio que mueve anualmente miles de millones de dólares. Hacia finales de los años ochenta, se calculaba que cada cuarenta y ocho minutos un niño adoptado entraba en Estados Unidos,[39] y a comienzos de la década de 1990, solo desde Corea del Sur se exportaron 5.700 niños anuales a EEUU.[40] Hoy, lo que las feministas han descrito como un «tráfico de menores» internacional se ha extendido incluso a los antiguos países socialistas, sobre todo a Polonia y Rusia, donde el descubrimiento de agencias de venta de niños (en 1994 más de 1.500 fueron exportados a EEUU) ha levantado un escándalo nacional.[41] Hemos podido ver también el crecimiento de las «granjas de bebés», en las que específicamente se producen niños para su exportación,[42] y el empleo creciente de «mujeres del Tercer Mundo» como madres de alquiler.[43] La subrogación materna, como la adopción, permiten a mujeres de los «avanzados» países capitalistas evitar la interrupción de sus carreras o hacer peligrar su salud por tener un hijo. En contraprestación los gobiernos del «Tercer Mundo» se benefician del hecho de que cada niño vendido trae divisa extranjera a sus arcas; y el Banco Mundial y el FMI aprueban tácitamente esta práctica puesto que la venta de niños sirve para corregir el «exceso demográfico» y armoniza con el principio por el cual las naciones deudoras deben exportar todos sus recursos naturales, de los bosques a los seres humanos.

38 *Ibidem*, p. 102.

39 Janice Raymond, *Women as Wombs: The New Reproductive Technologies and the Struggle for Women's Freedom*, San Francisco, Harpers and Co, 1994, p. 145.

40 S. Chira, «Babies for Export: And Now the Painful Question», *The New York Times*, 21 de abril de 1988.

41 Alessandra Stanley, «Nationalism Slows Foreign Adoption in Russia», *The New York Times*, 17 de agosto de 1995.

42 Raymond, *Women as Bombs*, *op. cit.*, pp. 141-142.

43 Janice Raymond, «The International Traffic in Women: Women Used in Systems of Surrogacy and Reproduction», *Reproductive and Genetic Engineering*, vol. 2, núm. 1, 1989, pp. 51-52.

También hemos visto la masificación, especialmente en algunas partes de Asia (Tailandia, Corea del Sur, Filipinas), de la industria del sexo y el turismo sexual, sirviendo a una clientela internacional, incluyendo a la armada de EEUU que, desde la Guerra de Vietnam, utiliza estos países como zonas de «Descanso y Recuperación».[44] A finales de los años ochenta, tan solo en Tailandia, de una población de 52 millones de personas, un millón de mujeres trabajaban en la industria del sexo. A esto debemos añadirle el inmenso incremento en el número de mujeres del Tercer Mundo o de los antiguos países socialistas que trabajan como prostitutas en Europa, Estados Unidos y Japón, a menudo en condiciones de semiesclavitud.[45]

No menos importante es el «tráfico» de «esposas por catálogo» que, en los años ochenta, se ha desarrollado a escala internacional.[46] Tan solo en Estados Unidos, unos 3.500 hombres contraen matrimonio con mujeres que han seleccionado por catálogo. Las esposas son mujeres jóvenes que provienen de las zonas más pobres del sureste de Asia o de Sudamérica, aunque también hay mujeres de Rusia y de otros antiguos países socialistas que han elegido este método para emigrar. En 1979, 7.759 mujeres filipinas dejaron su país por este medio.[47] El tráfico de «esposas por catálogo» explota por un lado el empobrecimiento de las mujeres y, por otro, el sexismo y el racismo de los hombres norteamericanos y europeos, que desean una mujer que puedan controlar, y que confían en la vulnerabilidad de mujeres que dependen de ellos para poder quedarse en el país.

Tomados en conjunto, estos fenómenos muestran que lejos de ser una herramienta para la emancipación femenina la NDIT es el vehículo de un proyecto político que intensifica la explotación de las mujeres, y recupera formas de trabajo coercitivo que habíamos considerado extintas con la desaparición de los imperios coloniales. También relanza la imagen de las mujeres como

44 Susanne Thorbeck, *Voices From the City: Women of Bangkok*, Londres, Zed Books, 1987; Enloe, *Bananas, op. cit.*; Thanh-Dam Truong, *Sex And Morality: Prostitution and Tourism in South Asia*, Londres, Zed Books, 1990.

45 Sawyer, *Children Enslaved, op. cit.*

46 Venny Villapando, «The Bussines of Selling Mail-Order Brides» en Asian Women United of California (ed.), *Making Waves: An Anthology of Writings By and About Asian American Women*, Boston, Beacon Press, 1989, pp. 318-327; Uma Narayan, «Mail-Order' Brides», *Hypathia,* vol. 10, núm. 1, invierno de 1995.

47 Kathleen Barry, *The Prostitution of Sexuality: The Global Explotation of Women*, Nueva York, New York University Press, 1995, p. 154.

objetos sexuales y como criadoras, e instituye entre las mujeres una relación similar a la que mantenían las mujeres blancas y negras durante el apartheid en Sudáfrica.

El carácter antifeminista de la nueva división internacional del trabajo es tan evidente que debemos preguntarnos hasta qué punto ha sido obra de la «mano invisible» del mercado, o ha supuesto una respuesta planificada a las luchas que las mujeres han mantenido contra la discriminación, el trabajo no remunerado y el «subdesarrollo» en todas sus formas. En cualquier caso, las feministas debemos organizarnos contra este intento de recolonización, en el que la NDIT es un vehículo que reabre la lucha en el terreno de la reproducción.

No es útil, en la práctica, criticar a las mujeres que emplean trabajadoras domésticas, como hacen algunas feministas. Mientras el trabajo reproductivo sea mantenido como una responsabilidad individual o familiar, puede que no dispongamos de muchas alternativas, especialmente cuando tenemos que cuidar de alguien que está enfermo o no es autosuficiente, y además tenemos un trabajo fuera del hogar. Esta es la razón por la que muchas mujeres con hijos pequeños dependen de las ayudas sociales; pero esta alternativa está cerca de extinguirse.[48] También existe el peligro de que, al condenar el empleo de las trabajadoras domésticas sin proponer ninguna alternativa, se refuerce la ilusión de que el trabajo reproductivo no es un trabajo imprescindible. Esta asunción ha plagado las políticas feministas de los años setenta y hemos pagado un alto precio por ello. Si el movimiento feminista hubiese luchado por hacer que el Estado reconociese el trabajo reproductivo como trabajo y hubiese adquirido responsabilidad financiera por ello, puede que no hubiésemos tenido que contemplar el desmantelamiento de los pocos presupuestos sociales a los que podíamos optar, ni una nueva solución colonial a la «cuestión del trabajo reproductivo».[49] También hoy, una movilización feminista que obligase al Estado a pagar por el trabajo reproductivo sería bastante efectiva en la mejora de sus condiciones y en la construcción de solidaridad entre las mujeres.

48 David Firestone, «Gloom and Despair Among Advocates of the Poor», *The New York Times*, 21 de septiembre de 1995.

49 Como ha indicado Mary Romero, el movimiento feminista en Estados Unidos ni siquiera ha sido capaz de obtener partidas económicas, tales como la baja maternal pagada, que están garantizados en otros países.

Consideraciones similares merecen los esfuerzos que las feministas realizan para convencer a los gobiernos de que legislen como delitos la violencia doméstica y el tráfico de mujeres, ya que estas iniciativas no van a la raíz de los abusos perpetrados a las mujeres.

¿Puede el castigo poner remedio a las situación de abyecta pobreza que padecen y que lleva a los progenitores a vender a sus hijos o a introducirlos en la prostitución en algunos países? ¿Y cómo podrían los gobiernos de Asia o África mejorar la condición de las mujeres cuando el Banco Mundial y el FMI los fuerzan a cortar todos los programas de gasto social y a adoptar estrictos programas de austeridad? ¿Cómo podrían estos gobiernos proporcionar un acceso igualitario de las mujeres a la educación o mejoras en el sistema sanitario cuando los ajustes estructurales exigen que se recorten todos los subsidios para estos programas?[50] ¿Estarán deseosos de enviar a sus hijas a la escuela cuando sus hijos están desempleados tras haber adquirido un diploma?[51]

Si el feminismo internacional y la sororidad global son posibles, las feministas deben hacer suya la lucha contra los ajustes estructurales, contra el pago de la deuda externa y la introducción de las leyes de protección intelectual, las señales más visibles de los métodos por los cuales se está organizando la nueva división internacional del trabajo, y con los que se está provocando el hundimiento de los medios de subsistencia de la mayoría de la población del planeta.

Tal y como las feministas del «Tercer Mundo» han señalado a menudo,[52] las desigualdades que existen entre las mujeres a nivel internacional también afectan a las políticas del movimiento feminista. El acceso a mayores recursos (transporte, préstamos, publicaciones, veloces medios de comunicación)

50 CAFA (Committe For Academic Freedom in Africa), *Newsletter,* núm. 2, otoño de 1999; *Newsletter,* núm. 4, primavera de 1993; *Newsletter,* núm. 5, otoño de 1993.

51 Silvia Federici, «The New African Student Movement» [publicado en el año 2000 en S. Federici, G. Caffentzis y O. Alidou (eds.), *A Thousand Flowers. Social Struggles against Structural Adjustment in African Universities*, Trenton (NJ), Africa World Press, pp. 93-94].

52 Cheryl Johnson-Odim, «Common Themes, Different Contexts, Third World women and Feminism» en Chandra Talpade Mohanti, Ann Ruso y Lourdes Torres (eds.), *Third World Women and the Politics of Feminism*, Bloomington y Indianápolis, Indiana University Press, 1991, pp. 314-327.

permite a las feministas europeas y estadounidenses imponer sus agendas en las conferencias internacionales y jugar un papel hegemónico en la definición de cómo deben ser las luchas feministas y el feminismo.[53]

Las relaciones de poder que genera la NDIT también se reflejan en el papel que las mujeres juegan en las Organizaciones No Gubernamentales (ONG) metropolitanas que financian «proyectos generadores de ingresos» para las mujeres del «Tercer Mundo». Además de movilizar el trabajo no remunerado de las mujeres para compensar la pérdida de servicios sociales que causa el ajuste estructural, estos proyectos generan una relación patrón-cliente entre las mujeres. Las ONG metropolitanas deciden qué proyectos financian, cómo evaluarlos, a qué mujeres reclutan, todo esto sin contar con las mujeres cuya labor organizan. Debería tenerse en cuenta que la función que las ONG metropolitanas juegan respecto a las mujeres que «ayudan» es en parte respuesta al debilitamiento del papel de los maridos y el Estado como supervisores del trabajo de las mujeres en los países sujetos al ajuste estructural. Mientras que los hombres emigran, o no tienen el dinero necesario para mantener una familia, y paralelamente el Estado no cubre las necesidades o se supone que no tiene fondos para invertir en la reproducción social, emerge un nuevo régimen patriarcal, que sitúa a las mujeres del «Tercer Mundo» bajo el control del Banco Mundial, el FMI y de todas las ONG que gestionan «proyectos generadores de ingresos» y programas de «ayuda». Estos son los nuevos supervisores y explotadores del trabajo reproductivo de las mujeres, y este nuevo patriarcado se apoya en la colaboración de las mujeres europeas y norteamericanas que, como nuevas misioneras, son reclutadas con el objeto de entrenar a las mujeres de las «colonias» para capacitarlas y que desarrollen las actitudes necesarias para que lleguen a integrarse en la economía global.[54]

53 *Ibidem*, pp. 323-324.

54 Estos proyectos consisten habitualmente en créditos a sindicatos-cooperativas que conceden préstamos a sus miembros, quienes asumen colectivamente la responsabilidad por el pago, bajo el modelo del Grameen Bank —o de programas que enseñan a las mujeres a desarrollar «actividades generadoras de ingresos». Como Jutta Berninghausen y Birgit Kerstan han descrito en su estudio sobre las actividades de las ONG javanesas, estas últimas mantienen una función desestabilizadora/defensiva más que una emancipadora, y en el mejor de los casos, intentan recuperar las relaciones a nivel micro de las relaciones individuales o comunitarias que han sido destruidas por las políticas económicas; véase *Forging New Paths: Feminist Social Methodology and Rural Women in Java*, Londres, Zed Books, 1992, p. 253.

Conclusión

Este análisis de la NDIT muestra los límites de la estrategia política feminista que no sitúa la lucha contra la discriminación sexual dentro de un marco de trabajo anticapitalista. También muestra que el desarrollo capitalista no solo continúa produciendo pobreza, enfermedades y guerras, sino que únicamente puede sobrevivir mediante la creación de divisiones dentro del proletariado, las mismas que descartan e imposibilitan la consecución de una sociedad libre de explotación. Es por todo esto que las políticas feministas deben subvertir la nueva división internacional del trabajo y el proyecto de globalización económica del que surge. Los movimientos de base feministas a lo largo del planeta exigen la devolución de las tierras comunales, el rechazo al pago de la deuda externa y la abolición de los ajustes estructurales y la privatización de tierras. Nos recuerdan que no podemos separar la demanda de la igualdad de la crítica al rol que el capital internacional tiene en la recolonización de sus países y que las luchas que las mujeres llevan a cabo cotidianamente para sobrevivir son luchas políticas y luchas feministas.

7. Guerra, globalización y reproducción (2000)

Primero llegaron los banqueros extranjeros, ansiosos de conceder préstamos a intereses abusivos; tras ellos llegaron los supervisores financieros para asegurarse de que se pagaban los intereses; después aparecieron los miles de consejeros extranjeros que reclamaban su tajada. Por último, cuando ya el país estaba en bancarrota y perdido, fue el momento de que apareciesen las tropas extranjeras para «rescatar» al gobernador de su población «rebelde». Un último trago y el país había desaparecido.

Pakenham, *The Scramble for Africa.*[1]

Hambriento, ¿quién te alimentará?
Si tú quieres pan, ven con nosotros,
los que no lo tenemos.
Déjanos enseñarte el camino.
Los hambrientos te alimentarán.

Bertolt Brecht, «O todos o ninguno».[2]

1 Thomas Pakenham, *The Scramble for Africa: White Man's Conquest of the Dark Continent From 1876 to 1912*, Nueva York, Avon Books, 1991, p. 126.

2 Bertolt Brecht, *Poemas y canciones*, Madrid, Alianza Editorial, 1968, p. 47. [N. de la T.]

Tal y como demuestran la proliferación de conflictos en África, Asia y Oriente Medio y el entusiasmo mostrado en Estados Unidos por las intervenciones militares, durante las décadas de 1980 y 1990, la guerra está en la agenda global.[3] Y la razón para ello es que la nueva fase de expansión capitalista de la que estamos siendo testigos y que requiere de la destrucción de cualquier actividad económica que no esté subordinada a la lógica de la acumulación capitalista es, necesariamente, un proceso violento. El capital corporativo no puede extender su alcance sobre los recursos del planeta —de los mares a los bosques y de la fuerza de trabajo a nuestro acervo genético— sin generar una intensa resistencia a nivel mundial. Por otra parte, de manera intrínseca a la naturaleza de la actual crisis capitalista, no es posible mediación alguna y el desarrollo planificado en el denominado «Tercer Mundo» solo puede llevar a la guerra.[4]

Que habitualmente no se reconozcan las conexiones entre economía global y guerra se debe a que la globalización a día de hoy, y aunque en esencia suponga una continuación del proceso imperialista del siglo XIX, se presenta a sí misma fundamentalmente como un programa económico. Sus principales, y más visibles, armas son los planes de ajuste estructural, la liberalización del comercio, las privatizaciones y la imposición de los derechos de propiedad intelectual. Todas estas políticas son las responsables del inmenso traspaso de riqueza de las «colonias» a las metrópolis, pero como no requieren de conquista territorial directa se asume que funcionan a través de medios meramente pacíficos.[5]

---

3 En un reciente recuento, el número total de países que se encontraban en diferentes formas de guerra durante 1999 ascendía a setenta y cinco; véase Effe, *La Rivista delle Librerie Feltrinelli*, núm. 13, 1999. Treinta y tres de estos conflictos se encontraban dentro de alguno de los cuarenta y tres Estados existentes en el continente africano. Esta es la «Cuarta Guerra Mundial» sobre la que habitualmente escribe el subcomandante Marcos.

4 Para una descripción detallada de esta nueva fase del capitalismo que pone el énfasis en la desaparición de la mediación interclases, véase Midnight Notes Collective, *Midnight Oil: Work, Energy, War, 1973-1992*, Nueva York, Autonomedia, 1992. En estos artículos se utiliza la expresión «nuevos cercamientos» para indicar que la idea central del capitalismo contemporáneo es la de aniquilar todas las garantías de subsistencia establecidas en los Estados socialistas, postcoloniales o keynesianos durante las décadas de 1950 y 1960. Para triunfar, este proceso necesariamente debe ser violento.

5 La inmensa cantidad de literatura existente sobre ajustes estructurales, globalización y neoliberalismo ha descrito ampliamente esta transferencia de riqueza. Véase Jeremy Brecher y Tim Costello, *Global Village or Global Pillage: Economic Reconstruction from the Bottom Up*, Boston, South End Press, 1994; *Dark Victory: The United States, Structural Adjustment and Global Poverty*, Londres, Pluto Press, 1994; *Global Dreams: Imperial Corporations and the New World Order,* Nueva York, Simon and Schuster, 1994.

La intervención militar también está adoptando nuevas formas, ocultándose habitualmente bajo la guisa de benévolas iniciativas como «ayuda alimentaria» y «ayuda humanitaria» o, como sucede en Latinoamérica, como cooperación en la «lucha contra las drogas». Otra gran razón por la que no resulta tan obvio el matrimonio entre guerra y globalización —el aspecto actual del imperialismo— es que la mayor parte de las «guerras globalizadoras» se combaten en el continente africano, cuya realidad cotidiana se ve distorsionada sistemáticamente por los medios de masas, que culpan de todos los problemas a los africanos, alegando «subdesarrollo», «tribalismo» e incapacidad para lograr y mantener instituciones democráticas.

África, guerra y ajustes estructurales

En realidad la situación actual en África muestra la estrecha conexión existente entre la implementación de los Programas de Ajuste Estructural (PAE), introducidos en los años ochenta por el Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional para facilitar el avance del capital multinacional, y el desarrollo de un continuo estado de guerra. Esto demuestra que los ajustes estructurales generan guerras y que la guerra, a su vez, completa el trabajo del ajuste estructural, ya que obliga a los países afectados a depender del capital internacional y de los poderes que este representa, comenzando por Estados Unidos, la Unión Europea y las Naciones Unidas. Dicho de otra manera, y parafraseando a Clausewitz, «el ajuste estructural es la guerra por otros medios».

El «ajuste estructural» promueve la guerra de muchas maneras. Este tipo de programas fueron impuestos a comienzos de los años ochenta por el Banco Mundial y el FMI a la mayor parte de las naciones africanas, supuestamente para promover la recuperación económica y así ayudar a los gobiernos a pagar las deudas que habían contraído durante la década anterior con el objetivo de financiar proyectos de desarrollo. Entre las reformas que prescriben se encuentran la privatización de tierras (comenzando con la abolición de la propiedad comunal de tierras), la liberalización del comercio (es decir, la eliminación de aranceles a las mercancías importadas), la desregulación de las transacciones de divisas, la reducción del sector público, la no financiación

de los servicios sociales y un sistema de control que transfiere de una manera efectiva la planificación económica de los gobiernos africanos al Banco Mundial y a las Organizaciones No Gubernamentales (ONG).[6]

El supuesto objetivo de esta reestructuración económica era el relanzamiento de la productividad, la eliminación de la ineficiencia y el incremento de las «ventajas competitivas» en el mercado global. Sin embargo, ha producido justo lo contrario. Más de una década después de la adopción de estos programas, las economías locales se han colapsado, la inversión extranjera no se ha materializado y las únicas actividades productivas en curso en los países africanos son una vez más, como sucedía durante el periodo colonial, la extracción de mineral y la agricultura orientada a la exportación, la misma que contribuye a la saturación del mercado global mientras que los africanos no tienen comida suficiente para alimentarse.

En este contexto generalizado de bancarrota económica, las violentas rivalidades han explotado por todas partes entre las diferentes facciones de la clase dominante africana, quienes, incapaces de enriquecerse ellos mismos mediante la explotación de la fuerza de trabajo, ahora luchan por el acceso al poder estatal como condición indispensable para la acumulación de riqueza. De hecho, el poder gubernamental es la llave para la apropiación y venta en el mercado internacional ya sea de los activos y recursos nacionales (tierra, oro, diamantes, petróleo, madera), ya sea de los recursos y riquezas que poseen sus rivales u otros grupos más débiles.[7] Por esta razón, la guerra se ha

6 La literatura sobre los ajustes estructurales en África también es ingente. Desde mediados de los años ochenta, las ONG (tanto domésticas como internacionales) se han convertido en elementos indispensables en la implementación de los programas de ajuste estructural; se han apropiado de las áreas de la reproducción social una vez que el Estado, al ser reestructurado, se ha visto obligado a retirarles la financiación de las mismas. Como escribe Alex de Waal: «La combinación de neoliberalismo y la defensa del "rostro humano" ha creado un nuevo papel para las ONG como subcontratistas en el reparto a gran escala de servicios básicos como la salud, los cultivos y las raciones alimentarias... Muy a menudo, las ONG que más servicios proporcionan (CARE, Catholic Relief Services, Save the Children Fund) se introducen en la zona tras una crisis como una hambruna, un colapso institucional, y permanecen después. En otras ocasiones, las ONG han situado consejeros en los ministerios (Sanidad es su favorito) y ocasionalmente incluso han asumido la responsabilidad de la gestión por todos los servicios. El suministro de medicamentos básicos para las clínicas de la capital de Sudán, la atención primaria en Uganda y casi todos los programas contra la tuberculosis y la lepra son tan solo tres de los programas de salud "nacionales" que se encuentran desde hace mucho tiempo dirigidos por ONG internacionales y que utilizan fondos de donantes institucionales euro-americanos»; véase Alex de Waal, *Famine Crimes: Politics and the Disaster Relief Industry in Africa*, Londres, Zed Books, 1997, p. 53.

7 Un claro ejemplo de saqueo de los grupos más débiles se encuentra en Sudán, donde a finales de

convertido en el punto débil de la economía mercantil o, de una «economía de saqueo» según algunos autores, [8] que prospera con la complicidad de las compañías extranjeras y de las agencias internacionales, quienes, pese a todas sus quejas sobre la «corrupción», se benefician de ella.

Como en el caso de Rusia, la insistencia del Banco Mundial en la privatización de todos los recursos ha debilitado al Estado y ha acelerado este proceso. Del mismo modo, la desregulación de las actividades bancarias y de las transacciones de divisas (también exigida por el Banco Mundial) ha impulsado la extensión del comercio de drogas que desde la década de 1980 ha jugado un papel primordial en la economía política de África, contribuyendo a la formación de guerrillas privadas.[9]

Otra causa más de las guerras en África es el brutal empobrecimiento en el que los ajustes estructurales han hundido a la mayor parte de la población. A la vez que ha intensificado las protestas sociales, el ajuste estructural ha desmantelado, a lo largo de estos años, la «fábrica social» de muchos de estos países al forzar a millones de personas a huir de sus poblados y a viajar al extranjero para buscar nuevas formas de sustento; la lucha por la supervivencia ha preparado el terreno para la manipulación de los antagonismos locales y para el reclutamiento de los parados (en particular de los jóvenes) por parte de los bandos en conflicto. Muchos de los conflictos «tribales» y religiosos (y no en menor medida que los conflictos «étnicos» en Yugoslavia) fueron creados durante estos procesos. De las expulsiones masivas de inmigrantes y los disturbios religiosos en Nigeria a principios y mediados de los años ochenta, a las guerras de «clanes» en Somalia a comienzos de los noventa,[10] y de ahí a las

---

los años ochenta el gobierno concedió a la milicia Murahaliin (compuesta por árabes baggara), el derecho a saquear el ganado de los dinka. «Sus asaltos eran frecuentes, extensos y devastadores. Los asaltantes robaban las cabezas de ganado, destruían los poblados, envenenaban los pozos y asesinaban indiscriminadamente. También estaban implicados en la esclavización de los prisioneros. Los supervivientes eran desplazados y huían hacia los asentamientos fortificados más cercanos, donde se veían obligados a vender el ganado y el resto de sus pertenencias a bajo precio», De Waal, *Famine Crimes, op. cit.*, p. 94. Véase más información sobre estos procesos en la obra de Mark Duffield, «The Political Economy of Internal War: Asset Transfer, Complex Emergencies, and International Aid» en Joanna Macrae y Anthony Zwi (eds.), *War and Hunger: Rethinking International Responses to Complex Emergencies*, Londres, Zed Books, 1994, pp. 54-57.

8 Jean-Francois Bayart *et al.*, *The Criminalization of the State in Africa*, Oxford, Reino Unido, International African Institute en colaboración con James Curry, 1999.

9 *Ibidem*; Phil Williams, «The Nature of Drug-Trafficking Networks», *Current History*, abril de 1988.

10 Michael Chossudovsky, *The Globalization of Poverty: Impacts of the FMI and the World Bank Reforms*, Londres, Zed Books, 1998.

sangrientas guerras que enfrentan al Estado y a los fundamentalistas en Argelia, en el origen de la mayor parte de los conflictos africanos contemporáneos han estado las «condiciones»[11] impuestas por el Banco Mundial y el FMI, exigencias que han destrozado las vidas de la gente y socavado las condiciones necesarias para la solidaridad social.[12]

No hay duda de que, por ejemplo, todos los jóvenes que han luchado en las numerosas guerras africanas de los últimos tiempos son los mismos que hace décadas podrían haber estado en las escuelas, e incluso haber tenido esperanza de buscarse la vida mediante el comercio o un empleo en el sector público, y que podrían haber mirado hacia el futuro con la esperanza de ser capaces de contribuir al bienestar de sus familias. De la misma manera, la aparición de los niños soldado en los ochenta y los noventa nunca hubiese sido posible si, en muchos de estos países, las anteriormente extensas familias no se hubiesen visto mermadas por las dificultades económicas, y millones de niños no se encontrasen sin otro lugar al que acudir que las calles y tuviesen a alguien que se hiciera cargo de sus necesidades.[13]

La guerra no es solo una consecuencia del cambio económico: también ha sido un modo de provocarlo. Cuando observamos los patrones dominantes en los conflictos en África y en la intersección de la guerra con la globalización, hay dos objetivos que destacan claramente. Primero, la guerra obliga a la gente a abandonar sus tierras, separando de esta manera a los productores de los medios de producción, condición necesaria para la expansión del mercado de trabajo global. La guerra también reclama el uso de la tierra para fines capitalistas, impulsando la producción de cultivos comerciales y una agricultura orientada a la exportación. Particularmente en África, donde la propiedad comunal de las tierras aún es un fenómeno extendido, este ha supuesto uno

---

11 Conjunto de condiciones que el donante impone al receptor para poder ser destinatario de la ayuda. La condicionalidad siempre ha estado presente, de una u otra manera, en la cooperación al desarrollo, pero la forma de entender sus contenidos ha evolucionado. Esta primera generación de condiciones a la cooperación supuso para los receptores tener que comprometerse a realizar profundas y precisas reformas de sus políticas económicas si querían recibir la ayuda. Puede decirse que, en la mayoría de los países en desarrollo, su política económica se realiza bajo el control y la administración internacional. Alfonso Dubois, *Diccionario de Acción Humanitaria y Cooperación al Desarrollo*, dirigido por Karlos Pérez Armiñano, Icaria y Hegoa, 2000; disponible en la web http://www.dicc.hegoa.ehu.es. [N. de la T.]

12 Martin Stone, *The Agony of Algeria*, Nueva York, Columbia University Press, 1997.

13 Human Rights Watch Africa, *Slave, Street Children and Child Soldiers*, Nueva York, Human Rights Watch, 1995.

de los principales objetivos del Banco Mundial, cuya *raison d'étre* como institución ha sido la mercantilización de la agricultura.[14] Es difícil observar a los millones de refugiados o víctimas de las hambrunas que se ven obligados a dejar sus localidades sin pensar en la satisfacción que esto le debe producir a los dirigentes del Banco Mundial y a sus empresas agroalimentarias, quienes seguro ven la mano del progreso en ello.

La guerra también socava la oposición de las poblaciones a las «reformas del mercado» mediante la reconfiguración territorial y las disrupción de las redes sociales que proveen las bases necesarias para la resistencia. Es ciertamente significativa la correlación —bastante habitual en el África contemporánea— entre las protestas contra el FMI y los conflictos sociales.[15] Donde más visible aparece es en Argelia, donde el auge antigubernamental de los fundamentalistas islámicos se remonta a las revueltas de 1988 contra el FMI, cuando miles de jóvenes tomaron las calles de la capital durante varios días protagonizando la protesta más intensa y extendida desde los buenos tiempos de las luchas anticoloniales.[16]

La intervención extranjera —aprovechándose generalmente de conflictos locales y transformándolos en conflictos globales— ha jugado un papel primordial en este contexto. Esto se refleja incluso en el caso de intervenciones militares de Estados Unidos que suelen observarse a través del prisma de la geopolítica o de la Guerra Fría, como el apoyo dado por la Administración Reagan a los gobiernos de Sudán y Somalia y a la Unión para la Independencia Total de Angola (UNITA en sus siglas en portugués). Tanto en Sudán como Somalia se estaban aplicando desde principios de la década de 1980 los PAE, cuando ambos países se encontraban entre los mayores receptores de ayuda militar de EEUU. En Sudán el régimen de Neimeri vio fortalecida su ofensiva contra la coalición de fuerzas que se oponían a los recortes exigidos por el FMI, gracias a la asistencia militar proporcionada por los estadounidenses, pero pese

14 Para un análisis de las políticas promotoras de la mercantilización de la agricultura en África dirigidas por el Banco Mundial, véase el texto de George Caffentzis, «The Fundamental Implications of the Debt Crisis for Social Reproduction in Africa», recogido en Mariarosa Dalla Costa y Giovanna Franca Dalla Costa (eds.), *Paying the Price: Women and the Politics of International Economic Strategy*, Londres, Zed Books, 1995, pp. 15-41.

15 Silvia Federici, «The Debt Crisis, Africa, and the New Enclosures» incluido en *Midnight Oil: Work, Energy, War, 1973-1992*, *op. cit.*, 1992.

16 El actual enfrentamiento entre gobierno y fundamentalistas islámicos comenzó con el rechazo del gobierno a reconocer la victoria electoral de los fundamentalistas a principios de 1992. Pero la raíz del conflicto debe buscarse en la dura respuesta del gobierno a las revueltas de 1988 contra las políticas del FMI. Véase Martin Stone, *The Agony of Algeria*, *op. cit.*, 1997.

a todo no pudo prever el levantamiento que en 1985 le depondría. En Somalia,[17] el ataque lanzado por Siad Barre contra la etnia de los isaaks recibió el apoyo militar estadounidense, otro episodio más de la guerra en curso impulsada por las agencias internacionales durante la última década contra las poblaciones dedicadas a la ganadería trashumante.[18] También en Angola la ayuda militar que Estados Unidos prestó a la UNITA sirvió no solo para que el gobierno tuviese que renunciar al socialismo y a la ayuda de las tropas cubanas, sino que también le forzó a tener que negociar con el FMI, y fortaleció el poder de negociación de las compañías petroleras que operaban en el país.[19]

La ayuda alimentaria como guerra soterrada

En muchos casos, los objetivos que no se pueden lograr mediante las armas se consiguen gracias a la «ayuda alimentaria», proporcionada por los Estados, Naciones Unidas y diferentes ONG, a menudo a ambos lados del conflicto (como en Sudán, Etiopía y Angola), a los refugiados y a las víctimas de las

---

17 Después de lograr la independencia de británicos e italianos, Somalia fue gobernada por la Liga de Juventud Somalí y presidida por Abdi Rashid Shermake, asesinado en 1969. Un golpe militar estableció entonces como presidente a Mohamed Siad Barre, que se mantuvo férreamente en el poder hasta que fue depuesto en 1991 por las milicias rebeldes del norte a raíz de las masacres, los pillajes y los bombardeos indiscriminados sobre Hargeisa (capital del antiguo protectorado inglés de Somalilandia); estos últimos causaron más de 50.000 muertos. Con la captura de Barre no solo se puso fin a su gobierno, sino también se inició un proceso de desmembramiento del Estado en diferentes sectores controlados por los líderes de los clanes, y surgieron nuevas repúblicas no reconocidas, la de Somalilandia (al noroeste) y en 1998 la de Puntland (al noreste). ODG (Observatori del Deute en la Globalització), «Créditos FAD: evidencias de ilegitimidad», *Apoyando a un dictador con armas españolas*, Barcelona, 2009; informe en PDF disponible en www.odg.cat. [N. de la T.]

18 En 1987, Oxfam informó que un funcionario de la Comisión Europea había contestado a una demanda de ayuda por parte de los pastores trashumantes del sur de Sudán con una profecía cuyo cumplimiento iba implícita en la misma afirmación: «A su parecer, la ganadería trashumante era, de cualquiera de las maneras, inviable y estaba en declive en toda la región»; Oxfam emitió la siguiente respuesta: «Es importante tener en cuenta que USAID, UNICEF, y la CEE han expresado recientemente puntos de vista similares respecto a la ganadería trashumante en el Sur: que está declinando y que de todas maneras habría desaparecido en los próximos veinte años»; véase David Keene y Ken Wilson, «Engaging with Violence: A Reassessment on Relief in Wartime» en Joannna Macrae y Anthony Zwi (eds.), *War and Hunger, op. cit.*, 1994, p. 214; Africa Watch Report, *Somalia: A Government at War with Its People*, Nueva York, Human Rights Watch, 1990.

19 David Sogge, «Angola: Surviving Against Rollback and Petrodollars» en Joannna Macrae y Anthony Zwi (eds.), *War and Hunger, op. cit.*, 1994, p. 105.

hambrunas causados por las guerras. La ayuda alimentaria se ha convertido en el componente principal de la máquina de guerra neocolonialista contemporánea y de la economía de guerra generada por ella. Por un lado ha justificado el que otras organizaciones además de la Cruz Roja reclamen el derecho a intervenir en áreas en conflicto para proveer ayuda (en 1988 las Naciones Unidas aprobaron una resolución asegurando el derecho de los donantes a enviar ayuda).[20] Con estos mismos argumentos se justificó la intervención militar de EEUU/ONU en Somalia en 1992-1993 (operación «Restaurar la Esperanza»).

Pero incluso cuando no va acompañada de tropas, el reparto de «ayuda alimentaria» en situaciones de conflicto siempre supone una forma de intervención política y militar, ya que prolonga la guerra al alimentar a los ejércitos que están combatiendo (a menudo más que a la población civil), y ayuda a la facción más fuerte —la que está mejor equipada y puede aprovecharse de la distribución de alimentos— a ganar.[21] Esto es exactamente lo que sucedió en Sudán y Etiopía durante los años ochenta, cuando, por medio del reparto de «ayuda alimentaria», Estados Unidos, Naciones Unidas y ONG como CARE se convirtieron en protagonistas en las guerras en curso en esos países.[22]

20 Macrae y Zwi, *War and Hunger*, *op. cit.*, pp. 11-12. En palabras de Alex de Waal: «El primer acuerdo de acceso a una zona de guerra negociado fue la *Operation Lifeline* en Sudán durante abril de 1989 […] y a esta le siguieron las intervenciones de 1991-1992, que adoptaron el concepto de operaciones de "mando conjunto", por ejemplo en Etiopía del Este, donde UNHCR, UNICEF y WFP prestaban ayuda a los refugiados y a los residentes empobrecidos sin discriminación. El enfoque del mando conjunto se desarrolló posteriormente en la antigua Yugoslavia», *Famine Crimes*, *op. cit.*, p. 69.

21 Duffield, «The Political Economy of Internal War», *op. cit.*, pp. 60-63.

22 Uno de los ejemplos más atroces de esta transformación de proveedores de ayuda en protagonistas militares es el asesoramiento dado por Estados Unidos y las Naciones Unidas al gobierno etíope en su lucha contra Eritrean People's Liberation Front [Frente Popular de Liberación de Eritrea] y el Tigray People's Liberation Front [Frente Popular de liberación Tigriña] (EPLF y el TPLF en sus siglas en inglés) en 1980. La famosa hambruna de 1984-1985, a la que se le dedicó la canción «We are the Children», no fue causada por la sequía, la superpoblación o el uso inadecuado de la tierra como se afirmaba en aquellos días. La verdadera causa fue el desplazamiento forzoso de cientos de miles de personas (durante el cual murieron 50.000), del norte al sur del país, empujados por las numerosas ofensivas que realizó el gobierno etíope contra el EPLF y el TPLF, y por el programa de reasentamiento diseñado por el mismo. La ayuda alimentaria proporcionada por EEUU, la ONU y diversas ONG (que alcanzó la cifra de tres mil millones de dólares entre 1985 y 1988) fue esencial para que el gobierno pudiese mantener la ofensiva armada y su plan de reubicaciones. A través de la cooperación y gracias a la complicidad de EEUU, la ONU y personal de diferentes ONG con el gobierno etíope se pudieron ocultar las causas reales de la hambruna; se ocultó la derivación de alimentos al ejército (la población civil recibió, como mucho, el 15 % de la ayuda alimentaria enviada); escondieron el coste humano de los planes de reasentamiento; acompañaron al ejército etíope «para facilitar el acceso a las áreas azotadas por el hambre»; y, además

Junto con todo esto, la ayuda alimentaria contribuye al desplazamiento y la reubicación de las comunidades rurales al situar los centros de distribución de alimentos en función de las necesidades de las ONG; también debilita la agricultura local al provocar el colapso de los precios de los alimentos producidos localmente; e introduce un nueva fuente de conflictos: la apropiación de grandes cantidades de alimentos para después venderlos en el mercado local o en el internacional provoca un nuevo motivo para el enfrentamiento y genera una economía de guerra, especialmente en los países que se han visto radicalmente empobrecidos.[23]

Tan cuestionables han sido los efectos de la asistencia alimentaria y tan dudosa su capacidad de garantizar la subsistencia de la población (a la que le hubiese resultado mucho más práctico el reparto de herramientas de labranza y semillas, y por encima de todo el fin de las hostilidades) que hay que preguntarse si el propósito real de esta iniciativa no era darle el toque de gracia a la agricultura de subsistencia y la creación de una dependencia a largo plazo de los alimentos importados —ambos puntos básicos de las reformas exigidas por el Banco Mundial y condiciones para la «integración» de los países africanos en la economía global. Esta consideración está más que legitimada si tenemos en cuenta que los efectos negativos del reparto de «ayuda alimentaria» eran de sobra conocidos desde 1960, cuando se convirtió en objeto de investigación y protesta en las antiguas colonias. Desde entonces, casi ha supuesto un axioma el «no ayudas a la población dándole comida sino dándole las herramientas para que se alimente por sí misma»; se sabe que incluso en situaciones de hambruna, lo que la gente necesita para sobrevivir por encima de todo es la posibilidad de mantener su capacidad agrícola y ganadera. Que la ONU y el Banco Mundial hayan podido olvidar esta lección es algo inexplicable, a no ser que supongamos que la aparición de la «ayuda alimentaria» en las operaciones relacionadas con las guerras contemporáneas haya tenido como uno de sus objetivos primordiales la mercantilización de las tierras y la agricultura además de la absorción de los mercados alimentarios africanos por parte de las industrias agroalimentarias.

---

de todo esto, ¡no pararon de quejarse de que sus esfuerzos humanitarios se veían entorpecidos cuando el EPLF y el TPLF recuperaban territorio! Alex de Waal, codirector de African Rights, nos ha proporcionado una visión interna y esclarecedora de esta farsa que es especialmente valiosa, teniendo en cuenta que él estuvo directamente implicado en los hechos que relata; véase *Famine Crimes*, *op. cit.*, pp. 115-127.

23 Duffield, «The Political Economy of Internal War», *op. cit.*

A esto tenemos que sumar que las «operaciones de ayuda» dependientes de la intervención de ONG y de organizaciones de ayuda han marginado todavía más a las víctimas de los conflictos y las hambrunas, a quienes se les niega el derecho a dirigir las actividades de ayuda, mientras que en los medios de comunicación las mismas ONG les retratan internacionalmente como seres indefensos incapaces de cuidarse por sí mismos. De hecho, tal y como señalan Joana Macrae y Anthony Zwi, el único derecho reconocido ha sido el de los «donantes» a distribuir ayuda, la cual, como hemos visto, ya ha sido utilizada (en Somalia en 1992-1993) como excusa para una intervención militar.[24]

Mozambique: un caso paradigmático de las guerras contemporáneas

El caso de Mozambique es el que mejor ejemplifica cómo primero la guerra y después la ayuda humanitaria pueden ser usadas para recolonizar un país, introducirlo en el mercado y romper su resistencia a la dependencia económica y política.[25] De hecho, la guerra que RENAMO (siglas portuguesas de la Resistencia Nacional Mozambiqueña), representante del apartheid sudafricano y de Estados Unidos, mantuvo contra su propia población durante casi una década (1981-1990) contiene todos los elementos claves de las actuales guerras en la globalización:

1. *La destrucción de las infraestructuras físicas y de (re)producción social del país para provocar una crisis reproductiva y reforzar la subordinación económica y política.* Renamo lo logró mediante: a) el uso sistemático del terror contra la población (masacres, esclavizaciones, terribles mutilaciones) para obligarla a abandonar sus tierras y convertirla en refugiados (más de un millón de personas fueron asesinadas en esta guerra); b) la demolición de carreteras, puentes, hospitales, escuelas y, sobre todo, la destrucción de las actividades y recursos agropecuarios —medios básicos de supervivencia de una población de granjeros. El caso de Mozambique muestra el significado estratégico de la «guerra de baja

24 Macrae y Zwi, *War and Hunger, op. cit*.

25 Hanlon, *Mozambique: Who Calls the Shots?*, Oxford, James Currey, 1991 y *Peace Without Profit: How the FMI Blocks Rebuilding in Mozambique*, Oxford, James Currey, 1996.

intensidad» que, empezando por la colocación de minas terrestres, hacen imposible para las poblaciones el cultivo de la tierra, y fuerzan de esta manera una situación de hambruna que requiere de ayuda externa.

2. *El uso de la «ayuda alimentaria» proporcionada a las poblaciones desplazadas y a las víctimas de las hambrunas como garantía de cumplimiento de las condicionalidades económicas, creando dependencia alimentaria a largo plazo y socavando así la capacidad del país de controlar su futuro económico y político.* No debe olvidarse que la ayuda alimentaria supone un impulso magnífico para la industria agroalimentaria estadounidense, que se beneficia doblemente: primero, porque la libera de su ingente sobreproducción y, segundo, porque obtiene beneficios con la venta de los alimentos a los dependientes países «socorridos».

3. *El traspaso de la toma de decisiones del Estado a las ONG.* Tan intenso fue el ataque a la soberanía mozambiqueña que, una vez que el país se vio forzado a pedir ayuda, Mozambique tuvo que aceptar que se le diese luz verde a las ONG para la gestión de las operaciones de ayuda, otorgándoles incluso el derecho a intervenir en cualquier parte del territorio, y de distribuir los alimentos directamente a la población en los lugares de su elección. Como ha demostrado Joseph Hanlon en el libro *Mozambique: Who Calls the Shots?*, el gobierno difícilmente pudo oponerse a las políticas de las ONG, incluso en el caso de organizaciones de extrema derecha como World Vision, que utilizaba la distribución de ayuda para hacer propaganda política y religiosa, o de ONG como CARE, sospechosa de colaborar con la CIA.

4. *La imposición de condiciones de paz imposibles*. Por ejemplo, la «reconciliación» y el reparto de poder con RENAMO —el mayor enemigo del gobierno mozambiqueño y de su población, responsable de innumerables atrocidades y de la masacre de más de un millón de personas— han creado las condiciones para una desestabilización permanente del país. Esta cínica política de «reconciliación», ampliamente impuesta a día de hoy como «condición para la paz» a países como Haití y Sudáfrica, es el equivalente político de la práctica que se lleva a cabo al alimentar a ambas partes en un contexto de conflicto, y es una de las expresiones más claras del presente rumbo recolonizador, puesto que proclama que la población del «Tercer Mundo» jamás debería tener el derecho a la paz y a protegerse por sí misma de enemigos demostrados. Constatando así

que no todos los países tienen los mismos derechos, ya que ni Estados Unidos ni la Unión Europea aceptarían ni en sueños este tipo de propuestas absurdas.

Conclusión: de África a Yugoslavia y más allá

El caso de Mozambique no es un caso aislado. No solo la mayor parte de los países africanos se encuentran prácticamente dirigidos por agencias y ONG apoyadas por EEUU, sino que la secuencia —destrucción de infraestructuras, imposición de reformas del mercado, reconciliación forzosa con asesinos y entre enemigos «irreconciliables», desestabilización— se repite, en grados y combinaciones diferentes, en toda África a día de hoy, hasta tal punto de que países como Angola y Sudán se encuentran en permanente estado de emergencia, por lo que su viabilidad como entidades políticas está en entredicho.

Gracias a esta combinación de guerra militar y financiera la resistencia popular africana contra la globalización se ha mantenido a raya, de la misma manera que fue contenida en Centroamérica (El Salvador, Nicaragua, Guatemala, Panamá), donde desde los años ochenta la intervención directa de EEUU ha sido la norma.

La diferencia radica en que, en África, el derecho de Estados Unidos y la ONU a mandar tropas se ha justificado habitualmente en el nombre del «mantenimiento de la paz», la «pacificación» y la «intervención humanitaria», posiblemente porque de otra manera el desembarco de marines (como se hizo en Panamá y Granada) podría no haber sido aceptado internacionalmente. Estas intervenciones representan, sin embargo, el nuevo rostro del colonialismo, y no solo en África. Este colonialismo busca el control de las políticas y recursos más que la conquista de territorios. En términos políticos, se trata de un colonialismo «filantrópico», «humanitario», «sin compromisos», que apuesta por la «gobernabilidad» más que por el «gobierno», ya que este último implica un compromiso con una estructura institucional específica, mientras que la empresa imperialista actual quiere mantener su libertad de elegir siempre la estructura institucional, las formas económicas y las localizaciones que mejor casen con sus necesidades.[26] De todas maneras, como en el

[26] Esto es similar a la «nueva esclavitud» a la que se refiere Kevin Bales y por la que los actuales

antiguo colonialismo, los soldados y los comerciantes no están muy lejos unos de otros, tal y como demuestra hoy por hoy la unión entre la distribución de la «ayuda alimentaria» y la intervención militar.

¿Qué significado tiene este escenario para el movimiento contra la guerra?

Primero, podemos esperar que la situación desarrollada en el África «postajuste» —con su mezcla de guerra económica y militar y la secuencia ajuste estructural / conflicto / intervención— se reproduzca una y otra vez en distintos lugares del planeta durante los próximos años. Podemos incluso esperar el desarrollo de más guerras en los antiguos países socialistas, puesto que las instituciones y las fuerzas que impulsan el proceso globalizador encuentran que la industria propiedad del Estado y otros restos del socialismo son un obstáculo para la «libre empresa» similar al que supone la propiedad común en África.

Por esto, es probable que la guerra de la OTAN contra Yugoslavia sea el primer ejemplo (después de Bosnia) de lo que está por venir, ya que el socialismo de Estado es reemplazado por la liberalización y el mercado libre, y el avance de la OTAN proporciona «el marco de seguridad» para la región. Tan similar es la relación entre la «intervención humanitaria» de la OTAN en Yugoslavia y la «intervención humanitaria» en África que empleados de las organizaciones humanitarias —la infantería de la actual máquina de guerra— fueron enviados de África a Kosovo, donde han tenido la oportunidad de evaluar el valor relativo de las vidas de africanos y europeos a los ojos de las organizaciones internacionales, en función de la cantidad y calidad de los recursos proporcionados a los refugiados.

También se puede observar que la situación a la que nos enfrentamos es muy diferente de la del imperialismo desarrollado a finales del siglo XIX, cuando las potencias imperialistas de aquella época estaban sujetas a responsabilidades, bajo una definición territorial y social, por acuerdos estructurales y políticos. Por eso, aun en la época de las cañoneras y las metralletas, con las que se asesinaba a miles de personas desde lejos, los responsables de las masacres, las hambrunas y otras formas de asesinatos en masa siempre podían ser identificados. Sabemos por ejemplo que el rey Leopoldo de Bélgica fue

dueños de esclavos de Tailandia y Brasil evitan la responsabilidad sobre sus esclavos, que son «desechables» cuando ya no producen beneficios. Véase *Disposable People: New Slavery in the Global Economy*, Berkeley, University of California Press, 1999.

responsable personalmente del asesinato de millones de personas en el Congo.[27] Sin embargo, hoy, millones de africanos mueren cada año debido a las consecuencias de los ajustes estructurales, sin que nadie deba responder por ello. Al contrario, las causas sociales de muerte en África están empezando a ser tan invisibles como la «mano invisible» del capitalismo de mercado.[28]

Por último, tenemos que ser conscientes de que no podemos movilizarnos únicamente contra los bombardeos, ni podemos exigir que paren los bombardeos y llamar a eso «paz». El escenario iraquí de postguerra nos ha demostrado que la destrucción de las infraestructuras de un país produce más muertes que los bombardeos en sí. Tenemos que comprender que, hoy en día, la muerte, el hambre, la enfermedad y la destrucción son realidades cotidianas para la mayor parte de la población del planeta. Más aún tenemos que entender que el ajuste estructural —el programa político más extendido en el mundo a día de hoy que, en todas sus caras (incluyendo la African Growth and Opportunity Act [Ley de oportunidades y crecimiento para África]), representa el actual rostro del capitalismo y del colonialismo— significa guerra. Por eso la agenda del movimiento contra la guerra debe incluir la eliminación en todas sus formas de los planes de ajuste estructural y, de forma más crucial, la construcción de un mundo que no se cimente sobre la lógica de la acumulación capitalista, si se quiere alcanzar el fin de la guerra y de los proyectos imperialistas que esta encarna.

27 Adam Hochschild, *King Leopold's Ghost*, Boston, Houghton Mifflin Co., 1998.

28 Walton y Seddon, *Free Markets and Food Riots: The Politics of Global Adjustment*, Oxford, Basil Blackwell, 1994.

8. Mujeres, globalización y movimiento internacional de mujeres (2001)

Las imágenes de mujeres agarrando firmemente a sus hijos entre las ruinas de lo que una vez fueron sus hogares, o luchando por entretenerlos bajo las tiendas de los campos de refugiados, trabajando en las maquilas, en los burdeles o como empleadas domésticas en países extranjeros, han supuesto durante años la esencia de noticias e informes. Y las cifras estadísticas apoyan la historia de victimización descrita por esas imágenes, tanto que la «feminización de la pobreza» se ha convertido en una categoría sociológica. Aun así, los factores que motivan tal deterioro dramático de las condiciones de vida de las mujeres —y que coincide irónicamente con la campaña de las Naciones Unidas para mejorar la situación de las mujeres[1]— no se entienden correctamente en Estados Unidos, ni siquiera en los círculos feministas. Las sociólogas feministas están de acuerdo en que las mujeres de todo el mundo están pagando un «precio desproporcionado» por la «integración en la economía global» de sus países. Pero las causas de esta miseria, de estos problemas, no se discuten, o se atribuyen al sesgo patriarcal de las agencias internacionales que gobiernan la globalización. Por ello, algunas organizaciones feministas han propuesto

1 Me refiero a las actividades promovidas por la ONU en beneficio de la emancipación de las mujeres, incluyendo las cinco Global Conferences on Women [Conferencias Globales de Mujeres] y la Women's Decade [Década de las Mujeres] (1976-1986). Véanse los siguientes textos: Naciones Unidas, *From Nairobi to Beijing*, Nueva York, Naciones Unidas, 1995; *The World's Women 1995: Trends and Statistics*, Nueva York, Naciones Unidas, 1995; *The United Nations and the Advancement of Women: 1945-1996*, Nueva York, Naciones Unidas, 1996; Mary K. Meyer y Elizabeth Prugl (eds.), *Gender Politics in Global Governance*, Boulder, Rowman and Littlefield Publishers, 1999.

una nueva «marcha sobre las instituciones» con el objetivo de influir sobre el desarrollo global y hacer que agencias financieras como el Banco Mundial sean «más sensibles respecto al tema del género».[2] Otras organizaciones han empezado a presionar a los Gobiernos para que implementen las resoluciones de la ONU, convencidas de que la mejor estrategia es «la participación».

Sea como sea, la globalización es especialmente catastrófica para las mujeres y no porque la controlen agencias dominadas por hombres, que no son conscientes de las necesidades de las mujeres, sino por los objetivos que se ha marcado la globalización.

El objetivo primordial de la globalización es proporcionar al capital el control total sobre el trabajo y los recursos naturales y para ello debe expropiar a los trabajadores de cualquier medio de subsistencia que les permita resistir un aumento de la explotación. Y dicha expropiación no es posible sin que se produzca un ataque sistemático sobre las condiciones materiales de la reproducción social y contra los principales sujetos de este trabajo, que en la mayor parte de los países son mujeres.

Se victimiza a las mujeres también por ser culpables de los dos principales crímenes que se supone debe de combatir la globalización. Ellas son las que, a través de sus luchas y resistencias, más han contribuido a «valorizar» el trabajo de sus hijos y de las comunidades, desafiando las jerarquías sexuales sobre las que se ha desarrollado el capitalismo, y las que han forzado a los Estados a aumentar sus inversiones en la reproducción de la mano de obra.[3] También se han convertido en las principales defensoras del uso no capitalista de los recursos naturales (tierras, agua, bosques) y de la agricultura orientada a la subsistencia, interponiéndose como consecuencia en la mercantilización de la «naturaleza» y la destrucción de los comunes aún existentes.[4]

---

2 Christa Wichterich, *The Globalized Woman: Reports from a Future of Inequality*, Londres, Zed Books, 2000; Marilyn Porter y Ellen Judd (eds.), *Feminists doing Development: A Practical Critique*, Londres, Zed Books, 1999.

3 Véase, por ejemplo, la lucha de las *welfare mothers* en Estados Unidos en la década de los sesenta, que supuso el primer terreno de negociación entre el Estado y las mujeres en lo tocante a los temas reproductivos. Con esta lucha las mujeres que recibían la Aid to Families With Dependent Children transformaron este subsidio en el primer «salario para el trabajo doméstico». Véase el texto de Milwaukee County Welfare Rights Organization, *Welfare Mothers Speak Out*, Nueva York, W. W. Norton Co., 1972.

4 Sobre las luchas de las mujeres contra la deforestación y la mercantilización de la naturaleza, véanse (entre otros) Filomina Chioma Steady, *Women and Children First: Environment, Poverty, and*

Esta es la razón por la que la globalización en cualquiera de sus formas capitalistas —ajuste estructural, liberalización del comercio, guerras de baja intensidad— es en esencia una guerra contra las mujeres; una guerra especialmente devastadora para las mujeres del «Tercer Mundo», pero que socava la forma de vida y la autonomía de todas las mujeres proletarias del mundo, incluyendo las que viven en los «avanzados» países capitalistas. De esto se desprende que la condición económica y social de las mujeres no se puede mejorar sin luchar contra la globalización capitalista y sin una deslegitimación de las agencias y de los programas que sustentan la expansión global del capital, comenzando por el FMI, el Banco Mundial y la OMC. Por ello, cualquier intento de «empoderar» a las mujeres «generizando» estas agencias no solo será improductivo, sino que producirá por fuerza un efecto mistificador, que posibilitará a estas agencias la cooptación de las luchas que llevan a cabo las mujeres contra la agenda neoliberal y por la construcción de una alternativa no capitalista.[5]

Globalización: un ataque a la reproducción

Para comprender por qué la globalización supone un ataque contra las mujeres debemos hacer una lectura «política» de este proceso como una estrategia diseñada y dirigida a la rendición del «rechazo al trabajo» de la fuerza de trabajo mediante la expansión global del mercado laboral. Es la respuesta a un ciclo de luchas que, desde los movimientos anticolonialistas, pasando por el Black Power, hasta los movimientos feministas y obreros de los años sesenta y setenta, desafiaron la división internacional del trabajo y provocaron no solo una crisis histórica de beneficios sino también una revolución social y cultural. Las luchas de las mujeres —contra la dependencia de los hombres, por el reconocimiento del trabajo doméstico, contra las jerarquías raciales y

Sustainable Development, Rochester (VT), Schenkman Books, 1993; Vandana Shiva, *Close to Home: Women Reconnect Ecology, Health and Development Worldwide*, Filadelfia, New Society Publishers, 1994; Radha Kumar, *The History of Doing: An Illustrated Account of Movements for Women's Rights and Feminism in India 1800-1990*, Londres, Verso, 1997; Yayori Matsui, *Women in the New Asia: From Pain to Power*, Londres, Zed Books, 1999.

5 Véase un relato de la manera en la que el Banco Mundial prestó mayor «atención al género» como resultado de las críticas realizadas por ONG en los escritos de Josette L. Murphy, *Gender Issues in World Bank Lending*, Washington DC, The World Bank, 1995.

sexuales— supusieron un aspecto clave en esta crisis. Por lo que no es casual que todos los programas asociados a la globalización señalen a las mujeres como objetivo principal.

Los Programas de Ajuste Estructural (PAE), por ejemplo, pese a su promoción como herramientas para la recuperación económica, han destruido los modos de subsistencia de las mujeres, haciendo imposible que se reproduzcan ellas y sus familias. Uno de los objetivos principales de los PAE es la «modernización» de la agricultura, es decir, la reorganización de la misma en base al comercio y la exportación. Lo que conlleva un aumento del terreno dedicado a los cultivos comerciales y que más mujeres, las principales agricultoras de subsistencia del mundo, se vean desplazadas. Las mujeres también se han visto desplazadas por el retraimiento del sector público que ha provocado el desmantelamiento de los servicios sociales y del empleo público. También aquí las mujeres han sido las que han pagado el precio más alto no solo porque han sido las primeras en resultar despedidas sino también porque la falta de acceso a la asistencia sanitaria y al cuidado infantil marca para ellas la diferencia entre la vida y la muerte.[6]

La creación de las «cadenas de montaje globales», con talleres en los que se trabaja en condiciones de semiesclavitud (*sweatshops*)[7] a lo largo y ancho del planeta y que se alimentan del trabajo de mujeres jóvenes, también forma parte de la guerra contra las mujeres y la reproducción social. Es cierto que la posibilidad de trabajar en la industria del mercado global puede representar una oportunidad de adquirir mayor autonomía para algunas mujeres.[8] Pero incluso aunque esto fuese verdad, es una autonomía que las mujeres pagan con su salud y con la imposibilidad de tener una familia debido a las largas jornadas de trabajo y a las terribles condiciones laborales en las zonas de libre comercio. Es una ilusión suponer que el trabajo en estas áreas industriales

---

6 Meredith Thursten (ed.), *Women and Health in Africa*, Trenton, Nueva Jersey, Africa World Press, 1991; Folasode Iyun, «The Impact of Structural Ajustment on Maternal and Child Health in Nigeria», en Gloria T. Emeagwali (ed.), *Women Pay in Price: Structural Ajustment in Africa and Caribbean*, Trenton, Africa World Press, 1995.

7 Un *sweatshop* es un taller, tienda o fábrica «de sudor» [*sweat*] donde los empleados trabajan en condiciones pésimas de seguridad, retribución y derechos durante largas jornadas laborales. Estos talleres pueden ser clandestinos o no, pertenecer directamente a una multinacional, producir para una o para la exportación. No hay una traducción exacta en castellano aunque se suele utilizar *maquila,* término utilizado en El Salvador, Guatemala, Honduras y México. [N. de la T.]

8 Susan Joekes, *Trade Related Employement for Women and Industry and Services in Developing Countries*, Génova, UNRISD, 1995.

pueda ser una buena solución temporal para las mujeres en edad de casarse. Muchas de ellas terminan malgastando sus vidas encerradas en estas fábricas-presidio, e incluso aquellas que las abandonan arrastran secuelas físicas. Como en el caso de las mujeres jóvenes que, en Colombia o Kenia, trabajan en la industria de las flores, que tras años e incluso meses de trabajo se quedan ciegas o desarrollan enfermedades mortales debido a la constante exposición a fumigaciones y pesticidas.[9]

Otra evidencia de la guerra que las agencias internacionales mantienen contra las mujeres, especialmente en el Sur, es el hecho de que tantas de ellas se hayan visto forzadas a migrar hacia el Norte, donde, a menudo, el único empleo que encuentran es el de trabajadoras domésticas. De hecho, son las mujeres del Sur las que hoy en día cuidan de los niños y de las personas mayores en muchos países de Europa y Estados Unidos, un fenómeno que algunos han descrito como el desarrollo de la «maternidad global» y de los «cuidados globales».[10]

En su proceso de consolidación, la nueva economía mundial depende seriamente de la desinversión estatal en el proceso de reproducción social. Tan crucial es la disminución de los costes laborales para los beneficios de la nueva economía global que, en los lugares en los que la deuda y el reajuste estructural no han sido suficientes, las guerras han completado esta tarea. En otros textos he argumentado por qué muchas de las guerras habidas en los últimos años en el continente africano emergen claramente de las políticas de ajuste estructural, que exacerban los conflictos y excluyen a las elites locales de cualquier otro modo de acumulación que no sea el pillaje y el saqueo. Pero aquí lo que quiero recalcar es el hecho de que gran parte de las guerras contemporáneas se dirigen a destruir la agricultura de subsistencia y en consecuencia su objetivo son las mujeres. Esto es cierto tanto en la «lucha contra la droga», que sirve para destruir los cultivos de pequeños campesinos, como en el caso de las guerras de baja intensidad y las «intervenciones humanitarias».

Aparte, existen otros fenómenos derivados del proceso globalizador que tienen consecuencias devastadoras en las mujeres y en la reproducción: la contaminación medioambiental, la privatización del agua —última misión encomendada al Banco Mundial que arrogantemente predice que las guerras

9 Wichterich, *Globalized Woman*, *op. cit*., pp. 1-35.

10 Arie Hochschild, «Global Care Chains and Emotional Surplus Value», en W. Hutton y Anthony Giddens (eds.), *Global Capitalism*, Nueva York, The New Press, 2000.

del siglo XXI serán las guerras por el agua—, la deforestación y exportación de bosques enteros.[11] Existe una lógica en los regímenes laborales actuales que retrotrae a los tiempos de la etapa colonial, en los que los trabajadores se consumían produciendo para el mercado global y a duras penas se reproducían. Todas las estadísticas demográficas que miden la calidad de vida en los países «ajustados» son elocuentes respecto a este punto. Habitualmente muestran:

- Un aumento de la mortalidad y una reducción de la esperanza de vida (cinco años al nacer para los niños en África).[12]
- La ruptura de estructuras familiares y de comunidades, lo que provoca un aumento de los niños que viven en las calles o que trabajan como esclavos.[13]
- Un incremento en el número de refugiados, en su mayoría mujeres, desplazados debido a la guerra o a políticas económicas.[14]
- Una expansión de zonas chabolistas inabarcables cuyo crecimiento es alimentado por la expulsión de los campesinos de sus tierras.
- Un aumento de la violencia contra las mujeres a manos de sus familiares, de las autoridades gubernamentales y de las tropas en combate.[15]

También en el «Norte» la globalización ha arrasado con las políticas económicas que sostienen la vida de las mujeres. En Estados Unidos, supuestamente el ejemplo más exitoso de neoliberalismo, el sistema de asistencia social ha sido desmantelado —en especial el fondo AFCD que afecta directamente a mujeres con niños a su cargo.[16] Gracias a esto se ha pauperizado la vida de aquellas familias cuya cabeza es una mujer, y ahora las mujeres de la clase obrera deben tener más de un empleo para sobrevivir. Mientras tanto el número de mujeres

11 Shiva, *Close to Home, op. cit*.

12 Naciones Unidas, *The World's Women 1995*, *op. cit.*, p. 77.

13 Bernard Schlemmer (ed.), *The Exploited Child*, Londres, Zed Books, 2000.

14 Se ha duplicado el número de personas desplazadas dentro de sus propios países entre 1985 y 1996, de 10 a 20 millones de personas; Roberta Cohen y Francis M. Deng, *Masses in Flight: The Global Crisis of Internal Displacement*, Washington DC, Brookings Institution Press, 1988, p. 32. Sobre este tema véase también Macrae y Zwi, *War and Hunger. Rethinking International Responses to Complex Emergencies*, Londres, Zed Books, 1994.

15 Naomi Neft y D. Levine, *Where Women Stand: An International Report on the Status of Women in 140 Countries, 1997-1998*, Nueva York, Random House, 1997, pp. 151-163.

16 Mimi Abramovitz, *Regulating the Lives of Women: Social Welfare Policy From Colonial Times to the Present*, Boston, South End Press, 1996.

en prisión no ha dejado de aumentar; así prevalece una política de encarcelamientos masivos, lo que es coherente con el regreso de economías de tipo colonial incluso en el corazón del mundo industrializado.

Luchas de mujeres y movimiento feminista internacional

¿Cuáles son las implicaciones que conlleva esta situación para los movimientos feministas internacionales? La primera respuesta que debemos dar es que las feministas no solo deben apoyar e impulsar la cancelación de la «deuda del Tercer Mundo» sino también involucrarse en las campañas de *reparación*, con el objetivo de que devuelvan a las comunidades devastadas por los ajustes estructurales los recursos que les han arrebatado. A largo plazo las feministas debemos darnos cuenta de que no podemos esperar ninguna mejora en nuestras vidas por parte del capitalismo. Por lo que hemos podido ver, tan pronto como los movimientos anticoloniales, de derechos humanos y feministas obligaron al sistema a hacer concesiones, este reaccionó con la respuesta equivalente a la de un ataque nuclear.

Si la destrucción de nuestros medios de subsistencia es indispensable para la supervivencia de las relaciones capitalistas, este debe convertirse en nuestro campo de batalla. Debemos unirnos a las luchas que sostienen las mujeres del Sur que han demostrado que las mujeres pueden sacudir incluso los regímenes más opresivos.[17] Un buen ejemplo son las Madres de la Plaza de Mayo de Argentina, quienes durante años han desafiado uno de los regímenes más represivos del mundo, en un momento en el que nadie en el país se atrevía a levantar la voz.[18] Otro caso similar es el de las proletarias/indígenas de Chile quienes, tras el golpe militar de 1973, se unieron

17 En los momentos de mayor depauperación son las mujeres las que mantienen y cuidan a los niños y a los mayores, mientras que sus compañeros masculinos son más propensos a abandonar a sus familias, beberse los salarios y verter sus frustraciones en sus compañeras. Según las Naciones Unidas, en muchos países incluyendo Kenia, Ghana, Filipinas, Brasil y Guatemala, pese a que los ingresos de las mujeres son mucho más bajos que los de los hombres, en los hogares cuya cabeza de familia es una mujer se dan menos casos de malnutrición infantil. Naciones Unidas, *The World's Women*, *op. cit.*, p. 129.

18 Jo Fisher, *Out of the Shadows: Women, Resistance and Politics in South America*, Londres, Latin America Bureau, 1993, pp. 103-115.

para garantizar la alimentación de sus familias —organizaron cocinas comunales y durante este proceso adquirieron conciencia de sus necesidades y su fuerza como mujeres.[19]

Estos ejemplos muestran que el poder de las mujeres no proviene de arriba, no lo otorgan las instituciones globales como las Naciones Unidas, sino que debe construirse desde abajo y que solo a través de la autoorganización podrán las mujeres revolucionar sus vidas. De hecho, las feministas harían bien en tener en cuenta que las iniciativas de las Naciones Unidas en favor de las mujeres han coincidido con los ataques más devastadores contra ellas en todo el planeta, y que la responsabilidad de los mismos recae sobre las agencias miembro de las Naciones Unidas: el Banco Mundial, el FMI, la OIT y, por encima de todo, el Consejo de Seguridad de la ONU. Frente al feminismo fabricado por la ONU, con sus ONG, sus proyectos «generadores de ingresos» y sus relaciones paternalistas con los movimientos locales, se levantan las organizaciones de base que las mujeres han construido en África, Asia y Latinoamérica, para luchar por servicios básicos (carreteras, escuelas, clínicas), para resistir los ataques gubernamentales contra la venta callejera —uno de los modos primordiales de subsistencia de las mujeres— y para defenderse mutuamente de los abusos de sus maridos.[20]

Como cualquier otra forma de autodeterminación, el movimiento de liberación de las mujeres requiere de condiciones materiales específicas, que comienzan por el control de los medios de producción y subsistencia. Como Maria Mies y Veronika Bennholdt-Thomsen razonan en *The Subsistence Perspective* (2000), este principio cuenta no solo para las mujeres del «Tercer Mundo» que han sido las principales protagonistas de luchas territoriales por la recuperación de tierras ocupadas por terratenientes,[21] sino que también es importante para las mujeres de los países industrializados. Hoy en día en Nueva York, las mujeres se oponen a las apisonadoras para defender

19 *Ibidem*, pp. 17-44 y 177-200.

20 Elizabeth Jelin, *Women and Social Change in Latin America*, Londres, Zed Books, 1990. Véase también Carol Andreas, *Why Women Rebel: The Rise of Popular Feminism in Peru*, Westport, Lawrence Hill Company, 1985.

21 Elvia Alvarado, *Don't be Afraid Gringo: A Honduran Woman Speaks From the Heart*, Nueva York, Harper and Row, 1987.

sus huertos urbanos, fruto de un enorme trabajo colectivo que ha unido a comunidades enteras, y revitalizado vecindarios anteriormente considerados zonas catastróficas.[22]

Pero la represión a la que se han enfrentado estos proyectos muestra que necesitamos una movilización feminista contra la intervención estatal en nuestra vida cotidiana al igual que frente a la política internacional. Las feministas también debemos organizarnos contra la brutalidad policial, el reforzamiento del aparato militar y, sobre todo, contra la guerra. Nuestro primer y más importante paso debe ser oponernos al reclutamiento de mujeres en los ejércitos, hecho tristemente aceptado con el apoyo de algunas feministas en nombre de la igualdad y la emancipación de las mujeres.

Tenemos que aprender mucho de esta desafortunada política. La imagen de la mujer uniformada, conquistando la igualdad con los hombres mediante el derecho a matar, es la imagen de lo que la globalización puede ofrecernos: el derecho a sobrevivir a expensas de otras mujeres y de sus hijos, cuyos países y recursos necesita explotar el capital corporativo.

22 Bernadette Cozart, «The Greening of Haarlem» en Peter Lamborn Wilson y Bill Weinberg (eds.), *Avant Gardening: Ecological Struggle in the City and the World*, Nueva York, Autonomedia, 1999; Sarah Ferguson, «A Brief History of Grassroots Greening in the Lower East Side» en Peter Lamborn Wilson y Bill Weinberg (eds.), *Avant Gardening…*, *op. cit.*, 1999.

9. La reproducción de la fuerza de trabajo en la economía global y la inacabada revolución feminista (2008)

El trabajo femenino y la procreación se encuentran profundamente enterrados en el corazón de la estructura económica y social capitalista.

David Staples, *No Place Like Home*, 2006.

Es obvio que el capitalismo ha conducido a la sobreexplotación de las mujeres. Esto no produciría ningún tipo de consuelo si tan solo hubiese significado el incremento de la miseria y la opresión, pero afortunadamente también ha provocado resistencia. Y el capitalismo ha comprendido que si ignora completamente o suprime la resistencia, esta puede tornarse más radical, e incluso eventualmente convertirse en un movimiento de emancipación y puede que hasta en el núcleo de un nuevo orden social.

Robert Biel, *The New Imperialism*, 2000.

El factor liberador que emerge del Tercer Mundo es la fuerza de las mujeres no asalariadas quienes aún no se han visto desconectadas de la economía vital por medio del empleo. Ellas sirven a la vida no a la producción de mercancías. Son la oculta columna vertebral de la economía mundial y el salario equivalente a sus vidas de trabajo se estima en 16 billones de dólares.

John McMurtry, *The Cancer State of Capitalism*, 1999.

> El mortero se ha quebrado de tanto golpearlo, mañana iré a casa.
> Hasta mañana, hasta mañana... porque lo golpeé tanto.
> Mañana iré a casa.
>
> Canción de las mujeres hausa de Nigeria.

Introducción

El presente texto es una lectura política de la reestructuración de la (re) producción de la fuerza de trabajo en la economía global, pero forma parte también de la crítica feminista a Marx que, de una manera u otra, lleva desarrollándose desde los años setenta. Esta crítica se articuló por primera vez dentro del discurso de las activistas de la campaña Salario para el Trabajo Doméstico, especialmente por Mariarosa Dalla Costa, Selma James y Leopoldina Fortunati, entre otras, y fue recogida por Ariel Salleh en Australia y las feministas de la escuela Bielefeld, Maria Mies, Claudia Von Werlhof y Verónica Bennholtd-Thomson. El eje central de esta crítica lo articula la afirmación de que el análisis que Marx hizo del capitalismo se ha visto lastrado por su incapacidad de concebir el trabajo productor de valor de ningún otro modo que no sea la producción de mercancías y su consecuente ceguera sobre la importancia del trabajo no asalariado de las mujeres en el proceso de acumulación capitalista. Obviar este trabajo limitó la comprensión de Marx del verdadero alcance de la explotación capitalista del trabajo y de la función que el salario desempeña en la creación de divisiones dentro de la clase trabajadora, comenzando por la relación entre mujeres y hombres. Si Marx hubiese reconocido que el capitalismo debe apoyarse tanto en una ingente cantidad de trabajo doméstico no remunerado efectuado en la reproducción de la fuerza de trabajo, como en la devaluación que estas actividades reproductivas deben sufrir para rebajar el coste de la mano de obra, puede que se hubiese sentido menos inclinado a considerar el desarrollo del capitalismo como inevitable y progresista.

Y en lo que a nosotras respecta, un siglo y medio después de la publicación del *El capital*, debemos desafiar la asunción de la necesidad y progresía del capitalismo al menos por tres razones.

Primero, porque cinco siglos de desarrollo capitalista han esquilmado los recursos del planeta más que creado las «condiciones materiales» para la transición al «comunismo» (como afirmaba Marx) mediante la expansión de las «fuerzas productivas» en la forma de la industrialización a gran escala. La escasez —principal obstáculo para la liberación humana según Marx— no se ha quedado obsoleta gracias a esta expansión. Al contrario, la carestía mundial es hoy en día directamente un producto del capitalismo. Segundo, mientras que el capitalismo parece aumentar la cooperación entre los trabajadores en la organización de la producción de mercancías, en realidad los divide de muchos modos: mediante una división desigual del trabajo, por medio del uso del salario que proporciona poder a los asalariados sobre los no asalariados; y mediante la institucionalización del sexismo y el racismo que el capitalismo naturaliza y mistifica a través de la organización de regímenes laborales diferenciados sobre la presuposición de diferentes personalidades, unas más aptas que otras según las tareas. Tercero, porque las luchas más antisistémicas del último siglo, comenzando por la Revolución China y Mexicana, tuvieron protagonistas que no eran única o mayoritariamente los sujetos revolucionarios previstos por Marx, los trabajadores industriales asalariados, sino que batallaron desde los movimientos campesinos, indígenas, anticoloniales, antiapartheid y feministas. Igual que hoy, con luchas sostenidas por los agricultores de subsistencia y los okupas urbanos, así como por los obreros de África, América Latina y China. Aún más importante, estas luchas las sostienen mujeres quienes, contra todo pronóstico, mantienen a sus familias pese al no valor que el mercado otorga a sus vidas, valorizando su existencia, reproduciéndose según sus intereses, incluso cuando los capitalistas determinan su inutilidad como fuerza de trabajo.

Entonces, ¿qué perspectivas hay de que la teoría marxista pueda servir como guía a la «revolución» en nuestro tiempo? De mi análisis de la reestructuración de la reproducción en la economía global se extrapola que si la teoría marxista debe influir en los movimientos anticapitalistas del siglo XXI, tiene que replantearse la cuestión de la reproducción desde una perspectiva planetaria. Reflexionar sobre las actividades que reproducen nuestras vidas disipa la ilusión de que la automatización de la producción pueda crear las condiciones materiales para una sociedad no fundamentada en la explotación, mostrando que el principal obstáculo para la revolución no es la falta de conocimiento tecnológico sino las divisiones que el desarrollo capitalista ocasiona en la clase trabajadora. De hecho, el peligro de hoy en día es que, además de devorar el planeta, el capitalismo desate más guerras como la que

Estados Unidos ha lanzado en Afganistán e Iraq, azuzadas por la determinación de las corporaciones de apropiarse de todos los recursos naturales del planeta y de controlar la economía mundial.

Marx y la reproducción de la fuerza de trabajo

Sorprendentemente, dada su sofisticación teórica, Marx ignoró la existencia del trabajo reproductivo de las mujeres. Él reconocía que, como cualquier otra mercancía, la fuerza de trabajo debe ser producida y, consecuentemente, posee un valor económico, por lo que representa «una determinada cantidad de trabajo social medio materializado en ella».[1] Pero aunque exploró meticulosamente las dinámicas de la producción textil y la valorización capitalista, se mostraba sucinto al abordar la cuestión del trabajo reproductivo, minimizándolo al consumo de mercancías que los trabajadores podían comprar con sus salarios y al trabajo productivo que esas mercancías requieren. En otras palabras, como en el esquema neoliberal, en lo tocante a Marx, todo lo que se necesita para la reproducción de la fuerza de trabajo es la producción de mercancías y el mercado. Para Marx ningún otro trabajo interviene en la puesta a punto de los bienes que consumen los trabajadores o en la restauración física y emocional de su capacidad de trabajo. No se establece diferencia alguna entre la producción de mercancías y la producción de la fuerza de trabajo.[2] La misma cadena de montaje produce a ambos. Por consiguiente, el valor de la fuerza de trabajo se mide en función del valor de las mercancías (alimento, vestido, vivienda) que se debe suministrar al trabajador para «asegurar la subsistencia de su poseedor»,[3] es decir, se mide en función del tiempo de trabajo socialmente necesario para su producción.

Incluso cuando trata el tema de la reproducción de los trabajadores desde un enfoque generacional, Marx es extremadamente breve. Nos dice que los salarios deben ser suficientemente altos como para asegurar «los medios de vida de los sustitutos», sus hijos, para que la fuerza de trabajo pueda

1 Karl Marx, *Capital*, vol. 1, Londres, Penguin Classics, 1990, p. 124. [ed. cast.: *El capital*, vol. 1, México, Fondo de Cultura Económica, 1959].

2 *Ibidem*.

3 *Ibidem*, p. 124.

perpetuar su presencia en el mercado.[4] De nuevo, los únicos elementos relevantes que reconoce en este proceso son los hombres, trabajadores que se autorreproducen, sus salarios y sus medios de subsistencia. La reproducción de los trabajadores se realiza por medio de la mercancía. Nada se dice acerca de las mujeres, el trabajo doméstico, el sexo y la procreación. En los pocos momentos que se refiere a la reproducción biológica, la trata como un fenómeno natural, argumentando que es mediante los cambios en la organización de la producción que periódicamente se crea un surplus de población para satisfacer las necesidades variables del mercado de trabajo.

¿Por qué Marx obvió el trabajo reproductivo de las mujeres de una manera tan persistente? ¿Por qué, por poner un ejemplo, no se preguntó qué procesos de transformación deben sufrir las materias primas implicadas en el proceso de reproducción de la fuerza de trabajo para que su valor sea transferido a sus productos (como sí hizo en el caso de otras mercancías)? Mi reflexión es que las condiciones de la clase trabajadora en Inglaterra —el punto de referencia de Marx y Engels— tuvieron que ver, al menos parcialmente, con esta omisión.[5] Marx describió la condición del proletariado industrial de su tiempo tal y como lo veía, y difícilmente el trabajo doméstico de la mujer entraba en esta visión. Pero en lo relativo a la clase proletaria industrial, dentro del marco histórico y político de Marx, el trabajo doméstico sí que se reconocía como una rama específica de la producción capitalista. Aunque desde la primera fase de desarrollo del capitalismo, y en especial durante el periodo mercantilista, el trabajo doméstico se subsumió formalmente en la acumulación capitalista, no fue hasta principios del siglo XIX que el trabajo doméstico emergió como elemento clave de la reproducción de la fuerza de trabajo industrial, organizada por el capital y para el capital, en función de las necesidades de la producción fabril. Hasta 1870, en consonancia con la política de «extensión ilimitada de la jornada laboral» y de la máxima reducción del coste de producción de la fuerza de trabajo, el trabajo reproductivo se había reducido a su mínima expresión, generando las condiciones vitales, poderosamente descritas en el tomo uno de *El capital*, en el capítulo de «La jornada de trabajo», y en la obra de Engels

4 *Ibidem*, p. 125.

5 Federici, *Caliban and the Witch*, Nueva York, Autonomedia, 2004 [ed. cast.: *Calibán y la bruja*, Madrid, Traficantes de Sueños, 2010].

La situación de la clase obrera en Inglaterra (1845); es decir, una clase obrera casi incapaz de reproducirse, cuya esperanza de vida era de veinte años, y a la que la muerte alcanzaba en su juventud debido al exceso de trabajo.[6]

Tan solo a finales del siglo XIX la clase capitalista empezó a invertir en la reproducción del trabajo, en conjunción con un cambio en los métodos de acumulación, al pasar de la industria ligera a la pesada, que requería de una disciplina laboral más intensa y que el trabajador estuviese menos consumido. En términos marxistas, podemos decir que el desarrollo del trabajo reproductivo y la consecuente emergencia del papel del ama de casa a tiempo completo fueron producto de la transición de la extracción de valor «absoluto» al «relativo» como modelo de explotación laboral. No es de extrañar que aunque reconociera que «la conservación y la reproducción constantes de la clase obrera son condición permanente del proceso de reproducción del capital», Marx añadiera a continuación: «El capitalista puede dejar tranquilamente el cumplimento de esta condición al instinto de propia conservación y al instinto de preservación de los obreros. De lo único que él se preocupa es de restringir todo lo posible, hasta lo puramente necesario, su consumo individual».[7]

También podemos presuponer que las dificultades de clasificación de una forma de trabajo no sujeta a valorización económica motivaron más si cabe a Marx a mantener silencio sobre este tema. Pero hay otra razón más, y más indicativa de los límites del marxismo como teoría política, que debemos tomar en cuenta, si queremos explicar por qué no solo Marx, sino generaciones enteras de marxistas educados en una época en la que el trabajo doméstico y la domesticidad ya habían triunfado se han mantenido ciegos ante este trabajo.

Podemos afirmar que Marx ignoraba el trabajo reproductivo de las mujeres porque seguía anclado en una visión «tecnologicista» de la revolución, por la que la libertad se consigue a través de la maquinaria y se asume que el aumento de la productividad laboral supone el cimiento material para el comunismo; desde esta perspectiva, la organización capitalista del trabajo se contempla como el más alto estadio de racionalidad humana, lastrada por cualquiera de los otros modos de producción, incluyendo la reproducción de la fuerza de trabajo. Dicho de otra manera, Marx erró en no reconocer la importancia del trabajo reproductivo porque compartía el mismo criterio que el

---

6 Marx, *Capital, op. cit.*, p. 346.

7 *Ibidem*, pp. 481-482.

capitalismo sobre qué constituye trabajo y qué no, y porque creía en el trabajo industrial asalariado como el estadio en el que se desarrollaría la batalla por la emancipación de la humanidad.

Con pocas excepciones, los seguidores de Marx han reproducido las mismas asunciones (testigo de la continuación de esta historia de amor es el texto «Fragmento sobre las máquinas» en los *Grundrisse* [1857-1858]), demostrando que la idealización de la ciencia y la tecnología como fuerzas liberadoras ha seguido siendo un componente esencial de la perspectiva marxista de la historia y de la revolución hasta nuestros días. Incluso las Feministas Socialistas, aun reconociendo el trabajo reproductivo de las mujeres en el capitalismo, han tendido en el pasado a enfatizar su carácter presuntamente anticuado, retrógrado y precapitalista y a imaginar la reconstrucción socialista del mismo través de un proceso de racionalización, incrementando su nivel de productividad hasta aquellos alcanzados por los sectores punteros de la producción capitalista.

Consecuencia de esta creencia ciega en los tiempos modernos ha sido la incapacidad de los teóricos marxistas de comprender la importancia histórica de la revuelta de las mujeres durante la Segunda Guerra Mundial contra el trabajo reproductivo, y su expresión como Movimiento de Liberación de las Mujeres, al ignorar la redefinición práctica que el movimiento hizo sobre qué significa el trabajo, quién constituye la clase obrera y cuál es la naturaleza de la lucha de clases. Solo cuando las mujeres empezaron a abandonar las organizaciones de izquierdas, los marxistas reconocieron la importancia política del Movimiento de Liberación de las Mujeres. A día de hoy, todavía muchos marxistas no reconocen el carácter de género de gran parte del trabajo reproductivo, como es el caso del ecomarxista Paul Burkett; o parecen mitificarlo, como en la concepción de «trabajo afectivo» de Negri y Hardt. De hecho, los teóricos marxistas en general se muestran bastante más indiferentes hacia el trabajo reproductivo que el propio Marx, quien dedicó páginas enteras a la condición de los niños obreros, mientras que hoy en día supone un desafío encontrar una alusión a los niños en cualquier texto marxista.

Regresaré más tarde sobre los límites del marxismo contemporáneo para señalar su inutilidad a la hora de comprender el giro neoliberal y el proceso de globalización. Por ahora, es suficiente con decir que durante los años sesenta, bajo el impacto de las luchas anticoloniales y de las luchas contra el apartheid en Estados Unidos, la consideración de Marx del capitalismo y de las relaciones de clase se vio sujeta a una crítica radical por parte de los teóricos políticos

tercermundistas como Samir Amin y Andre Gunder Frank, quienes criticaron su eurocentrismo y su priorización del proletariado industrial como principal productor de la acumulación capitalista y sujeto revolucionario.[8] En cualquier caso, fue la revuelta de las mujeres contra el trabajo doméstico en Europa y Estados Unidos, y la posterior extensión de los movimientos feministas por todo el planeta, durante los años ochenta y noventa, los que lanzaron el replanteamiento más radical del marxismo.

La revuelta de las mujeres contra el trabajo doméstico y la redefinición feminista de trabajo, lucha de clases y crisis capitalista

Parece, prácticamente como si de una norma social se tratase, que el valor del trabajo se reconoce, y casi que se crea, mediante el rechazo al mismo. Sin duda este ha sido ciertamente el caso del trabajo doméstico, que permaneció invisible y sin valoración hasta que surgió un movimiento de mujeres que rechazaban el trabajo reproductivo como destino natural. Fue la revuelta de las mujeres contra este tipo de trabajo durante las décadas de 1960 y 1970 la que desveló la centralidad del trabajo doméstico no remunerado para la economía capitalista, reconfigurando nuestra imagen de la sociedad como un inmenso circuito de plantaciones domésticas y de cadenas de montaje, en las que la producción de los trabajadores se articula sobre una base cotidiana y generacional.

Las feministas no solo demostraron que la reproducción de la fuerza de trabajo requiere un abanico mucho más amplio de actividades que el mero consumo de mercancías, puesto que los alimentos deben prepararse para ser consumidos, la ropa tiene que ser lavada y hay que cuidar y reparar los cuerpos humanos. El reconocimiento e identificación que las feministas hicieron de la centralidad de la reproducción y del trabajo doméstico de las mujeres en la acumulación capitalista impulsó una reconsideración de las categorías marxistas y una nueva compresión de la historia y de los fundamentos del desarrollo

8 Véase Samir Amin, *Accumulation on a World Scale: A Critique of the Theory of Underdevelopment*, Nueva York, Monthly Review Press, 1970 [ed. cast.: *La acumulación a escala mundial: crítica de la teoría del subdesarrollo*, México, Siglo XXI, 1979]; Andre Gunder Frank, *The Development of Underdevelopment*, Nueva York, Monthly Review Press, 1966 [ed. cast.: *El desarrollo del subdesarrollo*, Bilbao, Zero, 1974] y *Capitalism and Underdevelopment in Latin America: Historical Studies of Chile and Brazil*, Nueva York, Monthly Review Press, 1967 [ed. cast.: *Capitalismo y subdesarrollo en América Latina*, México, Siglo XXI, 1974].

capitalista. Desde los años setenta, la teoría feminista adquirió consistencia radicalizando el cambio teórico que habían inaugurado las críticas de los teóricos tercermundistas a Marx, al confirmar que el capitalismo no es necesariamente identificable con el trabajo asalariado contractual, sino que, en esencia, es trabajo forzado, y al revelar la conexión umbilical entre la devaluación del trabajo doméstico y la devaluación de la posición social de las mujeres.

Este cambio de paradigma también tuvo consecuencias políticas. La más inmediata fue el rechazo de los eslóganes de la izquierda marxista así como de las ideas de «huelga general» o de «rechazo del trabajo», conceptos ambos que nunca incluyeron a las trabajadoras domésticas. Conforme avanza el tiempo, ha aumentado la asunción de que el marxismo, filtrado a través del leninismo y la socialdemocracia, ha expresado los intereses de un sector limitado del mundo proletario, el de los trabajadores masculinos blancos adultos, que han extraído su poder y su preponderancia durante largo tiempo del hecho de trabajar en los principales sectores de la producción industrial capitalista, en los que se daban los mayores niveles de desarrollo tecnológico.

El lado positivo es que el reconocimiento del trabajo doméstico ha posibilitado la compresión de que el capitalismo se sustenta en la producción de un tipo determinado de trabajadores —y en consecuencia de un determinado modelo de familia, sexualidad y procreación—, lo que ha conducido a redefinir la esfera privada como una esfera de relaciones de producción y como terreno para las luchas anticapitalistas. Es en este contexto en el que pudieron descodificarse las políticas antiabortistas como mecanismos para la regulación de la producción de la fuerza de trabajo e interpretar como intentos de resistencia a la disciplina laboral capitalista el colapso de los índices de natalidad y el incremento del número de divorcios. Lo personal se volvió político y se reconoció que el Estado y el capital habían subsumido nuestras vidas y la reproducción al dormitorio.

A partir de este análisis, a mediados de los años setenta —momento crucial en la construcción política del capitalismo, durante el cual se dieron los primeros pasos hacia una reestructuración neoliberal de la economía mundial—, muchas mujeres pudieron comprobar que la crisis capitalista que estaba teniendo lugar era una respuesta no solo a las luchas fabriles sino también al rechazo de las mujeres al trabajo doméstico así como al incremento de la resistencia al legado del colonialismo de las nuevas generaciones de africanos, asiáticos, latinoamericanos y caribeños. Contribuciones claves para estas perspectivas fueron las de las mujeres del movimiento de Salario para el

Trabajo Doméstico, como Mariarosa Dalla Costa, Selma James o Leopoldina Fortunati, quienes demostraron que las luchas invisibles que las mujeres llevaban a cabo contra la disciplina doméstica estaban subvirtiendo el modelo reproductivo que había constituido el pilar del sistema fordista. Dalla Costa, por ejemplo, en «Emigrazione e Riproduzione» (1974) señaló que, desde el final de la Segunda Guerra Mundial, las mujeres se habían enrolado en una guerra silenciosa contra la procreación, como evidencia el colapso de los índices de natalidad y la promoción de la emigración por parte de los gobiernos. Fortunati en *Brutto Ciao* (1976) examinaba las motivaciones ocultas tras el éxodo de las mujeres italianas de las áreas rurales, su reorientación del salario familiar a la reproducción de las nuevas generaciones, y las conexiones entre la búsqueda de independencia de las mujeres desde la postguerra, el incremento de inversión en sus hijos y el aumento de combatividad de las nuevas generaciones de trabajadores. Selma James en «Sex, Race and Class» (1975) mostró que el comportamiento «cultural» y los «roles» sociales de las mujeres deben de ser leídos como «respuestas y rebeliones» contra la vida capitalista.

A mediados de los años setenta las luchas de las mujeres ya no eran «invisibles», sino que se habían convertido en abierto repudio contra la división sexual del trabajo y todos sus corolarios: la dependencia económica de los hombres, la subordinación social, el confinamiento a una naturalización del trabajo no pagado, y una procreación y una sexualidad controladas por el Estado. Contrariamente a la extendida y errónea concepción existente, la crisis no se limitó al sector de las mujeres blancas de clase media. De hecho, el primer movimiento de liberación de las mujeres en Estados Unidos estaba formado básicamente por mujeres negras. Fue el movimiento de las *welfare mothers* que, inspiradas en el Movimiento de Derechos Civiles, quien lideró la primera campaña del país en demanda de «salarios domésticos» estatales (bajo el nombre de Aid to Dependant Children), señalando el valor económico del trabajo reproductivo de las mujeres y declarando el *welfare* [subsidio social] como un derecho de las mujeres.[9]

También se organizaron las mujeres en África, Asia y Latinoamérica, como demostró la decisión de la ONU de intervenir en el campo de las políticas feministas como patrocinador de los derechos de las mujeres, comenzando por la Conferencia Global de Mujeres que tuvo lugar en México en 1975. Ya he afirmado en otros espacios que la ONU jugó el mismo papel, respecto a la

9 Milwaukee County Welfare Rights Organization, *Welfare Mothers Speak Out*, Nueva York, W. W. Norton Co., 1972.

expansión internacional de los movimientos de mujeres, que el que ya había jugado, en los años sesenta, en relación con las luchas anticoloniales.[10] Como en el caso de su auspicio (selectivo) de la «descolonización», su autodesignación como agencia al mando de la promoción de los derechos de las mujeres, le permitió encauzar las políticas de liberación de las mujeres dentro de un marco compatible con las necesidades del capital internacional y del desarrollo de la agenda neoliberal. De hecho, la conferencia de Ciudad de México y las que siguieron sus pasos, se convocaron en parte por la certeza de que las luchas de las mujeres sobre la reproducción estaban redirigiendo las economías postcoloniales hacia un aumento en la inversión en la fuerza de trabajo doméstica y suponían el principal factor de fracaso de los planes de desarrollo del Banco Mundial para la mercantilización de la agricultura. En África, las mujeres habían rechazado coherentemente ser reclutadas para trabajar en los campos de cultivo de sus maridos, y en su lugar habían defendido la agricultura orientada a la subsistencia, transformando sus pueblos de lugares de reproducción de trabajo barato —tal y como los retrata Meillassoux[11]— a zonas de resistencia a la explotación. Con la llegada de los años ochenta, esta resistencia se había identificado como el principal factor en la crisis de los proyectos de desarrollo agrícola del Banco Mundial, provocando un aluvión de artículos sobre la «contribución de las mujeres al desarrollo» y, más tarde, de iniciativas orientadas a integrar a las mujeres en una economía monetaria, como las promovidas por las ONG de «proyectos de generación de ingresos» y concesión de microcréditos. Dados estos acontecimientos, no es sorprendente que la reestructuración producida por la globalización del mundo económico haya conducido a una inmensa reorganización de la reproducción, así como a una campaña contra las mujeres en nombre del «control de población».

A continuación se delinean las modalidades de esta reestructuración producida por la globalización del mundo económico, identificando las tendencias principales, sus consecuencias sociales y su impacto en las relaciones de clase.

10 Silvia Federici, «Going to Beinjing: How the United Nations Colonized the Feminist Movement», manuscrito inédito, 2000.

11 Claude Meillassoux, *Maidens, Meal, and Money: Capitalism and the Domestic Community*, Cambridge University Press, 1975 [ed. cast.: *Mujeres, graneros y capitales: economía doméstica y capitalismo*, México, Siglo XXI, 1985]. Meillassoux afirmaba que la agricultura de subsistencia ha supuesto un incentivo para los gobiernos, las empresas y las agencias de desarrollo, que les ha permitido una explotación más efectiva del trabajo africano, mediante una constante transferencia de riqueza y trabajo de las zonas rurales a las urbanas (pp. 110-111).

Antes, en cualquier caso, debería explicar por qué continúo utilizando el concepto de fuerza de trabajo, incluso cuando algunas feministas lo han criticado como reduccionista, señalando que lo que las mujeres producen son individuos vivos —niños, familiares, amigos— no fuerza de trabajo. La crítica se acepta. La fuerza de trabajo es una abstracción. Como Marx explicaba, haciéndose eco de las palabras de Sismondi, la fuerza de trabajo «no es nada... si no se la vende» y se utiliza.[12] De todas maneras, mantengo este concepto por varias razones. Primero, para así poder iluminar el hecho de que en la sociedad capitalista el trabajo reproductivo no significa nuestra libre reproducción o la de otros según nuestros deseos. Hasta el punto de que, directa o indirectamente, se intercambia por un salario, el trabajo reproductivo está, en todas sus facetas, sujeto a las condiciones impuestas sobre él por la organización capitalista del trabajo y las relaciones de producción. En otras palabras, el trabajo doméstico no es una actividad libre, «es producción y reproducción del medio de producción indispensable para el capitalista, del propio obrero».[13] Como tal, está sujeto a todas las coacciones que derivan del hecho de que su producto debe satisfacer los requerimientos del mercado de trabajo.

Segundo, arrojar luz sobre la reproducción de la «fuerza de trabajo» revela el carácter dual y la contradicción inherente en el trabajo reproductivo y, en consecuencia, su carácter inestable y potencialmente rupturista. La fuerza de trabajo solo puede existir en el individuo y su reproducción debe ser simultáneamente producción y valorización de las cualidades y habilidades humanas deseadas, así como adaptación de estas a los estándares de vida externamente impuestos por el mercado de trabajo. Tan imposible como trazar una separación entre el ser vivo individual y su fuerza de trabajo, es trazar una línea entre las dos caras del trabajo reproductivo. No obstante, mantener este concepto conlleva y expresa la tensión, la potencial separación, y sugiere un mundo de conflictos, resistencias y contradicciones llenos de significado político. Entre otras cosas (y esta compresión fue crucial para el movimiento de liberación de las mujeres) nos muestra que podemos rebelarnos contra el trabajo doméstico sin miedo a arruinar nuestras comunidades, ya que este tipo de trabajo encarcela tanto a las productoras como a los «reproducidos».

12 Karl Marx, *Capital*, *op. cit*., p. 126.

13 *Ibidem*, p. 481.

Sigue siendo importante mantener, frente a las actuales corrientes postmodernas, la separación entre producción y reproducción. Es cierto que se ha difuminado la diferencia entre producción y reproducción en un sentido muy importante. Las luchas en los años sesenta en Europa y Estados Unidos, especialmente dentro de los movimientos feministas y estudiantiles, han mostrado a la clase capitalista que la inversión en la reproducción de las siguientes generaciones de trabajadores «no compensa», no supone una garantía de incremento de la productividad laboral. Por esta razón la inversión estatal en la fuerza de trabajo no solo ha declinado drásticamente sino que la reproducción se ha visto reestructurada en forma de servicios productores de valor que la clase trabajadora debe adquirir y pagar por ellos; de esta manera, el valor que producen estos servicios se materializa de manera inmediata, en lugar de verse supeditada a la actividad de los trabajadores que reproducen. Sin embargo, en cualquier caso, la expansión del sector servicios no ha significado el final del trabajo doméstico no remunerado, propio de los hogares, ni tampoco ha abolido las divisiones sexuales laborales (en las que se encuentra inmersa y que todavía divide producción y reproducción según quiénes sean los sujetos de esas actividades) ni la función discriminatoria del salario ni de la falta del mismo.

Finalmente, hablo de trabajo «reproductivo» en lugar de «afectivo» porque, en su carácter dominante, este último término describe solo una parte limitada del trabajo que requiere la reproducción de los seres humanos y elimina el potencial subversivo del concepto feminista de trabajo reproductivo. Desvelando su función en la reproducción de la fuerza de trabajo, se revelan las contradicciones inherentes a este trabajo, porque el concepto de «trabajo reproductivo» reconoce la posibilidad de formar alianzas cruciales y cooperativas entre los productores y los reproductores: madres e hijos, profesores y estudiantes, enfermeras y pacientes.

Mantener en mente esta faceta particular del carácter del trabajo reproductivo nos permite entonces preguntarnos: ¿cómo ha reestructurado la globalización económica la reproducción de la fuerza de trabajo? ¿Y cuáles han sido los efectos que esta reestructuración ha producido en los trabajadores y especialmente en las mujeres, tradicionalmente los sujetos principales del trabajo reproductivo? Y, por último, ¿qué es lo que podemos sacar en claro de esta reestructuración concerniente al desarrollo capitalista y cuál es el papel de la teoría marxista en las luchas anticapitalistas de nuestra época? Primero se analizarán brevemente los cambios principales que la globalización

ha producido en el proceso general de la reproducción social y las relaciones de clase, y después se tratará de manera más extensa la reestructuración del trabajo reproductivo.

Nombrar lo intolerable: la acumulación primitiva y la reestructuración de la reproducción

La reestructuración de la economía mundial ha adoptado cinco estrategias básicas para dar respuesta al ciclo de luchas sociales que entre los años sesenta y los setenta transformaron la organización de la reproducción y las relaciones de clase. Primero, se ha producido una expansión del mercado de trabajo. La globalización ha producido un salto histórico en el tamaño del mundo proletario, tanto mediante un proceso global de «cercamiento» que ha provocado la separación de millones de personas de sus tierras, sus trabajos y sus «derechos consuetudinarios», como mediante el aumento del empleo de las mujeres. No es sorprendente que la globalización se nos aparezca como un proceso de acumulación primitiva, que ha asumido formas variadas. En el Norte, la globalización ha asumido la forma de la deslocalización y la desconcentración industrial, así como de la flexibilización, la precarización laboral y el método Toyota o JIT [*Just In Time*, «justo a tiempo»].[14] En los antiguos países socialistas, se ha producido la desestatalización de la industria, la descolectivización de la agricultura y la privatización de la riqueza social. En el Sur, hemos sido testigos de la «maquilización» de la producción, la liberalización de las importaciones y las privatizaciones de las tierras. El objetivo, de todas maneras, era el mismo en todas partes.

Mediante la destrucción de las economías de subsistencia y la separación de los productores de los medios de subsistencia, al provocar la dependencia de ingresos monetarios a millones de personas, incluso a aquellas imposibilitadas para adquirir un trabajo asalariado, la clase capitalista ha relanzado el proceso de acumulación y recortado los costes de la producción laboral. Dos mil millones de personas han sido arrojados al mercado laboral demostrando

14 Sistema de organización fabril que reduce al mínimo los costes de gestión y almacenamiento al producir únicamente la cantidad exacta de mercancías demandadas en un momento preciso. [N. de la T.].

la falacia de las teorías que defienden que el capitalismo ya no necesita cantidades masivas de trabajo vivo, porque presumiblemente descansa en la creciente automatización del trabajo.

Segundo, la desterritorialización del capital y la financiarización de las actividades económicas, posibilitadas por la «revolución informática», han creado las condiciones económicas por las que la acumulación primitiva se ha convertido en un proceso permanente, mediante el movimiento casi instantáneo del capital a lo largo del planeta, al haber derribado una y otra vez las barreras levantadas contra el capital por la resistencia de los trabajadores a la explotación.

Tercero, hemos sido testigos de la desinversión sistemática que el Estado ha llevado a cabo en la reproducción de la fuerza de trabajo, implementada mediante los programas de ajuste estructural y el desmantelamiento del «Estado de bienestar». Como se ha mencionado anteriormente, las luchas llevadas a cabo durante los años sesenta han enseñado a la clase capitalista que la inversión en la reproducción de la fuerza de trabajo no se traduce necesariamente en una mayor productividad laboral. Como resultado de esto, surgen ciertas políticas y una ideología que resignifica a los trabajadores como microemprendedores, supuestamente responsables de la inversión en ellos mismos y únicos beneficiarios de las actividades reproductivas en ellos materializadas. En consecuencia se ha producido un cambio en los ejes temporales existentes entre reproducción y acumulación. Los trabajadores se ven obligados a hacerse cargo de los costes de su reproducción en la medida en que se han reducido los subsidios en sanidad, educación, pensiones y transporte público, además de sufrir un aumento de los impuestos, con lo que cada articulación de la reproducción de la fuerza de trabajo ha devenido un momento de acumulación inmediata.

Cuarto, la apropiación empresarial y la destrucción de bosques, océanos, aguas, bancos de peces, arrecifes de coral y de especies animales y vegetales han alcanzado un pico histórico. País tras país, de África a las islas del Pacífico, inmensas áreas agrícolas y aguas costeras —el hogar y los medios de subsistencia de extensas poblaciones— han sido privatizadas y hechas accesibles para la agroindustria, la extracción mineral o la pesca industrial. La globalización ha revelado, sin lugar a dudas, el coste real de la producción capitalista y de la tecnología lo que hace imposible hablar, tal y como Marx hizo en los *Grundrisse*, de «la gran influencia civilizadora del capital» que surge de su «apropiación universal tanto de la naturaleza como de la relación social misma» donde «la naturaleza se convierte puramente en objeto para

el hombre, en cosa puramente útil; cesa de reconocérsele como poder para sí; incluso el reconocimiento teórico de sus leyes autónomas aparece solo como una artimaña para someterla a las necesidades humanas, sea como objeto del consumo, sea como medio de la producción».[15]

En el año 2011, tras el derrame de petróleo de BP y el desastre de Fukushima —entre otros desastres producidos por los negocios corporativos—, cuando los océanos agonizan, atrapados entre islas de basura, y el espacio se ha convertido en un vertedero además de en un depósito armamentístico, estas palabras no pueden sonar más que como ominosas reverberaciones.

Este desarrollo ha afectado, en diferentes grados, a todas las poblaciones del planeta. Aun así, como mejor se define el Nuevo Orden Mundial es como un proceso de recolonización. Lejos de comprimir el planeta en una red de circuitos interdependientes, lo ha reconstruido como un sistema de estructura piramidal, al aumentar las desigualdades y la polarización social y económica, y al profundizar las jerarquías que históricamente han caracterizado la división sexual e internacional del trabajo, y que se habían visto socavadas gracias a las luchas anticoloniales y feministas.

El centro estratégico de la acumulación primitiva lo ha conformado el mundo colonial, mundo de plantaciones y esclavismo, históricamente el corazón del sistema capitalista. Lo llamo «centro estratégico» porque su reestructuración ha proporcionado los cimientos y las condiciones necesarias para la reorganización global del mercado de trabajo. Ha sido aquí, de hecho, donde hemos sido testigos de los primeros y más radicales procesos de expropiación y pauperización y de la desinversión más ingente del Estado en la fuerza de trabajo. Estos procesos están perfectamente documentados. Desde principios de los años ochenta, como consecuencia de los ajustes estructurales, el desempleo en la mayor parte de los países del «Tercer Mundo» ha crecido tanto que la USAID[16] [Agencia de los Estados Unidos para el Desarrollo Internacional] podía reclutar trabajadores ofreciendo tan solo «comida por trabajo». Los

---

15 Karl Marx, *Grundrisse*, citado por David McLellan en *Karl Marx: Selected Writings*, Oxford, Oxford University Press, 1977, pp. 363-364 [ed. cast.: *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política (Grundrisse*), Siglo XXI, México, 2007].

16 La USAID es la agencia estadounidense encargada de distribuir la mayor parte de la ayuda exterior de carácter no-militar. En principio independiente, ha sido objeto de duras críticas y acusada de colaboración con la CIA o de ayudar en diversos escenarios a la desestabilización de gobiernos no alineados con las políticas de EEUU. [N. de la T.]

salarios han caído de tal manera que se ha comprobado que las trabajadoras de las *maquilas* tienen que comprar la leche por vasos o los huevos y tomates por unidad. Poblaciones enteras se han visto desmonetarizadas, al mismo tiempo que se les ha arrebatado las tierras para concedérselas a proyectos gubernamentales o a inversores extranjeros. Actualmente, medio continente africano se encuentra bajo emergencia alimentaria.[17] En África Oriental, del Níger a Nigeria y hasta Ghana, el suministro de electricidad ha desaparecido, las redes eléctricas nacionales han sido desarticuladas, obligando a aquellos que tienen dinero a comprar generadores individuales cuyo zumbido llena las noches, dificultando el sueño de la gente. La sanidad estatal y los presupuestos de educación, los subsidios a los agricultores, las ayudas para las necesidades básicas, todas ellas han sido desmanteladas, reducidas drásticamente y suprimidas. En consecuencia, la esperanza de vida está descendiendo y han reaparecido fenómenos que se suponía que el capitalismo había borrado de la faz de la tierra hace mucho tiempo: hambrunas, hambre, epidemias recurrentes, incluso la caza de brujas.[18] En aquellos lugares en los que los «planes de austeridad» y la apropiación de tierras no pudieron concluir su tarea, la ha rematado la guerra, abriendo nuevos campos para la extracción de crudo y la recolección de diamantes o coltán. Y en lo que respecta a la población objetivo de esta desposesión, se han convertido en los sujetos de una nueva diáspora, que arroja a millones de personas del campo a las ciudades, que cada vez más se asemejan a campamentos. Mike Davis ha utilizado la frase «planeta de ciudades miseria» en referencia a esta situación, pero una descripción más correcta y vívida hablaría de un planeta de guetos y un régimen de apartheid global.

Si además tenemos en cuenta que, mediante la deuda y el ajuste estructural, los países del «Tercer Mundo» se han visto obligados a desviar la producción alimentaria del mercado doméstico al mercado de exportación, convertir tierras arables y cultivables para el consumo humano en terrenos de extracción mineral, deforestar tierras, y convertirse en vertederos de todo tipo de desechos así como en campo de depredación para las corporaciones cazadoras de genes,[19] entonces, debemos concluir que, en los planes del capital

17 Sam Moyo y Paris Yeros (eds.), *Reclaiming the Land: The Resurgence of Rural Movement in Africa, Asia and Latin America*, Londres, Zed Books, 2005, p. 1.

18 Silvia Federici, «Witch-Hunting. Globalization and Feminist Solidarity in Africa Today», *Journal of International Women's Studies, Special Issue: Women's Gender Activism in Africa*, octubre de 2008.

19 Los cazadores de genes son los modernos piratas de la genética, que recolectan el acervo genético de los pueblos indígenas para descubrir variaciones particulares, negocio de gran potencial para las transnacionales farmacéuticas. [N. de la T.]

internacional, existen zonas del planeta destinadas a una «reproducción cercana a cero». De hecho, la destrucción de la vida en todas sus formas es hoy tan importante como la fuerza productiva del biopoder en la estructuración de las relaciones capitalistas, destrucción dirigida a adquirir materias primas, «desacumular» trabajadores no deseados, debilitar la resistencia y disminuir los costes de la producción laboral.

Hasta qué punto ha llegado el subdesarrollo de la reproducción de la fuerza de trabajo mundial se refleja en los millones de personas que frente a la necesidad de emigrar se arriesgan a dificultades indecibles y a la perspectiva de la muerte y el encarcelamiento. Ciertamente la migración no es tan solo una necesidad, sino también un éxodo hacia niveles más altos de resistencia, un camino hacia la reapropiación de la riqueza robada, como argumentan Yann Moulier Boutang, Dimitris Papadopoulos y otros autores.[20] Esta es la razón por la que la migración ha adquirido un carácter tan autónomo que dificulta su utilización como mecanismo regulador de la reestructuración del mercado laboral. Pero no hay duda alguna de que si millones de personas abandonan su país hacia un destino incierto, a cientos de kilómetros de sus hogares, es porque no pueden reproducirse por sí mismas, al menos no bajo las condiciones necesarias. Esto se hace especialmente evidente cuando consideramos que la mitad de los migrantes son mujeres, muchas con hijos que deben dejar atrás. Desde un punto de vista histórico esta práctica es altamente inusual. Las mujeres son habitualmente las que se quedan, y no debido a falta de iniciativa o por impedimentos tradicionalistas, sino porque son aquellas a las que se ha hecho sentir más responsables de la reproducción de sus familias. Son las que deben garantizar que sus hijos tengan comida, a menudo quedándose ellas mismas sin comer, y las que se cercioran de que los ancianos y los enfermos reciben cuidados. Por eso cuando cientos de miles de ellas abandonan sus hogares para enfrentarse a años de humillaciones y aislamiento, viviendo con la angustia de no ser capaces de proporcionarles a sus seres queridos los mismos cuidados que les dan a extraños en otras partes del mundo, sabemos que algo dramático está sucediendo en la organización del mundo reproductivo.

20 Yann Moulier Boutang, *De l'esclavage au salariat. Èconomie historique du salariat bride*, París, Presse Universitaire de France, 1998 [ed. cast.: *De la esclavitud al trabajo asalariado: economía histórica del trabajo asalariado*, Madrid, Akal, 2006]; Dimitris Papadopoulos, Niam Shephenson y Vassilis Tsianos, *Escape Routes Control and Subversion in the 21th Century*, Londres, Pluto Press, 2008.

Debemos rechazar, de todas maneras, la afirmación de que la indiferencia de la clase capitalista internacional frente a la pérdida de vidas que produce el capitalismo es una prueba de que el capital ya no necesita el trabajo vivo. Más cuando en realidad la destrucción a gran escala de la vida ha sido un componente estructural del capitalismo desde sus inicios, como necesaria contrapartida a la acumulación de la fuerza de trabajo, acumulación que inevitablemente supone un proceso violento. La recurrente «crisis reproductiva» de la que hemos sido testigos en África durante las últimas décadas se encuentra enraizada en esta dialéctica de acumulación y destrucción de trabajo. También la expansión del trabajo no contractual y otros fenómenos que deberían ser considerados como abominaciones en un «mundo moderno» —como las encarcelaciones masivas, el tráfico de sangre, órganos y otras partes del cuerpo humano— deben ser leídas dentro de este contexto.

El capitalismo promueve una crisis reproductiva permanente. Si esto no ha sido más visible en nuestras vidas, por lo menos en muchas partes del Norte Global, es porque las catástrofes humanas que ha causado han sido en su mayor parte externalizadas, confinadas a las colonias y racionalizadas como un efecto de una cultura retrógrada o un apego a tradiciones erróneas y «tribales». Sobre todo durante la mayor parte de los años ochenta y noventa, los efectos de la reestructuración global apenas se notaron en el Norte, excepto dentro de las comunidades de color, o bien se presentaron como alternativas liberadoras frente a la regimentación de la rutina de 9 a 17, si no anticipaciones de una sociedad sin trabajadores.

Pero observado desde el punto de vista de la totalidad de las relaciones capital-trabajo, este desarrollo demuestra el esfuerzo continuo del capital de dispersar a los trabajadores y de minar los esfuerzos organizativos de los obreros dentro de los lugares de trabajo. Combinadas, estas tendencias han abolido los contratos sociales, desregulado las relaciones laborales, reintroducido modelos laborales no contractuales destruyendo no solo los resquicios de comunismo que las luchas obreras habían logrado sino amenazando también la creación de los nuevos comunes.

También en el Norte, los ingresos reales y las tasas de empleo han caído, el acceso a la tierra y a los espacios urbanos ha disminuido, y el empobrecimiento e incluso el hambre se han extendido. Treinta y siete millones de personas en Estados Unidos pasan hambre, mientras que el 50 % de la población norteamericana, según un estudio de 2011 pertenece al segmento de población

de «bajos ingresos». Añadamos a esto que la introducción de la tecnología, supuestamente diseñada para ahorrar tiempo, lejos de reducir la duración de la jornada laboral la ha extendido hasta el punto de que en algunos países como Japón se han vuelto a ver personas muriendo por exceso de trabajo, mientras que el tiempo de ocio y la jubilación se han convertido en un lujo. El pluriempleo es, hoy en día, una actividad necesaria para muchos trabajadores en Estados Unidos, mientras que personas de sesenta a setenta años, viendo que les han retirado las pensiones, están regresando al mercado de trabajo. Aún más significativo es el hecho de que estemos siendo testigos del desarrollo de una fuerza de trabajo vagabunda, itinerante, compelida al nomadismo, siempre en movimiento, en camiones, tráileres, autobuses, buscando trabajo allá donde aparezca una oportunidad, un destino que antes se reservaba en Estados Unidos solo a los temporeros que recogían las cosechas de los cultivos industriales, cruzando el país como pájaros migratorios.

Junto con el empobrecimiento, el desempleo, las horas extras, el número de personas sin hogar y la deuda, se ha producido un incremento de la criminalización de la clase trabajadora, mediante una política de encarcelamiento masivo de la clase obrera que recuerda al Gran Encierro del siglo XVII,[21] y la formación de un proletariado *ex-lege,* constituido por inmigrantes indocumentados, estudiantes que no pueden pagar sus créditos, productores o vendedores de mercancías ilícitas, trabajadoras del sexo. Es una multitud de proletarios, que existen y trabajan en las sombras, que nos recuerda que la producción de poblaciones sin derechos —esclavos, sirvientes sin contrato, peones, convictos, *sans papiers*— permanece como una necesidad estructural de la acumulación capitalista.

Especialmente crudo ha sido el ataque producido sobre la juventud, particularmente sobre la de la clase trabajadora negra, potenciales herederos del Black Power, a los que nada les ha sido concedido, ni siquiera la posibilidad de un empleo seguro o del acceso a la educación. Sin embargo también para muchos jóvenes de clase media su futuro está en duda. La educación se

21 Desde finales del siglo XVI y a lo largo del XVII se extendieron por Europa los llamados hospitales generales o casas de trabajo [*workhouses*], donde eran confinadas forzosamente todas aquellas personas que no eran consideradas productivas (vagabundos, mendigos y pobres en general). Por un lado, el trabajo obligatorio que desempeñaban fue aprovechado en este capitalismo emergente. Por el otro, debido al miedo al encierro en estos centros, las formas de vida que permitían subsistir al margen del trabajo asalariado fueron desapareciendo, lo que allanó el camino a la extensión de la disciplina laboral capitalista necesaria para que se asentara este tipo de trabajo. [N. de la T.]

consigue a un alto precio, provoca endeudamiento y la probable imposibilidad de devolución de los créditos estudiantiles. La competición por el empleo es dura, y las relaciones sociales son cada vez más estériles ya que la inestabilidad impide la construcción comunitaria. No sorprende pues que, entre las consecuencias sociales de la reestructuración de la reproducción, haya habido un incremento del número de suicidios juveniles, así como un repunte de la violencia contra las mujeres y los niños, incluyendo el infanticidio. Es imposible, entonces, compartir el optimismo de aquellos que, como Negri y Hardt, han argumentado en los últimos años que las nuevas formas de producción creadas por la reestructuración global de la economía ya proveen la posibilidad de formas más autónomas y más cooperativas de trabajo.

Aun así, el asalto a nuestra reproducción no ha pasado incontestada. La resistencia ha adoptado diferentes formas y muchas de ellas se han mantenido en la sombra hasta que se han convertido en fenómenos de masas. La financiarización de todos y cada uno de los aspectos de la vida cotidiana mediante el uso de las tarjetas de crédito, préstamos, endeudamiento, especialmente en Estados Unidos, debe plantearse desde este punto de vista como una respuesta al declive de los salarios y a un rechazo a la austeridad impuesta por ello, más que simplemente un producto de la manipulación financiera. En todo el mundo, está creciendo un movimiento de movimientos, desde los años noventa; este ha desafiado todas y cada una de las facetas de la globalización —mediante manifestaciones masivas, ocupaciones de tierras, construcción de economías solidarias y de otros métodos de desarrollo de los comunes. Más importante todavía, la reciente expansión de levantamientos masivos prolongados y movimientos en la estela «Occupy», que a lo largo del último año han barrido gran parte del mundo, desde Túnez y Egipto, pasando por la mayor parte de Oriente Medio, hasta España y Estados Unidos, ha abierto una brecha que permite entrever que la idea de una gran transformación social parece posible de nuevo. Tras años de aparente aceptación de la situación actual, en los que nada parecía capaz de parar los efectos destructores de un orden capitalista en declive, la Primavera Árabe y la expansión de acampadas a lo largo de Estados Unidos, uniéndose a los muchos asentamientos ya formados por la creciente población de sin techo, muestra que los de abajo se están movilizando de nuevo, y que una nueva generación se dirige a las plazas decidida a reclamar su futuro, eligiendo formas de rebelión que pueden potencialmente tender puentes entre las principales brechas sociales.

El trabajo reproductivo, el trabajo de las mujeres y las relaciones de género en la economía global

A la luz de este contexto, debemos preguntarnos qué tal le ha ido al trabajo reproductivo con las transformaciones de la economía global, y cómo estos cambios han remodelado la división sexual del trabajo y las relaciones entre hombres y mujeres. También aquí sobresale la diferencia substancial entre producción y reproducción. La primera diferencia que hay que tener en cuenta es que mientras que la producción ha sido reestructurada mediante un salto tecnológico en las áreas claves de la economía mundial, no se ha producido ningún avance tecnológico en la esfera del trabajo doméstico que reduzca significativamente el trabajo socialmente necesario para la reproducción de la fuerza de trabajo, pese al masivo incremento de mujeres empleadas fuera del hogar. En el Norte, el ordenador personal ha penetrado en la esfera reproductiva de gran parte de la población, permitiendo que comprar, socializarse, adquirir gran parte de la información e incluso algunas formas de trabajo sexual puedan hacerse hoy en día en red. Ciertas compañías japonesas están promoviendo la robotización del acompañamiento y de la amistad. Entre sus inventos se encuentran los «robots enfermeras» que pueden bañar a los mayores y los amantes interactivos personalizados en función de los gustos y fantasías de los clientes, que estos ensamblarán en sus hogares.[22] Pero ni siquiera en los países más desarrollados tecnológicamente se ha producido una disminución significativa del trabajo doméstico. En vez de ello, el trabajo doméstico ha sido mercantilizado, redistribuido sobre los hombros de las mujeres inmigrantes del Sur y de los antiguos países socialistas. Y las mujeres continúan haciendo la mayor parte de dicho trabajo. Al contrario de lo que sucede con la producción en otros campos, la producción de seres humanos es irreducible en gran medida a la mecanización, ya que requiere de un alto grado de interacción humana y de la satisfacción de complejas necesidades en las que elementos físicos y afectivos se encuentran inextricablemente unidos. Que la reproducción humana es un trabajo intensivo es más evidente todavía en el cuidado de los niños y de los mayores, que requiere, incluso en sus elementos más físicos, de la provisión de una sensación de seguridad, consuelo, anticipación de los miedos y deseos. Ninguna de estas actividades es puramente «material« o «inmaterial», no es posible fraccionarlas de manera que puedan ser mecanizadas o reemplazadas por un flujo virtual de comunicación internáutica.

22 Véase Nancy Folbre, «Nursebots to the Rescue? Inmigration, Automation and Care», *Globalizations*, vol. 3, núm. 3, 2006, pp. 349-360.

Esta es la razón por la que, más que ser tecnificados, el trabajo doméstico y el trabajo de cuidados han sido redistribuidos y cargados sobre las espaldas de diferentes sujetos mediante su comercialización y globalización. Al incrementarse la participación de las mujeres en el trabajo asalariado, especialmente en el Norte, grandes cuotas de trabajo doméstico se han visto externalizadas del hogar y reorganizadas mercantilmente mediante el aumento de la industria de servicios, que a día de hoy constituye el sector económico dominante desde el punto de vista del empleo asalariado. Esto quiere decir que se consumen más comidas fuera del hogar, que se lava más ropa en las lavanderías o en tintorerías, y que se compra más comida precocinada lista para su consumo.

También se ha producido un descenso en las actividades reproductivas como consecuencia del rechazo de las mujeres a la disciplina inherente al matrimonio y la crianza de los niños. En Estados Unidos, el número de nacimientos ha caído de los 118 nacimientos por cada mil mujeres durante los años sesenta hasta los 66,7 de 2006, y se ha producido un incremento en la edad de las madres primerizas de los 30 años en 1980 a los 36,4 en 2006. El descenso del crecimiento demográfico ha sido especialmente importante en Occidente y en Europa oriental, donde en algunos países (por ejemplo Italia y Grecia) la «huelga» de las mujeres contra la procreación continúa, dando como resultado un régimen de crecimiento demográfico cero, que está incrementando la preocupación entre los políticos, y que es el factor oculto y primordial tras los llamamientos en pro de la expansión de la inmigración. También se ha producido una disminución en el número de matrimonios y parejas casadas en EEUU, del 56 % de los hogares en 1990 al 51 % en 2006, y a la vez se ha incrementado el número de personas que viven solas —si trasladamos las cifras a Estados Unidos, un aumento de siete millones y medio: de veintitrés millones de personas que vivían solas a treinta millones y medio— en un treinta por ciento.

Más significativo todavía es que, en el periodo subsiguiente al ajuste estructural y la reconversión económica, se haya producido a nivel internacional una reconversión del trabajo reproductivo por la cual gran parte de la reproducción metropolitana ahora la llevan a cabo mujeres inmigrantes provenientes del Sur global, especialmente en lo relativo al cuidado de los niños y los ancianos y en la reproducción sexual de los trabajadores masculinos.[23] Desde muchos puntos de vista esto ha supuesto un desarrollo extremadamente importante. Sin embargo, dentro de los círculos feministas, las implicaciones

[23] Véase Silvia Federici, «Reproducción y lucha feminista en la nueva división internacional del trabajo» en este mismo volumen.

políticas de las relaciones de poder que crea entre mujeres y de los límites que surgen de esta mercantilización de la reproducción todavía no se han asumido ni comprendido del todo. Si bien los gobiernos festejan la «globalización de los cuidados», que les permite reducir la inversión en reproducción, queda claro que esta «solución» acarrea un tremendo coste social, no solo para las mujeres inmigrantes de manera individual sino también para las comunidades de las que son originarias.

Ni la reorganización del trabajo reproductivo bajo un prisma mercantil, ni la «globalización de los cuidados», ni mucho menos la «tecnologización» del trabajo reproductivo, han «liberado a las mujeres» ni eliminado la explotación inherente al trabajo reproductivo en su forma actual. Si utilizamos una perspectiva global se puede observar que no solo las mujeres siguen cargando con la mayor parte del trabajo doméstico en todos los países, sino que además, y debido a los recortes en servicios sociales y a la descentralización de la producción industrial, la cantidad de trabajo doméstico que realizan, remunerado y no remunerado, se ha incrementado, incluso para las mujeres que tienen otro trabajo fuera de casa.

Tres factores principalmente han provocado el alargamiento de la jornada laboral de las mujeres y el aumento de trabajo en el hogar. Primero, que las mujeres han actuado como parachoques de la globalización económica, compensando con su trabajo el deterioro de las condiciones económicas producido por la liberalización de la economía mundial y el incremento en desinversión social acometido por los Estados. Especialmente crudo ha sido su efecto en los países sujetos a los programas de ajuste estructural en los que el Estado ha reducido totalmente el gasto en salud, educación, infraestructuras y necesidades básicas. Como consecuencia de estos recortes, en la mayor parte de África y Sudamérica, las mujeres deben gastar ahora más tiempo de lo que empleaban antes en la obtención de agua y en la preparación de alimentos, y además deben lidiar con enfermedades más frecuentes ya que la privatización de la sanidad ha vuelto prohibitiva para la mayoría la posibilidad de acudir a las clínicas, a la vez que la malnutrición y la destrucción medioambiental han incrementado la vulnerabilidad de las personas frente a las enfermedades.

En Estados Unidos, también, debido a los recortes presupuestarios, muchas de las tareas que se hacían en los hospitales y otros organismos públicos, han sido privatizadas y transferidas a los hogares, ocultando el trabajo no asalariado de las mujeres. Hoy en día, por ejemplo, los pacientes son dados de alta casi nada más finalizar la cirugía y enviados a casa, siendo el hogar el

que debe absorber un abanico de tareas médicas postoperatorias y terapéuticas (como por ejemplo con los enfermos crónicos) que en el pasado habrían realizado enfermeras profesionales y doctores.[24] La asistencia pública a los mayores (limpieza y cuidados domésticos, cuidados personales) también se ha visto recortada, y los servicios que proveía, reducidos.

El segundo factor que ha devuelto la centralidad al trabajo doméstico en el hogar ha sido la expansión del «trabajo en casa» debido parcialmente a la descentralización de la producción industrial y la expansión del trabajo informal. Tal y como David Staples describe en *No Place Like Home* (2006), lejos de ser una forma anacrónica de trabajo, el trabajo en casa ha demostrado ser una estrategia capitalista a largo plazo, que hoy en día ocupa a millones de mujeres y niños en todo el mundo, en ciudades, pueblos y suburbios. Staples señala acertadamente que el trabajo se está redirigiendo de una manera inexorable hacia el hogar mediante el incremento del trabajo en casa, en el sentido de que mediante una organización laboral basada en el modelo doméstico, los empresarios pueden hacerlo invisible, minar los esfuerzos de sindicarse de los trabajadores y reducir hasta el mínimo los salarios. Muchas mujeres eligen este tipo de trabajo en un intento de conciliar la obtención de un salario con el cuidado de sus familias; pero el resultado es la esclavización a un trabajo que proporciona un salario «muy lejos del salario medio que se pagaría por la misma tarea en su lugar de producción habitual, y que reproduce la división sexual del trabajo anclando aún más profundamente a las mujeres al trabajo doméstico».[25]

Por último, el aumento en el empleo femenino fuera del hogar y la reestructuración de la reproducción no han eliminado las jerarquías laborales de género. Pese al aumento del desempleo masculino, las mujeres todavía ganan solo una fracción de lo que ganan los hombres. También hemos sido testigos de un incremento en la violencia contra las mujeres, impulsada en parte por la competición económica, en parte por la frustración que los hombres experimentan al no ser capaces de cumplir su rol como proveedores de la familia, y más importante todavía, impulsados por el hecho de que los hombres ahora tienen menos control sobre los cuerpos y el trabajo de las mujeres, ya que muchas más mujeres disponen de su propio dinero y pasan más tiempo fuera del hogar. En un contexto en el que el descenso salarial y la extensión del desempleo

24 Nona Glazer, *Women's Paid and Unpaid Labor: Work Transfer in Health Care and Retail*, Filadelfia, Temple University Press, 1993.

25 David E. Staples, *No Place Like Home: Organizing Home-Based Labor in the Era of Structural Adjustment*, Nueva York, Routledge, 2006, pp. 1-5.

hacen que les sea más difícil tener una familia, muchos hombres utilizan los cuerpos de las mujeres como moneda de intercambio y de acceso al mercado mundial, mediante la organización de la pornografía y la prostitución.

El aumento de la violencia contra las mujeres es difícil de cuantificar y lo significativo de su aumento se aprecia mejor cuando la consideramos en términos cualitativos, desde el punto de vista de las nuevas formas que ha tomado. En muchos países, bajo el impacto del ajuste estructural toda la estructura familiar se ha desintegrado. Muchas veces ocurre de mutuo consentimiento —cuando uno de los dos o ambos progenitores migran o se separan en busca de algún tipo de ingreso económico. Pero muchas veces, supone un hecho aún más traumático cuando, por ejemplo frente a la pauperización y el empobrecimiento, los maridos abandonan a sus mujeres e hijos. En algunos lugares de África y la India, también se han registrado ataques a mujeres mayores, que se han visto expulsadas de sus hogares e incluso han sido asesinadas después de ser acusadas de brujería o de estar poseídas por el diablo. Este fenómeno probablemente refleja una crisis familiar aún más grave en lo relativo al apoyo a las personas mayores, quienes ya no son vistas como seres productivos sino como una carga frente a la rápida disminución de recursos. Es significativo que estos actos aparezcan asociados al desmantelamiento en curso de los sistemas de propiedad comunal de las tierras.[26] Pero también es una manifestación de la devaluación que el trabajo reproductivo y los sujetos que lo producen han sufrido frente a la expansión de las relaciones monetarias.[27]

Otros ejemplos de violencia contra las mujeres visibles en el desarrollo de la globalización han sido el aumento de asesinatos de viudas en la India, el aumento del tráfico de mujeres y de otros métodos de trabajo sexual coaccionado, además del escalofriante aumento de mujeres asesinadas o desaparecidas. Cientos de mujeres jóvenes, la mayor parte de ellas trabajadoras de las maquilas, han sido asesinadas en Ciudad Juárez y en otras ciudades fronterizas entre México y Estados Unidos, aparentemente víctimas de violaciones o de redes criminales que producen y trafican con pornografía y *snuff movies*. También se ha producido un importante incremento del número de mujeres asesinadas en México y Guatemala. Pero sobre todo lo que ha aumentado

26 Hugo F. Hinfelaar, «Witch-Hunting in Zambia and International Illegal Trade», en Gerrie Ter Haar (ed.), *Wichtcraft Beliefs and Accusations in Contemporary Africa,* Trenton, Nueva Jersey, Africa World Press, 2007.

27 Silvia Federici, «Witch-Hunting and Feminist Solidarity in Africa Today», *Journal of International Women's Studies*, octubre de 2008.

ha sido la violencia institucional: la violencia de la pauperización absoluta, de las condiciones laborales inhumanas, de la migración en condiciones de clandestinidad. Si bien no se debe obviar que esta migración también puede observarse desde el punto de vista de la revuelta, de una búsqueda de mayor autonomía y autodeterminación, de relaciones de poder más favorables, a través de la huida del hogar.

De este análisis debemos extraer diferentes conclusiones y reflexiones. Primero, que la lucha por el trabajo asalariado o por «unirse a la clase trabajadora en el lugar de trabajo» como le gusta denominarlo a algunas feministas marxistas, no es el camino a la liberación. El trabajo asalariado puede ser una necesidad pero no puede considerarse una estrategia política coherente. Mientras que el trabajo reproductivo siga devaluado, mientras siga considerándose una tarea privada y responsabilidad exclusiva de las mujeres, estas siempre tendrán menos poder que los hombres para oponerse al Estado, y permanecerán en condiciones de extrema vulnerabilidad social y económica. También es importante reconocer que existen serios límites al desarrollo del esquema mercantil a partir del cual se puede reorganizar el trabajo doméstico y reproductivo. Como, por ejemplo, ¿hasta qué punto podemos reducir o mercantilizar el cuidado de los hijos, los mayores o los enfermos sin imponer un gran coste a aquellos que están necesitados de cuidados? El grado de deterioro de nuestra salud al que nos ha llevado la mercantilización de la producción alimentaria (con aumentos de la obesidad incluso entre los niños) es bastante significativo. En lo tocante al trabajo reproductivo, la «solución» de traspasar esta carga a otras mujeres, tal y como se está haciendo hoy en día, tan solo crea nuevas desigualdades entre las mujeres y alarga la crisis reproductiva, al desplazarla temporalmente sobre las familias de aquellas mujeres que trabajan como cuidadoras asalariadas.

Lo que necesitamos es un resurgimiento y un nuevo impulso de las luchas colectivas sobre la reproducción, reclamar el control sobre las condiciones materiales de nuestra reproducción y crear nuevas formas de cooperación que escapen a la lógica del capital y del mercado. Esto no es una utopía, sino que se trata de un proceso ya en marcha en muchas partes del planeta y con posibilidades de expandirse frente a la perspectiva de un colapso del sistema financiero mundial. Los gobiernos están usando la crisis para intentar imponer regímenes de austeridad en nuestras vidas durante los próximos años. Pero mediante las ocupaciones de tierras, la agricultura urbana, la agricultura comunitaria, mediante las okupaciones de viviendas, la creación de diversas

formas de trueque y redes de intercambio, de ayuda mutua, de sistemas sanitarios alternativos —por nombrar tan solo algunos de los campos en los que está más desarrollada esta reorganización del trabajo reproductivo— está emergiendo un nuevo modelo económico, que tal vez pueda transformar la concepción impuesta sobre el trabajo reproductivo, rompiendo con su actual estructuración como tarea opresiva y discriminatoria y redescubriéndola como el campo de trabajo más liberador y creativo para la experimentación de las relaciones humanas.

Como he afirmado, esto no es una utopía. Las consecuencias de la economía mundial globalizada podrían haber sido ciertamente mucho más nefastas de no ser por el esfuerzo de millones de mujeres para asegurar el sustento a sus familias, sin importarles el valor que se les concede dentro del mercado capitalista. Mediante sus actividades de subsistencia, así como de diferentes métodos de acción directa (desde la ocupación de tierras públicas a la agricultura urbana), las mujeres han ayudado a sus comunidades a evitar la desposesión total, estirado los presupuestos y llenado de comida las ollas. Pese a las guerras, las crisis económicas y las devaluaciones, mientras que el mundo se caía a pedazos a su alrededor, las mujeres han continuado plantando maíz en campos abandonados, cocinando alimentos para venderlos en los arcenes de las carreteras, creando cocinas comunales —*ollas comunes* como en Chile y en Perú—, interponiéndose de este modo a la mercantilización de la vida y dando pie a procesos de reapropiación y recolectivización de la reproducción, indispensables si queremos recuperar el control sobre nuestras vidas. Los movimientos Occupy y de toma de las plazas de 2011 suponen de alguna manera una continuación de estos procesos ya que las «multitudes» han comprendido que ningún movimiento se puede mantener si no hace de la reproducción de aquellos que en él participan su eje central, transformando de esta manera la manifestaciones de protesta en momentos de reproducción y cooperación colectivas.

10. Sobre el trabajo afectivo (2011)

Acuñado a mediados de los años noventa por los marxistas autónomos para reflejar las nuevas formas de trabajo creadas por la reestructuración de la economía mundial, el término «trabajo afectivo» se ha convertido en un concepto de uso común dentro de los círculos radicales alcanzando cotas casi de concepto proteico. Pese a lo breve de su existencia, su alcance se ha expandido al intentar proporcionar una definición precisa a una tarea difícil. El «trabajo afectivo» (TA a partir de ahora) como concepto se utiliza a día de hoy para describir las nuevas tareas-trabajos desarrollados dentro del sector servicios o para conceptualizar la naturaleza del trabajo en la era postfordista; para otras personas supone un sinónimo de trabajo reproductivo o un punto de partida para un replanteamiento y una reestructuración de las bases del discurso feminista.

Claramente, se trata de un concepto que ha atrapado el imaginario del pensamiento radical. A continuación argumentaré las razones de esta atracción, planteando diferentes interrogantes acerca del alcance de la reconfiguración que la utilización de este concepto provoca en nuestra percepción sobre la incidencia de los cambios acaecidos en la organización social de la producción y sobre qué proyectos políticos sustenta el mismo. Más particularmente, cuestiono la comparación realizada entre el TA y las categorías de trabajo con las que las feministas marxistas han analizado y comprendido el trabajo reproductivo en el capitalismo y la relación mujer-capitalismo. Desde mi punto de vista el TA arroja luz sobre aspectos significativos de la mercantilización de la reproducción pero se torna problemático si se toma como el principal significante

de las actividades y relaciones que sustentan actualmente la reproducción de la fuerza de trabajo. En este caso marca un retroceso respecto a la comprensión y la explicación que proporcionó el movimiento feminista de los años setenta de estas relaciones, puesto que su uso oculta la persistencia de la constante explotación que supone el trabajo doméstico no remunerado de las mujeres e invisibiliza las luchas que en este terreno se están llevando a cabo.

Desde este punto de vista y subrayando las críticas a esta invisibilización, analizo la teoría del TA a partir de los trabajos de Negri y Hardt, sus principales defensores, pero también examino el uso de dicha conceptualización en la teoría social contemporánea y su recepción por parte de las pensadoras feministas. Mi interés es predominantemente político. El objetivo es dilucidar qué recursos y herramientas proporciona el concepto de TA y la teoría que lo sustenta para la comprensión y el desarrollo de las luchas anticapitalistas contemporáneas, qué posibilidades de pensamiento nos brinda y cómo expande el imaginario colectivo.

Mi planteamiento en este contexto es un acercamiento «partisano», puesto que muchas de las respuestas proporcionadas por los marxistas autónomos cuestionan el análisis de la reproducción social que ha supuesto el núcleo de mi trabajo durante al menos las tres últimas décadas.[1] Este análisis se basa en la asunción de las diferencias cualitativas existentes en el capitalismo entre la producción de mercancías y la producción de fuerza de trabajo y entre el trabajo asalariado y el no asalariado, una tesis que la teoría del TA rechaza, al menos tal y como los marxistas autónomos la han desarrollado.

El trabajo afectivo y la teoría del trabajo inmaterial de *Imperio* a *Multitud* y *Commonwealth*

El análisis del TA debe partir de un examen del trabajo desarrollado por Negri y Hardt puesto que es aquí donde se definió primeramente el concepto de TA, y la configuración que le dieron ha determinado el marco que

[1] Véase Silvia Federici, «Wages Against Housework», en E. Malos (ed.), *The politics of Housework*, Cheltenham, New Clarion Press, 1980; S. Federici, «Reproduction and Feminist Struggle in the New International Division of Labor», en M. Dalla Costa y F. Dalla Costa (eds.), *Women, Development and Labor Reproduction,* Trenton (NJ), Africa World Press, 1999.

ha conformado *a posteriori* los debates. Sin embargo, el TA no es un concepto aislado en el trabajo de Negri y Hardt, sino más bien un aspecto de la teoría del trabajo inmaterial que conforma el corazón mismo de su trabajo. Es por ello que primero centraré el análisis en este marco más amplio en el que se inserta el TA y en el proyecto teórico/político con el que Negri y Hardt se han comprometido en su trilogía *Empire* (2000), *Multitude* (2004) y *Commonwealth* (2009).[2]

Este compromiso podría ser descrito como un intento de relanzar la teoría marxista de cara a una generación de activistas e intelectuales para la cual, en palabras de Maurizio Lazzarato,[3] el comunismo se ha convertido en una hipótesis muerta, así como un esfuerzo para disipar el pesimismo generado por una concepción postmodernista de la historia. Con el fin de lograr los objetivos arriba mencionados, Negri y Hardt han desarrollado una teoría que afirma que las luchas de los años sesenta obligaron al capitalismo a instaurar un nuevo orden económico que por sí mismo ya representa la transición a una sociedad postcapitalista, ya que esta reconfiguración proporciona mayor autonomía al trabajo en relación al capital, incrementa la producción de cooperación social y disuelve las bases materiales en las que se han asentado y fortalecido las relaciones desiguales de poder, fomentando una recomposición política de la fuerza de trabajo global.

En líneas generales (sus argumentos principales han sido debatidos de forma amplia y extensa), esta teoría afirma que la reestructuración de la economía mundial, y en particular las revoluciones de la información y la informática, ha dado paso a una fase del desarrollo capitalista, ya anticipada de manera parcial por Marx en los *Grundrisse*,[4] en la que la ciencia se convierte

2 *Empire*, Cambridge, Harvard University Press, 2000 [ed. cast.: *Imperio*, Barcelona, Paidós, 2002]; *Multitudes*, Cambridge, Harvard University Press, 2004 [ed. cast.: *Multitud: Guerra y democracia en la era del Imperio*, Barcelona, Debate, 2004]; y *Commonwealth*, Cambridge, Harvard University Press, 2009 [ed. cast.: *Commonwealth: el proyecto de una revolución del común*, Madrid, Akal, 2011].

3 Maurizio Lazzarato, «From Knowledge to Belief, from Critique to the Production of subjectivity», EIPCP, 2008; disponible en eipcp.net/transversal/0808/lazzarato/en.

4 Marx creía que la total integración de la ciencia en la producción llevaría a la plena mecanización del proceso productivo, dejando a los trabajadores en una posición de meros asistentes de la maquinaria. Por el contrario, Negri y Hardt minimizan el papel de la tecnología en el capitalismo tardío, aunque las transformaciones que ellos consideran más significativas están directamente relacionadas con la informatización del trabajo. Su principal preocupación consiste en arrojar luz sobre la creatividad y la autonomía del «trabajo vivo»; la tecnología, en sus estudios, ni libera ni domina a los trabajadores (Hardt y Negri, *Commonwealth, op. cit*.). Aunque coinciden con Marx en afirmar

en la fuerza productiva principal y en la que el componente cognitivo/cultural de la mercancía constituye el combustible del proceso de valorización, por lo que el trabajo inmaterial (TI) se transforma en la forma dominante de trabajo.

Definido como un trabajo que produce objetos no-físicos: códigos, información, símbolos, imágenes, ideas, conocimientos, subjetividades, relaciones sociales,[5] el TI vendría a definir una esfera específica de actividades y trabajadores (por ejemplo, informáticos, artistas, diseñadores) y tal vez a ampliar las jerarquías impuestas por la división social del trabajo. Sin embargo se nos asegura que este no es el caso. El TI no crea jerarquías u otras distinciones significativas, ya que en cierto momento, todas las formas de trabajo se transformarán en inmateriales,[6] en consonancia con el principio articulado por Marx en el capítulo «Maquinaria y gran industria»[7] que estipula que en cada una de las fases del desarrollo capitalista la forma dominante de trabajo asimilará hegemónicamente en sí misma a todas las demás, transformándolas de esta manera a su propia imagen.[8] Por eso el TI no instituye, en la actual economía global, una línea divisoria entre el trabajo intelectual y el manual, entre la cabeza y la mano, ni tampoco supone una separación entre el trabajador y las facultades intelectuales de la producción, tal y como sí lo hacía el trabajo intelectual en las anteriores fases del capitalismo como, por ejemplo, afirmaba Alfred Sohn-Rethel.[9]

---

que en el momento en el que la ciencia se convierte en el principal modo de producción se crea un situación cualitativamente novedosa en la que el tiempo de trabajo deja de ser la medida del valor.

5 Hardt y Negri, *op. cit*., 2004, pp. 65-66; Hardt y Negri, *op. cit*., 2009, pp. 132, 287.

6 Hardt y Negri, *Multitud*, *op. cit*., pp. 107, 338, 349.

7 Karl Marx, *Capital*, vol. 1, Londres, Penguin Classics, 1990 [ed. cast.: *El capital*, vol. 1, México, Fondo de Cultura Económica, 1959].

8 Hardt y Negri, *Multitud*, *op. cit*., pp. 135-136; Hardt y Negri, *Empire*, *op. cit*., p. 292. El fragmento clave en el que Marx enuncia este «principio» es el siguiente: «Con el desarrollo del régimen fabril y la transformación de la agricultura que este régimen lleva aparejado, no solo se extiende la *escala de la producción en todas las demás ramas industriales*, sino que *cambia también su carácter*. El principio de la industria mecanizada, consistente en analizar el proceso de producción en las fases que la integran, y en resolver los problemas así planteados por la aplicación de la mecánica, la química, etc., es decir, de las ciencias naturales, da el tono en todas las industrias» (Marx, *Capital*, vol. 1, *op. cit*., p. 384).

9 Sohn-Rethel señala que el advenimiento del taylorismo determina una nueva división del trabajo intelectual y manual que agrupa una intelectualidad técnica y organizativa aliada con el capital frente a la fuerza de trabajo manual productora de las mercancías materiales; véase Alfred Sohn-Rethel, *Intellectual and Manual Labor: A Critique of Epistemology*, Londres, Macmillan, 1978, p. 157.

Al contrario, el TI instituye una relación positiva y cualitativamente nueva entre el trabajo y el capital, por la cual el trabajo se convierte en una labor autónoma, autoorganizada y productora de cooperación social, una realidad a la que Negri y Hardt denominan «lo común». Se ofrecen dos razones para esta transformación. De un lado, las luchas de los trabajadores han forzado al capital a abandonar el terreno de la producción hacia el terreno más seguro de la financiarización, dejando a los trabajadores como amos del primero.[10] Del otro, al contrario que el trabajo manual, el trabajo basado en la información/conocimiento no puede ser controlado o supervisado, y tampoco puede ser confinado a ninguna localización específica ni tiempo determinado.[11] Según esto, estaríamos presumiblemente frente a un fenómeno cualitativamente diferente: la emergencia de zonas liberadas en pleno corazón del capitalismo tecnológico que coexistirían con la explotación actualmente en curso, la cual no tendría lugar en el transcurso de la organización directa de la producción sino mediante actos de desposesión llevados a cabo por el capitalismo en el tramo final del proceso laboral, por ejemplo, mediante la «captura» a través de la imposición de las leyes de propiedad intelectual.[12]

Tercero, y más importante, Negri y Hardt sostienen que, gracias a la inmaterialización de la producción, desaparecen todos los contrastes que han caracterizado a la era industrial —productividad/improductividad, producción/reproducción, trabajo/ocio, tiempo de vida/tiempo de trabajo, trabajo asalariado/no asalariado— por lo que el trabajo deja de ser una fuente de diferenciación y de relaciones de poder desiguales.[13] En lugar de las viejas divisiones, Negri y Hardt visualizan un proceso titánico de reproducción social tal que cada una de las articulaciones de la vida social pasa a ser un espacio de producción y la sociedad misma se transforma en una inmensa máquina de trabajo que produce tanto valor para el capital, como conocimientos, culturas, subjetividades. Citando a Foucault, Negri y Hardt denominan a este nuevo régimen *producción biopolítica* afirmando que, aun siendo trabajo, este se transforma en política al adoptar las características típicas del intercambio político —es decir, al transformarse en un acto comunicativo, interactivo y afectivo— y simultáneamente en un campo de entrenamiento para la autoorganización

10 Hardt y Negri, *Commonwealth*, *op. cit.*, p. 289.

11 *Ibidem*, p. 266.

12 Hardt y Negri, *Multitud*, *op. cit.*, pp. 184-188; Hardt y Negri, *Commonwealth, op. cit.*, p. 141.

13 Hardt y Negri, *Multitud*, *op. cit.*, pp. 134-135.

de los trabajadores.[14] Más importante todavía es que no dependa de una base material, ya que así no permite el mantenimiento de la producción de jerarquías diferenciadoras, al ser todos los sujetos sociales ecuánimemente creadores de la riqueza producida. De ahí que la imagen de la «multitud» sea la que encarne el sujeto político del trabajo inmaterial que presumiblemente incorpora las diferencias pero sin establecer ningún tipo de jerarquía o división. Tal y como escriben Hardt y Negri:

> No existe una diferencia cualitativa que separe a los pobres de los trabajadores asalariados; en su lugar, existe cada vez más una condición común de existencia y actividad creativa que define a la multitud en su conjunto […] En realidad, siempre fue ambigua la antigua distinción marxista entre trabajo productivo e improductivo, o entre el trabajo productivo y reproductivo. Hoy deberíamos prescindir por completo de ella.[15]

En resumen, según Negri y Hardt, la posibilidad de una transformación social sustantiva ya se encuentra de hecho en la agenda, ya que la llegada del TI y de la biopolítica significan que ya podemos construir una alternativa, comenzando por nuestro día a día, desde la cotidianidad, y que lo que falta por lograr es la expansión de nuestra capacidad de producción colectiva y de intercambio de conocimiento además de educarnos a nosotros mismos para el autogobierno.[16]

Esta teoría supone una perspectiva altamente empoderadora por lo que es fácil entender por qué sus presupuestos han resultado tan exitosos. El mensaje positivo y su focalización en el trabajo y en el antagonismo de clase han supuesto un importante giro teórico bienvenido tras tantos años de «deconstrucción» postmoderna. Tal vez resulta todavía más atractivo relanzar la idea de que la revolución es *ahora*, más que ser una posibilidad confinada a un futuro indefinido, constantemente pospuesto, y poner en el centro del análisis político la problemática de la «transición». Al mismo tiempo, los cimientos

14 Hardt y Negri, *Commonwealth, op. cit.*, 2009, pp. 132-137.

15 Hardt y Negri, *Multitud, op. cit.*, pp. 134-135.

16 Hardt y Negri, *Commonwealth, op. cit.*, pp. 314-321.

empíricos de sus dogmas principales son bastante inestables al ser extremadamente dependientes para su validación de la asunción de «tendencias» y «modas», y estar su mensaje político a menudo plagado de contradicciones

La evidencia de que el capitalismo hoy en día se alimenta primordialmente de formas inmateriales de producción es cuestionable tanto en los hechos como políticamente, incluso si aceptamos que lo que Negri y Hardt describen es a día de hoy tan solo una tendencia.[17] Con más consistencia se puede afirmar que la fuerza motriz de la economía mundial ha sido la capacidad del capitalismo internacional de apropiarse de las masas trabajadoras globales de campesinos expropiados y de amas de casa, es decir, de la inmensa cantidad de trabajo no contractual, incrementando así de manera exponencial los porcentajes de extracción de plusvalía. Igual de discutible es la postulada autonomía de los «trabajadores inmateriales». Dos décadas después de la revolución de las «punto com» ha desaparecido en gran medida la ilusión de que el trabajo digital pudiese proveer un oasis de creatividad y libertad, tal y como indica la aparición del término «esclavos de la red».[18] Incluso para los trabajadores más creativos, la autonomía se ha convertido en algo transitorio, una actividad insostenible o ha producido el efecto de una completa identificación del trabajador con los intereses de los empresarios. También deberíamos mostrarnos escépticos ante las alabanzas lanzadas a una cooperación social en la organización del trabajo que no especifica con qué propósitos se lleva a cabo. Por ejemplo, ¿cuál es el potencial político de la cooperación, que requiere y crea el TI, si en el corazón de la biopolítica la producción de herramientas bélicas es una actividad tan «comunitaria» como la crianza de los niños? ¿Y si todas las diferencias entre el trabajo salariado y no asalariado se amalgaman?

También existen conflictos con el concepto de «multitud», la figura mítica descrita como el uno y el todo, singularidad y multiplicidad, indefinida en términos de género, raza, origen étnico, empleo… término que Negri y Hardt han identificado como el principal significante de la fuerza de trabajo mundial. Su carácter incorpóreo la hace sospechosa, especialmente cuando la imaginamos compuesta por expertos trabajadores inmateriales, inmersos en un flujo mundial de comunicaciones en red. ¿Podría ser (parafraseando a

17 S. Federici y G. Caffentzis, «Notes on the edu–factory and Cognitive Capitalism», en Edu-factory Collective (ed.), *Towards a Global University. Cognitive Labor, the Production of Knowledge and Exodus from the Education Factory*, Brooklyn, Autonomedia, 2009.

18 T. Terranova, «Free Labour: Producing Culture for the Digital Economy», *Social Text*, núm. 63, 2000.

Antonella Corsani) que esta criatura amorfa sea el último paraíso de la fuerza de trabajo masculina metropolitana que ahora ya no tiene necesidad de identidad puesto que su dominio no se encuentra en disputa?[19]

Hay otra evidencia indicativa de que la multitud se encuentra primordialmente compuesta por trabajadores masculinos metropolitanos. Negri y Hardt, por ejemplo, describen la reestructuración postfordista de la producción como un derrame de trabajo de la fábrica al territorio. Pero en realidad, la mayor parte del trabajo industrial se ha «derramado» sobre el «Tercer Mundo», mientras que el crecimiento del sector servicios ha sido en su mayoría producto de la mercantilización del trabajo reproductivo y, en consecuencia, se ha producido un «derrame» en el territorio pero no desde la fábrica sino desde el hogar.

Por último, la hipótesis de una homogeneización inevitable del trabajo bajo la hegemonía del TI no puede ser validada. Marx estaba equivocado a este respecto, ya que el capitalismo ha requerido y se ha beneficiado históricamente de formas de trabajo drásticamente diferentes. Esto es evidente si observamos el desarrollo capitalista desde el punto de vista del trabajo doméstico y reproductivo (de la misma manera que si lo observamos desde la óptica de aquellos a los que el desarrollo capitalista ha «subdesarrollado» sistemáticamente). Como han demostrado las historiadoras feministas, el capitalismo nunca ha podido industrializar el trabajo doméstico, pese a que la familia nuclear no pueda ser considerada un legado de las relaciones precapitalistas.[20] El trabajo doméstico fue una creación del capitalismo de finales del siglo XIX, construido en el auge de la industrialización tanto para pacificar a los trabajadores masculinos como para impulsar el cambio de la industria textil a la pesada (en términos marxistas, de la plusvalía absoluta a la relativa), que requiere una explotación más intensiva de la mano de obra y en consecuencia un aumento en la inversión en su reproducción.[21] Su creación fue parte de la misma estrategia capitalista que dirigió la institución del salario familiar y que culminó en el fordismo. Una completa industrialización del trabajo doméstico, como

19 A. Corsani, «Beyond the Myth of Woman: The Becoming Transfeminist of (Post-) Marxism», *SubStance* #112, vol. 36, núm. 1, 2007, pp. 107-138.

20 Para una visión general de los debates que tuvieron lugar en el siglo XIX y XX acerca de la industrialización del trabajo doméstico, véase D. Hayden, *The Grand Domestic Revolution: A History of Feminist Designs for American Homes, Neighborhoods, and Cities,* Cambridge (MA), The MIT Press, 1985.

21 S. Federici, «The Development of Domestic Work in the Transition From Absolute to Relative Surplus Value», inédito.

la intentada en los primeros años de la Revolución Bolchevique, era indudablemente una opción, recomendada por algunos socialistas e incluso algunas feministas.[22] Aun así, ni durante el siglo XIX ni en las siguientes décadas del siglo XX se acometió esta tarea. Pese a la época de cambios que sufrió el capitalismo, el trabajo doméstico nunca fue industrializado.

Lo que esto demuestra es que la afirmación marxista de que la forma dominante de trabajo iguala a todas las demás consigo misma debe ser revisada, una vez probada como errónea frente a la experiencia del trabajo doméstico no remunerado. También debe ser moldeada para acomodarse a factores no directamente económicos, como la necesidad de disgregar/dispersar a los trabajadores una vez se encuentran fuera de la fábrica y/o como la incapacidad de romper su resistencia a la completa regimentación de sus vidas. *Esto significa que puede alcanzarse un régimen de «subsunción real»[23] aun sin un proceso de homogeneización total en las formas y las condiciones del trabajo y que las discontinuidades son fundamentales para la reproducción de las relaciones capitalistas.*

Lo que queda por ver es el papel que el TA juega en la teoría del TI. El TI, de hecho, tiene tanto un componente cognitivo como uno afectivo, una división sugerente de los dos principales aspectos de la reestructuración de la economía global en las áreas metropolitanas: el crecimiento del sector servicios y la informatización del trabajo. En este sentido, el TI puede ser fragmentado y de hecho el TA es a menudo utilizado para describir la mercantilización del trabajo reproductivo. Pero sería un error concluir que el TA es una expresión de la división generizada del trabajo. Este es un equívoco que Negri y Hardt promueven activamente al referirse al componente cognitivo del TI como el desarrollo inteligente del trabajo[24] y al afectivo (citando a Dorothy Smith) como «el trabajo

22 Para una recopilación del debate soviético sobre la industrialización del trabajo doméstico durante los años veinte, véase Anatole Kopp, *Ville et Revolution: Architecture et Urbanisme Sovietiques des Annees Vingt*, París, Editions Anthropos, 1967. Un ejemplo de ello es la obra de Charlotte Perkins Gilman (*The Home, Its Work and Influence,* Nueva York, McClure, Phillips, & Co., 1903), feminista estadounidense que apoyaba ciertos modos de industrialización del trabajo doméstico.

23 Marx diferenciaba entre la subsunción real y la formal. La primera es la fase inicial en la que el capitalismo incorpora las formas previas existentes de producción sin alterarlas. La segunda emerge del periodo de industrialización a gran escala cuando el capital adopta la iniciativa de remodelar cada aspecto del proceso productivo de acuerdo a sus propias necesidades (Marx, *Capital, Vol. 1*, Londres, Penguin Classics, 1976, pp. 1019-1025 [ed. cast.: *El capital. Libro I, capítulo VI inédito. Resultados del proceso inmediato de producción*, México, Siglo XXI, 1971].

24 Hardt y Negri, *Multitud, op. cit.*, p. 109.

en su modo corporal».[25] Mediante esta estructuración jerárquica y generizada de las actividades, Negri y Hardt le hacen un guiño al movimiento feminista, al subrayar que la faceta femenina de la ecuación social no ha sido olvidada y que su visión de las nuevas formas de la fuerza productiva abarca la totalidad de la vida social.[26] Yo afirmo, sin embargo, que más que arrojar luz sobre la división generizada del trabajo, el TA nos lleva más allá. El trabajo afectivo no hace referencia a la división generizada de los trabajos, aunque a veces se defina como «trabajo de mujeres». El TA remite al carácter interactivo del trabajo, a su capacidad de promover flujos de comunicación, por lo que es polivalente en función de las actividades asociadas con él. Esto se hace evidente cuando consideramos cómo se construye el concepto de TA y cómo se utiliza en el actual mapa laboral.

El origen de los afectos y del trabajo afectivo

El concepto del TA se origina en la filosofía de Spinoza, el filósofo holandés del siglo XVII que en las décadas de 1970 y 1980 se convirtió en la bandera de la revuelta antihegeliana dentro del pensamiento radical francés e italiano y un punto de referencia dentro de la investigación de la naturaleza del poder inspirada por el trabajo de Michel Foucault. Spinoza es un autor que tanto Negri como Hardt han estudiado,[27] sobre el que han escrito libros y que han encontrado profundamente inspirador como indica la constante presencia de su marco ontológico en sus trabajos, especialmente en *Commonwealth*.[28] Spinoza proporciona el espíritu, la filosofía y la sabiduría para la reconstrucción que proponen Negri y Hardt de la teoría marxista. Como para Deleuze y Guattari, para Negri y Hardt, el naturalismo y el inmanentismo de

25 Hardt y Negri, *Empire*, *op. cit.*, p. 293.

26 S. Schultz, «Dissolved Boundaries and "Affective Labor": On the Disappearance of Reproductive Labor and Feminist Critique in Empire», *Capitalism, Nature and Socialism*, vol. 17, núm. 1, marzo de 2006, pp. 77-82.

27 Véanse A. Negri, *The Savage Anomaly. The Power of Spinoza's Metaphysics and Politics*, Minneapolis, University of Minnesota Press, 1991 [ed. cast.: *La anomalía salvaje. Ensayo sobre poder y potencia en B. Spinoza*, Barcelona, Anthropos, 1993]; y M. Hardt, *Gilles Deleuze: an Apprenticeship in Philosophy,* Minneapolis, University of Minnesota Press, 1993 [ed. cast.: *Deleuze, un aprendizaje filosófico*, Barcelona, Paidós, 2004].

28 Un buen indicativo de la importancia del pensamiento de Spinoza para Hardt y Negri es su teoría de la acción revolucionaria, que se basa de manera consciente en la solución del problema alma-cuerpo de aquel; Hardt y Negri, *Commonwealth*, *op. cit*.

la ontología materialista renacentista de Spinoza es la respuesta a la visión hegeliana de la historia como el despliegue de las fuerzas trascendentes, que relega a los aspirantes a revolucionarios al papel de ejecutores del desarrollo histórico. Spinoza también proporciona la conexión crucial entre la «naturaleza humana» y la economía política mediante la noción de «afecto», la semilla ontológica de la que ha nacido el TA.

Los escritos cruciales para trazar una genealogía del afecto y del trabajo afectivo se encuentran en la Tercera Parte de su *Ética* (1677), en la que Spinoza desarrolla una visión materialista, no cartesiana, de la relación alma-cuerpo enraizada en la idea del «ser» como afectividad, esto es, como un proceso constante de interacción y de autoproducción.[29]

Los «afectos» en Spinoza son modificaciones del cuerpo que incrementan o disminuyen su capacidad de actuar.[30] Spinoza especifica que estas pueden ser fuerzas activas y positivas si surgen de nosotros, o pasivas, «pasiones» negativas, si lo que las provoca es externo a nosotros. Por esto, su ética es una exhortación a cultivar los afectos activos y empoderadores como la alegría, a liberarnos de los negativos, pasivos, y a prevenirnos de caer en la esclavitud de las pasiones. Es esta la noción de «afectividad», como capacidad de actuar y de que se actúe sobre nosotros, incorporada en la visión política de Negri y Hardt. El «afecto» no significa un sentimiento de cariño o amor. Más que eso significa nuestra capacidad para la interacción, nuestra capacidad de movimiento y de ser movidos dentro de un flujo sin fin de intercambios y encuentros que presumiblemente expanden nuestras capacidades, y que demuestra no solo la productividad de por sí infinita de nuestro ser sino también el carácter transformador y en consecuencia político de nuestra vida cotidiana.[31]

Una de las funciones de la teoría del trabajo afectivo es la de transponer el concepto filosófico de «afecto» al plano económico y político, demostrando en este proceso que en la sociedad capitalista actual el trabajo realiza y amplifica esta *disposición ontológica de nuestro ser* fomentando así la capacidad para la autoorganización y autotransformación que evoca el concepto de «afecto». Esta es la lectura que yo hago de la tesis que afirma que *en el capitalismo*

29 Spinoza, *On the Improvement of the Understanding, The Ethics, The Correspondence,* Nueva York, Dover Publication, 1955.

30 Spinoza, *op. cit*., 1955, p. 130.

31 Hardt y Negri, *Commonwealth, op. cit*., p. 379.

contemporáneo la afectividad se ha convertido en un componente de cada forma de trabajo ya que el TI es altamente interactivo y moviliza no solo las energías físicas sino también toda la subjetividad de los trabajadores.[32] Mediante esta afirmación, Negri y Hardt sugieren una alineación única entre las posibilidades ontológicas de nuestro ser y las actividades económicas de nuestra vida económica, marcando el advenimiento de una nueva fase histórica, como si supusiese el «comienzo de la historia».[33] El TA también sirve para extender el alcance del TI incluyendo de esta manera un amplio rango de actividades características de la mercantilización del trabajo reproductivo y, de una manera aún más ambigua, la reproducción fuera del mercado. Pero, tal y como veremos más tarde, la principal función que desempeña el TA es *la degenerización del trabajo*, sugiriendo que las características que una vez se asociaron al «trabajo reproductivo de las mujeres» actualmente se han generalizado, por lo que, en lo que respecta al trabajo, los hombres se parecen cada vez más a las mujeres. Este es el porqué, como he señalado anteriormente, más que evocar una división sexual del trabajo, el TA *anuncia el fin de esta división*, al menos como factor significativo de la vida social y como base para un punto de vista y análisis feminista.

El trabajo afectivo y la degenerización del trabajo

Cómo se lleva a cabo la «degenerización» del trabajo es algo que puede observarse mediante el seguimiento de las mutaciones sufridas por el trabajo afectivo en su transición del plano ontológico al plano económico. Como ya se ha afirmado anteriormente, el TA posee tanto una dimensión sociológica como una ontológica. Del mismo modo que la parte cognitiva del TI se concreta en las actividades engendradas por la informatización del trabajo y el uso de Internet, a menudo se dice que el TA describe actividades dentro del sector servicios, en especial, los referidos a la mercantilización de la reproducción. A este respecto, el trabajo de la socióloga feminista Arlie Hochschild sobre la «mercantilización de las emociones» y el «trabajo emocional» ha supuesto una clara influencia en el desarrollo del TA.[34]

32 Hardt y Negri, *Multitud*, *op. cit.*, p. 108.

33 Hardt y Negri, *Commonwealth, op. cit.*, p. 377.

34 Hardt y Negri, *Multitud, op. cit.*, p. 375; Hardt y Negri, *Commonwealth, op. cit.*, p. 407.

El análisis de los cambios que habían tenido lugar durante los años ochenta en los puestos de trabajo estadounidenses desarrollado en *The Managed Heart* (1983) fue precursor de sus esfuerzos. Ya en este libro, y citando la obra de Daniel Bell, *The Coming Post-Industrial Society* (1973), Hochschild afirmaba que, con el declive de la producción industrial (que en 1983 había descendido hasta suponer tan solo el 6 % del total del empleo) y el aumento del sector servicios, «en nuestros días, la mayoría de trabajos exigen competencias en relación al trato con personas más que con cosas, competencias en las relaciones interpersonales más que competencias técnicas».[35] De esta manera, ya entonces la autora había situado en el punto de mira el «trabajo emocional» que, por ejemplo, deben ejercer las azafatas para calmar la ansiedad de los pasajeros, proyectar una sensación de seguridad, reprimir el enfado o la irritación frente al abuso y hacer sentirse valorados a aquellos a los que atiende. También en subsiguientes afirmaciones,[36] Hochschild regresaba a este punto para investigar las consecuencias psicológicas y sociales de la mercantilización de los servicios que antes proveían las familias siguiendo los pasos de la masiva entrada de las mujeres en la fuerza de trabajo asalariada.

Desde el punto de vista desde el que describen Negri y Hardt el TA, el tipo de industria que ocasionalmente le asocian y el tipo de trabajadores a los que se refieren, todo indica que se trata de un pariente cercano del «trabajo emocional» de Hochschild. En palabras de los autores, «el trabajo afectivo es el que produce o manipula afectos, como las sensaciones gratas o de bienestar, la satisfacción, la excitación o la pasión».[37] Se nos dice que este es el tipo de trabajo que encontramos en la industria del ocio y de la publicidad; podemos deducir su creciente importancia del hecho de cada vez más los empresarios exigen que sus trabajadores tengan buena actitud, posean habilidades sociales y sean educados; se consideran trabajadores afectivos los «asistentes legales, azafatas de vuelos», trabajadores de locales de comida rápida que deben «servir con una sonrisa».[38]

35 A. R. Hochschild, *The Managed Heart. Commercialization of Human Feeling,* Berkeley, University of California Press, 1983, p. 9.

36 Las más importantes se recogen en A. R. Hochschild, *Time Bind. When Work Becomes Home and Home Becomes Work,* Nueva York, Metropolitan Book, 1997; y A. R. Hochschild, *The Commercialization of Intimate Life,* Berkeley, University of California Press, 2003 [ed. cast.: *La mercantilización de la vida íntima: apuntes de la casa y el trabajo*, Madrid, Katz, 2008].

37 Hardt y Negri, *Multitud*, *op. cit.,* p. 108.

38 *Ibidem.*

De todas maneras existen diferencias significativas entre la teoría de Hochschild y la de Negri y Hardt. El análisis de Hochschild no deja duda alguna de que *las mujeres son los sujetos centrales del trabajo emocional* y de que, aunque este sea un trabajo asalariado de atención al público, en esencia se trata del mismo tipo de trabajo que las mujeres han realizado siempre. Tal y como subraya, frente a la falta de otro tipo de recursos y dependiendo de los hombres para la obtención de dinero las mujeres siempre han transformado sus emociones en valores (activos), ofreciéndoselos a los hombres en contraprestación por los recursos materiales de los que ellas carecían. En palabras de la autora, el aumento del sector servicios ha incrementado la sistematización, la estandarización y la producción en masa del trabajo emocional, pero su existencia todavía radica en el hecho que desde la infancia las mujeres han sido entrenadas para tener una relación instrumental con sus emociones.[39]

Además Hochschild establece una relación directa entre la mercantilización de las emociones y el rechazo de las mujeres a continuar con el trabajo doméstico no remunerado. De hecho, su análisis del trabajo emocional es parte de un trabajo de investigación más amplio sobre los efectos de la «revolución feminista» en la situación social de las mujeres y dentro de las relaciones familiares. Una de sus principales preocupaciones es la crisis de cuidados que el empleo asalariado de las mujeres ha desatado debido a la ausencia de cambios dentro de los lugares de trabajo (asalariados) y a la falta de incremento del apoyo institucional para el trabajo reproductivo, así como a que no ha aumentado la buena disposición/predisposición de los hombres en el reparto de los trabajos domésticos.[40] El panorama que nos retrata es preocupante: niños que tienen que hacerse cargo de ellos mismos, habitualmente tan resentidos por la cotidiana ausencia de sus progenitores que estos últimos incluso alargan su jornada laboral para evitar enfrentarse a ellos; ancianos destinados a residencias y a una vida de aislamiento; y en general un mundo más duro en el que las relaciones que no conllevan una relación monetaria se ven cada vez más y más devaluadas.[41]

En lo que a estos aspectos se refiere, la teoría del TA de Negri y Hardt parte de la de Hochschild. Pese a que los ejemplos del TA son extraídos de los trabajos del sector servicios que habitualmente son realizados por mujeres y

39 Hochschild, *The Managed Heart*, *op. cit.*, p. 171.

40 Hochschild, *The Commercialization of Intimate Life*, *op. cit.*, pp. 1-3, 37-38.

41 *Ibidem*, pp. 131, 145; Hochschild, *Time Bind*, *op. cit.*, pp. 212-225.

que a menudo también se etiquetan como «trabajos de mujeres»,[42] este tipo de trabajo no se describe de una forma generizada. Al contrario, tal y como hemos podido ver, se afirma que es un componente de la mayor parte de las formas de TI, trabajos que presumiblemente son cada vez más comunicativos, interactivos y productores de relaciones sociales.[43] Es en este sentido que Negri y Hardt hablan de la «feminización del trabajo»[44]. Esta referencia no apela a la entrada masiva de las mujeres dentro de la fuerza de trabajo (asalariada), sino a la «feminización» del trabajo realizado por los hombres, lo que justifica por qué no se dan en ninguno de sus textos más que referencias por encima a formas de trabajo con una especificación de género, como la procreación o el cuidado de los niños.[45] Negri y Hardt no están interesados en el «trabajo de las mujeres» como tal, ya sea remunerado o no, dentro o fuera de la casa, aunque podríamos describirlo como el mayor espacio común de «trabajo afectivo» del planeta. De la misma manera, parecen no ser conscientes de las masivas luchas, visibles e invisibles, que las mujeres han llevado a cabo contra el chantaje de la «afectividad», y que culminan en la lucha de las *welfare mothers* y del movimiento de liberación de las mujeres.[46] Cuando se describen las revueltas de los trabajadores durante los años sesenta y setenta, que según su punto de vista condujeron a la reestructuración de la economía global, Negri y Hardt se centran exclusivamente en el proletariado industrial. Es en la masa proletaria de Fiat y de River Rouge en la que ellos reconocen la fuerza motriz del cambio del capital a una forma diferente de producción.[47] En contraste, nada transpira en sus textos del rechazo de las mujeres, pese a que generalmente se ha reconocido que este ha sido la mayor y más transformadora revolución de nuestro

42 Hardt y Negri, *Empire*, *op. cit.*, p. 293.

43 Hardt y Negri, *Multitud*, *op. cit.*, p. 108.

44 Como se describe en *Commonwealth* (p. 133) la «feminización del trabajo» expresa «que las cualidades tradicionalmente asociadas al "trabajo de las mujeres" […] se han vuelto cada vez más centrales en todos los sectores de la producción». Negri y Hardt se refieren aquí a la generalización del empleo informal, a tiempo parcial, a la difuminación de las distinciones entre el tiempo de vida y el tiempo de trabajo, y al hecho de que se supone que la producción se transforma en producción de «relaciones sociales» y en «formas de vida», con rasgos característicos de los trabajos definidos tradicionalmente como femeninos. No explica, de todas maneras, por qué el «trabajo doméstico» debería ser más productor de «formas de vida» que la cadena de montaje y exactamente qué «formas de vida» representa.

45 Véase Hardt y Negri, *Commonwealth*, *op. cit.*, pp. 133-134.

46 Véase Milwaukee County Welfare Rights Organization, *Welfare Mothers Speak Out*, Nueva York, W. W. Norton Co., 1972.

47 Hardt y Negri, *Empire*, *op. cit*., pp. 261-279.

tiempo. Como consecuencia de esta omisión se entiende que la teoría del TA no pueda explicar *las dinámicas que dirigen la socialización de la reproducción* y la nueva división internacional del trabajo reproductivo. Como hemos visto, Negri y Hardt hablan del trabajo derramándose desde las fábricas a la sociedad, haciendo caso omiso de la revolución doméstica que tuvo lugar durante los años sesenta y setenta, que volcó gran cantidad de tareas que antiguamente se realizaban en el hogar al mercado laboral. También obvian el hecho de que más que emerger con la producción, el trabajo reproductivo, tal y como se reconfiguró en la era postfordista, se ha volcado en gran medida sobre las espaldas de las mujeres inmigrantes.[48]

De hecho, tanto el TA como la producción biopolítica no pueden responder a las cuestiones clave de la vida de las mujeres a día de hoy: la crisis a la que las mujeres se están enfrentando al tratar de reconciliar el trabajo remunerado con la reproducción, además del hecho de que la reproducción social aún recae sobre el trabajo no remunerado de las mujeres,[49] ya que la misma cantidad de trabajo que se ha extraído del hogar es la que ha vuelto a él como consecuencia de los recortes en sanidad, en cuidados hospitalarios y de la reducción del pequeño comercio, debido también a la expansión (mundial) del trabajo doméstico, pero por encima de todo a la continuidad del hogar como un imán que atrae el trabajo impagado o mal pagado.[50]

48 S. Federici, «Reproduction and Feminist Struggle in the New International Division of Labor», en M. Dalla Costa y F. Dalla Costa (eds.), *Women, Development and Labor Reproduction,* Trenton (NJ), Africa World Press, 1999; S. Ongaro, «De la reproduction productive à la production reproductive», *Multitudes*, núm. 12, 2003, pp. 145-153; R. S. Parreñas, *Servants of Globalization: Women, Migration and Domestic Work,* Stanford, Stanford University Press, 2001.

49 Solo hay un pasaje en el cual Hardt y Negri confrontan esta crisis (Hardt y Negri, *Commonwealth, op. cit.*, p. 134): «A las mujeres se les exige trabajo afectivo de forma desproporcionada, dentro y fuera del empleo […] a pesar de su masiva entrada en el trabajo asalariado […] todavía son las mujeres las que asumen la responsabilidad, en todos los países del mundo, del trabajo doméstico no pagado y del trabajo reproductivo, trabajos tales como las labores domésticas y el cuidado de los niños». Pero incluso esta acotación es cuestionable, dada la reivindicación continuamente repetida a lo largo de la trilogía (e incluso en esta misma página) de que la producción biopolítica difumina todas las distinciones entre producción y reproducción. ¿Qué significa hablar de trabajo reproductivo en este contexto? ¿Cómo podríamos imaginar una solución a la crisis mencionada si la distinción entre trabajo productivo y reproductivo es negada?

50 Glazer, *Women's Paid and Unpaid Labor: Work Transfer in Health Care and Retail*, Filadelfia, Temple University Press, 1993; David E. Staples, *No Place Like Home: Organizing Home-Based Labor in the Era of Structural Adjustment*, Nueva York, Routledge, 2006.

Visto todo lo anterior, podemos trazar algunas conclusiones preliminares. *La generalización del trabajo afectivo, es decir, su diseminación sobre cada forma de trabajo, nos lleva a una situación prefeminista, donde no solo la especificidad sino la misma existencia del trabajo reproductivo de las mujeres y la lucha que estas llevan a cabo en este terreno se vuelven invisibles de nuevo.*

El trabajo afectivo en la literatura feminista

Mientras que en el pensamiento de Negri y Hardt el TA representa una característica general del trabajo en la era postfordista, entre las estudiosas feministas el concepto ha proporcionado una herramienta de análisis para la exploración de nuevas formas de explotación laboral (mayoritariamente femeninas), así como para el análisis de los nuevos modos de subjetividad y de proyectualidad, estimulando la investigación empírica sobre los cambios sufridos por el trabajo reproductivo y sus sujetos al entrar en la esfera pública/mercantil. Estos análisis, en la forma de casos de estudio de las actividades reproductivas en el sector servicios, sin embargo, no han apoyado las teorías de Negri y Hardt de la «hipótesis de la autonomía». Comparado con la cadena de montaje, el «trabajo afectivo» puede aparecer como más creativo, ya que los trabajadores deben enrolarse en una constante rearticulación/reinvención de su propia subjetividad, elegir cuánto de «sí mismos» quieren ceder al trabajo, e intervenir en conflictos de interés. Pero deben hacer esto bajo la presión de las condiciones de un trabajo precario, un intenso ritmo y una racionalización y regimentación neotaylorista del trabajo que solo hubiésemos creído posible en el anterior régimen fordista.

Las contradicciones a las que se enfrentan los trabajadores cuando las relaciones laborales se transforman en «afectivas» y subjetivizadas están bien documentadas en las investigaciones desarrolladas por Emma Dowling, Kristin Carls, Elizabeth Wissinger y Allison Hearn (entre otras) sobre el TA en el trabajo de camarera, de dependienta en una tienda de una gran superficie, de modelo o en la promoción de la «marca personal» en programas de televisión (respectivamente). Cada una de ellas proporciona una fascinante descripción de lo que implica poner la propia subjetividad, la personalidad y los afectos en la esfera del trabajo asalariado bajo condiciones de creciente competitividad, y de la cada vez mayor capacidad de supervisión tecnológica por parte de los empresarios. Dowling, por ejemplo, señala que no solo estaba

aleccionada (como camarera en un restaurante exclusivo en Londres) para situar los elementos «afectivos» (conversación, entretenimiento, valorización del cliente) en el centro de su servicio para proporcionar una «experiencia gastronómica», sino que para ello tenía que hacerlo de acuerdo a unas directrices codificadas y altamente estructuradas «meticulosamente detalladas en una "secuencia de servicio" establecida en 25 puntos, que especificaban a qué distancia tenía que establecerse el contacto visual, cómo estrechar las manos y cuán fuerte debía hacerse».[51]

También Carls afirma, esta vez en relación a la industria de venta al detalle, que más que abrir nuevas posibilidades de cooperación y de «apropiación colectiva de las condiciones laborales», la creciente focalización en el afecto es un mecanismo central y una estrategia para el control laboral.[52] En un contexto laboral caracterizado por el recorte de gastos, la competitividad y una estricta regimentación del trabajo de todo tipo, desde los códigos de vestimenta a los descansos para ir al lavabo, todo es regulado y reforzado mediante múltiples formas de vigilancia; la focalización en el afecto y la interactividad en las relaciones entre trabajadores-gestores y trabajadores-clientes favorece la interiorización de los códigos de conducta y de la responsabilidad por el éxito en la consecución de los objetivos de la empresa, y la individualización de las prácticas laborales más que la solidaridad con otros trabajadores —todas ellas dinámicas intensificadas por la precarización del trabajo y la permanente inseguridad respecto al futuro laboral.[53]

La precariedad también emerge como un componente esencial de la disciplina laboral dentro de la obra de Elizabeth Wissinger en su análisis del trabajo afectivo dentro de la industria de la moda, y del trabajo de modelo en particular. Esta es una actividad en la que realmente la vida se difumina con el empleo, dado el continuo trabajo sobre el propio cuerpo y la percepción de la imagen propia mezclada con la proyectada, elementos básicos en la vida de una modelo. Pero la aparente autovalorización esconde altos niveles de trabajo no remunerado, y además hace que los trabajadores acaten tanto las promesas de recompensas constantemente aplazadas como un

51 E. Dowling, «Producing the Dining Experience: Measure Subjectivity and the Affective Worker», *Ephemera*, vol. 7, núm. 1, 2007, pp. 120-121.

52 K. Carls, «Affective Labor in Milanese Large Scale Retailing: Labor Control and Employees Coping Strategies», *Ephemera*, vol. 7, núm. 1, 2007, p. 46.

53 *Ibidem*, pp. 49-51.

régimen que los identifica como totalmente prescindibles y por el cual pueden ser inmediatamente despedidos si dejan de ser «divertidos», «incluso antes de acabar el trabajo».[54]

Por último, el análisis de Hearn sobre la promoción de la marca personal en los *reality-shows* desafía directamente la asunción de que el trabajo afectivo sea una actividad creativa o un vehículo para la expresión personal. Demuestra que, al extraerse de las emociones y la personalidad de los trabajadores, la imagen personal mostrada se encuentra cincelada por dictados específicos y estructuras disciplinarias, y que la venta de la «subjetividad» y de las experiencias vitales es una estratagema de los gestores para reducir los costes de producción, al pretender que realmente no hay ningún tipo de trabajo envuelto en ello.[55]

Podrían multiplicarse los ejemplos, pero obtendríamos resultados similares.

En resumen, más que ser una forma autónoma, autoorganizada, espontánea, productora de las formas elementales del comunismo, para los trabajadores del TA se trata de una experiencia mecánica, alienante, realizada bajo un mandato directo en el que son espiados y realmente medidos y cuantificados respecto a su capacidad para producir valor tanto como en cualquier otra forma de trabajo físico.[56] También se trata de una forma de trabajo que genera un sentimiento más intenso de responsabilidad e incluso ocasionalmente de orgullo en los trabajadores, minando de esta manera cualquier potencial rebelión contra la injusticia sufrida.

54 E. Wissinger, «Modelling a Way of Life: Immaterial and Affective Labour in the Fashion Modelling Industry», *Ephemera*, vol. 7, núm. 1, 2007, pp. 252-257.

55 A. Hearn, «Reality television, *The Hills*, and the limits of the immaterial labor thesis», *tripleC: Cognition, Communication, Cooperation*, vol. 8, núm. 1, 2010.

56 Véase Dowling, «Producing the Dining Experience», *op cit*., pp. 121, 128. Es una ilusión creer que el TA escapa a la medición del valor. Téngase en cuenta, por ejemplo, el trabajo de Eileen Boris y Jennifer Klein y sus reveladores comentarios sobre la taylorización de los trabajos de cuidados y del cuidado doméstico en EEUU durante los años noventa; estas autoras describen, por ejemplo, que aunque el cuidado es un acto que «desborda los límites preestablecidos» los hospitales y las empresas privadas han definido y regimentado sus tareas y jornadas bajo un modelo taylorista, reduciendo por ejemplo los cuidados que se efectúan en los domicilios al mero mantenimiento corporal, purgando las conversaciones y el tiempo de compañía, es decir, el cuidado emocional, pese a ser considerado esencial por los trabajadores de cuidados» (p. 189). Véase E. Boris y J. Klein, «We are the Invisible Workforce. Unionizing Home Care», en D. S. Cobble (ed.), *The Sex of Class. Women Transform American Labor,* Ithaca, Cornell University Press, 2007.

Las anteriores descripciones acerca del TA pueden generalizarse. Pocas de las actividades laborales del TA crean lo común «internamente en el trabajo» y de forma «externa al capital» tal y como Negri y Hardt lo imaginan. Como señala Carls, «el desarrollo de la cooperación y de la agencia colectiva no es un proceso autónomo, inherente a la lógica de la reorganización postfordista del trabajo».[57] Las relaciones que se dan entre camareras o dependientes y clientes, entre niñeras y los niños que cuidan, entre enfermeras o celadores y pacientes de los hospitales, no son productoras espontáneas de «lo común». En el puesto de trabajo neoliberal, donde la falta de personal hace que los acelerones estén a la orden del día y la precariedad genera altos niveles de inseguridad y ansiedad, el TA es más propicio a las tensiones y a los conflictos que al descubrimiento de los comunes.[58] De hecho es una ilusión creer que en un régimen laboral en el que las relaciones laborales están estructuradas en beneficio de la acumulación, el trabajo pueda tener un carácter autónomo, estar autoorganizado y escapar a mediciones y cuantificaciones.

Que el capitalismo no pueda «capturar» toda la energía/productividad del trabajo vivo no va en detrimento del hecho de que el trabajo subsumido bajo la lógica capitalista llega a la mente de los trabajadores, manipulando, distorsionando y estructurando nuestra propia alma. Esto se ve reconocido por Maurizio Lazzarato cuando atestigua que bajo la hegemonía del TI «la personalidad y la subjetividad de los trabajadores tienen que estar preparadas para organizarse y recibir órdenes».[59] Hochschild estaría de acuerdo; esta autora ha detectado diferentes estrategias a las que recurren los trabajadores para dar respuesta a las técnicas que utilizan los gerentes empresariales para apropiarse de su energía emocional. Algunas personas les dan su alma, consagrando todo su ser al trabajo, haciendo de las preocupaciones de los clientes las suyas propias; otras se disocian totalmente del trabajo, «representando» mecánicamente el contenido afectivo del trabajo esperado de ellos; y también hay quien por su parte intenta navegar entre estos dos extremos.[60] Pero seguro que en ningún caso es «lo común» lo que se produce, en un desarrollo automático inmanente al trabajo mismo. Poniéndolo en otros términos «lo común» no puede ser producido cuando tenemos que ofrecerles bebidas a los clientes sin importar sus posibles problemas de hígado o si debemos convencerles de

57 Carls, «Affective Labor in Milanese Large Scale Retailing», *op. cit.*, p. 58.

58 *Ibidem*, p. 46.

59 Maurizio Lazzarato, citado por Dowling, «Producing the Dining Experience *op. cit.*, 2007, p. 121.

60 Hochschild, *The Managed Heart*, *op. cit*.

comprar un vestido, un coche o unos muebles que puede que no sean capaces de pagar, sin escatimar en hincharles el ego, dando consejos y comentarios según prescripciones previas. De hecho, como ya se ha comentado, lo que aparece como «autonomía» es frecuentemente la interiorización de las necesidades del empresario.

De hecho, tal y como ejemplificó perfectamente el azafato Steven Slater con su decisión de dejar de ser complaciente con sus clientes y abandonar su puesto de trabajo lanzándose por el tobogán de emergencia del avión, las luchas contra el TA existen, y probablemente uno de los principales límites de la teoría de Negri y Hardt es haber ignorado esta realidad.[61]

Y sin embargo este error no es casual. La insistencia de Negri y Hardt en definir la afectividad primordialmente como cooperativa, autoorganizada e interactiva descarta el reconocimiento de las relaciones antagonistas que son constitutivas de este trabajo. También excluye la elaboración de estrategias que permitan a los trabajadores afectivos superar el sentimiento de culpabilidad que acompaña al rechazo a efectuar un trabajo del que depende la reproducción de otras personas. Solo cuando consideramos el trabajo afectivo como trabajo reproductivo, en su doble y contradictoria función, como la reproducción de los seres humanos y simultáneamente como la reproducción de la fuerza de trabajo, podemos imaginar y plantear distintas maneras y formas de lucha y de rechazo que empoderen a los que cuidamos en vez de destruirlos. La lección dada por el movimiento feminista ha sido crucial a este respecto, ya que ha reconocido que el rechazo de las mujeres a la explotación y al chantaje emocional, que se encuentran tanto en el núcleo del trabajo doméstico no remunerado como en el trabajo de cuidados remunerado, a su vez libera a aquellos que dependen de este trabajo.

De todas maneras, este reconocimiento y el acercamiento estratégico al TA no es posible mientras que esta actividad no se presente como un trabajo organizado por y para el capital y se siga mostrando como una actividad que ya ejemplifica el tipo de trabajo que tendría lugar en una sociedad postcapitalista.

61 L. King, entrevista con Steven Slater, 2010; disponible en Transcripts.cnn.com/TRANSCRIPTS/1010/26/lkl.01.html.

Conclusiones

Es significativo que los análisis llevados a cabo bajo el enunciado de trabajo afectivo se hayan concentrado en las nuevas formas de trabajo de marketing y especialmente en el trabajo reproductivo mercantilizado (realizado en su mayoría por mujeres). Esto, por un lado, no es sorprendente; la mercantilización de muchas de las tareas reproductivas ha supuesto una de las principales novedades dentro de la nueva economía mundial, resultado también de las luchas y revueltas mantenidas por las mujeres contra el trabajo doméstico no remunerado durante los años ochenta y noventa. Por otro lado, esto se ha convertido en algo problemático, ya que la focalización en el trabajo reproductivo mercantilizado se arriesga a ocultar los archipiélagos de actividades no remuneradas que aún se llevan a cabo en los hogares y los efectos que esto tiene en la posición de las mujeres también como trabajadoras asalariadas. Aún más importante, el estrés dominante en el trabajo mercantil y (según la visión de Negri y de Hardt) el colapso de las distinciones entre producción y reproducción, asalariado y no asalariado, amenaza con ocultar un factor fundamental en la naturaleza del capitalismo: la acumulación capitalista se alimenta de la inmensa cantidad de trabajo no remunerado, y por encima de todo, sobre la devaluación sistemática del trabajo reproductivo, lo que se traduce en la desvalorización de grandes sectores del mundo proletario, hecho que obligaron a reconocer las luchas de los no asalariados durante los años sesenta. Este reconocimiento corre el riesgo de perderse cuando el «trabajo afectivo» se convierte en el prisma exclusivo a través del cual leemos la reestructuración de la reproducción o se transforma en el indicador de una visión global donde las distinciones entre trabajo productivo y reproductivo, asalariado o no asalariado se obliteran totalmente.

Tercera Parte. La reproducción de lo común

11. Sobre el trabajo de cuidados de los mayores y los límites del marxismo (2009)

Introducción

El «trabajo de cuidados», especialmente en lo relativo al cuidado de los mayores, se ha situado en los últimos años en el centro de la atención pública en los países miembros de la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos (OCDE) como respuesta a una serie de tendencias que han provocado una crisis en numerosas formas de asistencia y cuidados. La primera de estas tendencias ha sido y es el aumento, tanto en términos absolutos como relativos, de la población anciana y de la esperanza de vida, que, sin embargo, no ha conllevado un aumento de los servicios de asistencia a los mayores.[1] También se ha producido un importante aumento del número de mujeres empleadas de manera asalariada fuera de los hogares, lo que ha provocado una reducción de la contribución de estas a la reproducción de sus familias.[2] A estos factores le debemos añadir el continuo proceso de crecimiento urbano y de gentrificación de los barrios obreros, que han destruido las redes sociales y los diversos modelos de apoyo mutuo en los que podían confiar las personas mayores que vivían solas, ya que contaban

[1] Laurence J. Kotlikoff y Scott Burns, *The Coming Generational Storm: What you Need to Know About America's Economic Future*, Cambridge (MA), MIT Press, 2004.

[2] Nancy Folbre, «Nursebots to the Rescue? Inmigration, Automation and Care», *Globalizations*, vol. 3, núm. 3, 2006, p. 350.

con vecinos que les proporcionaban alimentos, ayudaban con las tareas domésticas, les visitaban para darles conversación... Como resultado de estas tendencias, para un gran número de personas mayores los efectos positivos del aumento de la esperanza de vida han perdido su significado o incluso se ven ensombrecidos por una perspectiva de soledad, exclusión social e incremento de su vulnerabilidad frente a abusos físicos y psíquicos. Teniendo esto en mente, con el análisis aquí propuesto sobre la cuestión del cuidado de los mayores, pretendo reflexionar acerca del tipo de acciones que se pueden desarrollar y sobre por qué la cuestión del cuidado de los mayores se encuentra totalmente ausente de la literatura de la izquierda radical.

El principal objetivo de este análisis es lanzar un llamamiento a la redistribución de la riqueza social hacia el cuidado de los mayores, y a la construcción de formas colectivas de reproducción social, que permitan que se proporcione este cuidado, que se cubran sus necesidades —una vez que ellos ya no son capaces de hacerlo por sí mismos— y que esto no se produzca a costa de la calidad de vida de sus cuidadores. Para que esto suceda, el trabajo de cuidados de las personas mayores debe adquirir una dimensión política y posicionarse dentro de la agenda política de los movimientos por la justicia social. También es indispensable una revolución cultural en el concepto de ancianidad, contra la degradada representación que se hace de este sector, por un lado, al considerarlo una carga fiscal para el Estado y, por otro, al presentarlo como una etapa «opcional» de la vida que podemos superar e incluso prevenir, a través de tecnologías médicas y productos desarrollados por el mercado «que aumentan la esperanza de vida».[3] En la politización del cuidado de los mayores se encuentra en juego no solo el destino de estos y la insostenibilidad de los movimientos radicales, que cometen un grave error al ignorar lo crucial de esta cuestión, sino también la posibilidad de crear una solidaridad generacional y de clase. Esta solidaridad ha sido objetivo durante años de una inagotable campaña en su contra por parte de economistas políticos y gobiernos que

---

3 Tal y como señalan Joyce y Mamo en «Greying the Cyborg», sobre la base de la búsqueda de beneficios y una ideología que privilegia la juventud, se ha desarrollado una amplia campaña cuyo objetivo es asegurar un nicho de mercado propio al convertir a los mayores en consumidores, prometiendo «regenerar» sus cuerpos y retrasar el envejecimiento siempre y cuando utilicen los productos y tecnologías farmacéuticas apropiadas. En este contexto, el envejecimiento se ha convertido casi en un pecado, que cometemos en primera persona, al no utilizar los beneficios de los últimos productos rejuvenecedores. Véase Kelly Joyce y Laura Mamo, «Greying the Cyborg: New Directions in Feminist Analyses of Aging, Science and Technology», en Toni M. Calasanti y Kathleen F. Slevin, *Age Matters: Realigning Feminist Thinking*, Nueva York, Routledge, 2006, pp. 99-122.

han señalado las partidas presupuestarias destinadas a estos trabajadores, las que reciben debido a su edad (como las pensiones y diferentes tipos de subsidios sociales), como bombas de relojería para la economía del país y una pesada hipoteca para el futuro de los jóvenes.

La crisis del cuidado de los mayores en la era global

En muchos aspectos la actual crisis del trabajo de cuidado de los mayores no supone una novedad. Este trabajo siempre ha vivido una constante situación de crisis dentro de la sociedad capitalista, debido tanto a la devaluación que dentro del mundo capitalista sufre el trabajo reproductivo como a la visión que se tiene de las personas mayores como seres no productivos —en vez de ser valorados como depositarios de la memoria colectiva y de la experiencia, tal y como se les consideraba en las sociedades precapitalistas. Dicho de otra manera, el trabajo de cuidado de los mayores sufre una doble devaluación cultural y social. De la misma manera que el resto del trabajo reproductivo, esta labor no es vista como trabajo pero, al contrario que la reproducción de la fuerza de trabajo, cuyo producto tiene un valor reconocido, el cuidado de los mayores está estigmatizado como una actividad que absorbe valor pero que no genera ninguno. Por eso, tradicionalmente, los presupuestos destinados al cuidado de los mayores se han asignado con un discurso tacaño y mezquino, que recuerda al predicado por las leyes de pobreza del siglo XIX; las tareas de cuidado de los mayores que ya no son capaces de valerse por sí mismos se han abandonado en manos de las familias y parientes con escaso apoyo externo, en la presunción de que las mujeres deben asumir esta tarea de una manera natural como parte de su trabajo doméstico.

Ha sido necesaria una larga e intensa lucha para forzar al capital a reproducir no solo la fuerza de trabajo «en uso» sino todo lo necesario para la reproducción de la clase trabajadora a lo largo de todo su ciclo vital, incluyendo la provisión de asistencia para aquellos que ya no forman parte del mercado laboral. Sin embargo, incluso el Estado keynesiano se quedó corto en este objetivo. Ejemplo de esta cortedad de miras es la legislación sobre Seguridad Social aprobada en Estados Unidos en 1940, laureada como «uno de los logros de nuestro siglo» cuando tan solo respondía parcialmente a los problemas a los que se enfrentan los mayores, ya que

ligaba el dinero recibido del Estado a los años de empleo remunerado y proporcionaba ayuda social solo a aquellos mayores en situación de extrema pobreza.[4]

El triunfo del neoliberalismo ha empeorado esta situación. En algunos países de la OCDE, durante los años noventa ya se dieron los pasos necesarios para incrementar la financiación de los servicios de cuidados domiciliarios y para proporcionar formación y ayuda a los cuidadores.[5] En Inglaterra el gobierno ha incluido el derecho de los cuidadores a exigir a los empresarios jornadas laborales flexibles, para así poder «conciliar» trabajo asalariado y el trabajo de cuidados.[6] Pero el desmantelamiento del «Estado de bienestar» y la insistencia neoliberal en que la reproducción es responsabilidad personal de los trabajadores han disparado una tendencia opuesta que está ganando velocidad y que la actual crisis económica acelerará sin lugar a dudas.

La disminución de los presupuestos sociales para los mayores ha sido especialmente severa en Estados Unidos, donde ha llegado al extremo de que los trabajadores a menudo ven empobrecida su situación económica al asumir el cuidado de los familiares dependientes. La transferencia de gran parte de los cuidados hospitalarios a los domicilios, tendencia política en auge, ha aumentado los problemas de estas familias, ya que, motivada meramente por razones financieras, se está llevando a cabo sin ningún tipo de atención a las estructuras necesarias para reemplazar de forma responsable ciertos servicios que habitualmente proveían los hospitales. Tal y como describe Nona Glazer, este desarrollo no solo ha aumentado la cantidad de trabajo que deben realizar los miembros de la familia, sobre todo las mujeres,[7] sino que incluso

4 Dora L. Costa, *The Evolution of the Retirement: An American Economic History, 1880-1990*, Chicago, The University of Chicago Press, 1998, p. 1.

5 OCDE Health Project, *Long Term Care For Older People*, París, OCDE Publicaciones, 2005; Lourdes Beneria, «The Crisis of Care, International Migration, and Public Policy», *Feminist Economics*, vol. 14, núm. 3, julio de 2008, pp. 2-3, 5.

6 En Inglaterra y Gales, lugares en los que se contabiliza un total de 5,2 millones de personas como cuidadoras no formales, desde abril de 2007, a los cuidadores de adultos se les reconoce el derecho a exigir jornadas laborables flexibles (*ibidem*). En Escocia, el Community Care and Health Act de 2002 «introdujo cuidados personales gratuitos para los mayores» y también redefinió a los cuidadores como «co-trabajadores que reciben recursos, más que consumidores [...] que deban estar obligados a pagar por los servicios», Fiona Carmichael *et. al.*, *Feminist Economics,* vol. 14, núm. 2, abril, 2008, p. 7.

7 Glazer, *Women's Paid and Unpaid Labor: Work Transfer in Health Care and Retail*, Filadelfia, Temple University Press, 1993. Según diferentes encuestas, en Estados Unidos, como consecuencia

se han transferido al hogar tratamientos «peligrosos» e incluso «con riesgo para la vida» que en el pasado se esperaba que tan solo realizaran enfermeras tituladas y en hospitales.[8] Paralelamente, los trabajadores de cuidados domésticos han visto duplicada su carga de trabajo y reducida la duración de las visitas,[9] lo que les obliga a reducir sus servicios al «mantenimiento de la casa y el cuidado corporal».[10] Los centros de cuidados financiados por el Estado también se han visto «taylorizados», «mediante el uso de *time-and-motion-estudies* [estudios de racionalización del tiempo de trabajo y de movimientos] para decidir a cuántos pacientes se espera que atiendan».[11]

La globalización del cuidado de los mayores durante las décadas de los ochenta y de los noventa no ha solucionado esta problemática. La nueva división internacional del trabajo reproductivo que ha promovido la globalización ha transferido grandes cantidades de trabajo a las mujeres inmigrantes. Este desarrollo ha resultado ser muy beneficioso para los gobiernos, al permitirles ahorrar miles de millones de dólares que de otra manera hubiesen tenido que pagar para proporcionar servicios de asistencia a los mayores. También ha permitido que muchas personas mayores que querían mantener su independencia y permanecer en sus hogares lo hiciesen sin caer en la bancarrota. Pero esta no puede ser considerada una «solución» al cuidado de los mayores, a falta de una transformación social y económica de las condiciones de los trabajadores de cuidados y de los factores que motivan su «elección»

---

de estos recortes, de 20 a 50 millones de personas proporcionan a sus familias el cuidado que tradicionalmente llevaban a cabo enfermeras y trabajadores sociales. Los cuidadores familiares suplen el 80 % de los cuidados a los enfermos y a los familiares dependientes, y la necesidad de sus servicios no hará sino crecer debido al aumento de la esperanza de vida y a los adelantos de la medicina moderna capaces de prolongar la vida. Cada vez más enfermos terminales deciden permanecer en su hogar hasta que les llegue su fin y los miembros de la familia y los amigos son los que a día de hoy ejercen de cuidadores informales para cerca de las tres cuartas partes de los enfermos o los dependientes mayores, que viven en comunidad durante esos años de su vida, según un informe de los Archivos de Medicina Interna de enero de 2007; véase Jane E. Brody, «When Families Take Care of Their Own», *The New York Times*, 11 de noviembre de 2008.

8 Como consecuencia de este «traspaso» (según describe Glazer), el hogar se ha convertido en una fábrica médica, en la que se hacen diálisis y donde las amas de casa y sus apoyos deben aprender a insertar catéteres y sondas médicas; además, se está produciendo todo un nuevo rango de equipo médico para su uso en casa. Glazer, *Women's Unpaid Labor*, *op, cit.*, p. 154.

9 Glazer, *Women's Paid and Unpaid Labor*, *op. cit.*, pp. 166-167, 173-174.

10 Eileen Boris y Jennifer Klein, «We Were the Invisible Workforce: Unionizing Home Care», en Dorothy Sue Cobble (ed.), *The Sex of Class: Women Transforming American Labor*, Ithaca, Cornell University Press, 2007, p. 180.

11 Glazer, *Women's Paid and Unpaid Labor, op. cit.*, p. 174.

de este trabajo. Es debido al impacto destructor de la «liberalización económica» y de los «ajustes estructurales» en sus países de origen que millones de mujeres de África, Asia, las islas del Caribe y los antiguos países socialistas migran a las regiones más ricas de Europa, Oriente Medio y Estados Unidos, para servir como niñeras, trabajadoras domésticas y cuidadoras de los mayores. Para hacerlo, deben abandonar a sus propias familias, incluyendo niños y progenitores ancianos, y emplear a familiares o a otras mujeres con menos recursos y capacidad económica que ellas mismas para reemplazarlas en unas tareas de las que ya no se pueden hacer cargo.[12] Si tomamos como ejemplo el caso de Italia, se calcula que tres de cada cuatro *badanti* (como se llama a las cuidadoras de los mayores) tienen hijos, pero solo un quince por ciento tiene a sus familias con ellas.[13] Esto significa que la mayor parte de estas mujeres sufren fuertes estados de ansiedad, al enfrentarse al hecho de que sus propias familias tienen que pasar sin el cuidado que ellas proporcionan a otras personas en otras partes del mundo. Arlie Hochschild habla, en este contexto, de «transferencia global del cuidado y las emociones» y de la formación de la «cadena de cuidados global».[14] Pero la cadena a menudo se rompe: las mujeres inmigrantes se vuelven desconocidas para sus hijos, los acuerdos estipulados se rompen y los familiares pueden morir durante su ausencia.

No menos importante es el que, debido a la devaluación del trabajo reproductivo y al hecho de que son inmigrantes —a menudo sin papeles en regla— y mujeres de color, las trabajadoras asalariadas son muy vulnerables ante un amplio abanico de chantajes y abusos: largas jornadas laborales, vacaciones no remuneradas ni derecho alguno, siempre expuestas a comportamientos racistas y abusos sexuales. Tan mínima es la paga de las trabajadoras de cuidados en Estados Unidos que al menos la mitad de ellas depende de vales de alimentos y de diferentes tipos de ayudas sociales para llegar a fin de mes.[15] De hecho, como ha expresado la Domestic Workers Union [Sindicato

12 Jean L. Pyle, «Transnational Migration and Gendered Care Work: Introduction», *Globalizations*, núm. 3, 2006, p. 289; Arlie Hochschild y Barbara Ehrenreich, *Global Women: Nannies, Maids and Sex Workers in the New Economy*, Nueva York, Holt, 2002.

13 Dario Di Vico, «Le badanti, il nuovo welfare privato. Aiutano gli anziani e lo Stato risparma», *Corriere della sera*, 13 de junio de 2004, p. 15.

14 Arlie Hochschild, «Global Care Chains and Emotional Surplus Value» en W. Hutton y Anthony Giddens (eds.), *Global Capitalism*, Nueva York, The New Press, 2000; Arlie Hochschild y Barbara Ehrenreigh, *Global Women: Nannies, Maids and Sex Workers in the New Economy*, Nueva York, Holt, 2002, pp. 26-27.

15 *The New York Times*, 28 de enero de 2009.

de Trabajadoras Domésticas] —la principal organización de trabajadoras domésticas y de cuidados del Estado de Nueva York, promotora de la Domestic Workers Bill of Rights [Carta de Derechos de las Trabajadoras Domésticas]—, las trabajadoras de cuidados viven y trabajan «a la sombra de la esclavitud».[16]

También es importante señalar que la mayor parte de las personas mayores y sus familias no pueden permitirse contratar cuidadoras o pagar los servicios que cubrirían realmente sus necesidades. Esto es especialmente cierto en el caso de personas mayores dependientes que requieren de cuidados durante todo el día. Según las estadísticas de CNEL de 2003,[17] en Italia tan solo el 2,8 % de los ancianos reciben asistencia no familiar en su hogar; en Francia es el doble y en Alemania el triple.[18] Pero la cifra todavía es muy baja. Un gran número de personas mayores viven solas, enfrentándose a dificultades que son aún más devastadoras cuanto más invisibles son. Durante el «verano caliente» de 2003, miles de personas murieron en toda Europa por deshidratación, falta de comida y medicinas o simplemente por el insoportable calor. Murieron tantos en París que las autoridades tuvieron que almacenar sus cuerpos en espacios públicos refrigerados hasta que sus familias les reclamaron.

Cuando son los miembros de las familias los que se hacen cargo de los mayores, la mayor parte de las tareas suelen recaer en las espaldas de las mujeres,[19] quienes durante meses y a veces años viven al límite del agotamiento físico y nervioso, consumidas por el trabajo y la responsabilidad de tener que proporcionar unos cuidados y realizar unas tareas para las cuales a menudo no están preparadas. Muchas tienen trabajos fuera de casa que frecuentemente se ven forzadas a abandonar cuando aumenta el trabajo de cuidados. Particularmente estresadas se encuentran las pertenecientes a la «generación sándwich» quienes deben criar a sus hijos a la vez

16 La Carta de Derechos por la que luchó el Sindicato de Trabajadoras Domésticas y de Cuidados, aprobada en el año 2010 en el Estado de Nueva York, fue la primera en el país que reconocía a las trabajadoras de cuidados como tales y establecía que tenían los mismos derechos que otras categorías de trabajadores.

17 Consiglio Nazionale dell'Economia e del Lavoro [Consejo Nacional de Economía y Trabajo], Italia. [N. de la T.]

18 Dario Di Vico, «Le badanti», *op. cit.*, 2004.

19 De todas maneras, según *The New York Times*, el número de hombres que se hacen cargo de sus progenitores ya ancianos ha crecido de manera sostenida en Estados Unidos.

que cuidan de sus padres.[20] La crisis del trabajo de cuidados ha alcanzado tal punto que, en Estados Unidos, familias con bajos ingresos, familias monoparentales, adolescentes y niños, a veces no mayores de once años, administran terapias e inyecciones. Como ha informado *The New York Times*, un estudio de alcance nacional realizado durante 2005 reveló que «el tres por ciento de los hogares con niños de entre ocho y dieciocho años incluyen niños cuidadores».[21]

La alternativa, para aquellos que no pueden pagar ningún tipo de «cuidado en casa», son los centros de día o residencias públicas, que en cualquier caso se parecen más a cárceles que a residencias para mayores. Habitualmente, debido a la falta de personal y de recursos económicos, estas instituciones suelen proporcionar cuidados mínimos. En la mayor parte de los casos, dejan a sus residentes durante largas horas tumbados en la cama sin que haya nadie cerca para cambiarles de posición, ahuecarles y colocarles las almohadas, masajearles las piernas, cuidar las heridas que provocan largas horas de estar tumbado, o simplemente para hablar con ellos, elementos básicos para mantener su sentimiento de identidad y dignidad y que se sigan sintiendo vivos y valorados. En los peores casos, las residencias son lugares en los que se droga a las personas mayores, se las amarra a la cama, se les deja durmiendo sobre sus excrementos y en los que están sujetas a todo tipo de abusos psicológicos y físicos. Gran parte de esta realidad la han revelado diferentes estudios, incluyendo uno de 2008 del gobierno de Estados Unidos, que relatan historias de abusos, negligencias y violaciones de las normas de sanidad y seguridad en el 94 % de las residencias.[22] La situación no es más alentadora en otros países. En Italia las denuncias de abusos cometidos contra los disminuidos o los enfermos crónicos son muy frecuentes, así como los casos en los que se les deniega la asistencia médica necesaria.[23]

---

20 Martin Beckford, «"Sandwich Generation" Families Torn Between Demands of Children and Parents», *Telegraph*, 1 de abril de 2009.

21 Pam Belluck, «In Turnabout, Children Take Caregiver Role», *The New York Times*, 22 de febrero de 2009. Otros países en los que los niños han pasado a ser trabajadores de cuidados son Reino Unido y Australia, donde a menudo se les reconoce el derecho a participar en los «debates sobre el cuidado de los enfermos» y a exigir retribuciones económicas por su trabajo.

22 *The New York Times*, 30 de agosto de 2008.

23 Sobre este tema, véase Francesco Santanera, «Violenze e abusi dovuti anche alla mancata applicazione delle leggi», *Prospettive Assistenziali*, núm. 169, enero-marzo de 2010. El número 168 se dedica a las luchas contra la exclusión social, especialmente a los casos de personas disminuidas o mayores. El artículo de Santanera también puede encontrarse en la Red en http://www.superando.it/content/voew/5754/121. Según recoge un informe institucional de 2010, un

El cuidado de los mayores, los sindicatos y la izquierda

Los problemas descritos son tan comunes y apremiantes que se podría suponer que poseen un lugar preeminente dentro de la agenda política de los movimientos por la justicia social y de los sindicatos a nivel internacional. Sin embargo, este no es el caso. A no ser que trabajen dentro de alguna institución, como es el caso de enfermeras y auxiliares, las trabajadoras de cuidados son ignoradas por los sindicatos, incluso por los más combativos como es el caso del Congress of South African Trade Unions (COSATU).[24]

Los sindicatos negocian las pensiones, las condiciones de la jubilación y la asistencia sanitaria, pero poco dicen en sus programas de los sistemas de apoyo requeridos por las personas al envejecer o de las necesidades de las trabajadoras de cuidados, independientemente de si se les remunera o no. En Estados Unidos, hasta hace bien poco, los sindicatos ni siquiera habían intentado organizar a las trabajadoras de cuidados, y mucho menos si eran trabajadoras no remuneradas. Por eso, hasta el día de hoy, las trabajadoras de cuidados que se dedican a individuos o familias se encuentran excluidas de la Fair Labor Standards Act, una legislación que data de los tiempos del New Deal y que garantiza el «acceso al salario mínimo, a las horas extra, a la negociación de derechos y a otros derechos laborales».[25] Como ya se ha mencionado, de los cincuenta Estados, solo el de Nueva York ha reconocido hasta ahora a las trabajadoras de cuidados como trabajadoras, con la aprobación, en noviembre de 2010, de la Carta de Derechos por la que el sindicato Unión de Trabajadoras Domésticas había luchado largamente. Y Estados Unidos no es un caso aislado. Según un informe de la OIT realizado en 2004, «los índices de sindicación transnacional dentro del sector doméstico apenas alcanzan el uno por ciento».[26] Tampoco las pensiones son algo común a todas las trabajadoras sino tan solo a aquellas que han trabajado a cambio de un salario, y desde luego no son un derecho reconocido a los familiares cuidadores no remunerados. Ya que el trabajo de cuidados no es un trabajo reconocido como tal y el

tercio de las instituciones para ancianos violan las normas legales; véase http//:www.ansa.it/notizie/rubriche/cronaca/2010/02/26/visualizza_new

24 Shireen Ally, «Caring about Care Workers: Organizing in the Female Shadow of Globalization», San Miguel de Allende, México, International Conference on Women and Globalization, Centro para la Justicia Global, 27 de julio - 3 de agosto de 2005, p. 3.

25 Boris y Klein, «We Were the Invisible Workforce», *op. cit.*, p. 182.

26 Ally, «Caring About Care Workers», *op. cit.*, p. 1.

sistema de pensiones computa su retribución en función de los años cotizados según una base asalariada, las mujeres que han trabajado como amas de casa a tiempo completo solo pueden obtener una pensión a través de su marido asalariado y no tienen derecho a prestaciones de la seguridad social en caso de divorcio.

Las organizaciones sindicales no han plantado cara a estas desigualdades, como tampoco lo han hecho los movimientos sociales ni las organizaciones marxistas, que, pese a algunas excepciones, parecen haber borrado a los mayores de las luchas, a juzgar por la ausencia de referencia alguna al cuidado de los mayores en los análisis marxistas actuales. La responsabilidad por este estado de las cosas puede remontarse hasta el mismo Marx. El cuidado de los mayores no es algo que se tenga en cuenta en su obra, pese a que la cuestión de los ancianos ha estado dentro de la agenda política revolucionaria desde el siglo XVIII y pese a que las sociedades basadas en el apoyo mutuo y las visiones utópicas de comunidades abundaron en su época (foueristas, owenistas, icarianos).[27]

Marx estaba preocupado por el entendimiento de los mecanismos de la producción capitalista, en las diferentes formas o caminos que la clase obrera adopta para enfrentarse a ésta y en las distintas maneras en las que conforma sus luchas. Dentro de su debate y del desarrollo de su pensamiento no tenía

27 Robin Blackbourn, *Banking on Death or Investing in Life: The History and Future of the Pensions*, Londres, Verso, 2002, pp. 39-41. Como Robin Blackbourn señala, las primeras propuestas para el establecimiento de un sistema de pensiones para los ancianos datan de los tiempos de la Revolución Francesa. Tom Paine desarrolló el debate en la segunda parte de *Los derechos del hombre* (1792), tal y como también hizo su amigo Condorcet, que proponía un sistema que cubriese a todos los ciudadanos. En la estela de estas propuestas, «La Convención Nacional declaró el día diez de Fructidor como la *Fête de la Veillese* [Día de los mayores] y estableció también la creación de residencias para mayores en cada departamento [...] La Convención adoptó el principio de una pensión cívica para los mayores en junio de 1794, solo unos meses después de la abolición de la esclavitud», Blackburn, *Banking on Death...*, pp. 40-41. En época de Marx, las diferentes formas de retribución durante periodos de enfermedad, ancianidad y muerte, así como en caso de desempleo, eran cubiertas por las mutualidades obreras, organizadas por gremios y descritas en palabras de John Foster como «la única institución social que afrontó la situación de prácticamente la mayoría de los adultos de la clase trabajadora», Foster, *Class Struggle and the Industrial Revolution*, Londres, Weidenfeld & Nicolson, 1974, p. 216. Aunque el cenit del socialismo utópico se produjo durante la primera parte del siglo XIX, al menos hasta 1860 continuaron los experimentos comunitarios, comprometidos con la protección de sus miembros frente a la pobreza y la incapacidad sobrevenida en la ancianidad, en especial en lugares como Estados Unidos. Un periodista contemporáneo, Charles Nordhoff, contabilizó al menos setenta y dos organizaciones que funcionaban de acuerdo a principios cooperativos/comunales; véase Nordhoff, *The Communistic Societies of the United States: From Personal Observation*, Nueva York, Dover Publications, 1875 & 1966.

cabida la seguridad en la edad anciana ni el cuidado de los mayores. Si tenemos que dar credibilidad a los informes de los contemporáneos de Marx, llegar a viejo era algo extraño entre los trabajadores fabriles y los mineros de esta época, cuya esperanza media de vida, en zonas industriales como Manchester y Liverpool, no sobrepasaba en el mejor de los casos los treinta años.[28]

Más importante todavía, Marx no reconoció la centralidad del trabajo reproductivo ni en la acumulación capitalista ni en la construcción de la nueva sociedad comunista. Aunque tanto él como Engels escribieron acerca de la dramática situación en la que vivían y trabajaban los obreros ingleses, Marx prácticamente naturalizó el proceso reproductivo sin ni siquiera esbozar o vislumbrar cómo debería o cómo sería la reorganización del mismo en una sociedad postcapitalista y/o durante el mismo desarrollo de la lucha. Por ejemplo, Marx desarrolló el proceso de «cooperación» solo dentro del proceso de producción de mercancías, obviando las formas cualitativamente diferentes de cooperación proletarias dentro de los procesos de reproducción, que más tarde Kropotkin denominaría «apoyo mutuo».[29]

La cooperación entre trabajadores es, para Marx, un carácter fundamental de la organización laboral capitalista, «simple resultado del capital que los emplea simultáneamente», y se da únicamente cuando los trabajadores «ya han dejado de pertenecerse a sí mismos» y son funcionales al aumento de la productividad y la efectividad laboral.[30] Como tales, no dejan espacio a las habituales expresiones de solidaridad, para las muchas «instituciones y hábitos de ayuda mutua» —«guildas, sociedades, hermandades, mutuas»— que Kropotkin encontraba presentes en las diferentes poblaciones industriales de su época.[31] Tal y como Kropotkin percibió, estas mismas formas de apoyo mutuo limitaban los efectos y el poder del capital y el Estado sobre las vidas de los trabajadores, permitiendo el que innumerables trabajadores no cayesen

28 Wally Secombe, *Weathering in the Storm: Workig Class Families from the Industrial Revolution to the Fertility Decline*, Londres, Verso, 1993 & 1995, pp. 75-77.

29 Para profundizar en el concepto de Kropotkin de apoyo mutuo, véanse en particular los dos últimos capítulos de la obra homónima *Mutual Aid: A Factor of Evolution*, Londres, Freedom Press, 1902 [ed. cast.: *El apoyo mutuo: un factor en la evolución*, Madrid, Madre Tierra, 1989].

30 Marx, *Capital*, vol. 1, Londres, Penguin Classics, 1990: «Como obreros que cooperan para un resultado, como miembros de un organismo trabajador, no son más que una modalidad especial de existencia del capital para el que trabajan». La capacidad productiva que desarrollan «es la fuerza productiva del capital» (pp. 267-269) [ed. cast: *El capital*, México, FCE, 1959].

31 Kropotkin, *Mutual Aid, op. cit.*, pp. 208, 221.

en la ruina más profunda, y plantando las semillas de un sistema de seguro médico autogestionado, que garantizaba cierto tipo de protección contra el desempleo, la enfermedad, la vejez y la muerte.[32]

Típico de los límites de la perspectiva marxista es su visión utópica recogida en el «Fragmento sobre las máquinas» de los *Grundrisse* (1857-58), en el que proyecta un mundo en el que las máquinas se encargan de todas las tareas, y los seres humanos solo las atienden, funcionando como sus supervisores. Esta visión omite el que, incluso en los países más avanzados, gran parte del trabajo socialmente necesario consiste en las actividades reproductivas y que este trabajo ha demostrado ser irreductible a la mecanización.

Las necesidades, los deseos y las potencias de la gente mayor, o de las personas sin salario, tan solo pueden ser mínimamente atendidos mediante la introducción de tecnologías. La automatización del cuidado de los mayores ya es un sendero bien desarrollado. Como ha demostrado Nancy Folbre (la más importante economista y teórica del cuidado de los mayores de Estados Unidos), las industrias japonesas ya están bastante avanzadas en el intento de tecnificar este tipo de cuidados, como en general lo están en la producción de robots interactivos. Los robots enfermeros, que bañan personas o que les «pasean para ejercitarles», y los «robots de acompañamiento» (robot-perros, ositos robóticos) ya se encuentran en el mercado, aunque a un coste prohibitivo.[33] También sabemos que para muchas personas mayores las televisiones y los ordenadores personales se han convertido en sustitutos de las *badantis*. Las sillas de ruedas dirigidas electrónicamente mejoran la movilidad de aquellos que tienen suficiente capacidad de manejo de sus propios movimientos como para dirigir los mandos de las mismas.

Estos desarrollos científicos y tecnológicos pueden beneficiar en gran medida a las personas mayores, si estos se lo pueden permitir económicamente. La alta circulación de conocimientos pone de hecho gran cantidad de riqueza a su disposición. Pero esto no puede reemplazar el trabajo de los cuidadores, especialmente en el caso de las personas que viven solas y en el de las que sufren enfermedades o discapacidades. Como señala Folbre, la compañía robótica

32 *Ibidem*, p. 230.

33 Nancy Folbre, «Nursebots to the Rescue? Inmigration, Automation and Care», *Globalizations*, vol. 3, núm. 3, 2006, p. 356.

puede incluso incrementar la soledad de estas personas y su aislamiento.[34] Ninguna máquina automática puede hacerse cargo de los sentimientos —el miedo, la ansiedad, la pérdida de identidad o la propia dignidad— que la gente experimenta cuando envejece y pasan a depender de otros para la satisfacción de incluso sus necesidades más básicas.

No es innovación tecnológica lo que se necesita para afrontar la cuestión del cuidado de los mayores, sino un cambio en las relaciones sociales, por el que la valorización económica deje de ser el motor de la actividad social, y que impulse la reproducción social como un proceso colectivo. De todas maneras, esto no puede darse dentro de un marco de trabajo marxista, carente de un replanteamiento amplio del significado del trabajo similar al planteado por las feministas durante los años setenta como parte de nuestros debates políticos sobre la función del trabajo doméstico y del origen de la discriminación de género. Las feministas han rechazado la centralidad de la cuestión laboral que el marxismo ha asignado históricamente al trabajo asalariado y a la producción de mercancías como lugares cruciales en la transformación social, y han criticado la negligencia mostrada a la hora de tomar en cuenta la reproducción de los seres humanos y de la fuerza de trabajo. La lección mostrada por el movimiento feminista no es solo que la reproducción sea el pilar central de la «fábrica social», sino que es en el cambio de las condiciones bajo las cuales nos reproducimos donde radica el elemento esencial de nuestra capacidad para crear «movimientos que se (auto)reproduzcan».[35] Obviar que lo «personal» es «político» mina en gran medida la fuerza de nuestras luchas.

En este tema, los marxistas actuales no han avanzado mucho más que el propio Marx. Si tomamos como ejemplo la teoría de la autonomía marxista del «trabajo afectivo e inmaterial», se observa cómo todavía obvia la

---

34 *Ibidem*.

35 «Conceptualizamos como movimiento que se (auto)reproduce aquel movimiento que no surge y colapsa, y resurge y vuelve a colapsar, sino aquel que es capaz de mantener una continuidad frente a todas sus transformaciones». Véase EIPCP, «Debt, Affect and Self-Reproducing Movements», entrevista de Christoph Brunner a Christian Marazzi, George Caffentzis y Silvia Federici sobre los últimos acontecimientos en Quebec, 6 de junio de 2012; disponible en http://eipcp.net/n/1339011680. El concepto de «movimientos que se (auto)reproducen» se ha convertido en algo central para numerosos colectivos radicados en EEUU; estos rechazan la separación —típica de las políticas izquierdistas— entre el trabajo político y la reproducción diaria de nuestras vidas. Para un desarrollo elaborado de este concepto, véase la colección de artículos del colectivo Team Colors, publicados en su blog, «In the Middle of the Whirlwind», y el artículo publicado recientemente por Craig Hughes y Kevin Van Meter, «The Importance of Support, Building Foundations, Creating Community Sustaining Movements», *Rolling Thunder*, núm. 6, otoño de 2008, pp. 29-39.

profusa problemática que el análisis feminista sobre el desarrollo reproductivo ha puesto al descubierto.[36] La teoría del «trabajo afectivo e inmaterial» afirma que en la fase actual del capitalismo, la distinción entre producción y reproducción se encuentra totalmente desdibujada, ya que el trabajo se ha transformado en producción de estados del ser, de los «afectos» y de lo «inmaterial» más que de objetos físicos.[37] En este sentido el «trabajo afectivo» sería un componente de todas y cada una de las formas de trabajo, más que de un tipo determinado de (re)producción. El ejemplo que habitualmente se da de los «trabajadores afectivos» prototipo son las trabajadoras de los establecimientos de comida rápida quienes deben voltear las hamburguesas del McDonald's con una sonrisa, o las azafatas que deben vender una sensación de seguridad a las personas a las que atienden. Sin embargo, este tipo de ejemplos es engañoso puesto que gran parte del trabajo reproductivo, como por ejemplo el cuidado de los mayores, necesita de un compromiso total para con las personas reproducidas, una relación que difícilmente puede ser concebida como «inmaterial».

Aun así, es importante reconocer que el concepto de «trabajo de cuidados» también es hasta cierto punto reduccionista. El término entró a formar parte del habla común durante la década de los ochenta y de los noventa en conjunción con el surgimiento un nuevo tipo de división del trabajo dentro del trabajo reproductivo, que contempla los aspectos físicos y los emocionales de manera separada. Algunas trabajadoras de cuidados remuneradas se han aferrado a esta distinción, en una búsqueda de especificación de las tareas que pueden esperar o demandar de ellas sus empleadores, y de un reconocimiento de su trabajo como cualificado. Pero esta distinción es insostenible, tal y como ellas mismas son las primeras en reconocer. Porque lo que diferencia la reproducción de los seres humanos de la producción de mercancías es el carácter holístico de muchas de las tareas implicadas en la reproducción. De hecho, al introducir una separación, nos sumergimos en

---

36 Me refiero en particular a la teoría del «trabajo inmaterial» formulada por Negri y Hardt en su trilogía *Empire* (Cambridge, Harvard University Press, 2000), *Multitudes* (Cambridge, Harvard University Press, 2004), en especial las pp. 108-111, y *Commonwealth* (Cambridge, Harvard University Press, 2009) [ed. cast.: *Imperio*, Barcelona, Paidós, 2002; *Multitud: Guerra y democracia en la era del Imperio*, Barcelona, Debate, 2004; *Commonwealth: el proyecto de una revolución del común*, Madrid, Akal, 2011].

37 Para leer más sobre este tema, véase la argumentación sobre la teoría del «trabajo inmaterial» de Negri y Hardt en el artículo de Silvia Federici, «On Affective Labor», en Michael A. Peters y Eergin Blut (eds.), *Cognitive Capitalism, Education and Digital Labor*, Nueva York, Peter Lang, 2011, pp. 57-74. [Incluido en este volumen. N. de E.]

un mundo de alienación radical, ya que a las personas mayores (o a los niños en muchos casos) se les alimenta, lava, cepilla el cabello, masajea o medica sin consideración alguna hacia su estado emocional, su respuesta «afectiva» y su estado general de bienestar. La teoría del «trabajo afectivo» ignora esta problemática así como la complejidad comprendida en la reproducción de la vida. También sugiere que todas las formas de trabajo en el capitalismo «postindustrial» son cada vez más homogéneas.[38] Sin embargo, un vistazo a la organización del cuidado de los mayores, tal y como está constituido hoy en día, disipa esa ilusión.

Mujeres, ancianidad y cuidado de los mayores desde la perspectiva de las economistas feministas

Tal y como han afirmado las economistas feministas, la crisis del cuidado de los mayores, ya sea considerada desde el punto de vista de los mayores o desde el de las cuidadoras, supone esencialmente una cuestión de género. Aunque cada vez está más mercantilizada, la mayor parte de esta labor la llevan a cabo mujeres, y generalmente en forma de trabajo no remunerado lo que no les concede derecho a ningún tipo de pensión o ayuda económica social. Por esto, paradójicamente, cuanto más cuidan de otros las mujeres, menos reciben ellas mismas en contraprestación, puesto que dedican menos tiempo al trabajo asalariado que los hombres y gran parte de los sistemas de seguridad social se calculan en función de los años realizados de trabajo remunerado. También se ven afectadas por la devaluación del trabajo reproductivo las trabajadoras de cuidados, conformando una «subclase» que hoy en día todavía debe luchar por ser reconocida como trabajadora. En resumen, debido a la devaluación del trabajo reproductivo, casi todas las mujeres se enfrentan al envejecimiento con menores recursos que los hombres, medido esto en términos de apoyo familiar, ingresos económicos y bienes disponibles. En Estados Unidos, donde las pensiones y la seguridad social se cuantifican en función de los años dedicados al trabajo asalariado, son mujeres la mayoría de los pobres y de los habitantes de las residencias subvencionadas para personas con rentas bajas, auténticos campos de concentración de nuestros días, precisamente por haber empleado tanto tiempo de sus vidas fuera de la fuerza de trabajo asalariada en actividades no reconocidas como trabajo.

38 Negri y Hardt, *Multitudes, op. cit.*, p. 14.

La ciencia y la tecnología no pueden resolver este problema. Lo que se necesita es una transformación de la división social y sexual del trabajo y, por encima de todo ello, el reconocimiento del trabajo reproductivo como trabajo, lo que les permitiría reclamar un salario por estas tareas y que los familiares que trabajan como cuidadores no se vean penalizados social ni económicamente por su trabajo.[39] El reconocimiento y la valorización del trabajo reproductivo también es indispensable para la superación de las divisiones existentes dentro del trabajo de cuidados, que enfrentan por un lado a los familiares que intentan minimizar sus gastos y, por el otro, a las trabajadoras de cuidados empleadas que se enfrentan a la desmoralización por trabajar en el límite de la pobreza y de la devaluación.

Las economistas feministas que trabajan en este campo han articulado posibles alternativas a los sistemas actuales. En *Warm Hands in Cold Age*, Nancy Folbre, Lois B. Shaw y Agneta Stark desarrollan y argumentan las reformas necesarias para proporcionar seguridad a la población en fase de envejecimiento, especialmente a las mujeres mayores, mediante una perspectiva internacional que evalúa a los países punteros en este tema.[40] La clasificación la encabezan los países escandinavos que proporcionan un sistema de seguridad social casi universal. Al final de la clasificación sitúan a Estados Unidos e Inglaterra, países en los cuales la asistencia a los mayores está ligada a la vida laboral asalariada. Pero en ambos casos existe un problema en la manera en la que este tipo de políticas están diseñadas, ya que reflejan una división sexual del trabajo desigual así como las expectativas tradicionales concernientes a los roles de las mujeres en la familia y la sociedad. Esta es el área crucial en la que se debe producir el cambio.

Folbre también hace un llamamiento a la redistribución de los recursos para reconducir el dinero público destinado al complejo militar-industrial y a otras empresas destructivas hacia el cuidado de las personas mayores. Reconoce que esto puede parecer «ingenuo» y el equivalente a un llamamiento a la revolución. Pero insiste en que debería situarse en «nuestra agenda», ya que lo que está en juego es el futuro de todos los trabajadores, sin olvidar que una

---

39 Acerca de esta cuestión, véase Mariarosa Dalla Costa, «Women's Autonomy and Remuneration for Carework in the New Emergencies», *The Commoner*, núm. 15, invierno de 2012; disponible en http://www.thecommoner.org.

40 Nancy Folbre, Lois B. Shaw y Agneta Stark (eds.), *Warm Hands in Cold Age. Gender and Aging*, Nueva York, Routledge, 2007, p. 164.

sociedad ciega al tremendo sufrimiento que le espera a muchas personas al llegar a la vejez, como es el caso de Estados Unidos hoy en día, es una sociedad abocada a la autodestrucción.

De todas maneras, no hay señal alguna de que esta ceguera vaya a disiparse en breve. En nombre de la crisis económica, los diseñadores de políticas apartan la mirada de esta problemática y blanden continuamente la amenaza de rebajar el gasto social y recortar las pensiones estatales y los sistemas de seguridad social, incluyendo los subsidios al trabajo de cuidados. La cantinela repetida una y otra vez es la obsesiva queja sobre la terquedad de una población envejecida pero más vital y energética, que se ha empeñado en vivir más tiempo, y que es la que está provocando la insostenibilidad de los presupuestos destinados a las pensiones públicas. ¡Es probable que Alan Greenspan tuviera en mente a los millones de norteamericanos que han decidido vivir más allá de los ochenta cuando se asustó, tal y como confiesa en sus memorias, al darse cuenta de que la Administración Clinton había, de hecho, acumulado un superávit económico![41] Pese a todo, incluso antes de la crisis, los diseñadores de políticas llevaban años orquestando una guerra generacional, alertando incesantemente de la bancarrota de la Seguridad Social a la que conducía el crecimiento de la población mayor de sesenta y cinco años, que legaría una hipoteca mortal a las generaciones jóvenes. Ahora, en un momento en que la crisis se hace más profunda, el asalto a los presupuestos destinados a la asistencia y al cuidado de las personas mayores está destinado a aumentar, ya sea en forma de hiperinflación que diezme los ingresos fijos, de privatización parcial del sistema de la Seguridad Social o mediante el aumento de la edad de jubilación. Lo que resulta evidente es que nadie está reclamando un aumento del gasto en el cuidado de los mayores.[42] Por eso es necesario que los movimientos por la justicia social, incluyendo activistas y eruditos radicales, intervengan en este terreno para prevenir una solución a la crisis a costa de los mayores, y para formular iniciativas capaces de reunir a los diferentes sujetos sociales implicados en la cuestión del cuidado de los mayores —las trabajadoras de cuidados, las familias de los ancianos y, sobre todo, los mismos mayores—, que hoy en día se encuentran situados en posiciones antagónicas. Ya existen ejemplos de este tipo de alianzas en algunas de las luchas que tienen

41 Alan Greenspan, *The Age of Turbulence: Adventures in a New World*, Nueva York, Penguin Press, 2007, p. 217 [ed. cast.: *La era de las turbulencias: Aventuras en un nuevo mundo*, Barcelona, Ediciones B, 2008].

42 Elizabeth A. Watson y Jane Mears, *Women, Work and Care of the Ederly*, Burlington (VT), Ashgate, 1999, p. 193.

lugar en relación con el cuidado de los mayores, en las que las enfermeras y los pacientes, las trabajadoras de cuidados asalariadas y las familias de sus clientes, se alían para confrontar conjuntamente al Estado, conscientes de que cuando las relaciones de reproducción se vuelven imposibles, los que pagan el precio son tanto los productores como los «reproducidos».

Mientras tanto, también está por venir la «construcción de comunes» [*commoning*] en el terreno del trabajo reproductivo y de cuidados. Por ejemplo, hoy por hoy, en algunas ciudades italianas ya se están desarrollando modelos de vida comunales basados en «contratos solidarios» impulsados por personas mayores, que, para evitar ser institucionalizados, agrupan sus esfuerzos y recursos cuando no pueden contar con sus familias o contratar un cuidador. En Estados Unidos las «comunidades de cuidados» las forman generaciones más jóvenes de activistas políticos, que aspiran a socializar y colectivizar la experiencia de la enfermedad, el dolor, la pena, y el «trabajo de cuidados» involucrado en estas experiencias, y comienzan a reclamar y redefinir en este proceso qué significa enfermar, envejecer, morir.[43] Estos esfuerzos deben expandirse. Son esenciales para la reorganización de nuestra cotidianidad y la creación de relaciones sociales de no explotación. Puesto que las semillas de un nuevo mundo no se plantarán online, sino que solo mediante la cooperación podremos desarrollarnos y reproducir nuestros movimientos, esta cooperación y reproducción debe comenzar por aquellos de nosotros que se enfrentan a los momentos de mayor vulnerabilidad de sus vidas sin los recursos y la ayuda que necesitan, lo que supone una forma oculta pero indudable de tortura en nuestra sociedad.

43 La organización de «comunidades de cuidados» es el proyecto de algunos colectivos anarquistas DIY [*Do It Yourself*, Hazlo tú mismo], en ambas costas de Estados Unidos, que creen que estas comunidades son la precondición necesaria para la construcción de movimientos que se (auto) reproduzcan. Su modelo es el trabajo solidario llevado a cabo por Act Up como respuesta a la expansión del sida dentro de la comunidad gay durante los años ochenta, que, frente a todas las previsiones, marcó un importante punto de inflexión en el crecimiento de este movimiento. Se puede encontrar más información sobre las «comunidades de cuidados» en algunas páginas de internet (como la del Dicentra Collective de Portland, Oregón), así como en un gran abanico de publicaciones sobre esta materia. Véase también «The Importance of Support: Building Foundations, Sustaining Community», *Rolling Thunder*, *op. cit.*, otoño de 2008.

12. Mujeres, luchas por la tierra y globalización: una perspectiva internacional (2004)

Pese a los intentos sistemáticos de los poderes coloniales de destruir los sistemas femeninos de agricultura, las mujeres constituyen el grueso de los trabajadores agrícolas del planeta y forman la primera línea de resistencia en las luchas por un uso no capitalista de los recursos naturales (tierra, bosques y agua). Mediante la defensa de la agricultura de subsistencia, el acceso comunal a la tierra y la oposición a la expropiación de tierras, las mujeres están construyendo el sendero hacia una sociedad no explotadora, una en la cual hayan desaparecido las amenazas de hambrunas y de desastres ecológicos.

¿Cómo podemos salir de la pobreza si ni siquiera disponemos de un pedazo de tierra para cultivar? Si tuviésemos tierras para cultivar, no necesitaríamos que nos enviasen comida desde Estados Unidos. No. Tendríamos la nuestra. Pero mientras el gobierno se niegue a proporcionarnos las tierras y otros recursos que necesitamos, continuaremos teniendo extranjeros que decidan cómo gobernar nuestra tierra.

Elvia Alvarado[1]

[1] Medea Benjamín (ed.), *Don't be Afraid Gringo: A Honduran Woman Speaks from the Hearth: The Story of Elvia Alvarado*, Nueva York, Harper Perennial, 1987, p. 104.

Las mujeres mantienen el mundo con vida

Hasta hace poco, los temas relacionados con la tierra y las luchas por la defensa de esta no habían logrado generar interés entre la mayor parte de norteamericanos, a no ser que fuesen granjeros o descendientes de nativos americanos para quienes la importancia de la tierra como cimiento para la vida es, al menos culturalmente, todavía primordial. Muchos de los conflictos por la defensa de la tierra parecen haberse esfumado en un pasado borroso, que se nos escapa. En el periodo subsiguiente a la urbanización masiva, la tierra ya no parecía ser uno de los medios básicos para la reproducción social, mientras que las nuevas tecnologías proclamaban ser capaces de proveer toda la energía, la autonomía y la creatividad que una vez se asociaron con el autoabastecimiento y la agricultura a pequeña escala.

Esto ha supuesto una gran pérdida, empezando porque esta amnesia ha creado un mundo en el que las cuestiones más básicas acerca de nuestra existencia —de dónde surge la comida, si nos alimenta o si, en cambio, nos envenena— permanecen sin respuesta y, lo que es peor, sin que nadie se las cuestione. Esta indiferencia entre los urbanitas respecto al territorio está tocando a su fin. La preocupación por la ingeniería genética en los cultivos agrícolas y el impacto ecológico provocado por la destrucción de los bosques tropicales, junto con el ejemplo que suponen las luchas llevadas a cabo por los pueblos indígenas, como los zapatistas levantados en armas para oponerse a la privatización de su territorio, han provocado un aumento de la concienciación en Europa y en Estados Unidos sobre la importancia de la «cuestión del territorio» que hasta hace poco se identificaba como un problema del «Tercer Mundo».

Como consecuencia de este cambio conceptual, hoy en día se asume que la tierra no es un factor irrelevante para el capitalismo moderno. La tierra es la base material esencial para el trabajo de subsistencia de las mujeres, que a su vez es la principal fuente de «seguridad alimentaria» de millones de personas en todo el mundo. Es en este contexto que hay que analizar las luchas que las mujeres desarrollan en todo el planeta no solo como manera de reapropiarse de la tierra sino también como forma de impulsar la agricultura de subsistencia y la utilización no comercial de los recursos. Son esfuerzos extremadamente importantes no solo porque gracias a ellos sobreviven miles de millones de personas, sino porque nos señalan los cambios que tenemos que realizar

si queremos construir una sociedad en la que nuestra reproducción no tenga lugar a expensas de otras personas y que tampoco signifique una amenaza para la continuidad de la vida en este planeta.

Mujeres y tierra: una perspectiva histórica

Es un hecho indiscutible, pero a la vez de difícil cuantificación tanto en las áreas urbanas como en las rurales, que las mujeres son las agricultoras de subsistencia del planeta. Es decir, las mujeres producen la mayor parte de los alimentos consumidos por sus familiares (directos o indirectos) o que se venden en los mercados para el consumo cotidiano, especialmente en África y Asia donde vive el grueso de la población mundial.

Es difícil estimar el alcance de la agricultura de subsistencia, ya que en su mayor parte no es un trabajo asalariado y a menudo no se produce en granjas formales. A esto habría que añadir que muchas de las mujeres que lo realizan no lo perciben como un trabajo. Esto camina en paralelo con otro factor económico bien conocido: el número de trabajadoras domésticas y el valor de su trabajo es difícil de calcular. Dado que el capitalismo está orientado a la producción para el mercado, el trabajo doméstico no se contabiliza como trabajo, y aún muchas personas no lo consideran un «trabajo de verdad».

Las agencias internacionales como la Organización de las Naciones Unidas para la Alimentación y la Agricultura (FAO), la Organización Internacional del Trabajo (OIT) y las mismas Naciones Unidas a menudo han hecho caso omiso de las dificultades que presenta el cálculo de la agricultura de subsistencia. Pero sí que han reconocido que depende mucho de la definición que se utilice en cada momento. Por señalar un ejemplo, afirman que en Bangladesh la participación de las mujeres en la mano de obra era del 10 % según la Encuesta de Población Activa de 1985-1986 y, sin embargo, cuando en 1989 esta misma investigación incluyó en el cuestionario actividades específicas como la trilla de cultivos, el procesamiento de alimentos y la cría de aves el índice de actividad económica creció hasta un 63 %.[2]

[2] Naciones Unidas, *The World's Women 1995: Trends and Statistics*, Nueva York, Naciones Unidas, 1995, p. 114. En 1988 la OIT definió a las personas que trabajan en la agricultura y la pesca como aquellas que «proveen alimentos, cobijo y un mínimo de ingresos económicos para ellas y para sus

No es sencillo entonces evaluar exactamente, en función de las estadísticas disponibles, cuántas personas y cuántas mujeres en particular están involucradas en la agricultura de subsistencia; pero lo que está claro es que suponen una cantidad importante. En el África subsahariana, por ejemplo, según la FAO: «Las mujeres producen hasta el 80 % de todos los alimentos básicos para el consumo doméstico y para el comercio».[3] Teniendo en cuenta que la población del África subsahariana es de casi setecientos cincuenta millones de personas, y que un gran porcentaje de la misma está compuesto por niños, esto significa que más de cien millones de mujeres deben de ser agricultoras de subsistencia.[4] Tal y como señala el eslogan feminista: «las mujeres sujetan más de la mitad del cielo».

Se debería reconocer lo asombroso de la persistencia de la agricultura de subsistencia si consideramos que para el desarrollo capitalista ha sido prioritaria la separación de los productores agricultores, en especial las mujeres, de la tierra. Y esto tan solo puede ser explicado por las tremendas luchas que las mujeres han llevado a cabo para resistir la mercantilización de la agricultura.

Evidencias de esta lucha se encuentran a lo largo de toda la historia de la colonización, de los Andes a África. Como respuesta a la expropiación territorial de los españoles (apoyados por los jefes locales), las mujeres de México y de Perú durante los siglos XVI y XVII escaparon a las montañas, reunieron allí a las poblaciones para resistir a los invasores extranjeros y se convirtieron en las defensoras

---

familiares» (ONU, *ibídem*) —una vaga definición en función de la noción de «ingreso económico mínimo» y de «suministro» que use cada uno. Más si cabe, su significado clave se deriva de las intenciones, por ejemplo, de la falta de «orientación mercantil» de los trabajadores de subsistencia y de las carencias que experimentan como el acceso al crédito formal y a la tecnología avanzada.

3 Organización de las Naciones Unidas para la Alimentación y la Agricultura, *Gender and Agriculture,* disponible en http://www.fao.org/Gender/agrib4e.htm.

4 El impacto social y económico del colonialismo varió profundamente dependiendo (en parte) de la duración del control colonial directo. Podemos incluso tomar las actuales diferencias en la participación de las mujeres en la agricultura de subsistencia y en la agricultura comercial como medida de la extensión alcanzada por la apropiación colonial de las tierras. Tomando como referencia las encuestas de población activa de la OIT-ONU, y teniendo en cuenta la problemática anteriormente señalada acerca de la cuantificación de la agricultura de subsistencia, podemos observar que el África subsahariana posee el mayor porcentaje de mano de obra femenina dedicada a la agricultura, 75 %, mientras que en el sur de Asia es del 55 %, del 42 % en el sudeste de Asia y en el este del 35 %. Por el contrario, América del Sur y América Central muestran los índices más bajos de participación en la agricultura, similares a los encontrados en aquellas regiones «desarrolladas» como Europa, que oscilan entre el 7 y el 10 %. Esto quiere decir que los índices de participación en la agricultura tienen cierta correlación con la duración del colonialismo formal en cada región.

más devotas y acérrimas de las antiguas culturas y religiones, basadas en la adoración a los dioses de la naturaleza.[5] Más tarde, durante el siglo XIX, en África y Asia, las mujeres defendieron los sistemas agrícolas femeninos tradicionales de los ataques sistemáticos que los colonizadores europeos lanzaron para desmantelarlos y redefinir las labores agrícolas como un trabajo masculino.

Como Ester Boserup (entre otras) ha demostrado en relación a África Oriental, no solo los funcionarios coloniales, los misioneros y después los granjeros impusieron el cultivo comercial a expensas de la producción alimentaria, sino que también excluyeron a las mujeres africanas, que realizaban la mayor parte de los trabajos agrícolas, del aprendizaje de los sistemas modernos de agricultura y de asistencia técnica. Invariablemente privilegiaban a los hombres en lo tocante a las asignaciones de terrenos, incluso cuando se ausentaban de sus casas.[6] Gracias a esto, además de erosionar los derechos «tradicionales» de las mujeres en relación con su participación en los sistemas de tierras comunales y como cultivadoras independientes, los colonizadores y los granjeros de este tipo introdujeron nuevas divisiones entre hombres y mujeres. Impusieron una nueva división sexual del trabajo, basada en la subordinación de las mujeres a los hombres, que según los esquemas colonialistas incluía la cooperación no remunerada con sus maridos en la labranza de los cultivos comerciales.

De todas maneras, las mujeres no aceptaron sin protestar este deterioro de su posición social. En el África colonial cada vez que temían que el gobierno fuera a vender sus terrenos o a apropiarse de sus cultivos se rebelaban. Ejemplar fue la protesta de las mujeres que se organizaron contra las autoridades coloniales en Kedjom Keku y en Kedjom Ketinguh (noroeste de Camerún, entonces bajo mandato británico) en 1958. Furiosas por los rumores que afirmaban que el gobierno iba a poner a la venta sus tierras, 7.000 mujeres marcharon repetidas veces sobre Bamenda, capital de la provincia en aquel momento, y en su más larga estancia acamparon fuera de los edificios administrativos de los colonos británicos durante dos semanas, «cantando fuertemente y haciendo sentir su alborotadora presencia».[7]

5 Irene Silverblatt, *Moon, Sun, and Witches: Gender Ideologies and Class in Inca and Colonial Peru*, Princeton (NJ), Princeton University Press, 1987; Federici, *Caliban and the Witch*, Nueva York, Autonomedia, 2004 [ed. cast.: *Calibán y la Bruja*, Madrid, Traficantes de Sueños, 2010].

6 Ester Boserup, *Women's Role in Economic Development*, London, George Allen and Unwin Ltd., 1970, pp. 53-55, 59-60.

7 Susan Diduk, «Women's Agricultural Production and Political Action in the Cameroon

En la misma región, las mujeres lucharon contra la destrucción de sus cultivos de subsistencia debido al forrajeo del ganado propiedad de la élite masculina local o por los nómadas fulani a los que las autoridades coloniales habían garantizado derechos de pastoreo estacionales con la idea de recaudar impuestos por el ganado. También en este caso, las bulliciosas protestas de las mujeres impidieron el plan, obligando a las autoridades a sancionar a los pastores trashumantes que lo incumpliesen. Como escribe Susan Diduk:

> Durante las protestas las mujeres percibieron ellas mismas que estaban luchando por la supervivencia y las necesidades de su familia y sus allegados. Su labor agricultora era indispensable y continúa siéndolo para la producción diaria de alimentos. Los hombres kedjom también enfatizaron la importancia de estos roles tanto en el pasado como en el presente. Hoy en día todavía es frecuente escuchar: «¿No sufren las mujeres labrando y gestando a los niños durante nueve meses? Sí, lo hacen por el bien del país».[8]

Se produjeron luchas similares durante los años cuarenta y cincuenta por toda África, en las que las mujeres se resistían a la introducción de cultivos comerciales y al trabajo que este cultivo les imponía y que les apartaba de sus cultivos de subsistencia. La resistencia de la agricultura de subsistencia de las mujeres tiene que ser valorada, desde el punto de vista de las comunidades colonizadas, como la contribución que hicieron a la lucha anticolonial, en particular para la supervivencia de los luchadores por la libertad en los bosques (por ejemplo en Argelia, Kenia o Mozambique).[9] También después de

Grassfields», *Africa*, vol. 59, núm. 3, 1989, pp. 339-340.

8 Susan Diduk «Women's Agricultural Production», *op. cit.*, p. 343. Sobre las luchas de las agricultoras en el Camerún occidental de los años cincuenta, véase también el estudio de Margaret Snyder y Mary Tadesse, quienes escriben: «Las mujeres persistieron en sus actividades económicas durante los tiempos coloniales pese a las inmensas dificultades a las que se enfrentaban. Un ejemplo es la manera en la que se movilizaron para construir asociaciones para moler el trigo en el Camerún occidental en los años cincuenta. En esos momentos se formaron más de doscientas sociedades de este tipo con un total de 18.000 miembros. Utilizaban molinos que se poseían en común, vallaron sus terrenos y construyeron depósitos de agua y almacenes cooperativos [...] En otras palabras, durante generaciones las mujeres establecieron formas de trabajo cooperativo para incrementar la productividad grupal, para llenar los vacíos socioeconómicos de la administración colonial, o para protestar contra las políticas que les privaban de los recursos necesarios para proveer a sus familias». Margaret Snyder y Mary Tadesse, *African Women and Development: A History*, Londres, Zed Books, 1995, p. 23.

9 Basil Davidson, *The People's Cause: A History of Guerrillas in Africa*, Londres, Longman, 1981, pp. 76-78, 96-98, 170.

las independencias, las mujeres lucharon para no ser reclutadas para los proyectos de desarrollo agrícola como «ayudantes» no remuneradas de sus maridos. El mejor ejemplo de esta resistencia es la lucha intensa que mantuvieron en Senegambia contra la cooperación obligada en los cultivos comerciales de arroz, que se producían a expensas de la producción agrícola de subsistencia.[10]

Gracias a estas luchas —a día de hoy reconocidas como principal causa del fracaso de los proyectos de desarrollo agrícola de los años sesenta y setenta—, una proporción considerable del sector de subsistencia ha sobrevivido en muchas regiones del mundo, pese al compromiso de los gobiernos, pre- y post-independencia, de impulsar un «desarrollo económico» de corte capitalista.[11]

La determinación de millones de mujeres en África, Asia y en las Américas de no abandonar la agricultura de subsistencia debe ser enfatizada para contrarrestar la tendencia, común incluso entre los científicos sociales radicales, de interpretar la supervivencia de la agricultura femenina de subsistencia como una necesidad del capital internacional tanto de abaratar el coste de la reproducción de la mano de obra como de «liberar» trabajadores masculinos para el cultivo de las plantaciones comerciales y otros trabajos remunerados. Claude Meillassoux, marxista partidario de esta teoría, ha defendido que la producción femenina orientada a la subsistencia, o la «economía doméstica» como él la denomina, ha servido para asegurar un suministro de trabajadores baratos para el sector capitalista doméstico y exterior, y como tal, ha subsidiado la acumulación capitalista.[12] Según su argumentación, gracias al trabajo de los «poblados», los trabajadores que emigraron a París o a Johannesburgo proporcionaron mercancía «gratuita» a los capitalistas que les empleaban; ya que los patrones no habían tenido que pagar por su desarrollo ni tenían que proporcionarles seguros de desempleo cuando ya no necesitasen de su trabajo.

Desde esta perspectiva, el trabajo de las mujeres en la agricultura de subsistencia supone un añadido para los gobiernos, las empresas y las agencias de desarrollo, que les permite explotar más efectivamente el trabajo asalariado

10 Judith Carney y Michael Watts, «Disciplining Women? Rice, Mechanization, and the Evolution of Mandinka Gender Relations in Senengambia», *Signs,* vol. 16, núm. 4, 1991, pp. 651-681.

11 Caroline O. N. Moser, *Gender Planning and Development: Theory, Practice and Trainnng,* Londres, Routledge, 1993.

12 Claude Meillassoux, *Maidens, Meals, and Money: Capitalism and the Domestic Community*, Cambridge (Reino Unido), Cambridge University Press, 1975 [ed. cast.: *Mujeres, graneros y capitales: economía doméstica y capitalismo*, México, Siglo XXI, 1993].

y obtener una constante transferencia de riqueza de las áreas rurales a las urbanas, degradando consecuentemente las vidas de las mujeres agricultoras.[13] En su favor, decir que Meillassoux reconoce los esfuerzos invertidos por los gobiernos y las agencias de desarrollo para «subdesarrollar» el sector de subsistencia. Es consciente del constante expolio de los recursos de este sector así como también reconoce la naturaleza precaria de esta forma de trabajo-reproducción, pronosticando el advenimiento de una crisis a corto plazo.[14] Sin embargo, no es capaz de identificar la importancia de la lucha soterrada por la supervivencia del trabajo de subsistencia ni lo necesario de su continuidad, pese a los ataques lanzados sobre él, desde el punto de vista de la capacidad de la comunidad de resistir la invasión de las relaciones capitalistas.

En la línea de los economistas liberales, su visión del «trabajo de subsistencia» lo degrada completamente al nivel de actividad «antieconómica», «improductiva», de la misma manera que los economistas liberales se niegan a considerar el trabajo doméstico no remunerado de las mujeres como trabajo. Por eso, los economistas liberales, incluso cuando parecen tomar un posición feminista, proponen como alternativa «proyectos generadores de ingresos», el remedio universal a la pobreza y presumiblemente la clave para la emancipación de las mujeres en la era neoliberal.[15]

Estas dos perspectivas, aun siendo diferentes, obvian la importancia estratégica que tiene para las mujeres y sus comunidades el acceso a la tierra, por mucho que las empresas y los gobiernos consigan utilizarla algunas veces para sus propios fines. Aquí podemos establecer una analogía con la situación que prevaleció en algunas islas del Caribe (por ejemplo Jamaica) durante la esclavitud, donde los dueños de las plantaciones cedían parcelas de terreno a los esclavos [*provision grounds*][16] para que los cultivasen para su propia alimentación. Los

13 Meillassoux, *Maidens, Meals, and Money…*, *op. cit.*, pp. 110-111.

14 La crisis consistiría en que si la economía doméstica pasa a ser poco productiva, no podría asegurar la reproducción del trabajador inmigrante, mientras que si es muy productiva, aumentarían los costes del trabajo ya que el trabajador podría evitar el trabajo asalariado.

15 Un buen ejemplo es Caroline Moser, una «feminista del Banco Mundial» que lleva a cabo un sofisticado análisis del trabajo de las mujeres y cuyo enfoque es, en sus términos, «emancipatorio». Tras presentar un cuidadoso análisis de las diferentes perspectivas y enfoques teóricos sobre el trabajo de las mujeres (incluyendo el enfoque marxista), los casos que examina son dos proyectos «generadores de ingresos» y un programa de «comida por trabajo», *Gender Planning and Development*, *op. cit.*, pp. 235-238.

16 Los *provision grounds* eran terrenos cedidos para la agricultura de subsistencia de los esclavos, tierras no aptas para el cultivo de la caña de azúcar en los alrededores de las plantaciones. Pese al

propietarios tomaron esta decisión para ahorrar en los alimentos que tenían que importar y reducir los costes de reproducción de sus trabajadores, pero esta estrategia también aportó beneficios a los trabajadores, ya que les permitió un mayor grado de movilidad y de independencia hasta tal punto que —según algunos historiadores— incluso antes de la emancipación se había alcanzado en algunas islas un protocampesinado con un remarcable grado de libertad de movimiento, y que incluso algunas veces lograba obtener ciertos ingresos de la venta de sus propios productos.[17]

La extensión de esta analogía para ilustrar la importancia de la agricultura de subsistencia en el periodo capitalista postcolonial nos permite afirmar que este tipo de agricultura ha supuesto un importante método de supervivencia para miles de millones de trabajadores, al dar la oportunidad a los asalariados de obtener mejores condiciones laborales y de sobrevivir a las huelgas laborales y a las protestas políticas; es por esto que en algunos países el sector asalariado ha tenido una importancia desproporcionada respecto a su tamaño numérico.[18]

El «poblado» —una metáfora para denominar la agricultura y la ganadería de subsistencia en un asentamiento comunal— también ha supuesto un punto crucial en las luchas de las mujeres, proporcionándoles una base desde la que reclamar la riqueza que el Estado y el capital les estaban arrebatando. Estas luchas han adquirido muchas y diversas formas, dirigidas tanto contra

---

trabajo extra que les suponía, los esclavos encontraron en estos terrenos espacios de solidaridad y complicidad, de seguridad alimentaria, de transmisión de información, de la cultura y de tradiciones propias, y de conspiración para la rebelión. Los terrenos se trabajaban habitualmente de manera colectiva y en base al apoyo mutuo. [N. de la T.]

17 Barbara Bush, *Slave Women in Caribbean Society, 1650-1838*, Bloomington, Indiana, Indiana University Press, 1990; Marietta Morrissey, *Slave Women in the New World*, Lawrence, University Press of Kansas, 1989. Pese a todo, tan pronto como el precio del azúcar aumentó en el mercado mundial, los propietarios de las plantaciones redujeron el tiempo que otorgaban a los esclavos para el cultivo de sus terrenos.

18 Silvia Federici, «The Debt Crisis, Africa, and the New Enclosures» incluido en *Midnight Oil: Work, Energy, War, 1973-1992*, Nueva York, Autonomedia, 1992. Véanse, por ejemplo, los textos de Michael Chege en los que escribe acerca de los trabajadores africanos: «La mayor parte de los trabajadores africanos mantienen un pie en las zonas agrícolas; la existencia de trabajo totalmente alienado de la propiedad de la tierra todavía no ha ocurrido»; «The State and Labour in Kenya» en Peter Anyang'Nyong'o (ed.), *Popular Struggles for Democracy in Africa*, Londres, Zed Books, 1987, p. 250. Una de las consecuencias de esta «falta de alienación es que el trabajador africano puede confiar en una base material solidaria (especialmente la provisión de alimentos) de parte de la gente de los poblados en el momento que él/ella decidan ponerse en huelga».

los hombres como contra los gobiernos, pero siempre reforzadas por el hecho de que las mujeres tenían acceso directo a la tierra y, de esta manera, podían mantenerse ellas mismas y sus hijos y obtener ciertas ganancias de la venta del excedente producido. Por eso, incluso cuando se han visto urbanizadas, las mujeres han continuado cultivando cualquier pedazo de tierra al que lograsen acceder, con la idea de poder alimentar a sus familias y mantener cierto grado de autonomía del mercado.[19]

La importancia de los poblados y la fuente de fortaleza que suponían para los trabajadores masculinos y femeninos dentro del antiguo orden colonial puede medirse en relación con los radicales ataques que desde principios de los años ochenta y durante la década de los noventa el Banco Mundial, el Fondo Monetario Internacional (FMI) y la Organización Internacional del Comercio (OIT) han lanzado contra las raíces de estos asentamientos bajo la guisa del ajuste estructural y la «globalización».[20]

El Banco Mundial ha hecho de la destrucción de la agricultura de subsistencia y de la promoción de la mercantilización de la tierra la pieza central de sus omnipresentes programas de ajuste estructural.[21] Al final de los años ochenta y durante los años noventa, no solo se han cercado tierras sino que también se ha inundado los mercados de las recién liberalizadas economías de África y Asia (países a los que no se les permite subsidiar a sus granjeros) con alimentos «baratos» (por ejemplo, los subsidiados, provenientes de Europa y Estados Unidos), expulsando aún más de los mercados locales a las granjeras. Mientras tanto grandes porciones de las antiguas tierras comunales han

---

19 Deborah Fahy Bryceson, *Liberalizing Tanzania's Food Trade: Private and Public Faces of Urban Marketing Policy, 1930-1988*, Londres, Zed Books, 1993, pp. 105-117.

20 El ataque lanzado por el Banco Mundial mediante los planes de ajuste estructural *falsea* la argumentación de Meillassoux de que la economía doméstica es funcional para el capitalismo, pero sin embargo, *verifica* su predicción de que se aproxima una crisis «final» del capitalismo debido a su incapacidad de preservar y controlar la economía doméstica, Meillassoux, *Maidens, Meal and Money*, *op. cit.*, p. 141.

21 Federici, «The Debt Crisis», *op. cit.*; Caffentzis, «The Fundamental Implications of the Debt Crisis for Social Reproduction in Africa», en Mariarosa Dalla Costa y Giovanna Franca Dalla Costa (eds.), *Paying the Price: Women and the Politics of International Economic Strategy*, Londres, Zed Books, 1995, pp. 15-41; Terisa E. Turner y Leigh S. Brownhill, «African Jubilee: Mau Mau Resurgence and the Figth for Fertility in Kenya, 1986-2001», *Gender, Feminism and the Civil Commons: A Special Issue of Canadian Journal of Development Studies*, núm. 22, 2003.

sido absorbidas por las empresas agroindustriales dedicadas a la producción de cultivos para la exportación. Por último, las guerras y las hambrunas han forzado a millones de personas a abandonar sus tierras.

Todo esto se ha visto seguido de una gran *crisis reproductiva* cuyas proporciones no se habían alcanzado ni siquiera durante el periodo colonial. Incluso en regiones que antaño fueron famosas por su productividad agrícola, como el sur de Nigeria, los alimentos son escasos hoy en día o demasiado caros para la mayor parte de la población, que como consecuencia de los ajustes estructurales ha tenido que enfrentarse simultáneamente a la escalada de precios, la congelación salarial, la devaluación de las divisas, el desempleo masivo y los recortes en los servicios sociales.[22]

Aquí radica la importancia de las luchas de las mujeres por la tierra. Las mujeres han supuesto el principal parachoques del mundo proletario frente a las hambrunas provocadas por el régimen neoliberal del Banco Mundial. Ellas han sido las principales oponentes frente a la exigencia neoliberal de que sean los «precios del mercado» los que determinen quién debe vivir y quién debe morir, y son ellas las que han proporcionado un modelo práctico para la reproducción de la vida bajo un modelo no comercial.

Las luchas por la subsistencia y en contra de la «globalización» en África, Asia y Latinoamérica

Enfrentadas a una renovación del impulso de la privatización de tierras, de la extensión de los cultivos comerciales y del incremento en los precios de los alimentos durante la era de la globalización, las mujeres han recurrido a diferentes estrategias para oponerse a las instituciones más poderosas del planeta.

La estrategia primordial adoptada por las mujeres para defender sus comunidades del impacto del ajuste económico y de la dependencia del mercado global ha sido la expansión de la agricultura de subsistencia incluso en los

22 Nigeria es un claro ejemplo del dramático declive del «salario real» y del incremento en el índice de pobreza. Este país se consideraba un país con «clase media» pero hoy en día un 20 % de la población vive con menos de dos dólares al día y un 70 % con menos de un dólar diario; estadísticas extraídas de la web de Programas de Desarrollo de la ONU.

centros urbanos. El caso de Guinea Bissau resulta bastante ilustrativo: desde principios de los años ochenta las mujeres han plantado pequeños jardines con verduras, mandioca y árboles frutales alrededor de la mayor parte de las casas en la capital de Bissau y en otras ciudades, y han elegido renunciar en tiempos de carestía a las posibles ganancias que pudiesen obtener de la venta de sus productos para asegurarse que sus familias no sufran por la falta de alimentos.[23] También en referencia a África, Crista Wichterich señalaba cómo, durante los años noventa, la agricultura de subsistencia y los huertos urbanos (*cooking pot economics* [economía de puchero]) resurgieron en muchas localidades, y que las responsables de todo esto eran mujeres de clase baja, en su mayor parte:

> En Dar-es-Salaam, en lugar de arriates de flores frente a las viviendas de protección oficial de los mal pagados funcionarios, había cebollas y árboles de papayas; pollos y plataneras en los jardines traseros de Lusaka; huertos en las medianas de las calles principales de Kampala, y especialmente en Kinshasa, donde el sistema de suministro de alimentos hacía mucho tiempo que se había derrumbado [...] [También] en las ciudades [keniatas] [...] las franjas laterales de las carreteras, los jardines frontales y los descampados fueron ocupados inmediatamente con maíz, plantas y *sukum wiki*, la col más habitual de esta zona.[24]

Pero para expandir la producción de alimentos, las mujeres deben poder ampliar la cantidad de tierra a la que tienen acceso, y este acceso peligra debido a las campañas impulsadas por las agencias internacionales para mercantilizar el uso del suelo y crear un mercado de bienes raíces.[25] Para mantener las tierras de cultivo, otras mujeres han preferido quedarse en las zonas rurales,

---

23 Rosemary Galli y Ursula Frank, «Structural Adjustment and Gender in Guinea Bissau», en Gloria T. Emeagwali (ed.), *Women Pay the Price: Structural Adjustment in Africa and the Caribbean*, Trenton (NJ), Africa World Press, 1995. En Bissau, las mujeres plantan arroz durante las temporadas de lluvia en parcelas situadas en las periferias de las ciudades; durante los periodos de sequía más mujeres emprendedoras intentan acceder a parcelas cercanas para plantar alimentos que necesitan irrigación y obtener alimentos no solo para el consumo doméstico sino también para su venta. *Ibidem*, p. 20.

24 Christa Wichterich, *The Globalized Woman: Reports from a Future of Inequality*, Londres, Zed Books, 2000, p. 73.

25 Una vez que la tierra se tipifica como mercancía se considera que existe un mercado de bienes raíces [*land market*]. Este tipo de mercado se encarga de las transacciones sobre todo tipo de bienes inmuebles (viviendas, terrenos, locales, etc.). [N. de la T.]

mientras que la mayor parte de los hombres han emigrado, lo que ha provocado una «feminización de los poblados» y que los trabajos los realicen mujeres que cultivan solas o en cooperación con otras mujeres.[26]

La necesidad de mantener o expandir la tierra para cultivos de subsistencia es también en Bangladesh una de las principales luchas de las mujeres rurales, hecho que condujo en 1992 a la formación de la Landless Women Association [Asociación de Mujeres Sin Tierra], que desde entonces ha llevado a cabo innumerables ocupaciones de tierras. Durante todo este tiempo la asociación ha conseguido realojar a 50.000 familias, enfrentándose a menudo con los propietarios de las tierras en violentos choques. Según Shamsun Nakar Doli, una de las líderes de esta organización y a la cual le debo esta información, muchas de las ocupaciones de tierras se producen en *chars,* pequeños islotes poco elevados formados por el depósito de barro y tierra que se acumula en los cauces de los ríos e incluso en el mismo río.[27] Estos nuevos lotes de tierras, tal y como recoge la ley bangladesí, deberían ser entregados a agricultoras sin tierras, pero debido al aumento de su valor comercial, los grandes propietarios de tierras se apoderan cada vez más de ellos; aun así las mujeres se han organizado para detenerlos, defendiéndose ellas mismas con escobas, lanzas de bambú e incluso cuchillos. También han instalado sistemas de alarma, para avisar a otras mujeres cuando se acercan los botes de los propietarios o sus matones, y así resistir su ataque o evitar que lleguen a desembarcar.

Luchas similares por la defensa de la tierra se han mantenido en Sudamérica. En Paraguay la Coordinación de Mujeres Campesinas (CMC) se formó en 1985 en alianza con el Movimiento Campesino Paraguayo (MCP) para reclamar la distribución de tierras.[28] Como señala Jo Fisher, la CMC fue el primer movimiento de mujeres campesinas que salió a la calle para defender así sus demandas y que incorporó a sus reclamaciones las preocupaciones de las mujeres, condenando al mismo tiempo «su doble opresión, como campesinas y como mujeres».[29]

26 Galli y Funk, «Structural Adjustment and Gender», *op. cit.*, p. 23.

27 Este informe se basa en un testimonio oral escuchado durante la contracumbre que tuvo lugar en Praga en el año 2000.

28 Jo Fisher, *Out of the Shadows: Women, Resistance and Politics in South America*, Londres, Latin America Bureau, 1993, p. 86.

29 *Ibidem*, p. 87.

El punto de inflexión de la CMC llegó cuando el gobierno prometió grandes lotes de tierras al movimiento campesino en las zonas boscosas cercanas a la frontera con Brasil. Las mujeres tomaron estas cesiones de terreno como una oportunidad para organizar una comunidad modelo, juntándose para cultivar colectivamente sus parcelas de terreno. Como relata Geraldina, una de las primeras fundadoras del CMC:

> Trabajamos todo el rato, ahora más que nunca, pero también cambiamos la manera en la que trabajábamos. Experimentamos con el trabajo comunal para ver si nos permitía tener tiempo para más cosas. También nos da la oportunidad de compartir nuestras experiencias y preocupaciones. Es una manera muy diferente de vivir. Antes, ni siquiera conocíamos a nuestras vecinas.[30]

Las luchas de las mujeres por la tierra han incluido la defensa de las comunidades amenazadas por los proyectos de construcción erigidos en nombre del «desarrollo urbano». Los conceptos «vivienda y realojo» tradicionalmente han conllevado la pérdida de «tierra» para la producción alimentaria. Un ejemplo de resistencia de este tipo es la lucha sostenida por las mujeres en Kawaala, un barrio de Kampala (Uganda) en el que el Banco Mundial, junto con el ayuntamiento de Kampala, patrocinó, durante 1992 y 1993, un gran proyecto de construcción de viviendas que amenazaba con destruir buena parte de las tierras agrícolas de subsistencia alrededor o cerca de las casas de los habitantes de la zona. No sorprende que fuesen las mujeres las que se organizaron más enérgicamente contra el proyecto, mediante la formación de un comité de vecinos, Abataka Committee, obligando finalmente al Banco Mundial a retirarse del proyecto. En palabras de una de las mujeres que lideraba el movimiento:

> Mientras que los hombres evitaban el conflicto, las mujeres tuvieron la fuerza de decir todo lo que pensaban en los encuentros con representantes del gobierno. Las mujeres eran más ruidosas porque les afectaba directamente. Es muy duro para las mujeres estar sin ningún tipo de ingresos [...] la mayor parte de esas mujeres

30 *Ibidem*, p. 98.

> son las encargadas de alimentar a sus hijos y sin ningún tipo de ingreso o comida no pueden hacerlo [...] Si vienes y les arrebatas su tranquilidad y sus ingresos, van a luchar y no porque lo deseen sino porque las han oprimido y reprimido.[31]

Aili Mari Tripp señala que la situación en el vecindario de Kawaala dista mucho de ser única. Se tiene noticia de al menos trece luchas parecidas en diferentes partes de África y Asia, donde las organizaciones de mujeres campesinas se han enfrentado al desarrollo de zonas industriales que amenazaban con desplazarlas a ellas y a sus familias y con dañar el entorno. El desarrollo industrial y urbanístico choca frecuentemente con las necesidades de la agricultura de subsistencia de las mujeres, y todo esto en un contexto en el cada vez más mujeres, incluso en las ciudades, se dedican a cultivar el terreno que tienen a su disposición (en Kampala las mujeres producen cerca del 45 % de los alimentos para sus familias). Es importante añadir que al defender la tierra del asalto de los intereses comerciales y reafirmar el principio de que «la tierra y la vida no están en venta», de nuevo las mujeres, tal y como hicieron en el pasado frente a la invasión colonial, están defendiendo la historia y la cultura de su gente. En el caso de Kawaala, la mayor parte de los residentes de la tierra en disputa llevaban viviendo allí durante generaciones y allí era donde estaban enterrados sus familiares —evidencia final para muchos ugandeses de la propiedad de la tierra. Las reflexiones de Tripp sobre esta lucha por la tierra vienen al caso en este análisis:

> Volviendo atrás en el desarrollo de los hechos en conflicto, se hace evidente que los residentes, especialmente las mujeres que han formado parte de él, intentaban institucionalizar nuevas formas de movilización comunitaria, y no solo en Kawaala sino con miras más amplias, de cara a proporcionar un modelo a seguir por otros proyectos comunitarios. Buscaban una alianza que recogiese las necesidades de las mujeres, las viudas, los niños y los mayores como punto de partida y que reconociese su dependencia de la tierra para la supervivencia.[32]

31 Aili Mari Tripp, *Women and Politics in Uganda*, Oxford, James Currey, 2000, p. 183.

32 *Ibidem*, p. 194.

Hay que mencionar otros dos tipos de desarrollo junto a la defensa de las mujeres de la producción de subsistencia. Primero, la formación de sistemas autosuficientes regionales dirigidos a garantizar la «seguridad alimentaria» y a mantener una economía basada en la solidaridad y en el rechazo a la competitividad. El ejemplo más impresionante a este respecto nos llega de la India donde las mujeres han formado la National Alliance for Women's Food Rights [Alianza Nacional por los Derechos Alimentarios de las Mujeres], un movimiento nacional compuesto por treinta y cinco grupos de mujeres. Uno de los principales esfuerzos de la alianza se ha centrado en la campaña en defensa de la economía basada en el cultivo de las semillas de mostaza, un cultivo crucial para muchas mujeres de la India, tanto del ámbito rural como urbano. Este cultivo de subsistencia se ha visto amenazado por los intentos de las corporaciones multinacionales radicadas en Estados Unidos de imponer la soja genéticamente modificada como fuente de aceite de cocina.[33] En respuesta a esto, la Alianza ha desarrollado «vínculos directos entre productor y consumidor» con el objetivo de «defender el modo de vida de los granjeros y las diferentes elecciones culturales de los consumidores», tal y como declaró Vandana Shiva, una de las líderes del movimiento. En sus propias palabras: «Protestamos contra las importaciones de soja y reclamamos que se prohíba la importación de productos de soja genéticamente modificada. Como cantan las mujeres de los guetos de Delhi: "Sarson Bachao, Soya Bhagao", que quiere decir: "Salvemos la mostaza, abandonemos la soja"».[34]

Segundo, a lo largo del planeta, las mujeres han liderado las luchas contra la tala comercial y por la protección y la reforestación de bosques, pilares de las economías de subsistencia de los habitantes de cada zona afectada, ya que les proporcionan alimento además de combustible y medicinas, y también actúan como eje de las relaciones comunitarias. Vandana Shiva, haciéndose eco de testimonios que provienen de todas las partes del planeta, afirma que son la «mayor expresión de la fertilidad y productividad del planeta».[35] De

33 Este intento de introducir el aceite de soja sufrió un espaldarazo en 1988 cuando se descubrió que el aceite de cocina de mostaza de producción local había sido misteriosamente adulterado hasta tal punto que cuarenta y una personas murieron como resultado de su consumo. El gobierno prohibió entonces su producción para la venta. La Alianza Nacional respondió llevando el caso ante los tribunales y haciendo un llamamiento a los consumidores y productores a no colaborar con el gobierno. Vandana Shiva, *Stolen Harvest: Hijacking of the Global Food Supply*, Boston (MA), South End Press, 2000, p. 54 [ed. cast.: *Cosecha robada: el secuestro del suministro mundial de alimentos*, Barcelona, Paidós, 2003].

34 *Ibidem*.

35 Vandana Shiva, *Staying Alive: Women, Ecology and Development*, Londres, Zed Books, 1989, p. 56

esta manera, cuando las selvas caen bajo el ataque de la tala intensiva también significa una sentencia de muerte para los miembros de las tribus que en ella viven, especialmente para las mujeres. Por ello las mujeres hacen todo lo que pueden para evitar estas talas. En este contexto, Shiva cita a menudo el movimiento Chipko: un movimiento de mujeres, en Garhwall, a los pies del Himalaya, que a principios de los años setenta utilizaban la táctica de abrazarse a los árboles que iban a ser talados interponiendo sus cuerpos entre ellos y las sierras cuando aparecían los leñadores.[36] Mientras que las mujeres de Garhwall se movilizaban para evitar la tala de las selvas, en los pueblos del norte de Tailandia se protestaba contra las plantaciones de eucaliptos, impuestas a la fuerza en los terrenos que anteriormente les había expropiado, con el apoyo del gobierno militar tailandés, una compañía papelera japonesa.[37] En África, ha supuesto una importante iniciativa el «movimiento cinturón verde» que bajo el liderazgo de Wangari Maathai crea zonas verdes alrededor de las principales ciudades, y que desde 1977 ha plantado decenas de millones de árboles previniendo la deforestación, la pérdida de suelos, la desertización y la escasez de madera para combustible.[38]

Sin embargo la lucha más sorprendente por la supervivencia de las selvas tuvo lugar en el Delta del Níger, donde los manglares se encuentran en constante peligro debido a la extracción de crudo. La oposición lleva veinte años organizada, y comenzó en Ogharefe, en 1984, cuando miles de mujeres del área sitiaron la planta de la empresa Pan Ocean demandando compensaciones por la destrucción de los acuíferos, de los árboles y del terreno. Para demostrar su determinación, las mujeres amenazaron con desnudarse en el caso de que se ignorasen sus reclamaciones —amenaza que cumplieron cuando llegó el director de la empresa, quien se encontró rodeado de miles de mujeres desnudas, una grave maldición a los ojos de las comunidades del Delta del Níger, que le convencieron para que aceptase efectuar los pagos de compensación.[39]

[ed. cast: *Abrazar la vida: mujer, ecología y supervivencia*, Madrid, Horas y Horas, 1995].

36 *Ibidem*.

37 Matsui, *Women in the New Asia. From Pain to Power,* Londres, Zed Books, 1999, pp. 88-90.

38 Wangari Maathai, «Kenya's Green Belt Movement», recogido en F. Jeffress Ramsay (ed.), *Africa*, Guilford (CT), The Duskin Publishing Group, 1993.

39 Terisa E. Turner y M. O. Oshare, «Women's Uprisings Against the Nigerian Oil Industry» en Terisa Turner (ed.), *Arise! Ye Migthy People!: Gender, Class and Race in Popular Struggles*, Trenton (NJ), Africa World Press, 1994, pp. 140-141.

La lucha por la defensa del territorio también se desarrolla desde los años setenta en el sitio más insospechado del mundo —la ciudad de Nueva York; el movimiento de protesta ha adquirido aquí, entre otras formas, la de huertos urbanos. La iniciativa surgió de un grupo capitaneado por mujeres llamado «Green Guerrillas» que comenzó limpiando parcelas abandonadas en el Lower East Side. En los años noventa ya había ochocientos cincuenta huertos urbanos en toda la ciudad y se habían organizado docenas de agrupaciones comunitarias, como la Greening of Harlem Coalition, que fue fundada por mujeres que deseaban «reconectarse con la tierra y darle a los niños una alternativa a las calles». Hoy en día cuenta con treinta y una organizaciones y treinta proyectos.[40]

Es importante resaltar que los huertos no solo han supuesto una fuente de verduras y flores sino que han servido para promover la construcción comunitaria y otras luchas como la ocupación de viviendas y el *homesteading*.[41] Debido a esta implicación con otras luchas y a su papel instigador de las mismas, bajo el mandato del alcalde Giuliani, los huertos urbanos han estado en el punto de mira de sus ataques, y desde hace algunos años uno de los principales retos del movimiento ha sido la lucha contra los *bulldozers*. Durante la última década, el «desarrollo» ha hecho que desaparecieran cien huertos, más de cuarenta de ellos arrasados por los *bulldozers*, y las previsiones de futuro son bastante sombrías.[42] De hecho, desde su nombramiento, el sucesor de Giuliani y actual alcalde, Michael Bloomberg, ha declarado como su predecesor la guerra a estos proyectos.

40 Wilson y Weinberg, *Avant Gardening, op. cit.*, p. 36.

41 El término *homesteading* se refiere a las prácticas por las que un hogar puede ser autosuficiente, en la medida de lo posible, tanto en la producción de alimentos como en relación a la sostenibilidad energética. Aunque el modelo se ha extraído del mundo rural, es decir, de aquellas pequeñas granjas dedicadas al autoabastecimiento, se ha exportado a las zonas urbanas y a sus extrarradios. En función del espacio disponible en la vivienda se llega a pasar de la agricultura en macetas a la producción de miel y biocombustible. Es una tendencia bastante extendida tanto en EE UU como en los países del norte de Europa. [N. de la T.]

42 Wilson y Weinberg (eds.), *Avant Gardening, op. cit.*, p. 61.

La importancia de la lucha

Como hemos podido ver, en muchas ciudades del planeta los habitantes de las ciudades dependen de los alimentos que las mujeres producen mediante la agricultura de subsistencia. Por ejemplo en África, un cuarto de la población residente en las ciudades afirma que no podría sobrevivir sin la producción de la agricultura de subsistencia. Esto lo confirma el Fondo de Población de las Naciones Unidas, que afirma que «cerca de doscientos millones de residentes de las ciudades cultivan alimentos, proporcionando gran parte de los alimentos necesarios a casi mil millones de personas».[43] Si tenemos en cuenta que la mayor parte de los productores de subsistencia son mujeres podemos entender por qué los hombres de Kedjom, Camerún dicen: «Sí, las mujeres que mantienen cultivos de subsistencia lo hacen por el bien de la humanidad». Gracias a ellas, los miles de millones de personas, tanto de zonas rurales como urbanas, que ganan uno o dos dólares al día no se van a pique incluso en tiempos de crisis económica.

La producción de subsistencia de las mujeres se enfrenta a la presión de las compañías agroalimentarias para reducir las tierras de cultivo —una de las principales causas del aumento de los precios y de las hambrunas— mientras que aseguran cierto control sobre la calidad de los alimentos producidos y protegen a los consumidores de los cultivos manipulados genéticamente y envenenados con pesticidas; la producción de subsistencia de las mujeres representa una forma de agricultura segura, consideración crucial en un momento en el que los efectos de los pesticidas sobre los cultivos está causando altas tasas de mortalidad y de enfermedades entre los campesinos de todo el mundo, comenzando por las mujeres.[44] Por eso, el cultivo de subsistencia otorga a las mujeres los medios esenciales de control sobre su salud y la salud y las vidas de sus familias.[45]

---

43 United Nations Population Fund, *State of the World Population 2001*, Nueva York, 2001.

44 Véase por ejemplo, L. Settimi *et al.*, «Cancer Risk Among Female Agricultural Workers: A Multicenter Case-Control Study», *American Journal of Industrial Medicine*, núm. 36, 1999, pp. 135-141.

45 Veronika Bennholdt-Thomsen y Maria Mies, *The Subsistence Perspective: Beyond the Globalised Economy*, Londres, Zed Books, 1999.

También podemos observar que la producción de subsistencia contribuye a la creación de un modelo de vida no competitivo basado en la solidaridad, básico para la creación de un nuevo modelo de sociedad. Esta es la semilla de lo que Veronika Bennholdt-Thomsen y Maria Mies denominan la «otra» economía la que «sitúa la vida y todo lo necesario para reproducir y mantener la vida de este planeta en el centro de su actividad económica y social» frente a la «acumulación sin fin del dinero muerto».[46]

46 *Ibidem*, p. 5.

13. El feminismo y las políticas de lo común en una era de acumulación primitiva (2010)

Nuestro punto de vista es el de los comuneros del planeta: seres humanos con cuerpos, necesidades y deseos, cuya tradición más esencial es la de cooperar en el desarrollo y mantenimiento de la vida, que a día de hoy se tiene que realizar en condiciones de sufrimiento y alienación entre unos y otros, separados de la naturaleza y de los bienes comunes, una brecha que hemos creado durante generaciones.

The Emergency Exit Collective, «The Great Eigth Masters and the Six Billions Commoners», Bristol, Mayday, 2008.

La manera en la que tanto los trabajos de subsistencia como la contribución de los comunes a la supervivencia concreta de los habitantes locales se invisibiliza mediante su idealización no es solo similar sino que tiene las mismas raíces [...] En cierto modo, las mujeres son tratadas como comunes y los comunes son tratados como mujeres.

Maria Mies y Veronica Benholdt-Thomsen, «Defending, Reclaiming, Reinventing the Commons», 1999.

La reproducción precede a la producción social. Si tocas a las mujeres tocas la base.

Peter Linebaugh, *The Magna Carta Manifesto*, 2008.[1]

1 *El Manifiesto de la Carta Magna*, Madrid, Traficantes de Sueños, 2013. [N. de E.]

Introducción: ¿Por qué lo común?

Al menos desde que los zapatistas conquistaran la plaza del Zócalo, el 31 de diciembre de 1993 en San Cristóbal de las Casas, para protestar por la legislación impuesta que disolvía el sistema mejicano de *ejidos,*[2] el concepto de «lo común» ha ido ganando en popularidad dentro de la izquierda radical, tanto en Estado Unidos como internacionalmente, emergiendo como punto de encuentro y campo de acción común entre anarquistas, marxistas/socialistas, ecologistas y ecofeministas.[3]

Existen razones de peso que justifican el arraigo e importancia que estas ideas, aparentemente arcaicas, han adquirido dentro de los movimientos sociales contemporáneos. Dos de ellas destacan en particular. Por un lado, se ha producido la desaparición del modelo revolucionario estatalista que durante décadas había conformado los esfuerzos de los movimientos sociales radicales para construir una alternativa al capitalismo. Por otro, el intento neoliberal de subordinar todas y cada una de las formas de vida y de conocimiento a la lógica del mercado ha incrementado nuestra conciencia del peligro que supone vivir en un mundo en el que ya no tenemos acceso a los mares, los árboles, los animales ni a nuestros congéneres excepto a través del nexo económico. Los «nuevos cercamientos» también han visibilizado un mundo de propiedades y relaciones comunales que muchos consideraban extinto o al que no habían concedido importancia hasta que se ha cernido la amenaza de la privatización.[4] Irónicamente los nuevos cercamientos han demostrado no solo que las propiedades comunales no habían desaparecido, sino que se producen de manera constante nuevas formas de cooperación social, incluso en áreas que previamente no existían, como Internet.

---

2 Un ejido (del latín *exitum*) es una porción de tierra no cautiva y de uso público (propiedad del Estado o municipal). En México, todavía existe esta forma de propiedad de uso colectivo, que históricamente ha desempeñado un papel de gran importancia en el desarrollo de la vida agrícola de este país. [N. de la T.]

3 La publicación digital británica *The Commoner* ha sido una fuente clave de publicaciones para las políticas de lo común y su desarrollo teórico desde hace más de diez años; véase http://www.commoner.org.uk

4 Un ejemplo significativo de este último caso es la lucha que desde hace tiempo se está desarrollando en Maine (EEUU) contra la apropiación por parte de Nestlé de las aguas públicas para embotellar su producto Portland Spring. El expolio cometido por Nestlé ha concienciado a los habitantes de la importancia vital de estas aguas y de los acuíferos que las alimentan, otorgándoles un carácter palpable de común. *Food and Water Watch*, junio de 2006.

La idea de lo común/comunes, en este contexto, ha proporcionado una alternativa lógica e histórica al binomio Estado y propiedad privada, Estado y mercado, permitiéndonos rechazar la ficción de que son ámbitos mutuamente excluyentes y de que solo podemos elegir entre ellos, en relación con nuestras posibilidades políticas. También ha realizado una función ideológica, como concepto unificador prefigurativo de la sociedad cooperativa que la izquierda radical lucha por construir. Sin embargo, existen tanto ambigüedades como diferencias significativas en las interpretaciones dadas a este concepto, que hay que clarificar si queremos que el principio de lo común se traduzca en un proyecto político coherente.[5]

Por ejemplo, ¿qué constituye lo común? Abundan los ejemplos. Tenemos aire, agua y tierras comunes, los bienes digitales y servicios comunes; también se describen a menudo como comunes los derechos adquiridos (por ejemplo, las pensiones de la seguridad social), del mismo modo que se recogen bajo esta denominación las lenguas, las bibliotecas y las producciones colectivas de culturas antiguas. Pero, ¿se encuentran al mismo nivel todos estos comunes desde un punto de vista de una estrategia anticapitalista? ¿Son compatibles todos ellos? ¿Y cómo podemos estar seguros de que no se está proyectando una imagen de unidad que aún está por construirse?

Teniendo en mente estas cuestiones, en este ensayo se analizan los comunes desde una perspectiva feminista, en la que feminista se refiere a un punto de partida conformado por la lucha contra la discriminación sexual y por las luchas sobre el trabajo reproductivo, que (en palabras de Linebaugh) es la piedra angular sobre la que se construye la sociedad, y desde la que debe de ser analizada toda organización social. Esta intervención es necesaria, desde mi punto de vista, para definir mejor estas políticas, expandir un debate que hasta ahora han dominado los hombres, y clarificar bajo qué condiciones los principios de lo común pueden constituir los cimientos de un programa anticapitalista. A día de hoy existen dos conflictos que hacen que estas tareas sean especialmente importantes.

5 Un lugar excelente para obtener información acerca de los debates que se están dando actualmente sobre los comunes es la revista del movimiento británico, *Turbulence,* en especial el número del 5 de diciembre de 2009; disponible en http://www.turbulence.org

Los comunes globales y los comunes del Banco Mundial

Primero, recordar que al menos desde principios de la década de los noventa, el lenguaje de los comunes ha sido absorbido y puesto al servicio de la privatización por el Banco Mundial y por la Organización de las Naciones Unidas. Bajo la excusa de proteger la biodiversidad y de conservar los «comunes globales», el Banco Mundial ha transformado las selvas tropicales en reservas ecológicas y ha expulsado con esta excusa a las poblaciones que durante siglos habían extraído su sustento de ellas, a la vez que ha dado acceso a personas que no las necesitan pero que pueden pagar por visitarlas gracias, por ejemplo, al ecoturismo.[6] Mano a mano y de nuevo en nombre de la preservación de la herencia común del ser humano, las Naciones Unidas han revisado las leyes internacionales que rigen el acceso a los océanos, permitiendo que los gobiernos consoliden el uso de las aguas marinas en manos de unos pocos.[7]

El Banco Mundial y las Naciones Unidas no están solos en su adaptación de la idea de los comunes a los intereses del mercado. Por diferentes motivos, la revalorización de los comunes se ha convertido en una tendencia de moda entre muchos economistas ortodoxos y planificadores económicos, vista la creciente literatura sobre esta materia y el desarrollo de conceptos asociados como: «capital social», «economía de donación» o «altruismo». Se hace patente también la diversidad de intereses en el reconocimiento oficial, mediante la concesión del Premio Nobel de Economía de 2009, de la principal representante de esta tendencia, la politóloga y profesora de Ciencia Política, Elinor Ostrom.[8]

6 En este tema véase el importante artículo escrito por Ana Isla, «Who pays for the Kyoto Protocol?» (en Ariel Salleh (ed.), Eco-Sufficiency and Global Justice, Nueva York/Londres, Macmillan Palgrave, 2009) en el que la autora describe cómo el pretexto de la conservación de la biodiversidad ha servido de justificación al Banco Mundial y a otras agencias internacionales para el cercamiento de las selvas tropicales, bajo el argumento de que funcionan como «sumideros de carbono» y «generadores de oxígeno».

7 La Convención de las Naciones Unidas sobre la Ley del Mar, aprobada en 1994, estableció un límite de 200 millas de litoral costero, definido como Zona Económica Exclusiva, cuyos recursos pueden explotar, gestionar y proteger las naciones, desde los bancos de peces hasta gas natural. También establece regulaciones para la minería en aguas profundas y para la utilización de los beneficios resultantes.

8 Como se recoge en Wikipedia, el trabajo de Ostrom se centra en el área de recursos compartidos o bienes comunes, y «en particular, respecto a cómo los seres humanos interactúan a fin de mantener a largo plazo los niveles de producción de recursos comunes».

Los planificadores del desarrollo y los diseñadores de políticas han descubierto que, bajo las condiciones adecuadas, la gestión colectiva de los recursos naturales puede resultar más eficiente y menos conflictiva que la privatización de los mismos, y que los comunes pueden ser redirigidos para la producción del mercado,[9] de la misma manera que han comprendido, que llevada a su extremo, la mercantilización de las relaciones sociales tiene consecuencias autodestructivas. La ampliación de la forma-mercancía a todos los aspectos de la fábrica social promovida por el neoliberalismo es un límite ideal para las ideologías capitalistas, pero no solo supone un proyecto imposible sino que tampoco es deseable desde el punto de vista de la reproducción a largo plazo del sistema capitalista. La acumulación capitalista es estructuralmente dependiente de la apropiación gratuita de aquellas inmensas áreas de trabajo que deben aparecer como externalidades al mercado, como el trabajo doméstico no remunerado que las mujeres han proporcionado y en el cual han confiado los capitalistas para la reproducción de la fuerza de trabajo.

Mucho antes del «desastre» de Wall Street, y no por casualidad, desde un amplio espectro de economistas y teóricos sociales se advertía de que la mercantilización de todas las esferas de la vida es perjudicial para el correcto funcionamiento del mercado, ya que también los mercados, continúa el argumento, dependen de la existencia de relaciones no monetarias como la confianza, el fideicomiso y las donaciones.[10] En resumen, el capital está aprendiendo cuáles son las virtudes de los «bienes comunes». En el número del 31 de julio de 2008, incluso la publicación *London Economist,* órgano de expresión durante más de ciento cincuenta años de los economistas del capitalismo de libre mercado, se unía cautelosamente al coro.

La economía de «los nuevos comunes» —se leía en la publicación— se encuentra todavía en un estado infantil. Es demasiado pronto para estar seguros de sus hipótesis. Pero puede que ya esté mostrando un camino práctico para el planteamiento de ciertos problemas, como la gestión de Internet, la propiedad intelectual o la contaminación medioambiental internacional, para los cuales los legisladores necesitan toda la ayuda que puedan obtener.[11]

---

9 Más información en la obra de Calestous Juma y J.B. Ojwang (eds.), *In Land We Trust. Environment, Private Property and Constitutional Change*, Londres, Zed Books, 1996, un temprano tratado acerca de la efectividad de las relaciones de propiedad comunal en el contexto de desarrollo capitalista y de sus resultados.

10 David Bollier, *Silent Theft. The Private Plunder of our Common Wealth*, Londres, Routledge, 2002.

11 *London Economist*, «Why it still pays to study medieval English landholding and Sahelian

Por eso, debemos de ser bastante cautelosos, para no estructurar el discurso de los bienes comunes de tal manera que permita a la clase capitalista, promotora y dirigente de la crisis, que reviva mediante este discurso, postulándose, por ejemplo, como guardianes del planeta.

¿Qué comunes?

Una segunda preocupación es que, mientras que las instituciones internacionales han aprendido a recuperar lo común como una tendencia funcional al mercado, se sigue sin estructurar una respuesta de cómo los comunes pueden constituirse en cimientos de una economía no capitalista. El trabajo de Peter Linebaugh nos muestra, especialmente la *Carta Magna Manifesto*,[12] que los comunes han supuesto un hilo conductor que ha recorrido la historia de las luchas de clase en nuestro tiempo, y que, de hecho, la lucha por lo común es una realidad cotidiana en nuestro mundo. Los habitantes de Maine mantienen una lucha para preservar sus zonas de pesca y sus aguas, los residentes en las regiones de los Apalaches unen esfuerzos para salvar sus montañas amenazadas por la minería a cielo abierto, los movimientos de defensa del código abierto y del software libre se oponen a la mercantilización del saber abriendo nuevos espacios para la comunicación y la cooperación. De la misma manera, se está desarrollando un abanico invisible de actividades y de comunidades en Norteamérica, que Chris Carlsson ha descrito en su obra *Nowtopia.*[13] Como muestra Carlsson, hay muchísima creatividad invertida en la producción de «comunes virtuales» y de distintas formas de socialidad que prosperan fuera de los radares de la economía dineraria/mercantil.

nomadism», 31 de julio de 2008; disponible en http://www.economist.com/financePrinterFriendly.cfm?story_id=11848182

12 Peter Linebaugh, *The Carta Magna Manifesto*. *Liberties and Commons for All*, Berkeley, University of California Press, 2007 [ed. cast.: *El Manifiesto de la Carta Magna*, Madrid, Traficantes de Sueños, 2013].

13 Chris Carlsson, *Nowtopia*, Oakland, California, AK Press, 2008. [Puede descargarse el audio de su conferencia en la librería Traficantes de Sueños (2013) en https://soundcloud.com/traficantesdesue-os/nowtop-a-de-c-mo-los-hackers. N. de E.]

Más importante ha sido la creación de los huertos urbanos, fenómeno que se ha extendido durante los años ochenta y noventa, a lo largo del país, gracias sobre todo a las iniciativas de las comunidades inmigrantes de África, el Caribe o el sur de Estados Unidos. Su importancia no debe infravalorarse. Los huertos urbanos han abierto el camino para un proceso de «rurbanización», indispensable si queremos mantener el control sobre nuestra producción alimentaria, regenerar el medioambiente y producir para nuestra supervivencia. Los huertos son mucho más que una fuente de seguridad alimentaria. Suponen espacios de encuentro y de socialización, de producción de saberes, y de intercambio cultural e intergeneracional. Tal y como describe Margarita Fernández, los huertos de Nueva York, estos jardines urbanos, «refuerzan la cohesión de la comunidad», con su papel de lugares comunes donde la gente se reúne, no solo para trabajar la tierra, sino para jugar a las cartas, celebrar casamientos, *baby showers*[14] o fiestas de cumpleaños.[15] Algunos de ellos colaboran con escuelas locales, en las cuales imparten educación medioambiental extraescolar. No menos importante es el que los huertos funcionen como «un medio para la transmisión y el encuentro de prácticas culturales diversas», permitiendo por ejemplo que las prácticas y productos africanos se mezclen con aquellas provenientes del Caribe.[16]

De todas maneras, la función más importante de los huertos urbanos es su producción para el consumo vecinal, más que con propósitos comerciales. Esto los distingue de la producción de otros comunes que o bien se destina al mercado, como es el caso de las piscifactorías de la Lobster Coast [Costa Langosta] de Maine,[17] o bien se adquiere en el mercado, como los *land-trust*

14 Un *baby shower* es una fiesta en la que los padres reciben obsequios para su hijo esperado o ya nacido (como ropa de bebé, biberones, etc.). [N. de la T.]

15 Margarita Fernández, «Cultivating Community, Food and Empowerment», Project Course Paper, manuscrito inédito, 2003, pp. 23-26. Otro temprano e importante trabajo sobre los huertos urbanos es el realizado por Weinberg y Wilson, *Avant Gardening: Ecological Struggle in the City and the World*, Nueva York, Autonomedia, 1999.

16 *Ibidem*.

17 De todas maneras, las piscifactorías «comunes» de Maine se encuentran actualmente en peligro por una nueva política privatizadora, justificada en el nombre de la preservación, irónicamente denominada «*catch shares*» [cuotas de captura]. Este sistema, que ya se aplica en Canadá y Alaska, donde los gobiernos locales ponen un límite a la cantidad de pescado que puede capturarse y se otorgan cuotas individuales en base a las cantidades capturadas en el pasado. Este sistema ha demostrado ser desastroso para los pescadores pequeños e independientes quienes se ven rápidamente forzados a vender sus cuotas a los mayores postores. Las protestas contra su implementación se están estructurando en las comunidades pescadoras de Maine. Véase «Cash

—fideicomisos territoriales que preservan los espacios abiertos. Sin embargo, el problema es que los huertos urbanos se han mantenido como iniciativas espontáneas de base, y ha habido pocos intentos de parte de los movimientos de Estados Unidos de expandir su presencia, y convertir el acceso a la tierra en un tema clave para las luchas. De un modo más general, el planteamiento acerca de cómo toda la proliferación de comunes, defendidos, desarrollados y por los que se lucha, pueden agruparse para conformar un todo cohesionado que proporcione una base para un nuevo modelo de producción es una cuestión que la izquierda no ha enfrentado.

Una excepción es la teoría propuesta por Negri y Hardt en *Imperio*, *Multitud* y, más recientemente, en *Commonwealth*,[18] que defiende que una sociedad construida sobre los principios de «lo común» ya *se está desarrollando* a partir de la informatización de la producción. Según esta teoría, en cuanto que la producción deviene cada vez más producción del conocimiento organizada a través de Internet, emerge un espacio común que escapa al problema de definir reglas de exclusión o inclusión, ya que el acceso y el uso de los múltiples recursos existentes en la Red, más que la extracción de los mismos, permite la posibilidad de una sociedad construida en la abundancia —según esto, el único cabo suelto al que se enfrenta la «multitud» sería el cómo evitar la «captura» capitalista de la riqueza producida.

La crítica a esta teoría es la indistinción entre la formación de «lo común» y la organización del trabajo y de la producción, tal y como está actualmente constituida, que es vista como inmanente al mismo. Su mismo límite es que no pone en cuestión la base material que necesita la tecnología digital, y gracias a la cual funciona Internet, y margina el hecho de que los ordenadores dependen de ciertas actividades económicas —minería, microchips y extracción de recursos terrestres escasos— que, tal y como están organizadas hoy en día, son extremadamente destructivas social y ecológicamente. Y aún más, con su énfasis en la ciencia, la producción de saberes e información, esta teoría evita la cuestión de la reproducción de la vida cotidiana. De todas maneras, esta es una realidad incómoda para el discurso de los comunes como un todo, ya que generalmente se ha centrado

Shares or Share-Croopers?», *Fishermen's Voice*, vol. 14, núm. 12, diciembre de 2009.

18 Hardt y Negri, *Empire*, Cambridge, Harvard University Press, 2000 [ed. cast.: *Imperio*, Barcelona, Paidós, 2002]; *Multitudes*, Cambridge, Harvard University Press, 2004 [ed. cast.: *Multitud: Guerra y democracia en la era del Imperio*, Barcelona, Debate, 2004]; y *Commonwealth*, Cambridge, Harvard University Press, 2009 [ed. cast.: *Commonwealth: el proyecto de una revolución del común*, Madrid, Akal, 2011].

mucho más en pensar las condiciones necesarias para su existencia que en las posibilidades que pueden brindar los comunes ya existentes, y su potencial para crear formas de reproducción que nos permitan resistir frente a la dependencia del trabajo asalariado y la subordinación a las relaciones capitalistas.

Las mujeres y los comunes

En este contexto resulta fundamental una perspectiva feminista. Esta comienza con el reconocimiento de que, como sujetos principales del trabajo reproductivo, tanto histórica como actualmente, las mujeres han dependido en mayor manera que los hombres del acceso a los recursos comunes, y que han estado más comprometidas con su defensa. Como recogía en *Caliban and the Witch*,[19] durante la primera fase del desarrollo capitalista, las mujeres supusieron la primera línea de defensa contra los cercamientos tanto en Inglaterra como en el «Nuevo Mundo», y fueron las defensoras más aguerridas de las culturas comunales que amenazaba con destruir la colonización europea. En Perú, cuando los *conquistadores*[20] se hicieron con el control de los pueblos, las mujeres escaparon a las montañas, en las que recrearon modos de vida colectivos que han sobrevivido hasta nuestros días. No es sorprendente que los ataques más violentos contra las mujeres en la historia del mundo se produjesen durante los siglos XVI y XVII: la persecución de las mujeres como brujas. Hoy en día, con la perspectiva de un nuevo proceso de acumulación primitiva, las mujeres suponen la fuerza de oposición principal en el proceso de mercantilización total de la naturaleza. Las mujeres son las agricultoras de subsistencia del planeta. En África producen el 80 % de los alimentos que consumen sus habitantes, pese a los esfuerzos del Banco Mundial y de otras agencias internacionales por convencerlas para que dediquen sus esfuerzos a los cultivos comerciales. El rechazo a la falta de acceso a la tierra ha sido tan fuerte que, en las ciudades, muchas mujeres han decidido apropiarse de parcelas de terreno público, sembrando maíz y cassava en parcelas vacías, alterando con este proceso el paisaje urbano de las ciudades africanas y derrumbando

[19] Federici, *Caliban and the Witch,* Nueva York, Autonomedia, 2004 [ed. cast: *Calibán y la bruja*, Madrid, Traficantes de Sueños, 2010].

[20] En castellano en el original. [N de la T.]

así la separación entre campo y ciudad.[21] También en la India, las mujeres han luchado por recuperar los bosques degradados, han protegido los árboles, unido esfuerzos para expulsar a los leñadores y bloqueado operaciones de minería y de construcción de pantanos.[22]

La otra cara de la lucha de las mujeres por el acceso directo a la tierra ha sido la formación, a lo largo de todo el Tercer Mundo —de Camboya a Senegal—, de asociaciones de crédito que funcionan con el dinero como bien común. Los «tontines» (como los denominan en algunas zonas de África) son sistemas bancarios desarrollados por mujeres, autónomos y autogestionados, que bajo diferentes denominaciones proporcionan dinero en efectivo a grupos e individuos que no tienen acceso a los bancos, y que funcionan exclusivamente en base a la confianza. Esto los convierte en experiencias totalmente diferentes a los sistemas de microcrédito promovidos por el Banco Mundial, que funcionan basándose en la vergüenza, llegando al extremo (por ejemplo en Níger) de pegar en zonas públicas fotos con los rostros de las mujeres que no pueden devolver los créditos, lo que ha ocasionado que algunas mujeres se hayan visto empujadas al suicidio.[23]

También son las mujeres las que han liderado los esfuerzos para colectivizar el trabajo reproductivo como herramienta para economizar los costes reproductivos y para protegerse mutuamente de la pobreza, de la violencia estatal y de la ejercida de manera individual por los hombres. Un ejemplo destacado son las *ollas comunes* (cocinas comunes) que las mujeres de Chile y Perú construyeron durante los años ochenta, cuando debido a la fuerte inflación ya no se podían permitir afrontar la compra de alimentos de manera individual.[24] Estas prácticas constituyen, del mismo modo que lo hacen las reforestaciones colectivas y la ocupación y demanda de tierras, la expresión de un mundo en el que los lazos comunales aún son poderosos. Pero sería un

21 Silvia Federici, «Women, Land Struggles, and the Reconstruction of the commons», *Working USA: The Journal of Labor and Society*, vol. 14, núm. 12, marzo de 2011, p. 52.

22 Vandana Shiva, *Staying Alive: Women, Ecology and Development*, Londres, Zed Books, 1989 [ed. cast: *Abrazar la vida: mujer, ecología y supervivencia*, Madrid, Horas y Horas, 1995]; *Ecology and the Politics of Survival: Conflicts over Natural Resources in India,* Nueva Delhi/Londres, Sage Publications, 1991, pp. 102-117 y 274.

23 Entrevista a Ousseina Alidou.

24 Jo Fisher, *Out of the Shadows: Women, Resistance and Politics in South America*, Londres, Latin American Bureau, 1993; Carol Andreas, *When Women Rebel: The Rise of Popular Feminism in Peru*, Westport (CT), Lawrence Hill & Company, 1985.

error considerarlas actitudes prepolíticas, «naturales» o producto de la «tradición». En realidad, y como señala Leo Podlashuc,[25] estas luchas encierran una identidad colectiva, constituyen un contrapoder tanto en el terreno doméstico como en la comunidad, y abren un proceso de autovaloración y autodeterminación del cual tenemos mucho que aprender.

La primera lección que tenemos que aprender de estas luchas es el hecho de que el «bien común» es la puesta en común de los medios materiales y supone el mecanismo primordial por el cual se crea el interés colectivo y los lazos de apoyo mutuo. También supone la primera línea de resistencia frente a una vida de esclavitud, ya sea en los ejércitos, los prostíbulos o los talleres clandestinos. Para nosotras, en América del Norte, supone una lección añadida el darnos cuenta de que mediante la unión de nuestros recursos, mediante la recuperación de las aguas y de las tierras, y su devolución al terreno de lo común, podemos empezar a separar nuestra reproducción de los flujos mercantiles que, en consonancia con el mercado mundial, son culpables de la desposesión de tantas personas en otras partes del planeta. Gracias a esto, podríamos desenganchar nuestros modos de vida, no solo del mundo mercantil, sino también de la maquinaria de guerra y del sistema carcelario que sustentan la hegemonía de este sistema. No menos importante sería la superación de la solidaridad abstracta que a menudo caracteriza las relaciones dentro de nuestros movimientos y que limitan nuestros compromisos y capacidad de perdurar, así como los riesgos que estamos decididas a tomar.

No hay duda de que esta es una tarea formidable que solo puede ser llevada a cabo mediante un proceso a largo plazo de aumento de la conciencia, intercambio intercultural, y construcción colectiva, junto a todas las comunidades que en Estados Unidos están interesadas en demandar la recuperación de la tierra desde un punto de vista vital, comenzando por las Naciones Americanas Originarias. Y aunque esta tarea parezca más complicada que hacer pasar un camello por el ojo de una aguja, también es la única condición que puede ampliar nuestros espacios de autonomía, evitar que sigamos alimentando el proceso de acumulación capitalista, y rechazar la asunción de que nuestra reproducción debe tener lugar a expensas del resto de los comunes (o *comuneros*) y de los bienes comunes del planeta.

25 Leo Podlashuc, «Saving Women: Saving the Commons» en Ariel Salleh (ed.), *Eco-Sufficiency and Global Justice*, Nueva York/Londres, Macmillan Palgrave, 2009.

La reconstrucción feminista

Lo que supone abordar estos desafíos es algo que se encuentra poderosamente definido en la obra de Maria Mies cuando señala que la producción de los comunes requiere primeramente de una profunda transformación de nuestro modo de vida cotidiano, con el objetivo primero de recombinar lo que en el capitalismo ha separado la división social del trabajo. La brecha abierta entre producción, reproducción y consumo nos conduce a ignorar las condiciones bajo las cuales han sido producidas las mercancías que comemos, con las que nos vestimos o trabajamos, además de su coste social y medioambiental y el destino de las poblaciones sobre las que se arrojan todos los desperdicios que producimos.[26]

En otras palabras, necesitamos superar el estado de negación constante y de irresponsabilidad en relación a las consecuencias de nuestras acciones, resultado de las estructuras destructivas sobre las que se organiza la división social del trabajo dentro del capitalismo; sin eso, la producción de nuestra vida se transforma, inevitablemente, en la producción de muerte para otros. Como señala Mies, la globalización ha empeorado esta crisis, ensanchando la distancia entre lo que es producido y lo que es consumido intensificando de esta manera, pese al aumento en apariencia de la interconectividad global, nuestra ceguera frente a la sangre que cubre los alimentos que consumimos, las ropas que vestimos, y los ordenadores con los que nos comunicamos.[27]

Es en la superación de este olvido donde una perspectiva feminista puede mostrarnos cómo comenzar nuestra reconstrucción desde los comunes. No hay común posible a no ser que nos neguemos a basar nuestra vida, nuestra reproducción, en el sufrimiento de otros, a no ser que rechacemos la visión de un nosotros separada de un ellos. De hecho si el «bien común» tiene algún sentido, este debe ser la producción de nosotros mismos como sujeto común. Este es el significado que debemos obtener del eslogan «no hay comunes sin comunidad». Pero entendiendo «comunidad» no como una realidad cerrada, como un grupo de personas unidas por intereses exclusivos que les separa de los otros, como las comunidades basadas en la etnicidad o en la religión.

26 Veronika Bennholdt-Thomsen y Maria Mies, *The Subsistence Perspective: Beyond the Globalised Economy*, Londres, Zed Books, 1999, p. 141.

27 *Ibidem*.

Comunidad entendida como un tipo de relación, basada en los principio de cooperación y de responsabilidad: entre unas personas y otras, respecto a la tierra, los bosques, los mares y los animales.

Es cierto que la consecución de este tipo de comunidad, como la colectivización de nuestro trabajo reproductivo cotidiano, solo puede suponer un comienzo. No sustituye a campañas antiprivatización más amplias ni a la reconstrucción del acervo colectivo. Pero constituye una parte esencial dentro del proceso de nuestra educación para la gestión colectiva y para el reconocimiento de la historia como un proyecto colectivo —principal víctima de la era neoliberal capitalista.

Para ello, debemos incluir en la agenda política la puesta en común/colectivización del trabajo doméstico, reviviendo la rica tradición feminista existente en Estados Unidos, que abarca desde los experimentos de los socialismos utópicos de mediados del siglo XIX hasta los intentos que las «feministas materialistas» llevaron a cabo, desde finales del siglo XIX hasta mediados del siglo XX, para reorganizar, socializar el trabajo doméstico y en consecuencia el hogar y el vecindario, mediante una labor doméstica colectiva —esfuerzos que continuaron hasta 1920 cuando la «caza de brujas anticomunista» acabó con ellos.[28] Estas prácticas y la capacidad que tuvieron las feministas en el pasado para identificar el trabajo reproductivo como una esfera importante de la actividad humana, no para negarla sino para revolucionarla, debe ser revisada y revitalizada.

Una razón crucial para crear formas colectivas de vida es que la reproducción de los seres humanos supone el trabajo más intensivo que existe sobre la faz de la tierra, y lo es hasta tal punto que se ha mostrado como un trabajo irreductible a la mecanización. No podemos mecanizar el cuidado infantil o el de los enfermos, o el trabajo psicológico necesario para reintegrar nuestro equilibrio físico y emocional. Pese a los esfuerzos que hacen los industriales futuristas, no podemos robotizar el «cuidado» sino es a partir de un coste terrible para las personas afectadas. Nadie aceptará que las «robot enfermeras» adopten el papel de cuidadoras, especialmente en el caso de los niños y de los enfermos. La responsabilidad compartida y el trabajo cooperativo, que el cuidado no sea a costa de la salud de las que lo proveen, es la única garantía

28 Dolores Hayden, *The Grand Domestic Revolution*, Cambridge (MA), MIT Press, 1981; y *Redesigning the American Dream: The Future of Housing, Work and Family Life*, Nueva York, Norton and Company, 1986.

de un cuidado adecuado. Durante siglos la reproducción de los seres humanos ha sido un proceso colectivo. Suponía el trabajo compartido de familias y comunidades extensas, en las cuales podía confiar la gente, especialmente en los entornos proletarios, incluso cuando se trataba de personas que vivían solas, y gracias a ello la edad avanzada no iba acompañada de la soledad y la dependencia que experimentan muchos de nuestros mayores. Ha sido el advenimiento del capitalismo el que ha producido la privatización de la reproducción, un proceso que ha llegado a tal extremo que está destruyendo nuestras vidas. Necesitamos cambiar esto si queremos poner fin a la continua devaluación y fragmentación de nuestras vidas.

Los tiempos son propicios para este tipo de comienzos. En estos momentos en los que la actual crisis capitalista está destruyendo los elementos básicos necesarios para la reproducción de millones de personas en todo el mundo, incluyendo Estados Unidos, la reconstrucción de nuestra vida cotidiana es una posibilidad y una necesidad. Como si de latigazos se tratasen, las crisis económico-sociales rompen la disciplina del trabajo asalariado, obligándonos a crear nuevas formas de socialidad. Un claro ejemplo es lo que ocurrió durante la Gran Depresión, que produjo el movimiento de los *hobo-men,*[29] que convirtieron los trenes de mercancías en su común, dentro de una búsqueda de libertad en la movilidad y el nomadismo.[30] En las intersecciones de las líneas ferroviarias organizaban sus *hobo-jungles*, prefiguraciones, con sus reglas de autogestión y solidaridad, del mundo comunista en el que creían muchos de sus habitantes.[31] De todas maneras, pese a algunas «boxcar Berthas»,[32] este era un mundo

29 El término *hobo-men* se refiere originalmente a los trabajadores itinerantes, que no se ajustan al concepto de temporeros puesto que en principio no parten de un lugar de residencia al que regresar sino que viven siempre en un viaje constante. Ya se denominaba así a los excombatientes de la Guerra de Secesión, que al regresar a sus casas se encontraban con que no tenían nada y buscaban trabajo en los alrededores moviéndose cada vez más lejos según las necesidades y utilizando como medios de transporte primordiales el viaje a pie y el «salto» a los trenes, viajando sin billete y en convoyes de mercancías. Este fenómeno aumentó considerablemente durante los años de la Gran Depresión cuando la falta de empleo y la escasez de condiciones materiales empujaron a muchos a las carreteras. Existía un código de comportamiento entre los *hobo-men*, basado en el trabajo, la ayuda mutua y las colectividades en continúa construcción (*hobo-jungles*). [N. de la T.]

30 George Caffentzis, «Three Temporal Dimensions of Class Struggle», documento presentado en el encuentro anual del ISA [Asociación de Estudios Internacionales] que tuvo lugar en San Diego, California en marzo de 2006.

31 Nels Anderson, *Men on the Move*, Chicago, University Press, 1998; Todd Depastino, *Citizen Hobo*, Chicago, The University od Chicago Press, 2003; Caffentzis, «Three Temporal Dimensions», *op. cit*.

32 *Boxcar Bertha* (1972) es una adaptación que Martin Scorsese hizo de *Sister of the Road*, la

predominantemente masculino, una fraternidad de hombres que no era sostenible a largo plazo. Una vez que la crisis económica y la guerra llegaron a su fin, los *hobo-men* fueron domesticados gracias a dos mecanismos de fijación laboral: la familia y la casa. Consciente del peligro que suponía la reconstrucción de la clase obrera, el capital norteamericano ha destacado en la aplicación de los principios característicos de la organización de la vida económica capitalista: cooperación en los puntos productivos, separación y atomización en el estadio reproductivo. El modelo familiar, de un hogar atomizado y seriado, diseñado y promocionado por Levittown,[33] y exacerbado por su apéndice umbilical, el coche, no solo sedentarizó a los trabajadores, sino que acabó con el tipo de comunes que los trabajadores autónomos crearon en las *hobo-jungles*.[34] A día de hoy, cuando se está produciendo el embargo de millones de casa y de automóviles, cuando la ejecución de hipotecas, los desahucios y la pérdida masiva de empleos están resquebrajando de nuevo los pilares de la disciplina capitalista del trabajo, nos encontramos con nuevos campos para lo común en pleno desarrollo, como las ciudades de tiendas de campaña que se están extendiendo de costa a costa. Esta vez, de todas maneras, son las mujeres las que deben construir los nuevos comunes, para que estos no constituyan meros espacios de transición o zonas temporalmente autónomas, sino que se desarrollen plenamente como nuevas formas de reproducción social.

Si la casa es el *oikos* sobre el cual se construye la economía, entonces son las mujeres, tradicionalmente las trabajadoras y las prisioneras domésticas, las que deben tomar la iniciativa de reclamar el hogar como centro de la vida colectiva, de una vida transversal a múltiples personas y formas de cooperación, que proporcione seguridad sin aislamiento y sin obsesión, que permita el intercambio y la circulación de las posesiones comunitarias, y sobre todo que cree los cimientos para el desarrollo de nuevas formas colectivas de reproducción. Como se ha señalado anteriormente, podemos extraer enseñanzas e inspiración para estos proyectos de las «feministas materialistas» del siglo XIX, quienes, convencidas de que el espacio doméstico suponía un «componente espacial en la opresión de las mujeres», organizaron cocinas comunales,

autobiografía ficcionada de la transeúnte radical Bertha Thomson. [Boxcar Bertha es por extensión el nombre que comúnmente reciben las mujeres del movimiento de los *hobo-men*. N. de la T.]

33 Levittown es el nombre de cuatro grandes suburbios construidos por la empresa de William Levitt en la segunda postguerra para asentar a los veteranos y sus famlias. Se produjeron miles de casas iguales, con cerca blanca de madera, jardín y cocina moderna. Las ventas empezaron en 1947 y en las primeras tres horas se vendieron 1.400 casas. [N. de E.]

34 Hayden, *Redisigning the American Dream…, op. cit.*

casas cooperativas, lanzaron llamamientos al control de la reproducción por parte de los trabajadores.[35] Estos objetivos son cruciales para nuestro presente: la ruptura con el aislamiento de la vida en el hogar no es solo una condición básica para la consecución de nuestras necesidades básicas y el incremento de nuestra fuerza frente a los empresarios y el Estado. Como argumenta Massimo de Angelis, también suponen una protección frente al desastre ecológico: no hay duda alguna de las destructivas consecuencias de la antieconómica multiplicación de activos reproductivos y viviendas atomizadas, que hoy en día llamamos casas, que escupen calor a la atmósfera durante el invierno, exponiéndonos a un calor insoportable en verano. Pero sobre todo lo más importante es que no podremos construir una sociedad alternativa y un movimiento fuerte capaz de reproducirse a no ser que redefinamos nuestra reproducción en términos más cooperativos y pongamos punto y final a la separación entre lo personal y lo político, entre el activismo político y la reproducción de nuestra vida cotidiana.

Llegados a este punto queda por puntualizar o clarificar que el asignar a las mujeres esta tarea de puesta en común/colectivización de la reproducción no es ninguna concesión a la visión naturalista de la «feminidad». Comprensiblemente, muchas feministas verían esta posibilidad como «un destino peor que la muerte». Está profundamente esculpido en nuestra consciencia que las mujeres han sido designadas como el común de los hombres, como una fuente de riqueza y servicios puestos a su libre disposición, de la misma manera que los capitalistas se han apropiado de la naturaleza. Pero, citando a Dolores Hayden, la reorganización del trabajo reproductivo, y en consecuencia la reorganización de la estructura domiciliaria y del espacio público, no es una cuestión de identidad, es una cuestión laboral y, podríamos añadir, una cuestión de poder y de seguridad.[36] Aquí viene al caso recordar la experiencia de las mujeres del Movimiento de los Sin Tierra (MST) de Brasil, quienes, cuando sus comunidades conquistaron el derecho a mantenerse en las tierras que habían ocupado, insistieron en que las nuevas casas debían construirse formando un conjunto, para que pudiesen continuar compartiendo sus trabajos domésticos, lavar juntas, cocinar juntas y hacer turnos con los hombres tal y como lo habían hecho durante el transcurso de la lucha, y para estar preparadas para acudir prestamente a darse apoyo mutuo y socorro en caso de agresión por parte de los hombres. Afirmar que las mujeres deben tomar

35 Hayden, *The Grand Domestic Revolution...*, *op. cit.*

36 Hayden, *Redesignining the American Dream*, *op. cit.*, p. 230.

las riendas en la colectivización del trabajo reproductivo y de la estructuración de las viviendas no significa naturalizar el trabajo doméstico como una vocación femenina. Es mostrar el rechazo a la obliteración de las experiencias colectivas, del conocimiento y de las luchas que las mujeres han acumulado en relación al trabajo reproductivo, y cuya historia es parte esencial de nuestra resistencia al capitalismo. Hoy en día, tanto para las mujeres como para los hombres, es crucial dar un paso y reconectar nuestra realidad con esta parte de la historia, para desmantelar la arquitectura generizada de nuestras vidas y para reconstruir nuestros hogares y nuestras vidas como comunes.

Bibliografía

Abramovitz, Mimi, *Regulating the Lives of Women: Social Welfare Policy from Colonial Times to the Present*, Boston, South End Press, 1996.

Africa Watch Report, *Somalia: A Government at War with Its People*, Nueva York, Human Rights Watch, 1990.

Alexander, Mary, «ERP (Economic Recovery Program) Hits Women Hardest», *NSAMANKOW: Voice of Patriotic and Democratic Forces in Ghana*, núm. 2, agosto de 1990, pp. 8-9.

Alger, Chadwick F., «Perceiving, Analyzing and Coping with the Local-Global Nexus», *International Social Science Journal*, núm. 117, 1988.

Allen, Chris, «The Machinery of External Control», *Review of African Political Economy*, núm. 76, marzo de 1998.

Ally, Shireen, «Caring about Care Workers: Organizing in the Female Shadow of Globalization», Center for Global Justice, San Miguel de Allende (México), International Conference on Women and Globalization, 27 de julio - 3 de agosto de 2005.

Altvater, Elmar *et al.*, *The Poverty of Nations: A Guide to the Debt Crisis from Argentina to Zaire*, Londres, Zed Books, 1991.

Alvarado, Elvia, *Don't Be Afraid, Gringo: A Honduran Woman Speaks From the Heart*, Nueva York, Harper and Row, 1987.

Amin, Samir, *Accumulation on a World Scale: A Critique of the Theory of Underdevelopment*, Nueva York, Monthly Review Press, 1970.

______ *Unequal Development. An Essay on the Formation of Peripherical Capitalism*, Nueva York, Monthly Review Press, 1976.

Amore, Louise (ed.), *The Global Resistance Reader*, Nueva York, Routledge, 2005.

Anderson, Alexandra y Anne Cottringer, *Hell to Pay*, Nueva York, Women Make Movies, 1988 [documental].

Anderson, Nels, *Men on the Move*, Chicago, Chicago University Press, 1998.

Andreas, Carol, *Why Women Rebel: The Rise of Popular Feminism in Peru*, Westport (CT), Lawrence Hill Company, 1985.

Anton, Anatole, Milton Fisk y Nancy Holmstrom, *Not for Sale: In Defense of Public Goods*, Boulder (CO), Westview Press, 2000.

Antrobus, Peggy, *The Global Women's Movements: Origins, Issues and Strategies*, Londres, Zed Books, 2004.

Asia Watch, *A Modern Form of Slavery: Trafficking of Burmese Women and Girls into Brothels in Thailand*, Nueva York, Human Rights Watch, 1993.

Asian Women United of California (ed.), *Making Waves: An Anthology of Writings by and about Asian American Women*, Boston, Beacon Press, 1989.

Association of Concerned Africa Scholars (ACAS), «The Aid Debate», *ACAS Bulletin*, núm. 47, otoño de 1996.

Bakker, Isabella, «Engendering Macro-economic Policy Reform in the Era of Global Restructuring and Adjustment», en Isabella Bakker (ed.), *The Strategic Silence: Gender and Economic Policy*, Londres, Zed Books, 1994, pp. 1-29.

Bales, Kevin, *Disposable People: New Slavery in the Global Economy*, Berkeley, University of California Press, 1999.

Barnet, Richard J. y John Cavanagh, *Global Dreams: Imperial Corporations and the New World Order*, Nueva York, Simon and Schuster, 1994.

Barry, Kathleen, *The Coalition against Trafficking in Women: History and Statements of Purpose 1991-1992*, State College (PA), CATW, 1992.

______ *Female Sexual Slavery*, Nueva York, Avon Books, 1981.

______ *The Prostitution of Sexuality: The Global Exploitation of Women*, Nueva York, New York University Press, 1995.

Baxandall, Rosalyn y Linda Gordon (eds.), *Dear Sisters: Dispatches from the Women's Liberation Movement*, Nueva York, Basic Books, 2000.

Bayart, Jean-Francois *et al.*, *The Criminalization of the State in Africa*, Oxford (UK), The International African Institute y James Curry, 1999.

Becker, Gary, *The Economic Approach to Human Behavior*, Chicago, University of Chicago Press, 1976.

______ «A Theory of the Allocation of Time», *Economic Journal*, vol. 75, núm. 299, 1965.

Beckford, Martin, «Sandwich Generation' Families Torn between Demands of Children and Parents», *Telegraph*, 1 de abril de 2009.

Bello, Walden, *Dark Victory: The United States, Structural Adjustment and Global Poverty*, Londres, Pluto Press, 1994.

Bello, Walden, Shea Cunningham y Li Kheng Po, *A Siamese Tragedy: Development and Disintegration in Modern Thailand*, Londres, Zed Books, 1998.

Belluck, Pam, «In a Turnabout, More Children Take On the Caregiver Role for Their Elders», *The New York Times*, 23 de febrero de 2009.

Beneria, Lourdes, «The Crisis of Care, International Migration, and Public Policy», *Feminist Economics*, vol. 14, núm. 3, julio de 2008, pp. 1-21.

Beneria, Lourdes y Shelley Feldman (eds.), *Unequal Burden: Economic Crisis, Persistent Poverty, and Women's Work,* Boulder (CO), Westview Press, 1992.

Benjamin, Medea (ed.), *Don't Be Afraid, Gringo: A Honduran Woman Speaks. The Story of Elvia Alvarado*, Nueva York, Harper Perennial, 1987.

Bennholdt-Thomsen, Veronika, Nicholas Faraclas y Claudia von Werlhof (eds.), *There Is an Alternative: Subsistence and Worldwide Resistance to Globalization*, Londres, Zed Books, 2001.

Bennholdt-Thomsen, Veronika y Maria Mies, *The Subsistence Perspective: Beyond the Globalised Economy*, Londres, Zed Books, 1999.

Bennis, Phyllis y Michel Mushabeck, *Altered States: A Reader in the New World Order*, Brooklyn (NY), Olive Branch Press, 1993.

Berninghausen, Jutta y Birgit Kerstan, *Forging New Paths: Feminist Social Methodology and Rural Women in Java*, Londres, Zed Books, 1992.

Blackburn, Robin, *Banking on Death or Investing in Life: The History and Future of the Pensions*, Londres, Verso, 2002.

Blot, Daniel, «Demographics of Migration», *OECD Observer*, núm. 163, abril-mayo de 1990.

Bolles, A. Lynn, «Kitchens Hit by Priorities: Employed Working-Class Jamaican Women Confront the IMF», en June Nash y Maria P. Fernandez-Kelly (eds.), *Women, Men and the International Division of Labor*, Albany, SUNY University Press, 1983, pp. 138-160.

Bollier, David, *Silent Theft: The Private Plunder of Our Common Wealth,* Londres, Routledge, 2002.

Bonefeld, Werner *et al*. (eds.), *Emancipating Marx (Open Marxism 3)*, Londres, Pluto Press, 1995.

Bonefeld, Werner (ed.), *Subverting the Present, Imagining the Future: Class, Struggle, Commons*, Brooklyn, Autonomedia, 2008.

Boris, Eileen y Jennifer Klein, «We Were the Invisible Workforce: Unionizing Home Care», en Dorothy Sue Cobble (ed.), *The Sex of Class: Women Transforming American Labor*, Ithaca, Cornell University Press, 2007, pp. 177-193.

Boserup, Ester, *Women's Role in Economic Development*, Londres, George Allen y Unwin Ltd., 1970.

Brecher, Jeremy y Tim Costello, *Global Village or Global Pillage: Economic Reconstruction from the Bottom Up*, Boston, South End Press, 1994.

Brody, Jane E., «When Families Take Care of Their Own», *The New York Times*, 11 de noviembre de 2008.

Brozn, Michelle Burton, «Women Garment Workers of Bangladesh Seek U.S. Support in Anti-Sweatshop Campaign», Industrial Workers of the World; disponible en http://www.iww.org/unions/iu410/mlb/11-23-2004.shtml

Bryceson, Deborah Fahy, *Liberalizing Tanzaniak Food Trade: Private and Public Faces Urban Marketing Policy, 1930-1988*, Londres, Zed Books, 1993.

Buckley, Cara y Annie Correal, «Domestic Workers Organize to End an Atmosphere of Violence on the Job», *The New York Times*, 9 de junio de 2008.

Burkett, Paul, *Marxism and Ecological Economics: Toward a Red and Green Political Economy*, Boston, Brill, 2006.

Bush, Barbara, *Slave Women in Caribbean Society, 1650-1838*, Bloomington, Indiana University Press, 1990.

Buvinic, Mayra, «Women in Poverty: A New Global Underclass», en James M. Lindsay (ed.), *Perspectives: Global Issues*, Boulder, Coursewise Publishing, 1998.

CAFA (Committee for Academic Freedom in Africa), *Newsletter*, núm. 2, otoño de 1991.

______ *Newsletter*, núm. 4, primavera de 1993.

______ *Newsletter*, núm. 5, otoño de 1993.

Caffentzis, George, «The Fundamental Implications of the Debt Crisis for Social reproduction in Africa», en Mariarosa Dalla Costa y Giovanna Franca Dalla Costa (eds.), *Paying the Price: Women and the Politics of International Economic Strategy*, Londres, Zed Books, 1995, pp. 15-41.

______ «The Future of "The Commons": Neoliberalism's "Plan B" or The Original Disaccumulation of Capital», *Imperial Ecologies: A Journal of Culture/Theory/Politics*, núm. 69, 2010, pp. 23-41.

______ «On the Notion of the Crisis of Social Reproduction: A Theoretical Review», en Mariarosa Dalla Costa y Giovanna Franca Dalla Costa (ed.), *Women, Development and Labor of Reproduction: Struggles and Movements,* Trenton (NJ), Africa World Press, 1999, pp. 153-188.

______ «Three Temporal Dimensions of Class Struggle», *paper* presentado en el encuentro anual de ISA en San Diego (CA), marzo de 2006.

______ «The Work/Energy Crisis and the Apocalypse» en Midnight Notes Collective (ed.), *Midnight Oil. Work, Energy, War 1973-1992*, Nueva York, Autonomedia, 1981.

Calasanti, Toni M. y Kathleen F. Slevin (eds.), *Age Matters: Realigning Feminist Thinking*, Nueva York, Routledge, 2006.

Campbell, Horace y Howard Stein (eds.), *The MIF and Tanzania*, Harare (Zimbabue), Natprint, 1991.

Carlsson, Chris, *Nowtopia. How Pirate Programmers, Outlaw Bicyclists, and Vacant-Lot Gardeners Are Inventing the Future Today!*, Oakland (CA), AK Press, 2008.

Carmichael, Fiona, Claire Hulme, Sally Sheppard y Gemma Connell, «Work-Life Imbalance: Informal Care and Paid Employment in the UK», *Feminist Economics*, vol. 14, núm. 2, abril de 2008, pp. 3-35.

Carney, Judith y Michael Watts, «Disciplining Women? Rice, Mechanization, and the Evolution of Mandinka Gender Relations in Senegambia», *Sign*, vol. 16, núm 4, 1991, pp. 651-681.

Carnoy, Martin *et al.*, *The New Global Economy in the Information Age*, University Park (PA), Pennsylvania University Press, 1993.

Castegnaro, Alessandro, «La Rivoluzione occulta dell'assistenza agli anziani: le aiutanti domiciliari», *Studi Zancan*, núm. 2, 2002.

Castells, Manuel, *The End of Millennium: The Information Age. Economy, Society and Culture*, Malden (MA), Blackwell Publishers, 1998.

______ «The Informational Economy and the New International Division of Labor» en Martin Carnoy *et al.* (eds.), *The New Global Economy in the Information Age*, University Park (PA), Pennsylvania University Press, 1993, pp. 15-45.

Chandler, Michael Alison, «When a Kid Becomes the Caregiver», *The Washington Post*, 25 de agosto de 2007.

CHEGE, Michael, «The State and Labour in Kenya» en Peter Anyang' Nyong'o (ed.), *Popular Struggles for Democracy in Africa*, Londres, Zed Books, 1987.

CHIRA, Susan, «Babies for Export: And Now the Painful Question», *The New York Times*, 21 de abril de 1988.

CHOSSUDOVSKY, Michel, *The Globalization of Poverty: Impacts of the IMF and World Bank Reforms*, Londres, Zed Books, 1998.

CLEAVER, Harry, *Reading Capital Politically*, Edimburgo, AK Press, 2000.

CLOUGH, Michael, *Free at Last? U.S. Policy toward Africa and the End of the Cold War*, Nueva York, Council of Foreign Relations, 1992.

COALITION OF SOUTH AFRICAN TRADE UNIONS (COSATU), véase http://www.rosan1.org.za/shop/shop1006-08.html.

COBBLE, Dorothy Sue (ed.), *The Sex of Class: Women Transforming American Labour*, Ithaca, Cornell University Press, 2007.

COCK, Jacklyn, «Trapped Workers: The Case of Domestic Servants in South Africa», en Sharon B. Stichter y Jane L. Parpart (eds.), *Patriarchy and Class: African Women in the Home and in the Workforce*, Boulder (CO), Westview Press, 1988.

COHEN, Roberta, *The New Helots: Migrants in the International Division of Labor*, Aldershot (UK), Gower Publishing Co., 1987.

COHEN, Roberta y Francis M. Deng, *Masses in Flight: The Global Crisis of Internal Displacement*, Washington DC, Brookings Institution Press, 1998.

COLATRELLA, Steven, *Workers of the World: African and Asian Migrants in Italy in the 1990s*, Trenton (NJ), Africa World Press, 2001.

COMMONWEALTH SECRETARIAT, *Engendering Adjustment for the 1990s*, Londres, 1990.

COSTA, Dora L., *The Evolution of Retirement: An American Economic History, 1880-1990*, Chicago, University of Chicago Press, 1998.

COWAN, Ruth, *More Work for Mother: The lronies of Household Technology from the Open Hearth to the Microwave*, Nueva York, Basic Books, 1983.

COWELL, Alan, «Affluent Europe's Plight: Graying», *The New York Times*, 8 de septiembre de 1994.

COZART, Bernadette, «The Greening of Harlem», en Peter Lamborn Wilson y Bill Weinberg (eds.), *Avant Gardening: Ecological Struggle in the City and the World*, Nueva York, Autonomedia, 1999.

Dalla Costa, Giovanna Franca, «Development and Economic Crisis: Women's Labour and Social Policies in Venezuela in the Context of International Indebtedness», en Mariarosa Dalla Costa y Giovanna Franca Dalla Costa (eds.), *Paying the Price: Women and the Politics of International Economic Strategy*, Londres, Zed Books, 1995.

Dalla Costa, Mariarosa, «Capitalism and Reproduction» en Werner Bonefeld (ed.), *Subverting the Present, Imagining the Future: Class, Struggle, Commons*, Brooklyn, Autonomedia, 2008, pp. 87-98.

______ «Community, Factory and School from the Woman's Viewpoint», *L'Offensiva*, 1972.

______ «Riproduzione e emigrazione», en Alessandro Serafini (ed.), *L'Operaio Multinazionale in Europa,* Milán, Feltrinelli, 1974. Traducido al inglés por Silvia Federici y Harry Cleaver y publicado como «Reproduction and Emigration», *The Commoner*, núm. 15, invierno de 2012, pp. 95-157.

______ «Women and the Subversion of the Community», en Mariarosa Dalla Costa y Selma James, *The Power of Women and the Subversion of the Community*, Bristol, Falling Wall Press, 1973.

______ «Women's Autonomy and Remuneration for Care Work in the New Emergencies», *The Commoner*, núm. 15, invierno de 2012, pp. 198-234.

Dalla Costa, Mariarosa y Giovanna Franca Dalla Costa (eds.), *Paying the Price: Women and the Politics International Economic Strategy*, Londres, Zed Books, 1995.

______ *Women, Development and Labor of Reproduction: Struggles and Movements*, Trenton (NJ), Africa World Press, 1999.

Dalla Costa, Mariarosa y Leopoldina Fortunati, *Brutto Ciao. Direzioni di marcia delle donne negli ultimi trent'anni*, Roma, Edizioni delle donne, 1976.

Dalla Costa, Mariarosa y Selma James, *The Power of Women and the Subversion of the Community*, Bristol, Falling Wall Press, 1973.

Davidson, Basil, *The People's Cause: A History of Guerrillas in Africa*, Londres, Longman, 1981.

Davies, Miranda, *Third World: Second Sex*, Londres, Zed Books, 1987.

Davis, Mike, *Planet of Slums. Urban Involution and the Informal Working Class*, Londres, Verso, 2006.

De Angelis, Massimo, *The Beginning of History: Value Struggles and Global Capital*, Londres, Pluto Press, 2007.

Department of Health, Education and Welfare, *Work in America: Report of a Special Task Force to the Secretary for HEW (Health, Education and Welfare)*, Cambridge (MA), MIT, 1975.

Depastino, Todd, *Citizen Hobo*, Chicago, The University of Chicago Press, 2003.

Diduk, Susan, «Women's Agricultural Production and Political Action in the Cameroon Grassfields», *Africa*, vol. 59, núm. 3, 1989, pp. 338-355.

Di Vico, Dario, «Le badanti, il nuovo welfare privato. Aiutano gli anziani e lo Stato risparmia», *Corriere della Sera*, 13 de junio de 2004.

Duffield, Mark, «The Political Economy of Internal War: Asset Transfer, Complex Emergencies, and International Aid», en Joanna Macrae y Anthony Zwi (eds.), *War and Hunger: Rethinking International Responses to Complex Emergencies*, Londres, Zed Books, 1994.

Eaton, Susan E., «Eldercare in the United States: Inadequate, Inequitable, but Not a Lost Cause», en Nancy Folbre, Lois B. Shaw y Agneta Stark (eds.), *Warm Hands in Cold Age*, Nueva York, Routledge, 2007, pp. 37-52.

Ecologist, The, *Whose Common Future? Reclaiming the Commons*, Filadelfia, New Society Publishers y Earthscan, 1993.

Economist, «Trafficking in Women: In the Shadow», *Economist*, vol. 356, núm. 8185, 26 de agosto de 2000.

______ «Why It Still Pays to Study Medieval English Landholding and Sahelian Nomadism», 31 de julio de 2008; disponible en http://www.economist.com/node/11848182

Edelman, Marc y Angelique Haugerud (eds.), *The Anthropology of Development and Globalization: From Classical Political Economy to Contemporary Neoliberalism*, Malden (MA), Blackwell Publishing, 2005.

Effe, *La Rivista delle Librerie Feltrinelli*, núm. 13, 1999.

El Saadawi, Nawal, *Woman at Point Zero*, Londres, Zed Books, 1999.

Elson, Diane, «From Survival Strategies to Transformation Strategies: Women's Needs and Structural Adjustment», en Lourdes Beneria y Shelley Feldman (eds.), *Unequal Burden: Economic Crisis, Persistent Poverty, and Women Work*, Boulder (CO), Westview Press, 1992, pp. 26-49.

______ *Male Bias in the Development Process*, Manchester, Manchester University Press, 1990.

Emeagwali, Gloria T., *Women Pay the Prize: Structural Adjustment in Africa and the Caribbean*, Trenton, Africa World Press, 1995.

Emergency Exit Collective, *The Great Eight Masters and the Six Billion Communers*, Bristol, May Day, 2008.

Engels, Friederich, *The Condition of the Working Class in England*, Moscú, Progress Publishers, 1980.

Enloe, Cynthia, *Bananas, Beaches and Bases*, Berkeley, University of California Press, 1990.

FAO (Food and Agriculture Association), *Gender and Agriculture*; disponible en http://vvww.fao.org/Gender/agrib4-e.html

Faraclas, Nicholas, «Melanesia, the Banks, and the BINGOs: Real Alternatives Are Everywhere (Except in the Consultant's Briefcases», en Veronika Bennholdt-Thomsen, Nicholas Faraclas y Claudia von Werlhof (eds.), *There Is an Alternative. Subsistence and Worldwide Resistance to Corporate Globalization*, Londres, Zed Books, 2001.

Federici, Silvia, *Caliban and the Witch: Women, the Body and Primitive Accumulation*, Brooklyn (NY), Autonomedia, 2004.

______ «The Debt Crisis, Africa, and the New Enclosures» en Midnight Notes Collective (ed.), *Midnight Oil: Work, Energy, War, 1973-1992*, Nueva York, Autonomedia, 1992, pp. 303-317.

______ «Economic Crisis and Demographic Policy in Sub-Saharan Africa: The Case of Nigeria», en Mariarosa Dalla Costa y Giovanna Franca Dalla Costa (eds.), *Paying the Price: Women and the Politics International Economic Strategy*, Londres, Zed Books, 1995, pp. 42-57.

______ «Going to Beijin: The United Nations and the Taming of the International Women's Movement», inédito, 1997.

______ «The New African Student Movement», en Silvia Federici *et al.* (eds.), *A Thousand Flowers: Social Struggles against Structural Adjustment in African Universities*, Trenton (NJ), Africa World Press, 2000, pp. 86-112.

______ «War, Globalization and Reproduction», *Peace and Change*, vol. 25, núm. 2, abril de 2000. Reimpreso en Matt Meyer y Elavie Ndura-Ouédraogo (eds.), *Seeds of New Hope: Pan-African Peace Studies for the Twenty First Century*, Trenton (NJ), Africa World Press, 2008, pp. 141-164.

______ «Witch-Hunting, Globalization, and Feminist Solidarity in Africa Today», *Journal of International Women's Studies*, número especial, *Women's Gender Activism in Africa*, vol. 10, núm. 1, octubre de 2008, pp. 21-35.

______ «Women, Land Struggles, and the Reconstruction of the Commons», *WorkingUSA: The Journal of Labor and Society*, vol. 14, núm. 1, marzo de 2011, pp. 41-56.

Federici, Silvia, *et al.* (eds.), *A Thousand Flowers. Social Struggles against Structural Adjustment in African Universities*, Trenton, Africa World Press, 2000.

Ferguson, Ann y Nancy Folbre, «Women, Care and the Public Good: A Dialogue», en Anatole Anton, Milton Fisk y Nancy Holmstrom (eds.), *Not in Sale: In Defense of Public Goods*, Boulder (CO), Westview Press, 2000, pp. 95-108.

Ferguson, Sarah, «A Brief History of Grassroots Greening in the Lower East Side», en Peter Lamborn Wilson y Bill Weinberg (eds.), *Avant Gardening: Ecological Struggle in the City and the World*, Nueva York, Autonomedia, 1999.

Fernandez, Margarita, «Cultivating Community, Food, and Empowerment: Urban Gardens in New York City», *paper*, 2003.

Firestone, David, «Gloom and Despair Among Advocates of the Poor», *The New York Times*, 21 de septiembre de 1995.

Fisher, Jo, *Out the Shadows: Women, Resistance and Politics in South America*, Londres, Latin America Bureau, 1993.

Flowers, Amy, *The Fantasy Factory: An Insiders View of the Phone Sex Industry*, Filadelfia, University of Pennsylvania Press, 1998.

Folbre, Nancy, «Nursebots to the Rescue? Immigration, Automation and Care», *Globalization*, vol. 3, núm. 3, 2006, pp. 349-360.

Folbre, Nancy, Lois B. Shaw y Agneta Stark (eds.), *Warm Hands in Cold Age*, Nueva York, Routledge, 2007.

Fortunati, Leopoldina, *The Arcane of Reproduction: Housework, Prostitution, Labor and Capital*, Brooklyn, Autonomedia, 1995. Publicado originalmente en italiano como *L'Arcano della Riproduzione: Casalinghe, Prostitute, Operai e Capitale*, Venecia, Marsilio, 1981.

GABRIELA, *Globalization: Displacement, Commodification and Modern-day Slavery of Women. Proceedings of the Workshop on Women and Globalization*, Quezon City (Filipinas), 23 de noviembre de 1996.

Gai, Dharam (ed.), *The IMF and the South. The Social Impact of Crisis and Adjustment*, Londres, Zed Books, 1991.

Gall, Carlotta, «Poverty and a Decade of Balkan Conflicts Feed a Network of Sex Slavery», *Herald Tribune*, 31 de julio de 2001.

Galli, Rosemary y Ursula Frank, «Structural Adjustment and Gender in Guinea Bissau», en Gloria T. Emeagwali (ed.), *Women Pay the Price: Structural Adjustment in Africa and the Caribbean,* Trenton (NJ), Africa World Press, 1995.

Glazer, Nona, *Women Paid and Unpaid Labor: Work Transfer in Health Care and Retail*, Filadelfia, Temple University Press, 1993.

Goldberg, Carey, «Sex Slavery, Thailand to New York: Thousands of Indentured Asian Prostitutes May Be in U.S.», *The New York Times*, 11 de septiembre de 1995.

Goldschmidt-Clermont, Luisella, *Economic Evaluation of Unpaid Household Work: Africa, Asia, Latin America, Oceania*, Ginebra, ILO Publications, 1987.

Gray, Anne, *Unsocial Europe: Social Protection or Flexpoitation?*, Londres, Pluto Press, 2004.

Gray, Lorraine, *The Global Assembly Line*, Wayne (NJ), New Day Films, 1986 [documental].

Green, Carole A., «Race, Ethnicity and Social Security Retirement Age in the U.S.», en Nancy Folbre, Lois B. Shaw y Agneta Stark (eds.), *Warm Hands in Cold Age*, Nueva York, Routledge, 2007, pp. 117-144.

Greenspan, Alan, *The Age of Turbulence: Adventures in a New World*, Nueva York, Penguin Press, 2007.

Grunwald, Joseph y Kenneth Flamm, *The Global Factory: Foreign Assembly in International Trade*, Washington DC, The Brookings Institution, 1985.

Guelfi, Carlo, «Il Dialogo Nord-Sud e i Suoi Problemi» en R. H. Rainero (ed.), *Nuove Questioni di Storia Contemparanea III*, Milán, Marzorati, 1985, pp. 137-181.

Gunder Frank, Andre, *Capitalism and Underdevelopment in Latin America: Historical Studies of Chile and Brazil*, Nueva York, Monthly Review Press, 1967.

______ *The Development of Underdevelopment*, Nueva York, Monthly Review Press, 1966.

______ *World Acumulation, 1492-1789*, Nueva York, Monthly Review Press, 1978.

Hamermesh, Mira, *Maids and Madams,* Associated Film Production, Channel 4 Television Co., Londres, 1985 [documental].

Hanlon Joseph, *Mozambique: Who Calls the Shots?*, Londres, James Currey, 1991.

______ *Peace Without Profit: How the IMF Blocks Rebuilding in Mozambique,* Oxford, James Currey, 1996.

Haraway, Donna, *Simians, Cyborgs and Women: The Reinvention of Nature*, Nueva York, Routledge, 1991.

HARDT, Michael y Antonio Negri, *Empire*, Cambridge (MA), Harvard University Press, 2000.

______ *Multitudes: War and Democracy in the Age of Empire*, Cambridge (MA), Harvard University Press, 2004.

______ *Commonwealth*, Cambridge (MA), Harvard University Press, 2009.

HARRINGTON, Meyer *et al*., «Linking Benefits to Marital Status: Race and Social Security in the U.S.», en Nancy Folbre, Lois B. Shaw y Agneta Stark (eds.), *Warm Hands in Cold Age*, Nueva York, Routledge, 2007, pp. 163-198.

HAYDEN, Dolores, *The Grand Domestic Revolution*, Cambridge (MA), MIT Press, 1985.

______ *Redesigning the American Dream: The Future of Housing, Work, and Family Life*, Nueva York, Norton and Company, 1986.

HEYZER, Noleen *et al*., *The Trade in Domestic Workers: Causes, Mechanisms and Consequences of International Migration*, Londres y Kuala Lumpur, Asian and Pacific Development Centre, con Zed Books, 1994.

HINFELAR, Hugo F., «Witch-Hunting in Zambia and International Illegal Trade», en Gerrie Ter Haar (ed.), *Witchcraft and Accusations in Contemporary Africa*, Trenton (NJ), Africa World Press, 2007, pp. 229-246.

HOCHSCHILD, Adam, *King Leopold Ghost*, Boston, Houghton Miffin Co., 1998.

HOCHSCHILD, Arlie, «Global Care Chains and Emotional Surplus Value», en Will Hutton y Anthony Giddens (eds.), *Global Capitalism*, Nueva York, The New Press, 2000.

______ *The Managed Heart. Commercialization of Human Feeling,* Berkeley, University of California Press, 1983.

______ *Time Bind. When Work Becomes Home and Home Becomes Work,* Nueva York, Metropolitan Book, 1997.

______ *The Commercialization of Intimate Life,* Berkeley, University of California Press, 2003.

HOCHSCHILD, Arlie y Barbara Ehrenreich, *Global Women: Nannies, Maids and Sex Workers in the New Economy*, Nueva York, Holt, 2002.

HOLLOWAY, John, *Change the World Without Taking Power*, Londres, Pluto Press, 2002.

______ *Crack Capitalism*, Londres, Pluto Press, 2010.

HOLMSTROM, Nancy (ed.), *The Socialist Feminist Project: A Contemporary Reader in Theory and Politics*, Nueva York, Monthly Review Press, 2002.

HOOKS, bell, *Yearning: Race, Gender and Cultural Politics*, Boston, South End Press, 1990.

HUMAN RIGHTS WATCH (África), *Child Soldiers in Liberia*, Nueva York, Human Rights Watch, 1994.

______ *Slaves, Street Children and Child Soldiers*, Nueva York, Human Rights Watch, 1995.

INGLEHART, Ronald y Pippa Norris, *Rising Tide: Gender Equality and Cultural Change Around the World*, Cambridge, Cambridge University Press, 2003.

INTERNATIONAL LABOUR ORGANIZATION, «Migrants from Constraint to Free Choice», *World of Work*, núm. 3, abril de 1993.

ISLA, Ana, «Enclosure and Micro-enterprise as Sustainable Development: The Case of the Canada-Costa Rica Debt-for-Nature Investment», *Canadian Journal Development Studies*, núm. 22, 2001, pp. 935-943.

______ «Who Pays for the Kyoto Protocol?» en Ariel Salleh (ed.), *Eco-Sufficiency and Global Justice. Women Write Political Ecology*, Nueva York/Londres, Macmillan Palgrave, 2009, pp. 199-217.

IYUN, Folasode, «The Impact of Structural Adjustment on Maternal and Child Health in Nigeria», en T. Emeagwali (ed.), *Women Pay the Price: Structural Adjustment in Africa and the Caribbean*, Trenton, Africa World Press, 1995.

JACKSON, Robert M. (ed.), *Global Issues 93, 94*, Guilford (CT), The Dushkin Publishing Group, 1993.

JAMES, Selma, *Sex, Race and Class*, Bristol, Falling Wall Press (y Race Today), 1975.

______ *Sex, Race, and Class: The Perspective of Winning: A Selection of Writings, 1952-2011*, Oakland, PM Press, 2012.

JELIN, Elizabeth, *Women and Social Change in Latin America*, Londres, Zed Books, 1990.

JOEKES, Susan, *Trade-Related Employment for Women in Industry and Services in Developing Countries*, Ginebra, UNRISD, 1995.

JOHNSON-ODIM, Cheryl, «Common Themes, Different Contexts, Third World Women and Feminism», en Chandra Talpade Mohanti, Ann Russo y Lourdes Torres (eds.), *Third World Women and the Politics of Feminism*, Bloomington e Indianápolis, Indiana University Press, 1991, pp. 314-327.

JOYCE, Kelly y Laura Mamo, «Greying the Cyborg. New Directions in Feminist Analyses of Aging, Science and Technology» en Toni M. Calasanti y Kathleen F. Slevin (eds.), *Age Matters: Realigning Feminist Thinking*, Nueva York, Routledge, 2006, pp. 99-122.

Keen, David, «The Functions of Famine in Southwestern Sudan: Implications for Relief», en Joanna Macrae y Anthony Zwi (eds.), *War and Hunger: Rethinking International Responses to Complex Emergencies*, Londres, Zed Books, 1994.

Keen, David y Ken Wilson, «Engaging with Violence: A Reassessment of Relief in Wartime», en Joanna Macrae y Anthony Zwi (eds.), *War and Hunger: Rethinking International Responses to Complex Emergencies*, Londres, Zed Books, 1994.

Kelly, Deirdre M., *Hard Work, Hard Choices: A Survey of Women in St. Lucia's Export-Oriented Electronic Factories*, Cave Hill (Barbados), University of the West Indies, Institute of Social and Economic Research, 1987.

Kempadoo, Kamala y Jo Doezema (eds.), *Global Sex Workers Rights, Resistance, and Redefinition*, Londres, Routledge, 1998.

Kerr, Joanna (ed.), *Ours by Right: Women Rights as Human Rights*, Londres, Zed Books, 1993.

Kotlikoff, Laurence J. y Scott Burns, *The Coming Generational Storm: What You Need to Know About American Economic Future*, Cambridge (MA), MIT Press, 2004.

Kreps, Juanita Morris (ed.), *Sex in the Marketplace. American Women at Work*, Baltimore, John Hopkins University Press, 1971.

______ *Women and the American Economy. A Look at the 1980s*, Englewood Cliffs (NJ), Prentice Hall, 1976.

Kropotkin, Peter, *Mutual Aid. A Factor of Evolution*, Londres, Freedom Press, 1902.

Krugman, Paul, «Fantasy Economics», *The New York Times*, 26 de septiembre de 1994.

Kumar, Radha, *The History of Doing. An Illustrated Account of Movements for Women's Rights and Feminism in India 1800-1990*, Londres, Verso, 1997.

Kuppers, Gaby, *Compañeras: Voices from the Latin American Women's Movement*, Londres, Latin American Bureau, 1992.

Lim, Linda, «Capitalism, Imperialism and Patriarchy», en June Nash y Maria P. Fernandez-Kelly (eds.), *Women, Men and the International Division of Labor*, Albany (NY), SUNY University Press, 1983, pp. 70-91.

Lindsay, James M. (ed.), *Perspectives: Global Issues*, Boulder, Coursewise Publishing, 1998.

Linebaugh, Peter, *The Magna Carta Manifiesto. Liberties and Commons for all*, Berkeley, University of California Press, 2007.

Lovins, Amory, *Soft Energy Path*, Nueva York, Harper and Row, 1977.

Lyon, Dawn, «The Organization of Carework in Italy: Gender and Migrant Labor in the New Economy», *Indiana Journal of Legal Studies*, vol. 13, núm. 1, invierno de 2006, pp. 207-224.

Maathai, Wangari, «Kenya's Green Belt Movement», en F. Jeffress Ramsay (ed.), *Africa,* Guilford (CT), The Dushkin Publishing Group, 1993.

Macrae, Joanna y Anthony Zwi (eds.), *War and Hunger: Rethinking International Responses to Complex Emergencies*, Londres, Zed Books, 1994.

Makhijani, Arjun, «Economic Apartheid in the New World Order», en Phyllis Bennis y Michel Mushaheck (eds.), *Altered States: A Reader in the New World Order*, Brooklyn (NY), Olive Branch Press, 1993.

Malos, Ellen (ed.), *The Politics of Housework*, Cheltenham (UK), New Clarion Press, 1980.

Mander, Jerry y Edward Goldsmith, *The Case against the Global Economy and for a Turn toward the Local*, San Francisco, Sierra Club Books, 1996.

Marshall, Alfred, *Principles of Economics*, Londres, Macmillan and Co., 1890 & 1938.

Marx, Karl, *Capital*, vol. 1, Londres, Penguin Classics, 1990.

______ *Grundrisse*, Londres, The Penguin Press, 1973.

______ «Wages of Labour», en *Economic and Philosophic Manuscripts of 1844*, Moscú, Progress Publishers, 1974.

Mathieu, Lilian, «The Debate on Prostitution in France: A Conflict between Abolition, Regulation and Prohibition», *Journal of Contemporary European Studies*, vol. 12, núm. 2, agosto de 2004, pp. 153-164.

Matsui, Yayori, *Women in the New Asia: From Pain to Power*, Londres, Zed Books, 1999.

McAfee, Kathy, *Storm Signals: Structural Adjustment and Development Alternatives in the Caribbean*, Boston, South End Press y Oxfam America, 1991.

McLellan, David, *Karl Marx: Selected Writing*, Oxford (UK), Oxford University Press, 1977.

Meillassoux, Claude, *Maidens, Meal and Money: Capitalism and the Domestic Community*, Cambridge, Cambridge University Press, 1975.

Meisenheimer II, Joseph R., «How Do Immigrants Fare in the U.S. Labor Market?», Monthly Labor Review, diciembre de 1992.

Melotti, Umberto, *L'immigrazione una sfida per l'Europa*, Capodareo di Fermo (AP), Edizioni Associate, 1992.

Mendez, Jennifer Bickham, *From Revolution to the Maquiladoras: Gender, Labor and Globalization*, Durkam, Duke University Press, 2005.

Meyer, Mary K. y Elizabeth Prugl (eds.), *Gender Politics in Global Governance*, Boulder, Rowman and Littlefield Publishers Inc., 1999.

Michalet, Charles Albert, *The Multinational Companies and the New International Division of Labour*, Ginebra, ILO, World Employment Programme Research Working Papers, 1976.

Midnight Notes Collective, *Midnignt Oil: Work, Energy, War, 1973-1992*, Nueva York, Autonomedia, 1992.

______ «The New Enclosures», en Midnight Notes Collective, *Midnight Oil: Work, Energy, War, 1973-1992*, Nueva York, Autonomedia, 1992.

Mies, Maria, «From the Individual to the Individual: In the Supermarket of "Reproductive Alternatives"», *Genetic Engineering*, vol. 1, núm. 3, 1988, pp. 225-237.

______ *Patriarchy and Accumulation on a World Scale: Women in the International Division of Labour*, Londres, Zed Books, 1986.

Mies, Maria y Veronika Bennholdt-Thomsen, «Defending, Reclaiming, and Reinventing the Commons» en Veronika Bennholdt-Thomsen y Maria Mies (eds.), *The Subsistence Perspective: Beyond the Globalised Economy*, Londres, Zed Books, 1999, pp. 141-164.

Mies, Maria, Veronika Bennholdt-Thomsen y Claudia von Werlhof, *Women. The Last Colony*, Londres, Zed Books, 1988.

Mies, Maria y Vandana Shiva, *Ecofeminism*, Londres, Zed Books, 1993.

Milwaukee County Welfare Rights Organization, *Welfare Mothers Speak Out*, Nueva York, W.W. Norton Co., 1972.

Misra, Joya, Jonathan Woodring y Sabine N. Merz, «The Globalization of Care Work Neoliberal Economic Restructuring and Migration Policy», *Globalization*, vol. 3, núm. 3, 2006, pp. 317-332.

Mohanti, Chandra Talpade, Ann Russo y Lourdes Torres, *Third World Women and the Politics of Feminism*, Bloomington e Indianápolis, Indiana University Press, 1991.

Morgan, Robin (ed.), *Sisterhood Is Global: The International Women's Movement Anthology*, Nueva York, Doubleday, 1984.

Morokvasic, Mirjana, «Birds of Passage Are Also Women», *International Migration Review*, vol. 13, núm. 4, 1984, pp. 886-907.

Morrissey, Marietta, *Slave Women in the New World*, Lawrence, University Press of Kansas, 1989.

Moser, Caroline O. N., *Gender Planning and Development: Theory, Practice and Training*, Londres, Routledge, 1993.

Moulier Boutang, Yann, *De l'esclavage au salariat. Économie historique du salariat bridé*, París, Presse Universitaire de France, 1998.

Moynihan, Daniel P., *The Politics of a Guaranteed Income*, Nueva York, Random House, 1973.

Moyo, Sam y Paris Yeros (eds.), *Reclaiming the Land. The Resurgence of Rural Movement in Africa, Asia and Latin America,* Londres, Zed Books, 2005.

______ «The Resurgence of Rural Movements under Neoliberalism», en Sam Moyo y Paris Yeros (eds.), *Reclaiming the Land. The Resurgence of Rural Movement in Africa, Asia and Latin America,* Londres, Zed Books, 2005.

Murphy, Josette L., *Gender Issues in World Bank Lending*, Washington DC, The World Bank, 1995.

Murray, Alison, «Debt-Bondage and Trafficking: Don't Believe the Hype», en Kamala Kempadoo y Jo Doezema (eds.), *Global Sex Workers: Rights, Resistance, and Redefinition*, Londres, Routledge, 1998.

Narayan, Uma, «"Mail-Order" Brides», *Hypatia*, vol. 10, núm. 1, invierno de 1995.

Nash, June, «The Impact of the Changing International Division of Labor on Different Sectors of the Labor Force», en June Nash y Maria P. Fernandez-Kelly (eds.), *Women, Men and the International Division of Labor*, Albany (NY), SUNY University Press, 1983, pp. 3-39.

Nash, June y Maria P. Fernandez-Kelly (eds.), *Women, Men and the International Division of Labor*, Albany (NY), SUNY University Press, 1983.

National Labor Committee, *Zoned for Slavery: The Child Behind the Label*, Nueva York, Crowing Rooster Arts, 1995.

Neft, Naomi y D. Levine, *Where Women Stand: An International Report on the Status of Women in 140 Countries, 1997-1998*, Nueva York, Random House, 1997.

Nels, Anderson, *On Hobos and Homelessness*, Chicago, The University of Chicago Press, 1998.

Nordhoff, Charles, *The Communistic Societies of the United States: From Personal Observation*, Nueva York, Dover Publications Inc., 1875 & 1966.

Nzongola, Ntalaja (ed.), *The Crisis in Zaire: Myths and Realities*, Trenton (NJ), Africa World Press, 1986.

Ode, J., «Women Under SAP», *Newswatch*, 9 de julio de 1990.

Ogundipe-Leslie, Molara, *Re-Creating Ourselves: African Women and Critical Transformations*, Trenton (NJ), Africa World Press, 1994.

Olivera, Oscar, con Tom Lewis, *Cochabamba Water War in Bolivia*, Cambridge (MA), South End Press, 2004.

Oppenheimer, Valerie Kincaid, *The Female Labor Force in the United States: Demographic and Economic Factors Governing Its Growth and Changing Composition*, Berkeley, University of California Press, 1970.

Organization for Economic Cooperation and Development (OECD), *Health Project. Long-Term Care of Older People*, París, OECD Publications, 2005.

Ostrom, Elinor, *Governing the Commons: Evolution of Institutions for Collective Action*, Cambridge (UK), Cambridge University Press, 1990.

Outram, Quentin, «"It's Terminal Either Way": An Analysis of Armed Conflict in Liberia, 1989-1996», *Review of African Political Economy*, vol. 24, núm. 73, septiembre de 1997, pp. 355-372.

Pakenham, Thomas, *The Scramble for Africa. White Man's Conquest the Dark Continent from 1876 to 1912*, Nueva York, Avon Books, 1991.

Papadopoulos, Dimitris, Niamh Stephenson y Vassilis Tsianos, *Escape Routes: Control and Subversion in the 21st Century*, Londres, Pluto Press, 2008.

Parreñas, Rhacel Salazar, *Servants of Globalization: Women, Migration and Domestic Work*, Stanford (CA), Stanford University Press, 2002.

Patel, Raj, *Stuffed and Starved. The Hidden Battle for the World Food System*, Brooklyn (NY), Melville House Publishing, 2007.

______ *The Value of Nothing: How to Reshape Market Society and Redefine Democracy*, Nueva York, St. Martin's Press, 2009.

Pear, Robert, «Violations Reported in 94 % of Nursing Homes», *The New York Times*, 30 de septiembre de 2008.

Philipps, Lisa, «Silent Partners: The Role of Unpaid Market labor in Families», *Feminist Economics*, vol. 14, núm. 2, abril de 2008, pp. 37-57.

Pietila, Hilkka y Jeanne Vickers, *Making Women Matter: The Role of the United Nations*, Londres, Zed Books, 1990 & 1994.

Pitelis, Christos y Roger Sugden, *The Nature of the Transnational Firm*, Nueva York, Routledge, 1991.

Platt, Leah, «Regulating the Global Brothel», *American Prospect*, 2 de julio de 2001.

Podlashuc, Leo, «Saving Women: Saving Commons», en *Eco-Suffiency and Global Justice: Women Write Political Ecology*, Nueva York/Londres, Macmillan Palgrave, 2009, pp. 268-290.

POLANYI, Karl, *The Great Transformation: The Political and Economic Origins of Our Time*, Boston, Beacon Press, 1957.

PORTER, Marilyn y Ellen Judd (eds.), *Feminists Doing Development: A Practical Critique*, Londres, Zed Books, 1999.

POTTS, Lydia, *The World Labor Market: A History of Migration*, Londres, Zed Books, 1990.

POVOLEDO, Elisabetta, «Italian Plan to Deal with Migrants Could Affect Residents Who Rely on Them», *The New York Times*, 21 de junio de 2008.

PRUNIER, Gerard, *The Rwanda Crisis: History of a Genocide*, Nueva York, Columbia University Press, 1995.

PUBLIC HEALTH REPORTS, *Women and Health, United States*, Washington, U.S. Government Printing Office, 1980.

PULLELLA, Phillip, «UN Highlights Trade in People», *St. Petersburg Times*, 15 de diciembre de 2000.

PYLE, Jean L., «Globalization and the Increase in Transnational Care Work: The Flip Side», *Globalization*, vol. 3, núm. 3, 2006, pp. 297-316.

______ «Transnational Migration and Gendered Care Work: Introduction», *Globalizations*, vol. 3, núm. 3, 2006, pp. 283-296.

RAINERO, Roman H. (ed.), *Nuove Questioni di Storia Contemporanea (Volume III)*, Milán, Marzorati, 1985.

RAU, Bill, *From Feast to Famine: Official Cures and Grassroots Remedies in Africa's Food Crisis*, Londres, Zed Books, 1991.

RAYMOND, Janice, «At Issue: Children for Organ Export?», *Reproductive and Genetic Engineering*, vol. 2, núm. 3, 1989, pp. 237-245.

______ «The International Traffic in Women: Women Used in Systems of Surrogacy and Reproduction», *Reproductive and Genetic Engineering*, vol. 2, núm. 1, 1989, pp. 51-57.

______ «Prostitution against Women: NGO Stonewalling in Beijing and Elsewhere», *Women's Studies International Forum*, vol. 21, núm. 1, 1998, pp. 1-9.

______ *Women as Wombs: The New Reproductive Technologies and the Battle over Women Freedom*, San Francisco, Harpers and Co., 1994.

REYSOO, Fenneke (ed.), *Economie mondialisee et identites de genre*, Ginebra, Institut universitaire d'etudes du developpement, 2002.

RICH, Bruce, *Mortgaging the Earth: The World Bank, Environmental Impoverishment and the Crisis of Development*, Boston, Beacon Press, 1994.

Romero, Mary, *Maid in the USA*, Nueva York y Londres, Routledge, 1992.

Roy-Campbell, Z. M., «The Politics of Education in Tanzania: From Colonialism to Liberalization», en Horace Campbell y Howard Stein (eds.), *The IMF and Tanzania*, Harare (Zimbabue), Natprint, 1991.

Salleh, Ariel, *Ecofeminism as Politics: Nature, Marx, and the Postmodern*, Londres, Zed Books, 1997.

Salleh, Ariel (ed.), *Eco-Suffiency and Global Justice: Women Write Political Ecology*, Nueva York/Londres, Macmillan Palgrave, 2009.

Sarkar, Saral, *Eco-Socialism or Eco-Capitalism? A Critical Analysis of Humanity Fundamental Choices*, Londres, Zed Books, 1999.

Sassen, Saskia, «Labor Migrations and the New Industrial Division of Labor» en June Nash y Maria P. Fernandez-Kelly (eds.), *Women, Men and the International Division of Labor*, Albany (NY), SUNY University Press, 1983, pp. 3-39.

______ *The Mobility of Labor and Capital: A Study In International Investment and Labor Flow*, Cambridge (UK), Cambridge University Press, 1988 & 1990.

Sawyer, Roger, *Children Enslaved*, Londres/Nueva York, Routledge, 1988.

Schlemmer, Bernard (ed.), *The Exploited Child*, Londres, Zed Books, 2000.

Scott, James C., *Weapons of the Weak: Everyday Forms of Peasant Resistance*, New Haven (CT), Yale University Press, 1985.

Seccombe, Wally, *Weathering the Storm: Working-Class Families from The Industrial Revolution to The Fertility Decline*, Londres, Verso, 1993 & 1995.

Seguino, Stephanie, «Plus Ça Change? Evidence on Global Trends in Gender Norms and Stereotypes», *Feminist Economics*, vol. 13, núm. 2, abril de 2007, pp. 1-28.

Serafini, Alessandro (ed.), *L'Operaio Multinazionale in Europa*, Milán, Feltrinelli, 1974.

Settimi, L. *et al.*, «Cancer Risk among Female Agricultural Workers: A Multi-Center Case-Control Study», *American Journal of Industrial Medicine*, núm. 36, 1999, pp. 135-141.

Shaw, Lois B. y Sunhwa Lee, «Growing Old in the U.S.: Gender and Income Inadequacy», en Nancy Folbre, Lois B. Shaw y Agneta Stark (eds.), *Warm Hands in Cold Age*, Nueva York, Routledge, 2007, pp. 174-198.

Sheppard, Nathaniel, «More Teen-aged Girls Are Turning to Prostitution, Youth Agencies Say», *The New York Times*, 5 de abril de 1976.

Shiva, Vandana, «The Chikpo Women's Concept of Freedom», en Maria Mies y Vandana Shiva (eds.), *Ecofeminism*, Londres, Zed Books, 1993.

______ *Close to Home: Women Reconnect Ecology, Health and Development Worldwide*, Filadelfia, New Society Publishers, 1994.

______ *Earth Democracy: Justice, Sustainability, and Peace*, Cambridge (MA), South End Press.

______ *Ecology and the Politics of Survival Conflicts Over Natural Resources in India*, Nueva Delhi/Londres, Sage Publications, 1991.

______ *Staying Alive: Women, Ecology and Development*, Londres, Zed Books, 1989.

______ *Stolen Harvest: The Hijacking of the Global Food Supply*, Boston (MA), South End Press, 2000.

Sigle-Rushton, Wendy y Jane Waldfogel, «Motherhood and Earnings in Anglo-American, Continental European and Nordic Countries», *Feminist Economics*, vol. 13, núm. 2, abril de 2007, pp. 55-92.

Silverblatt, Irene, *Moon, Sun, and Witches: Gender Ideologies and Class in Inca and Colonial Peru*, Princeton, Princeton University Press, 1987.

Smeeding, Timothy M. y Susanna Sandstrom, «Poverty Income Maintenance in Old Age: A Cross-National View of Low Income Older Women», en Nancy Folbre, Lois B. Shaw y Agneta Stark (eds.), *Warm Hands in Cold Age*, Nueva York, Routledge, 2007, pp. 163-174.

Smith Barrett, Nancy, «The Economy Ahead of Us», en Juanita Kreps (ed.), *Women and the American Economy*, Englewood Cliffs (NJ), Prentice Hall, 1976.

Smith, Joan K., Immanuel Wallerstein y Hans Dieter Evers (eds.), *Households and the World Economy*, Beverly Hills (CA), Sage, 1984.

Snyder, Margaret y Mary Tadesse, *African Women and Development: A History*, Londres, Zed Books, 1995.

Sogge, David, *Angola: Surviving against Rollback and Petrodollars,* en Joanna Macrae y Anthony Zwi (eds.), *War and Hunger: Rethinking International Responses to Complex Emergencies*, Londres, Zed Books, 1994.

Sparr, Pamela (ed.), *Mortgaging Women's Lives: Feminist Critiques of Structural Adjustment*, Londres, Zed Books, 1994.

Stalker, Peter, *The Work of Strangers: A Survey of International Labour Migration*, Ginebra, International Labour Office, 1994.

Stanley, Alessandra, «Adoption of Russian Children Tied Up in Red Tape», *The New York Times*, 17 de agosto de 1995.

______ «Nationalism Slows Foreign Adoption in Russia», *The New York Times*, 8 de diciembre de 1994.

Staples, David E., *No Place Like Home: Organizing Home-Based Labor in the Era of Structural Adjustment*, Nueva York, Routledge, 2006.

Stark, Agneta, «Warm Hands in Cold Age: On the Need of a New World Order of Care», en Nancy Folbre, Lois B. Shaw y Agneta Stark (eds.), *Warm Hands in Cold Age*, Nueva York, Routledge, 2007, pp. 7-36.

Steady, Filomina Chioma, *Women and Children First: Environment, Poverty, and Sustainable Development*, Rochester (VT), Schenkman Books, 1993.

Stichter, Sharon B. y Jane L. Parpart (eds.), *Patriarchy and Class: African Women in the Home and in the Workforce*, Boulder & Londres, Westview Press, 1988.

______ *Women, Employment and the Family in the International Division of Labour*, Filadelfia (PA), Temple University Press, 1990.

Stienstra, Deborah, *Women's Movements and International Organizations*, Nueva York, St. Martin's Press, 1994.

Stone, Martin, *The Agony of Algeria*, Nueva York, Columbia University Press, 1997.

Summerfield, Gale, Jean Pyle y Manisha Desai, «Preface to the Symposium: Globalizations, Transnational Migrations, and Gendered Care Work», *Globalizations*, vol. 3, núm. 3, septiembre de 2006, pp. 281-282.

Taber, Paola, «"I'm the Meat, I'm the Knife": Sexual Service, Migration, and Repression in Some African Societies», *Feminist Issues*, vol. 11, núm. 4, primavera de 1991, pp. 3-22.

Tanner, Victor, «Liberia Railroading Peace», *Review of African Political Economy*, vol. 25, núm. 75, marzo de 1998.

Team Colors (Craig Hughes y Kevin Van Meter), «The Importance of Support: Building Foundations, Creating Community, Sustaining Movements», *Rolling Thunder*, núm. 6, otoño de 2008, pp. 29-39.

Ter Haar, Gerrie (ed.), *Witchcraft Beliefs and Accusations in Contemporary Africa*, Trenton (NJ), Africa World Press, 2007.

Thomas, Dorothy, «Holding Governments Accountable by Public Pressure», en Joanna Kerr (ed.), *Ours by Right: Women's Rights as Human Rights*, Londres, Zed Books, 1993, pp. 82-88.

Thompson, Ginger, «Successful Anti-Sweatshop Campaign against Nike in Mexico», *The New York Times*, 8 de octubre de 2001.

Thorbeck, Susanne, *Voices from the City: Women of Bangkok*, Londres, Zed Books, 1987.

Tiano, Susan, «Maquiladora Women: A New Category of Workers?"», en Kathryn Ward (ed.), *Women Workers and Global Restructuring,* Ithaca (NY), Cornell University, Industrial Labor Relations Press, 1990.

Tisheva, Genoveva, «Some Aspects of the Impact of Globalization in Bulgaria», en Fenneke Reysoo (ed.), *Economie mondialisee et identites de genre*, Ginebra, Institut universitaire d'etudes du developpement, 2002.

Topouzis, Daphni, «Feminization of Poverty», en Robert M. Jackson (ed.), *Global Issues 93, 94,* Guilford (CT), The Dushkin Publishing Group, 1993.

Tripp, Aili Mari, *Women and Politics in Uganda*, Oxford, James Currey, 2000.

Truong, Thanh-Dam, *Sex and Morality: Prostitution and Tourism in South East Asia*, Londres, Zed Books, 1990.

Turbulence. Ideas for Movement, núm. 5, diciembre de 2009; disponible en http://turbulence.org.uk

Turner, Terisa E. (ed.), *Arise! Ye Mighty People!: Gender, Class and Race in Popular Struggles,* Trenton (NJ), Africa World Press, 1994.

Turner, Terisa E. y Leigh S. Brownhill (eds.), *Gender Feminism and the Civil Commons,* número especial, *Canadian Journal of Development Studies,* núm. 22, 2001.

Turner, Terisa E. y M. O. Oshare, «Women's Uprisings against the Nigerian Oil Industry», en Terisa E. Turner (ed.), *Arise! Ye Mighty People!: Gender, Class and Race in Popular Struggles*, Trenton (NJ), Africa World Press, 1994.

Turshen, Meredith (ed.), *Women and Health in Africa*, Trenton (NJ), Africa World Press, 1991.

United Nations, *Beijing Declaration and Platform for Action Adopted by the Fourth World Conference on Women: Action for Equality, Development and Peace*, Beijing, United Nations, 1995.

______ *From Nairobi to Beijing*, Nueva York, United Nations, 1995.

______ *The United Nations and the Advancement of Women, 1945-1996*, Nueva York, United Nations, 1996.

______ *The World's Women 1995: Trends and Statistics*, Nueva York, United Nations, 1995.

United Nations. High Commission for Refugees (UNHCR), *The State of the World's Refugees: The Challenge of Protection*, Nueva York, Penguin, 1993.

United Nations Population Fund, *State of the World Population 2001*, Nueva York, United Nations, 2001.

U.S. Bureau of Labor Statistics, *Monthly Labor Report*, vol. 103, núm. 5, mayo de 1980.

U.S. Department of Commerce, *Service Industries: Trends and Prospects*, Washington DC, U.S. Government Printing Office, 1975.

Villapando, Venny, «The Business of Selling Mail-Order Brides», en Asian Women United of California (ed), *Making Waves: An Anthology of Writings By and About Asian American Women*, Boston, Beacon Press, 1989.

Waal, Alex de, *Famine Crimes: Politics and the Disaster Relief Industry in Africa*, Londres, Zed Books, 1997.

Wachter, Michael L., «The Labor Market and Illegal Immigration: The Outlook for the 1980s», *Industrial and Labor Relation Review*, vol. 33, núm. 3, abril de 1980, pp. 342-354.

Wallerstein, Immanuel, *The Modern World System*, Nueva York, Academic Press, 1974.

Walton, John y David Seddon, *Free Markets and Food Riots: The Politics of Global Adjustment*, Oxford, Basil Blackwell, 1994.

wan, wind, «Dialogue with "Small Sister" Organizer Yim Yuelin», *Inter-Asia Cultural Studies*, vol. 2, núm. 2, 2001, pp. 319-323.

Ward, Kathryn, *Women Workers and Global Restructuring*, Ithaca (NY), Cornell University, Industrial Labor Relations Press, 1990.

Watson, Elizabeth A. y Jane Mears, *Women, Work and Care of the Elderly*, Burlington (VT), Ashgate, 1999.

When Language Runs Dry: A Zine for People with Chronic Pain and Their Allies; disponible en http://chronicpainezineblogspot.com

Wichterich, Christa, *The Globalized Woman: Reports from a Future of Inequality*, Londres, Zed Books, 2000.

Williams, Phil, «The Nature of Drug-Trafficking Networks», *Current History*, abril de 1998.

Wilson, Peter Lamborn y Bill Weinberg (eds.), *Avant Gardening: Ecological Struggle in the City and the World*, Nueva York, Autonomedia, 1999.

Wolf, Diana L., «Linking Women's Labor With the Global Economy: Factory Workers and their Families in Rural Java», en Kathryn Ward (ed.), *Women Workers and Global Restructuring*, Ithaca (NY), Cornell University, Industrial Labor Relations Press, 1990, pp. 25-47.

World Investment Report, *Transnational Corporations and Integrated International Production*, Nueva York, United Nations, 1993.

World Values Survey, *Data from the World Values Survey*; disponible en http://www.worldvaluessurvey.org

The Worst: Compilation Zine on Grief and Loss, 2008; disponible en http://www.theworstcompzine.blogspot.com

Zajicek, Edward K., Toni Calasanti, Cristie Ginther y Julie Summers, «Intersectionality and Age Relations: Unpaid Care Work and Chicanas», en Toni M. Calasanti y Kathleen F. Slevin (eds.), *Age Matters: Realigning Feminist Thinking*, Nueva York, Routledge, 2006, pp. 175-197.

Zimmerman, Mary K. *et al.*, *Global Dimensions of Gender and Carework*, Stanford, Stanford University Press, 2006.